
El Pago
ES ELLA
PIPER STONE

EL PAGO ES ELLA



PIPER STONE

Derechos de autor © 2023 by Stormy Night Publications and Piper Stone

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.

Publicado por Stormy Night Publications y Design, LLC.
www.StormyNightPublications.com

Stone, Piper
El Pago es Ella

Diseño de portada por Korey Mae Johnson
Imágenes de Shutterstock/Africa Studio

Este libro está destinado únicamente a adultos. Las nalgadas y otras actividades sexuales representadas en este libro son solo fantasías, destinadas a adultos.

ÍNDICE

1. Capítulo uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo tres
4. Capítulo cuatro
5. Capítulo cinco
6. Capítulo seis
7. Capítulo siete
8. Capítulo ocho
9. Capítulo nueve
10. Capítulo diez
11. Capítulo once
12. Capítulo doce
13. Capítulo trece
14. Capítulo catorce
15. Capítulo quince
16. Capítulo dieciséis

Postfacio

CAPÍTULO UNO



Dominick

Solo en la oscuridad puedo sentir la luz…

La reflexión era reveladora. La personalidad de un monstruo. Mi padre acuñó el término «primario» para su segundo hijo, un engendro que había compartido orgullosamente con todo el mundo, tanto de la familia, los Borgata, como de fuera. El término era perfecto para un individuo que iba a ascender al trono.

Yo era cruel e insensible, tanto en los negocios como en el placer en todas sus formas, prefería los métodos sádicos de la pasión. Mi objetivo principal, por encima de todo, siempre era y sería ganar dinero, mucho dinero. Era rico y poderoso hasta límites que pocos podrían siquiera soñar.

Pero mi tiempo no era mío, sino prestado.

Esa era la vida de las familias del crimen, siempre a un paso de llenar la primera página del *New York Times.* Asesinados a sangre fría. Horribles actos de venganza.

Represalias.

Todos esos términos casaban muy bien con nuestro modo de vida pero, dado el poder y la influencia, nos importaba una mierda la posibilidad de encontrarnos con un balazo a la vuelta de cualquier esquina. Lo que nos importaba de verdad era eliminar a los enemigos.

Lo mismo ocurría con los hombres a los que reuní para formar un grupo especial, algo como mínimo poco recomendable y sin que nuestros padres tuvieran la menor idea acerca de su existencia. Después de todo, se nos consideraba enemigos mortales. No obstante, había otra conexión adicional: la amistad de mi padre con el Don de Chicago, una relación que había superado varias guerras territoriales a lo largo de los años. Carmine Francesco era cuatro años mayor que mi padre, por lo que controlaba con mano firme todo el Medio Oeste. ¿Y mi padre? Brutal.

Implacable.

Y algunos decían que preparado para dejar el reino en manos de su hijo.

Di un sorbo a la copa saboreando el delicioso y carísimo *bourbon*. «Las cinco oficinas», así denominaban en la calle a los reinos de la mafia, seguían a los mandos de los negocios clandestinos. Lo controlaban todo, desde el transporte y el suministro de heroína a todo el país hasta la industria musical y cinematográfica. Pocos americanos sabían de verdad hasta dónde llegaban nuestros larguísimos tentáculos.

Ni el peligro que suponíamos.

Miré de soslayo al tipo que acababa de entrar en el salón privado. Andaba contoneándose y me observaba con gesto desdeñoso.

—Llegas tarde. —Agité el vaso fijándome en cómo los hielos chocaban contra el grueso vidrio. No era mi primer trago del día ni tampoco sería el último. Había asuntos que tratar, asuntos crueles. Las decisiones que tomaríamos esa misma noche iban a acabar con las vidas de nuestros enemigos.

No me importaba nada Lorenzo Francesco. Me limitaba a tolerar su presencia en nuestro club; no obstante, entre nuestras filas se le consideraba un miembro de la realeza. Lo conocía desde hacía años, así que estaba muy al tanto de sus tácticas. Por desgracia, rechazarlo podría conducir a una tremenda guerra entre vecinos a pesar incluso de la amistad entre nuestros respectivos padres. Lorenzo era bastante más poderoso que los demás. O quizá sería más preciso decir que estaba mejor relacionado.

—Dominick Lugiano, mi buen amigo. —Lorenzo extendió los brazos hacia delante al tiempo que se acercaba a la mesa y me miró a los ojos, siempre fríos y duros.

—Siéntate, Lorenzo —ladró Aleksei, marcando el acento ruso con más intensidad de la habitual. Era un inmigrante de segunda generación; su padre, Aleksandr Petrov, se había abierto paso a tiros en Filadelfia. Los Bratva eran salvajes, sanguinarios y bárbaros por naturaleza, pero también muy eficaces a la hora de tratar con todo aquél que se oponía a ellos. Mi respeto por ellos era total.

Lorenzo rio entre dientes y se ajustó la americana antes de sentarse en su butaca de siempre. Tamborileó los dedos sobre la mesa.

—¿Dónde hostias está la camarera?

—Baja la voz —ordenó Miguel. El sindicato de Miami era bien conocido por sus tácticas salvajes, aunque no más que las de los neoyorquinos. En todo caso, la familia García era muy respetada entre los distintos cerebros del grupo.

Di un sorbo a la copa y mantuve a raya la ira que empezaba a sentir. El quinto miembro del grupo no estaba prestando la menor atención: prefería toquetear el móvil, sin duda comunicándose con su agente. A Kelan Rock le gustaba más su vida de estrella de cine que aceptar y desempeñar su papel de futuro Don del territorio de Los Ángeles. Yo tenía la corazonada de que el futuro que le esperaba no iba a ser precisamente un camino de rosas.

Como si hubiera estado esperando el momento más oportuno, apareció la única camarera cuya presencia se permitía en el salón privado. Era guapa, de no más de veintiuno, y estaba vedada a

todos nosotros.

Una verdadera lástima, la verdad, pero todos lo aceptábamos.

A mí no me habría importado hacerle una gira por el lado oscuro.

Nadie dijo una palabra mientras dejaba las copas en la mesa, y yo disfruté observando las miradas lascivas que todos los presentes le dirigían. Todos bebíamos siempre lo mismo y la chica se lo sabía de memoria. Se ganaba las propinas de muchas maneras y mostrar su adorable cuerpo era una de ellas. Cuando al fin cerró la puerta, me incliné hacia la mesa.

—¿A qué hemos venido? —Lorenzo alzó una ceja mostrando a las claras su desprecio por la reunión.

—Drummand Hargrove. —Esperé a que el nombre calara, mirando alternativamente a todos mis socios. Todos estaban al tanto de mis tácticas y necesidades, pero esta reunión en concreto tenía un objetivo específico. El papel de los socios se limitaba a proporcionar el apoyo necesario, facilitando la no intervención ni de la policía ni de los matones de barrio. Esa «facilidad» era la mayor ventaja de nuestro negocio. Todos los asuntos se discutían, se votaban, se llegaba a un acuerdo, se llevaba a cabo y se apoyaban sin importar las consecuencias.

—¿El senador del estado? —preguntó Aleksei tras unos segundos de denso silencio.

—Ni más ni menos.

—¿Qué problema tienes con él? —Miguel sonreía como si ya conociera la respuesta.

Inspiré hondo antes de responder.

—Está intentando constantemente boicotear nuestros negocios de embarque y transporte, elevando las tarifas y procurando que nuestros socios sean incapaces de cumplir los plazos de entrega. No han podido pagar sus… tasas los últimos dos meses. Además, está intentando sacar adelante un nuevo conjunto de medidas de regulación sobre los casinos, que no cabe duda de que serían una puta mierda dadas sus tendencias. Como os podéis imaginar, mi padre no está nada contento con todo esto. —Siempre escojo las palabras con mucho tiento.

—No me sorprende —indicó Aleksei sarcásticamente—. Tu padre es un hombre violento. ¿Por qué no se encarga él directamente del asunto? —La pregunta rebosaba admiración.

—Por cierto, he oído que tu padre está considerando la posibilidad de cederte las riendas —indicó Lorenzo.

Volví a cabeza despacio para mirarlo. Este tipo de noticias corrían como la pólvora. No era ningún secreto que me había estado preparando para asumir el cetro, pero mi padre aún no estaba preparado para soltar las riendas. Nuestra familia controlaba Nueva York con mano de hierro. En los últimos seis meses habíamos conseguido grandes logros, limpiando las calles con sistemas que nuestros padres se negaban a utilizar. Volví la cabeza para dirigirme a Aleksei.

—Porque sus tácticas llevarían directamente a una guerra.

—¿Cuál es el talón de Aquiles de ese senador? —Lorenzo le dio vueltas al vaso.

—El juego y las mujeres —respondí sucintamente. Lo tenía entre mis garras sin posibilidad de

escape.

—Dos cosas que no casan muy bien con el ámbito político. He oído decir que estaba pensando presentarse a las presidenciales. —Kelan se unió finalmente a la conversación y le brillaron los ojos azules—. He escuchado cosas realmente fascinantes acerca de lo que le gusta hacer con chicas jóvenes… pero muy, muy jóvenes. Atarlas. Golpearlas. No es buena gente. —Negó con la cabeza e hizo un gesto de desprecio.

Lorenzo soltó una carcajada.

—¡Un gilipollas! Perfecto. ¿Qué es lo que quieres a cambio de mantener intacta su reputación?

Me eché hacia a atrás imaginando la recompensa. La polla me empezó a palpitar dentro del pantalón y los huevos se endurecieron hasta casi dolerme. Quería destruirlo con algo que no olvidara jamás.

—A su hija.

La conversación se dio por terminada. El voto a mi favor fue unánime.

* * *

La decoración del salón incluía diversos tonos azules y plateados, que según había oído eran los de la universidad en la que había estudiado. Su *alma mater*, en dos palabras. La verdad es que dónde se hubiera educado me importaba una mierda, pero esa fiesta de pijos era ideal para llevar a cabo mi revancha.

—¿Champán, señor? —preguntó la camarera mirándome con sonrisa seductora y un batir de pestañas que casi sentí en la cara. Llevaba una bandeja llena de copas de cristal.

Preparándome para la celebración que se acercaba.

—¡Por supuesto! Estoy de muy buen humor. —Agarré una de las copas y me permití echar un vistazo a sus voluptuosos pechos. Estaba muy ansioso. El sabor del espumoso era magnífico. El senador no había reparado en gastos a la hora de promocionar sus gilipolleces. — Dime una cosa, ¿tienes idea de dónde está el senador?

—Creo que en la habitación de al lado —ronroneó.

Alcé mi copa para darle las gracias y miré hacía la puerta de entrada. Si mi información era correcta, el senador Hargrove iba a anunciar su candidatura a las nueve en punto de la noche. Era un hombre de costumbres, entre las que se incluía una puntualidad estricta. Algo digno de admirar, lo cual no evitaba que fuera escoria. Había tenido la oportunidad de ver algunas fotos suyas practicando sus aficiones clandestinas, de una perversión inaudita. El muy estúpido era además un puto cerdo.

Caminé entre la multitud disfrutando del panorama. El salón estaba lleno de *celebrities*, *influencers* y políticos de medio pelo que se pegaban a las faldas del senador. La noche iba a ser fascinante. Cuando la vi a ella me quedé quieto para poder observarla desde lejos. Yo era un hombre que normalmente tomaba lo que me apetecía sin importarme cómo ni a costa de qué, pero este juego era demasiado importante como para arriesgarme a darle a papá Drummand ni la

más mínima ventaja.

Eso sí, disfruté de la vista.

Caroline Hargrove era maravillosa. El pelo color del cobre le caía en cascada hasta su estrecha cintura. Allí de pie, bajo la explosión de luz de la barra del bar, rodeada de un grupo de admiradores y amigas, tuve la posibilidad de disfrutar todos los pormenores de su impresionante físico. Tenía la suerte de haber heredado los rasgos de su madre, de una belleza voluptuosa. La cintura de avispa y las largas piernas siempre hacían que mi polla se pusiera en alerta y esta noche no fue una excepción. Era la hija única de Drummand, o al menos la única reconocida. Su vida, muy protegida, había sido parecida a un cuento de hadas.

Educada en los mejores colegios y universidades, se graduó en administración de empresas hacía poco más de un año. No obstante, su verdadera vocación era la pintura y pude averiguar que iba a exponer en una galería la noche siguiente. Allí estaría yo, por supuesto. Era ingeniosa y encantadora, sobre todo cuando estaba rodeada de amigos. En público, procuraba cumplir las reglas, pero era muy obstinada y necesitaba disciplina. Estaba deseando pelar las capas con las que se protegía para dejar al descubierto el fondo sumiso que sin duda guardaba en su interior.

Esta noche se rodeaba de una corte de cuatro amigas que no paraban de hablar con ella de todo lo que ocurría en la velada.

Había averiguado todo lo que había podido sobre ella, lo que le gustaba y lo que no, desde la ropa hasta el vino. Sabría cómo tentarla con sus fantasías más oscuras para hacer surgir la mujer que vivía en esa urna de cristal. La abrumaría con regalos, la pervertiría con depravados deseos y desataría sus instintos sin vuelta atrás. Le proporcionaría un placer desenfrenado que ni siquiera sabía que existía, y todo a cambio de una sola cosa.

Obediencia.

Me ventilé de un trago el champán y miré el reloj. Perfecto. Dejé la copa vacía en la primera mesa que me encontré mientras caminaba para salir del salón, y encontré al senador en una suite que parecía diseñada para un rey. Lo observé desde la puerta. Parecía nervioso, moviendo los labios sin emitir sonidos mientras recorría con la vista el texto escrito en un papel. Sin duda se trataba de un fabuloso discurso dirigido al pueblo americano.

No me molesté en llamar y avancé hacia él a grandes zancadas.

En un momento dado notó mi presencia y desvió la vista hacia mí con un movimiento del cuello

—Dominick. ¿Qué… qué estás haciendo aquí? —El temor era palpable en su tono de voz.

—Celebrar el anuncio que va hacer, senador, por supuesto. Debería estar muy orgulloso de todo lo que ha logrado. —Me di unos golpecitos en el pecho mientras recorría la habitación con la mirada. Había comida y bebida a montones y gran cantidad de cómodas y lujosas butacas. Hasta tres enormes pantallas de televisión glorificaban su bazofia política. Me dirigí al bar para servirme una copa y me senté frente al ventanal de suelo a techo para disfrutar de la maravillosa vista de la ciudad que ofrecía. Mi ciudad. El tipo no dijo ni palabra.

Pude ver el reflejo de su imagen en el vidrio y hasta el tic nervioso que hacía que se moviera espasmódicamente el extremo del labio inferior. Estaba seguro que sudaba a chorros bajo el traje

de Armani.

—¿Qué quieres, Dominick? Dentro de cinco minutos estaré delante de las cámaras. No tengo tiempo para esto. —El tono vacilante lo delataba. Estaba aterrorizado.

—¿Dices que qué quiero? —Hablé despacio, masticando las palabras—. Siento curiosidad, Drummond. ¿Vas a confesar tus pecados a los votantes?

—¿Qué pecados? —La angustia creció, si es que eso era posible.

Excelente. Di dos sorbos a la copa y no contesté hasta que dio un paso hacia mí.

—¿Por qué no escoges uno? ¿El juego? ¿Las putas? ¿Vas a informar a la audiencia y al pueblo americano que le debes a mi familia alrededor de doscientos mil dólares?

—¿Cómo dices? ¡Cabrón! ¡He empezado a pagar lo que debo! Además, la mayor parte del dinero lo gasté en uno de vuestros casinos, que es gemelo del que estáis intentando que os apruebe el comité de supervisión.

—¿Me estás amenazando, Drummand? ¿Eres consciente de que eso no te favorece nada?

Retrocedió un paso. Tanto la cara como el cuello pasaron a un tono verde bastante asqueroso.

—No amenazo a nadie, Dominick. Como te he dicho, he empezado a saldar la deuda. Pagaré hasta el último céntimo.

—Sí, ya… Lo que pasa es que los intereses te están matando. Aunque esa no es la calve del asunto.

—¿Y cuál es la puñetera clave del asunto?

Me volví de repente, salvando la distancia que había entre nosotros.

—La clave es que me perteneces, señor Hargrove. Todo lo que se te ocurra hacer necesitará mi supervisión previa. —Le ajusté la pajarita sonriendo malignamente—. Puedes dar por hecho que no tengo la menor intención de impedir que te presentes a las elecciones, siempre y cuando cumplas las reglas.

—¿Reglas? ¡Por Dios, eso es ridículo! A nadie le importa una mierda el juego. ¡La mitad de la gente de esta ciudad apuesta, y otras cosas! —siseó Drummand—. Saldría de algo como eso sin una puta mancha en el traje. —Hasta se atrevió a reírse.

—Puede que tengas razón, pero… ¿cómo explicarías esto? —Saqué del bolsillo interior una sola fotografía, una de las más explícitas que me había facilitado Kelan—. Lo que les haces a las chicas jóvenes es asqueroso, Drummand. Y esta chica hasta parece menor de edad. ¿Estabas al tanto?

Por un momento me pareció que le iba a dar un infarto. El rostro adquirió un tono carmesí y los ojos se le salieron de las órbitas. Empezó a toser y se acercó trastabillando a la mesa auxiliar para agarrar el vaso, que vació de un trago. Extendió el tembloroso dedo índice en un intento de amenaza que me pareció casi encantador.

—Cómo… te… atreves —farfulló.

Me eché a reír mientras sacaba otra foto del bolsillo.

—Conozco todos tus sucios secretitos, senador Hargrove. No puedes ocultarme nada, ni tienes nada que hacer. Si huyes, te encontraré.

—Eres un hijo de puta.

La segunda foto era mucho más devastadora, pues exponía un secreto que nadie conocía. Había caído miserablemente. Su atracción por las mujeres muy jóvenes iba a ser su perdición.

Torció la boca y se bamboleó.

—Sí, puede que lo sea. Pero, si te digo la verdad, me importa tres cojones lo que digas o pienses, Drummand. En realidad, tú me importas tres cojones, pero sí que creo que a ti te preocupa tu reputación y los negocios que has convertido en un imperio. Y también estoy seguro de que no tienes ningunas ganas de ir a la cárcel.

—Maldito seas —balbuceó—. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué…?

Me metí las fotos en el bolsillo.

—Si te avienes a cumplir lo que te ordene, la deuda de juego quedará saldada y guardaré las fotos a buen recaudo en un sitio al que solo yo tendré acceso. Solo por si decidieras traicionarme en algún momento.

—¡Dímelo de una puta vez, por el amor de Dios! ¿Qué quieres? No tengo nada. Los negocios se han ido a la mierda, he perdido hasta el último dólar que invertí. Estoy sin blanca. Pero eso ya lo sabías…

—Sí, claro que lo sabía. Pero hay algo que es mucho más precioso para ti, ¿a qué sí? —Me acerqué un poco más a él, sonriendo de oreja a oreja. Su confusión fue un chute de adrenalina para mí—. Tu hija.

—No… no te entiendo. —Su mirada era casi la de un loco.

—Caroline. Es para mí. Por completo y para siempre; podré hacer con ella lo que me dé la gana. Vas a ayudarme a que ella entienda que me la has vendido. Puedes hacerlo de la forma que quieras, pero dentro de cuarenta y ocho horas vendré a cobrar.

Tosió, se atragantó y le tembló todo el cuerpo.

—No hablas en serio. ¿Cómo voy a venderte a mi hija? ¡No lo haré, de ninguna manera! ¡Eres un lunático!

—Hablo completamente en serio, Drummand. Llevas demasiado tiempo jodiendo a mi familia y a mis negocios. Es el momento de que cambien las tornas y te joda yo a ti. Es tu decisión, solo tuya. Si quieres presentarte a las presidenciales, lo que significaría que aceptas mi oferta, seré el primero que aplauda tu decisión. Pero si no te presentas a la rueda de prensa o te limitas a hacer un anuncio vacío, lo entenderé, y mis mejores hombres vendrán a recoger hasta el último dólar que me debes. Te garantizo que se recogerá todo el dinero y que tus infracciones recibirán el merecido castigo. Por lo que se refiere a las fotografías, se enviarán anónimamente a la policía. Creo que me he expresado con claridad meridiana, ¿no te parece?

Cerró los ojos, se frotó la mandíbula y el vaso estuvo a punto de caérsele de las manos.

—Eres peor que tu jodido padre, Dominick. Un demente hijo de puta, eso es lo que eres.

—Gracias por el cumplido. —Apuré el último sorbo de la copa y le di unos golpecitos en el hombro—. Estoy deseando escuchar tu discurso. —Rei entre dientes, dejé el vaso en una mesa auxiliar y me dirigí a la puerta. Me detuve tras dar unos pasos para ofrecerle un incentivo final —. Te sugiero que des crédito a mi advertencia y que aceptes mi petición, si es que quieres que tu hija siga con vida. —Sabía que esas palabras le obsesionarían. No tenía la menor intención de hacer daño a Caroline, pero quería que el muy cabrón sufriera hasta el límite.

Salí de la habitación sin decir nada más y cerré la puerta para que nadie lo interrumpiera. Lo que no me molesté en decirle fue que pensaba probar la mercancía antes de que finalizara el plazo de cuarenta y ocho horas. El comienzo de la sumisión. Ya empezaba a disfrutar del juego.

Al volver al salón me dirigí directamente hacia la adorable Caroline, ignorando la nube de amigas que la rodeaba. Estas reconocieron mi presencia con murmullos de admiración, que por supuesto ignoré. Caroline era la pieza a cobrar. De una forma u otra, esta noche sería mía. Esperé mientras las chicas se arracimaban a su alrededor, adulándola como si su sola presencia pudiese cambiar sus vidas para mejor.

—¿Dónde expones? —preguntó la pelirroja, sonriendo encantada al notar que me aproximaba.

Caroline se encogió de hombros.

—En la galería Reynolds.

—¡Ah, sí! Es fantástica —gorjeó la rubia tetona—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Veremos… —dijo Caroline entre dientes.

Ella tenía mucho talento, pero Jim Reynolds, el dueño de la galería, era un cerdo que, con toda probabilidad, habría infravalorado sus pinturas, además de cobrar una comisión inaceptable. El tipo era el rey del porno y la galería una mera tapadera. Su colección privada de arte era para él el verdadero negocio, que vendía por cientos de miles en el mercado exterior. Lo oculto siempre es lo valioso.

La gente se empezó a animar al ver surgir camareras desde las cuatro esquinas del salón con bandejas llenas de copas de champán.

—Seguro que estás muy orgullosa de tu padre —dije sin darle importancia.

—Es un hombre muy brillante. Y sí, lo estoy —respondió entre dientes mirándome de soslayo.

—¿Quién es? —susurró la pelirroja con ojos lujuriosos.

—Un polvo con patas —contestó otra.

Caroline rio con sus amigas, fingiendo no prestarme la más mínima atención. Pero no podría borrarme de su lista. No tenía ni idea de lo que guardaba para ella.

Agarré al vuelo dos copas de champán al paso de una camarera y le ofrecí una. De entrada, hizo un gesto de rechazo con la mano, pero después se permitió dirigirme una mirada. Finalmente la

aceptó y nuestros dedos se rozaron. No tengo nada de romántico, en absoluto, pero en ese momento fue como si a mi polla le llegara una alegre corriente eléctrica. Mi mente empezó a fantasear con las vilezas y barbaridades que le haría.

—Por el éxito de tu padre.

—Te lo agradezco, pero él ya tiene mucho éxito —manifestó con contundencia. Su tono firme me pareció jodidamente sexy—. No recuerdo tu nombre. ¿Eres uno de sus… seguidores?

—Dominick Lugiano, y yo no sigo a nadie. —Dejé de hacerle caso a propósito.

—Interesante. La mayoría de la gente sí que lo hace. —No hubo ninguna señal de reconocimiento del nombre. Si había oído hablar de mí, era una consumada actriz.

Estaba claro que no sabía que yo no era como «la mayoría de la gente».

La rubia se acercó para susurrarle al oído.

—Está buenísimo.

—Más o menos —dijo bostezando como si fuera una señal entre ellas.

No hice ningún comentario. El juego era demasiado tentador. La multitud parecía entusiasmada y el volumen de la música había subido. Drummand estaba casi preparado para hacer su entrada. Mi polla volvió a encresparse, ansiosa por obtener algo más que un simple atisbo de fiesta.

—Mi padre se retrasa. —Había cierto tono de disgusto en su voz.

—Solo unos minutos. La grandeza lleva su tiempo, y me consta que para él es una decisión tremenda —expliqué amablemente.

—Sí, lo ha sido. Mi padre cree firmemente en la democracia. —Estuvo a punto de atragantarse al pronunciar esas palabras.

—¿Y tú no crees en ella?

La risa de Caroline sonó un tanto amarga.

—La verdad es que ya no creo en casi nada, señor Lugiano.

—Dominick. Por favor. —Sus amigas se arracimaron a mi alrededor, sin duda comprobando si mis cualidades físicas merecían la pena o no—. Y me encantaría saber más al respecto.

Surgió un leve rubor en su cuello, que de inmediato le iluminó también las mejillas.

—Dominick… —repitió al tiempo que asentía—. Ningún Hargrove airea sus trapos sucios. Nunca, ni ante nadie.

Su primera pista. Sutil, pero muy reveladora. Mi deseo crecía por momentos. Imaginaba su cuerpo vibrando debajo de mí, con las preciosas muñecas y los estrechos tobillos esposados.

—Muy inteligente.

Soltó un suspiro de exasperación.

—Yo soy mucho más inteligente que mi padre. Pero, por supuesto, hazme el favor de no decírselo a él.

Había oído que era una niña mimada. La confirmación no hizo otra cosa avivar la llama.

—*Touché*, Caroline —murmuré. A cada momento que pasaba me parecía más fascinante. Mi ansia por ella había surgido de las ganas de destrozar a su padre. Pero puede que el final del juego se convirtiera en algo mucho más interesante de lo que yo pensaba.

Vi a Drummand esperando en el pasillo, flanqueado por su jefe de gabinete y varios subalternos más. Parecía estar pasándolo mal, caminando arriba y abajo y echando miradas furtivas al salón demasiado a menudo.

Me acerqué mucho a Caroline, tanto como para poder susurrarle al oído.

—Esta noche estás impresionante. Digna hija de tu padre.

Nuevo sonrojo.

Nueva mirada furtiva.

Pero esta vez noté un brillo de deseo en sus ojos.

Me temblaba la polla. Tenía los huevos tensos como un tambor. Me incliné aún más e inhalé. El exótico aroma de su perfume funcionó como un sensual y poderoso afrodisiaco que incrementó mi ansia animal.

Justo en ese momento, Drummand me vio y el furor inundó su cara. Se dio la vuelta justo en la puerta.

Ella no parecía nerviosa ante mis avances y se limitaba a esbozar una sonrisa sarcástica y a llevarse la mano a la boca. Su gesto era arrogante, algo que yo no iba a olvidar.

—Nunca llega tarde. No sé cuál es el problema —dijo lo suficientemente alto como para que escucharan sus amigas.

—Vendrá dentro de un momento. —Hice el comentario sin darle importancia, como si me importara una mierda.

Y no me equivoqué.

Yo no me equivoco nunca.

El senador Drummand Hargrove hizo su entrada en el salón, pavoneándose y con una amplia sonrisa en la cara. Si algo le preocupaba, ni una solo de los asistentes podría haberlo notado. Era un actor condenadamente bueno. No obstante, vi que me miraba brevísimamente antes de llegar a la plataforma y apoyar ambas manos en el podio. La gente se arremolinó alrededor, ansiosa por tragarse todas y cada una de sus palabras.

—Damas y caballeros —empezó, con expresión seria y grave. Profesional. Todos se inclinaron hacia adelante, silenciosos como ratones de iglesia. Lo único que se escuchaba eran los constantes clics de las cámaras. No cabía duda de que el influyente senador mañana sería portada del *New York Times*. Estaba deseando leer el tóxico anuncio.

Se aclaró la garganta y hasta se atrevió a volver a mirar hacia donde yo estaba. Me pregunto cuánta gente estaría reparando en las dos gotas de sudor que asomaban a ambos lados de la frente.

—Muchísimas gracias. Vuestro apoyo lo significa todo para mí. —La multitud estalló en vítores. Esperó hasta que cesó el ruido—. Estoy aquí para anunciar mi candidatura a la presidencia de los Estados Unidos de América.

El rugido colectivo fue ensordecedor, salpicado de gritos de júbilo y silbidos que apagaron cualquier otro sonido del salón.

Salvo el de los latidos de su corazón.

Yo era capaz de oírlos desde donde estaba.

No me apresuré a apurar el champán, y solo después aplaudí con fuerza. Alrededor de diez cabezas se volvieron a mirarme.

Incluida la del senador.

Le apreté el hombro con la mano a Caroline y bajé la cabeza hacia ella. Él seguía mirándome.

—Estoy seguro de que tu padre lo tiene todo bajo control. ¿Por qué no vamos a tomar una copa a otro sitio?

Hice la pregunta en voz lo suficientemente alta como para que sus amigas la escucharan. Esperé su respuesta durante cinco segundos exactos. Una vez transcurridos, me encamine tranquilamente hacia la puerta.

—Señor Lugiano. Dominick.

Su voz profunda sonó justo detrás de mí.

—¿Sí? —Lo dije sin volverme.

—Me encantaría aceptar tu oferta. Este tipo de eventos me aburren soberanamente.

Levanté una ceja. Estaba satisfecho con el devenir de los acontecimientos, al menos hasta ese momento. Me detuve sin decir nada y ella me alcanzó y me echó una mirada seductora. El impresionante vestido de color rojo escarlata resaltaba sus redondeadas curvas. Todos y cada uno de sus movimientos era provocativos, tentadores… Lo que pasa es que ella no sabía que había encontrado la horma de su zapato

Después de todo, yo era el macho alfa de la manada de lobos.

* * *

El bar del hotel estaba repleto de seguidores de Hargrove, sobre todo de jóvenes de ambos sexos que buscaban con ansiedad un trabajo que les permitiera estar cerca de la estrella emergente. A la actitud altiva habitual de Caroline se sumó una mirada de profundo desdén. El hecho de que ignorara cualquier gesto o saludo mientras avanzaba camino de la barra del bar no me extrañó lo más mínimo.

Me encantaba el tic nervioso de que de vez en cuando agitaba la comisura izquierda de sus labios y el movimiento pulsátil de una vena del cuello. Los pezones erectos que se apuntaban en el corpiño del vestido eran una evidencia de que se sentía atraída. Todos y cada uno de sus gestos eran provocativos por naturaleza, hasta su risa destilaba seducción.

Se sentó en la barra y una vez servidos, siguió dudando a la hora de empezar a hablar.

A ese respecto, mi paciencia tenía límite.

—Mi padre opina que él puede manejar la oficina para la presidencia mejor que nadie y sus seguidores se lo creen —empezó Caroline con tono sarcástico—. Por desgracia no lo conocen bien. —Me pareció observar un punto de tristeza en su tono, que pronto fue sustituido por una muda negativa con la cabeza y una mirada molesta a la pantalla de televisión. El anuncio de la candidatura se había repetido ya varias veces, pero al volver a aparecer todo el bar estalló en aplausos y vítores, como si la multitud no lo hubiera visto antes.

—Todo el mundo esconde secretos bien enterrados en las zonas más oscuras del alma, Caroline, y la mayoría de ellos nos dejarían asombrados.

Mi afirmación no pareció sorprenderla en absoluto y siguió golpeando nerviosamente el vaso de cristal con las profesionalmente cuidadas uñas. Metió la punta del dedo índice en el vaso y después se lo pasó por los labios para recoger la gota de líquido con la lengua.

—Supongo que tienes razón. Como diría mi padre, la gente que vive en casas de cristal no debería tirar piedras.

—Sabia afirmación. En este sistema político corrupto hay demasiada gente que se esconde tras una máscara que piensan que es de acero. Pero hasta el metal mejor forjado puede deshacerse y mostrar las debilidades humanas.

—¿Debería asumir que ese desdén hacia nuestro sistema de gobierno procede de experiencias propias? —Se giró en el taburete del bar al tiempo que cruzaba y recruzaba las piernas.

El aroma de sus artimañas femeninas era abrumador.

—Tengo experiencia en muchos aspectos de la política, tanto por trabajo como por placer, Caroline. Si en las relaciones personales la línea entre al amor y el odio es muy delgada, en política la que separa la integridad y la deshonestidad es microscópica.

—Hablas en clave de misterios y adivinanzas, Dominick. Me imagino que la mayoría de las mujeres lo encontrarán intrigante e incluso sexy, pero yo no soy como la mayoría de las mujeres. —Se dio la vuelta para dejar de mirarme y compuso un gesto de absoluto aburrimiento.

Su afirmación me molestó de muchas maneras. Me estaba despidiendo sin más ceremonias. La noche había terminado y la dulce Caroline no se había enterado de que su padre había hecho un pacto con el diablo. Cuando llegara el momento de cobrar las deudas, aprendería a estar en el sitio que le correspondía, y también modales. Ninguna mujer me había hablado así nunca. Algunas me habían dejado, sí, fingiendo que habían perdido el interés, pero finalmente sus cuerpos las traicionaron.

Todo lo que tuve que hacer para que volvieran fue dar unos toques en sus dulces coñitos y obligarlas a gritar de pura necesidad, rogándome que las llenara con mi polla. Se abrieron como

flores, hambrientas de mí, incluyendo la disciplina brutal que les aplicaba. Caroline sucumbiría. Se plegaría a mis más oscuros deseos sin protestar.

Retiré la copa y me puse de pie ajustándome las solapas de la americana. Me incliné hacia delante para susurrarle al oído.

—Tú y yo nos volveremos a encontrar y cuando eso ocurra, aprenderás que yo tampoco soy el tipo de hombre con el que sueles relacionarte. Que pases una buena noche, Caroline.

Me alejé a largas zancadas, atravesando la multitud que abarrotaba el bar y llegué al vestíbulo. El sonido de sus tacones de aguja sobre el frío mármol del suelo fue música para mis oídos.

Sentí un toque en el brazo e inmediatamente un tirón.

—¿Cómo te atreves a irte de esa manera? —siseó—. ¡Ningún hombre me deja plantada, nunca!

En solo tres segundos la arrastré hasta un oscuro pasillo lateral, la sujeté contra la pared y le rodeé la cabeza con los brazos. Agarré ambas muñecas con una mano y apreté el pecho contra el de ella.

Gritó una vez y frunció los labios mientras forcejeaba.

—Y ninguna mujer puede hablarme a mí así, nunca. Hay una jerarquía entre hombres y mujeres y para las encantadoras damas que no comprenden las reglas, existe la disciplina. Lo vas a aprender muy deprisa. En la vida existe el placer extremo. Y también, en igual medida, el dolor. Tú decides qué es lo que quieres recibir. Te mereces un castigo por tus comentarios cáusticos y tu comportamiento agresivo. —Respiré hondo y bajé la cabeza hasta que nuestros respectivos labios estuvieron casi a la misma altura.

—No… te… atrevas.

Rei entre dientes, soplé el aire caliente de la boca hacia su cuello y acerqué los labios hasta tenerlos a la altura del lóbulo de la oreja. Hasta el último átomo de mi ser no deseaba otra cosa que arrancarle la ropa para exponer su delicioso cuerpo antes de colocarla sobre una rodilla. Sentiría la fuerza de mi mano, el látigo del cinturón y la dureza de mi penetración salvaje.

Y pediría más.

Sus gritos de queja pronto se convirtieron en gemidos de deseo, ondulando su cuerpo contra el mío. El roce de sus pechos encendió una llama en mí que procedía de muy dentro. Mi hambre de ella empezaba a desenfrenarse de la forma más peligrosa posible.

—No me tientes, Caroline. Soy un hombre de acción. Debes recordarlo de ahora en adelante.

La agarré las mejillas y metí la lengua muy dentro. Su sabor, el más dulce néctar de los dioses me llenó la boca, igual que su exótico perfume invadía mis sentidos y dejaba suelta la bestia que vivía en mi interior. En ese momento capté otro aroma, el de su coño, una mínima insinuación flotando entre nosotros mientras se desataba la pasión.

Rígida al principio, el cuerpo la traicionó respondiendo al mío, del todo desinhibido. Movía las caderas de atrás adelante, empujándome y atrayéndome con insistencia. Había dejado de luchar por recuperar el poder que creía tener.

Su poder no valía conmigo.

Conmigo no tenía derechos.

Mi deseo no tenía límites y la forma en la que aceptó mi beso, plegándose a mi voluntad como si ella la hubiera perdido fue la acción más seductora que soy capaz de recordar. Podía poseerla con facilidad, probar su dulce coño y meter la polla en sus lugares más prohibidos. Bajé la mano todo lo que daba el brazo y la toqué repetidamente con las puntas de los dedos. Coloqué la pierna entre las de ella y acaricié la dulce piel de su pecho; deslicé la mano hasta introducirla por debajo del vestido.

Caroline gimió sin romper el beso, la pierna temblorosa contra la mía. En el momento en que toqué el encaje de las mojadas bragas, empezó a temblar de manera incontrolable. Pero no de miedo. De ansia. De ansia incontrolable y salvaje.

Deseaba una pasión brutal.

Anhelaba una mano firme.

Cedería a la dominación absoluta.

Cuando me retiré intentó golpearme, pero solo consiguió liberar la bestia de su guarida. La arrastré hacia el cuarto de baño de hombres, dejándola en el borde del lavabo.

Jadeando, empezó a lanzar patadas y a contorsionarse para que la soltara.

—Te avisé de que no me tentaras. No voy a tolerar ningún comportamiento rebelde.

—¡Que te jodan! ¡No te pertenezco! ¿Quién te has creído que eres?

Contuve el enfado sabiendo que lo que necesitaba era una lección de autocontrol, así como una primera muestra del hombre con el que iba a pasar el resto de su vida. Utilizando la fuerza de mis piernas, la sujeté y levanté el vestido, dejando a la vista el culo redondeado. La mínima tela de las bragas desapareció entre las preciosas nalgas. A mi polla solo le faltaba gritar de pura ansia y el deseo de ensartar la verga en su dulce coño era abrumador. Todo lo que tuviera que ver con esta mujer me tocaba la fibra. Iba a disfrutar como nunca sometiéndola a la obediencia absoluta.

No dije una palabra mientras la azotaba con fuerza. Las nalgas se sacudían gloriosamente a cada golpe y los gimoteos llenaban el aire. Sabía que había otros hombres en los lavabos y su reacción ante lo que estaba pasando, fuera la que fuera, no me importaba en absoluto.

—¡Suéltame, gilipollas! —gritó al tiempo que daba un golpe con la mano en el cristal.

Gruñí y alcé la vista para contemplar la imagen de los dos. La vergüenza que reflejaban sus ojos era imponente, pero la luz del ardiente deseo incluso mayor. Lo que me sorprendió fue la naturaleza de mi propio gesto.

Salvaje. Despiadado.

El calor que empezaba a sentir en la mano me vigorizaba. Le di varios azotes fuertes más, manteniendo un ritmo casi perfecto. Ella jadeaba con fuerza y su mirada salvaje era el mayor afrodisiaco que había experimentado en mucho tiempo. Sabía que se sentía tan excitada como humillada, una combinación insuperable. Y yo estaba abrumado por la necesidad de controlarla,

de poseerla.

De utilizarla.

Cuando tuvo todo el culo colorado y caliente, le di la vuelta y la coloqué frente a mí.

—Has aprendido la lección. Espero que no hagan falta más.

Pero las habría. Desafiaría cada mandato, cada orden que le diera.

Pero un día aprendería.

Mis directrices eran muy claras y tanto su mundo como el mío estaban a punto de cambiar. No había vuelta atrás, ya no.

Reclamar el premio.

Capturar su corazón.

Destruir a mi enemigo.

Pronto…

CAPÍTULO DOS

Caroline

—Excelente, querida. Has hecho un magnífico trabajo. ¡Tus pinturas desbordan pasión y energía!

Traducción: sus arrogantes clientes no iban a comprar ni un solo cuadro.

Fulminé con la mirada al señor Reynolds, pero controlando mis emociones. Aunque durante las últimas tres horas habían entrado y salido de la galería muchas personas, ni una sola de ellas mostró algo más que cierta curiosidad por mis obras.

—¿Algún interés concreto?

—Todavía no, pero aún falta más de una hora para el cierre. —Tocó la esfera del reloj y fingió que lo llamaban. Después me apretó el brazo con la mano con demasiada familiaridad—. Flirtea, querida. Eso siempre funciona. Eres muy guapa. Utiliza esa arma en tu propio beneficio.

Estaba furiosa conmigo misma por aceptar su sugerencia. Mantuve esa sonrisa que llevaba poniendo en práctica desde hacía muchos años hasta que se alejó de mí. Siguió saludando a las personas que se habían acercado a la galería, buscando sólo el cáterin y una buena copa gratis, todo pagado con las hipotéticas comisiones que yo cobrara. Sentí una repentina necesidad de respirar aire puro para no desmayarme. Me escapé hacia la puerta trasera, a la salida de emergencia. No había otra posibilidad de buscar el exterior. Me apoyé en una pared de ladrillo, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo y clavando los tacones en el suelo. Tenía tantas ganas de dar un impulso a mi propia vida que estaba tomando decisiones estúpidas. Y eso se iba a acabar ya mismo.

Cuando escuché la puerta abriéndose de nuevo me estremecí pensando que era Reynolds de nuevo, para volver a pasarme por la cara su seboso dedo y recordarme por quinta vez que estaba haciendo eso solo como un favor a mi padre.

Yo no podía ver al individuo, pero debo reconocer que la elección de la galería había sido la elección lógica, pues era el mejor amigo de mi padre. Al principio no había entendido que lo que quería a cambio de presentar mis cuadros en su reputada galería: algunos retorcidos beneficios para él. No, gracias, no iba a hacer de modelo para él bajo ningún concepto.

Ni siquiera por los diez mil dólares que me había ofrecido.

—Parece como si hubieras perdido a tu mejor amiga, niña.

Muy aliviada, me volví hacia mi mejor amiga. Audrey Taylor había sido mi compañera de habitación en la universidad. Pronto se convirtió en la persona de la que más me fiaba y, por qué no decirlo, en mi única amiga de verdad. Conocía todos mis secretos, hasta los más sucios e íntimos, esos que se cuentan acompañados de botellas de merlot barato y gominolas. Me acercó una copa de vino y, en la oscuridad del callejón, adiviné que me guiñaba un ojo.

—¿Por qué estoy aquí? —Acepté la copa, tomando primero un sorbo e inmediatamente un buen trago. Sabía que mi padre tenía reproches para lo que él denominaba «mis pérdidas de tiempo». Este favor era en pago a mi comportamiento de hija ejemplar en la fiesta del anuncio de la candidatura. Lo que de verdad quería era que me fuera a trabajar con él. Mejor dicho, *para* él. No sería otra cosa que una subalterna de primera fila presentando sus opciones políticas. Ni de coña, gracias.

—El tipo es un gilipollas pretencioso, pero al menos estás logrando una cierta visibilidad. —Audrey me lanzó una de sus tristemente célebres miradas, esas que convierten en cenizas a los hombres.

—Tengo que vender al menos un cuadro o me tendré que pasar los dos próximos meses pagando el cáterin, y eso en caso de que consiga un trabajo remunerado. ¿Has visto la cantidad de comida que hay? No tengo ni idea de a quién estaban esperando. —Seguro que en ese momento el señor Reynolds estaba llenado aún más sus ya bastante gordos carrillos.

—Por lo menos vamos a comer bien, querida —dijo Audrey riendo—. ¡Vamos, anímate! Tus cuadros van a estar en la galería una semana, ¿no?

—Cuatro días.

—Bueno, nunca se sabe quién puede entrar y, sin más ni más, sentir que «necesita» uno de tus cuadros. Igual ese tío bueno de ayer por la noche.

Su risa contagiosa casi siempre lograba ponerme de buen humor. Pero esta noche no pensaba que nada ni nadie fuera a conseguirlo. No había logrado eliminar a Dominick de mi pensamiento, ni su rudo y atractivo aspecto ni su dominante forma de actuar, que me resultó mucho más estimulante de lo que podía admitir. Si me contoneaba de una determinada manera, casi podía volver a sentir los efectos de su mano golpeándome el culo desnudo.

—¡Ni se me ocurre! Te puedo asegurar que es una sanguijuela.

—¡Vaya, vaya! ¿Se puede saber qué te hizo el señor Ojos Azules?

Bufé y taconeé en el suelo.

Audrey indagó a fondo.

—¿Pasó algo entre vosotros que me estés ocultando?

—No. Ni una maldita cosa. —Seguía cabreada por el hecho de que me hubiera tratado como a una niña malcriada, esperando que le hiciera reverencias como una gatita inocente. No era una

experta, pero los hombres como Dominick necesitaban ejercer un control total y esperaba mi sumisión en todos los aspectos. Y yo no era ese tipo de chica.

—¡Mira lo que has dicho! ¡Tienes que actuar como si hubieras tenido la mejor experiencia de tu vida! Puro sistema *Marketing 101*, ya sabes.

—Nunca me ha gustado el marketing —bromeé empujándola—. Gracias por haber venido.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo. Tienes mucho talento.

Permanecimos en silencio un buen rato, escuchando de fondo el sonido del tráfico. No era la situación que yo esperaba en la vida, ni tampoco estaba segura de que la pintura fuera a poder pagar mis facturas. Mi padre había insistido en que recibiera educación universitaria de cierta calidad. «Aquí me tienes, papi». Camino de lo más alto.

Las dos dimos un respingo al escuchar el crujido de la puerta.

—¡Vaya, aquí estás! —dijo el señor Reynolds muy nervioso—. No te puedes ni imaginar lo que ha pasado.

Tenía mucho miedo de preguntar.

—¿Qué?

—Un hombre muy influyente ha comprado los cuadros. ¡Todos y cada uno de ellos! —Su tono de voz tenía cierto aire de resentimiento.

Audrey se aclaró la garganta y se acercó.

—¿Qué ha dicho?

Reynolds bufó y movió la mano con desdén.

—He dicho que un hombre ha comprado todos los cuadros de la exposición y ha preguntado que si tienes más. Está claro que es un gran admirador tuyo.

Estaba anonadada. Se me había puesto la piel de gallina y los pelos de punta. Pese a que los precios de los cuadros no eran excesivos y, además, tenía que contar con la comisión leonina del señor Reynolds, todavía podría hacer frente con cierta holgura al alquiler del apartamento y vivir mi vida. Había calculado al céntimo ingresos y gastos. Empecé a sentir euforia, pero conociendo al señor Reynolds, toda precaución era poca.

—¿Quién es, señor Reynolds?

—Sugiero que vengas a conocerlo. Es… Bueno, me quedaré en que es un hombre al que no se puede ignorar. Te recomiendo que tomes una copa con él, o incluso que cenéis juntos. Dale lo que pida, Caroline. Te lo recomiendo fervientemente.

—Ahora tengo que atender a otros clientes, querida. Entra inmediatamente. —Salió dando un portazo bastante sonoro.

—¿Cuál es el problema y por qué me da la impresión de que tú formas parte del acuerdo? —preguntó Audrey dando un resoplido y levantando el dedo medio.

—No tengo ni idea, pero te garantizo que no estaba planeado. Aunque no me importa lo que ofrezca el tipo. Yo no estoy en venta. —Alcé la copa y miré a la luna llena. Se me revolvió el estómago tanto que sentí nauseas.

—Vamos. Sea quien sea, lo que no se le puede negar es el buen gusto. Voy contigo. Si necesitas que le pellizque los huevos, lo único que tienes que hacer es decírmelo. —Me quitó de la mano la copa vacía maldiciendo por lo bajo.

Asentí, respiré hondo varias veces y me pasé la mano por el estómago para alisar el vestido. Había escogido a propósito uno rojo fuerte, muy ceñido. El mismo color que el de la noche anterior. Puse los ojos en blanco, pues no quería que se repitiera el desastre de la noche anterior. «Estás al mando. Eres una artista». Como si semejante mantra pudiera ayudar. No había marcha atrás en ese momento. Volví a la galería con la cabeza alta, mirando alrededor y procurando identificar a los que no estaban antes.

—Me pregunto quién podrá ser. —Audrey me agarró del brazo y me empujó hacia delante—. ¿Quieres que vaya a por otra copa? Me da la impresión de que vamos a necesitarla.

—Buena idea. —Avancé despacio, con mucho cuidado para no trastabillar con los tacones de aguja que me había comprado solo un rato antes de ir a la galería. Me moví entre los asistentes, sonriendo cuando alguien me miraba. De repente, se me heló la sangre.

Dominick.

Me detuve en seco. Hice un esfuerzo para ocultar los nervios y el enfado. ¿Después de tratarme del modo despreciable como me había tratado la noche anterior, el tipo tenía la audacia de presentarse como si tal cosa? ¿Acaso el muy cabrón me estaba acosando? ¡Arrogante hijo de puta! Respiré hondo y me calmé antes de acercarme a él. Allí estaba, en todo su esplendor, con un precioso traje a medida que hacía resaltar su potente físico y las piernas largas y musculosas. Seguramente el lino del traje costaba más que diez de mis cuadros. Lo que no podía aceptar era lo despreocupado y relajado que parecía, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando un vaso de cristal. Su aspecto era moderno e informal en todos los aspectos. Ni calcetines ni corbata, por supuesto.

No había una sola mujer en la galería que no lo estuviera desnudando con los ojos.

Respiré hondo una vez más, apreté los puños y me acerqué.

—¿Tengo que darte las gracias por haber comprado mis cuadros?

Apenas me miró. Sacó la mano del bolsillo y señaló la pintura que había llamado su atención.

—Tu audaz uso del color evocador seduce de una forma que dudo que muchos puedan entender. Los brochazos largos y suaves indican ansia de sumisión, aunque también firmeza de carácter. Tu trabajo me impresiona mucho, Caroline.

La forma de pronunciar mi nombre fue como una sedosa caricia en una mañana soleada. Odié reconocer mi asombro ante su mirada entrenada e inteligente. Lo cierto es que estaba asombrada, y mucho. Mi trabajo había sido catalogado de provocativo por más de un crítico, de erótico por otro. No obstante, él había captado la esencia en un solo párrafo, cuando todos los críticos sin excepción necesitaban cuatro o más solo para acercarse, y no con mucho acierto.

—Gracias, Dominick. La pintura es mi alegría, una pasión infatigable.

Levantó una ceja y, por fin, me miró de frente. La sensual sonrisa se pareció mucho a la de la noche anterior. No obstante, me estremecí ante el creciente nivel de autoridad de cada una de sus palabras.

—Es obvio. Tu amor por la oscuridad es creativo, un reflejo perfecto de tu personalidad.

Me dolían los pezones, ahora totalmente erectos que presionaban el suave encaje del sujetador. Todo era intenso en ese hombre, todo me atraía, pero también sentía que era peligroso en todos los aspectos. No había tenido la oportunidad de averiguar quién era y ninguna de las preguntas que le había hecho a mi padre la noche anterior habíantenido respuesta. Cuando me desperté ya había salido de casa, dejando solo una nota escrita a mano disculpándose por no poder acudir a la inauguración.

Como si le importara una mierda.

Dominick se acercó a otro cuadro y lo miró detalladamente.

—Tu padre me dijo que eras una pintora brillante y tenía que comprobarlo por mí mismo.

—¿Conoces bien a mi padre?

—A lo largo de los años hemos coincidido en algunos negocios. Será un buen presidente, aunque menos ostentoso.

Me reí.

—Ahora ya sé que estás mintiendo. Para empezar, no te importa en absoluto, pero mi padre es todo ostentación.

Le brillaron los ojos y los giró hacia el cuadro muy deprisa.

—Y ese es mi favorito. Sus líneas me hacen pensar en una mujer castigada por su desobediencia pero que acepta que el castigo es vital para su verdadero bienestar.

No supe qué decir, sus palabras eran inquietantes. Volvieron los nervios en el estómago, los mismos de la noche anterior.

Noté que Audrey se acercaba e intenté avisarla para que no se acercara. pero no me hizo caso, todo lo contrario, aceleró el paso. Su expresión era una mezcla de preocupación y de invencible curiosidad.

—Audrey Taylor. ¿Y usted es…?

—Dominick Lugiano. —Inclinó cortésmente la cabeza y le quitó de las manos la copa de vino

Audrey entrecerró los ojos y me miró, claramente a la espera de que le hiciera la señal.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. —Mis palabras sonaron ásperas y entrecortadas, incluso para mí misma.

—Ya… Estaré por aquí por si me necesitas. Cuidado con mi chica. Es muy especial. —Echó una

sucia mirada a Dominick antes de esfumarse. Sabía que me estaría observando como un halcón.

—Sí, y tan especial. No tienes necesidad de guardaespaldas, Caroline, pero sí de autoridad, y también de alguien que de verdad se preocupe por ti. —Me acercó la copa y nuestros dedos se rozaron. Sus ojos era hipnóticos, azules como nunca había visto otros, y el contraste con el pelo negro como una noche sin luna resultaba sorprendente.

La tensión era muy superior a la de la noche anterior. Tragué saliva y me di cuenta de que ya tenía empapadas las bragas.

—Necesito muchas cosas en mi vida, lo reconozco, pero la dominación no es una de ellas.

—No he utilizado la palabra dominación, Caroline, aunque no estoy de acuerdo contigo.

Pude sentir el olor de mi deseo flotando entre nosotros. Avergonzada y humillada, dio un paso atrás para bloquear sus obvios avances. Era todo seducción demoníaca.

—Dejemos la cháchara. ¿Por qué has comprado mis cuadros, Dominick?

—Tienes mucho talento. Y tu estilo va con mis gustos y necesidades.

—¿Y cuáles son tus necesidades? —Me arrepentí de la pregunta antes de terminar de hacerla. Era como cualquier otro hombre, aunque requiera de otras formas el pago por su «buena voluntad». ¡A la mierda con él! Yo no soy esa clase de chica.

Se tomó su tiempo, dando un sorbo a su copa y mirando de nuevo el cuadro.

—Soy un hombre peligroso, Caroline. Hay quien dice que soy perverso por naturaleza, pero también aprecio la belleza. Quiero tenerla a mi alrededor, en mi casa y en mi vida. Mis necesidades tienen que ver con el placer.

Me llevé la copa a los labios, incapaz de pensar en una contestación que no sonase artificial o llena de curiosidad, que le diera la oportunidad de seguir avanzando.

—No hace falta que digas nada, Caroline. Tus cuadros son una puerta abierta a la mujer que llevas dentro. El trabajo de tu padre y su falta de atención hacia ti te han endurecido. Estás deseando encontrar a alguien que te mime y te adore, pero también que esté atento a tus deseos y que corrija tus malos comportamientos de forma estricta. No ha habido ningún hombre en tu vida que se haya acercado siquiera a proporcionarte eso. Necesitas un hombre que te ayude a pelar la cáscara, que te permita sentirte a salvo y también vivir los apasionados encuentros que representas en tus cuadros.

Me reí. El estómago ya era un campo de mariposas volando sin freno.

—¿Y tú eres ese hombre?

Se acercó a mí sin respetar mi espacio vital.

—Tengo muchas facetas, Caroline, pero por encima de todo exijo respeto y obediencia, tanto a mis empleados como a las mujeres a las que les permito entrar en mi vida.

Sus palabras se introdujeron en mi mente igual que su aroma había puesto en ignición todos mis sentidos, culminado con un cosquilleo en el coño. Exótico, rebosante de testosterona, ese hombre

me intoxicaba sin poder evitarlo. Me tembló el labio inferior, lo que me dificultó dar una respuesta ingeniosa y creíble.

—Señor Lugiano, tendríamos que firmar algunos papeles. —El señor Reynolds apareció en mi campo de visión con una carpeta en la mano. Me daba la impresión de que se conocían y sentí otro escalofrío en la columna.

Dominick era peligroso de verdad, pero no por el hecho de que él mismo afirmaba que lo era, sino por la facilidad con que superaba mis defensas. A su lado me sentía desnuda, mostrando abiertamente mis instintos más básicos del mismo modo que lo hacía en mis pinturas para quien las supiera interpretar, pero la dominación no era uno de esos instintos.

—Por supuesto. —Me hizo una mínima caricia con el dedo índice en la barbilla, lo suficiente para enervarme—. Espero que tengamos la oportunidad de continuar con esta conversación, quizás tomando una copa. Si es posible, me gustaría visitar tu estudio. Serviría para desvelar una dimensión más de una mujer increíble.

Nunca había llevado a nadie a aquel sitio enano que había alquilado en una zona de la ciudad, fea, pero en alza. La localización era la única que me podía permitir. Mi padre se negaba a que pintara en su casa, pero finalmente me había acostumbrado y hasta enamorado de los pequeños restaurantes y locales de música en vivo que proliferaban en ese barrio.

—Ya iremos viendo, Dominick.

Entre dientes, masculló algo para sí mientras se alejaba con un aire de confianza y un atractivo sexual que me resultaban abrumadores. Daba por hecho ya era presa del deseo y que mis defensas se habían desplomado con facilidad.

Estaba equivocado. Total y absolutamente. Yo no era una mujer que se dejara dominar por un hombre, de ninguna manera y en ningún aspecto.

—¡Qué está pasando? —me susurró Audrey al oído—. La otra noche ya pasó más o menos lo mismo. ¿Lo conocías de antes?

—No.

—Vaya, pues él sí que parece conocerte. Por su lenguaje corporal leo perfectamente en qué está pensando: sexo duro. —Se abanicó la cara con la palma de la mano y volvió a sonreír—. Espléndido. Juraría que lo he visto en algún sitio. ¿Es modelo?

—No es modelo, Audrey. —Era mucho más poderoso que eso. Me había puesto a caminar en dirección a la oficina, como si lo estuviera siguiendo.

—Ese tipo te gusta.

—No lo sé. Que haya comprado todos mis cuadros quiere decir algo, supongo.

—Disfruta de ello, querida, te has convertido de repente en una artista de éxito.

Estaba feliz por mí y esa felicidad contribuía a la mía propia. Tenía razón. Tenía que agradecerle el que en esos momentos estuviera extendiendo un cheque por valor de unos treinta mil dólares. Me encandilaba que fuera un auténtico depredador, pero también me aterrorizaba. Lo veía

dispuesto no solo a devorar mi cuerpo, sino también mi alma.

—Tienes razón. —Fingí otra sonrisa. Me tembló la mano al levantar de nuevo la copa.

Dominick no dejó de mirar hacia mí tanto antes como después de sacar la chequera del bolsillo interior de su americana. Estaba segura de que, fueran los que fueran sus planes con respecto a mí, la máscara terminaría por caer, dejando expuesto los oscuros deseos que decía conocer. Lo que no iba a decirle era que ardía de necesidad, que mi cuerpo clamaba por un tipo de pasión que sólo conocía gracias a la lectura.

Pero estaba totalmente aterrorizada, no sólo por el hombre en sí, sino por lo que pudiera permitirle hacer.

—Tengo que marcharme. Mañana tengo que levantarme pronto para trabajar. ¿Seguro que vas a estar bien?

—¿Cómo? —La estaba oyendo, pero no podía apartar de él los ojos ni la mente.

—Vamos a ver… te voy a dar un consejo. Es muy sexi. Evidentemente es rico y le interesas mucho. Te mira como si lo que tuviera delante fuera un buen trozo de la carne más jugosa del mundo. ¡Lánzate! Hace meses que no tienes un novio como Dios manda y ese surfero rubio de peluquería no cuenta. Disfruta de tu éxito, querida niña. Sólo se vive una vez.

Me quejé cuando me pellizcó el brazo.

—Precisamente es de eso de lo que tengo miedo.

—¿Del éxito o del hecho de que un hombre te encuentre irresistible? —Me guiñó el ojo mientras caminaba hacia la salida.

—De ser devorada —susurré.

Por algún motivo que ni yo misma entendía me dediqué a charlar con algunas de las pocas personas que aún quedaban en la galería. Él había desaparecido con Reynolds en el despacho de la galería. Tenía la terrible sospecha de que estaban hablando de mi trabajo de forma insidiosa. La idea me irritaba, pero no tanto como para hacer desaparecer la excitación que sentía en oleadas que llegaban hasta el mismísimo corazón.

De pie, delante de mi cuadro favorito, tracé sus líneas maestras en el aire con los dedos. Dominick tenía razón. Cada obra de arte tenía su propio significado, pero todas ellas giraban alrededor de las intensas emociones que poblaban mi alma.

Valiente.

Confiada.

Perturbadora.

Esas eran las palabras que me describían.

Sentí una mano alrededor del cuello ejerciendo una sujeción firme y controladora, aunque también suave. Me volví a estremecer ante su contacto, pensando en hasta qué punto había sido capaz de ver a través de mí.

—Creo saber que tienes al menos una docena de cuadros más. —El tono ronco de Dominick era de lo más seductor.

—La gran mayoría están sin terminar —dije. Mi pulso era frenético.

—Me encantaría verlos. Si se parecen a estos, me quedaré con el producto final.

—No te conozco, Dominick, y lo que pasó anoche no me gustó nada. —No pareció gustarle mi franqueza. Se puso tenso.

—Caroline, te aseguro que, si quisiera herirte de alguna manera, ya lo habría hecho. Estoy interesado en tu arte y también en la mujer que lo ha creado. Si me lo permites, quiero disfrutar viendo el estudio en el que has hecho tus obras maestras y decidir si quiero comprar el resto. Nada más.

Analicé sus palabras con el corazón acelerado, al igual que todas y cada una de las células de mi piel. Todo en él me atraía salvajemente y tenía la boca seca de excitación y de sórdido deseo.

—Entonces te lo voy a enseñar, pero…

—¿Pero? —preguntó al tiempo que me acariciaba el pelo.

—Pero cuando te diga que te marches, deberás hacerlo.

—Me parece bien.

Ma quitó de la mano la copa de vino de forma absolutamente posesiva. Sus dedos envolvieron los míos con firmeza y me condujo hacia la puerta principal sorteando a la gente que aún quedaba en la galería. No había llevado abrigo y el frío era intenso. Me temblaban las manos y los pies.

—Tengo el coche aquí al lado. Sígueme —dije haciendo acopio de la escasa confianza que me quedaba.

—No. Vendrás conmigo. —No hubo discusión. Me llevó al pequeño aparcamiento público y, dentro de él, a una zona reservada. Tuve claro que su aparición en la galería se había preparado con antelación.

El Ferrari era espectacular. La brillante carrocería refulgía incluso a la luz de la escasa iluminación de seguridad. Hasta el “bip-bip” de los seguros de las puertas me hizo sentir un estremecimiento en la parte trasera de los muslos. Sentarse en un coche como este con un extraño no podía resultar adecuado para ninguna mujer. Un atractivo devastador y la correspondiente chequera tampoco tenía por qué significar que fuera un asesino en serie. La parte aventurera de mi ser pedía a gritos seguir adelante con lo que pudiera pasar, pero mi mente racional pedía salir corriendo de allí.

Cuando abrió la puerta para que me sumergiera en el lujoso asiento de cuero, toda mi determinación se fue al traste.

Se sentó en el asiento del conductor y me miró.

—¿A dónde vamos, Caroline?

—A la calle Columbus.

Musitó algo entre dientes mientras asentía. Encendió el motor y maniobró para salir del aparcamiento en un par de segundos. El vibrante rugido del motor se colaba entre mis muslos y me ponía la piel de gallina. Como durante toda la noche, me dolían los pezones y mi mente se inundaba de escenas sucias como las que se describían en las novelas románticas.

Era temerario.

Era peligroso.

Era… fabuloso.

—Abróchate el cinturón, Caroline. —Lo dijo con voz ronca y exigente y obedecí de inmediato. Encogí los dedos de los pies mientras avanzaba por la abarrotada calle. Era evidente que controlaba el fabuloso coche hasta el último detalle, acelerando tras los semáforos y tomando las curvas con agresividad como si el Ferrari estuviera participando en una carrera.

Estuviera o no intentando asustarme, lo cierto era que me lo estaba pasando muy bien. Estaba acostumbrada a la inestable forma de conducir se mi padre. Me repantingué en el asiento, rodeada por la extrema suavidad del cuero. Opulencia. Era la palabra perfecta para describir a un hombre como él.

Dominick parecía saber exactamente a dónde iba y hasta tomaba atajos que yo había descubierto hacía muy poco. Al llegar a Columbus aminoró la velocidad dejando el coche al ralentí, sin dejar de mirar al parabrisas.

—¿Y ahora?

Señalé un edificio de almacenes que se habían reconvertido en apartamentos y estudios, a solo una manzana de dónde nos encontrábamos. Aparcó el coche con habilidad justo delante del edificio de ladrillo marrón y se bajó del coche tras agarrar una bolsa de tela de debajo del asiento. Me puso la mano en la espalda, acariciándome con sus dedos largos y bien cuidados. Ya era suya. Me seguían temblando las piernas y la cabeza me daba vueltas tras los acontecimientos de la noche. ¿Cómo demonios había dejado que pasara esto? Nadie tenía ni idea de a dónde había ido y en el edificio solo había unos pocos apartamentos alquilados. Este individuo que se autocalificaba de peligroso podía perpetrar cualquier acto atroz sin que nadie reaccionara a mis gritos.

Eso en caso de que pudiera pedir auxilio.

—Quinta planta —susurré.

—Muy bien. —No dijo nada mientras esperábamos la llegada del ascensor, aunque me di cuenta de que la paciencia no era una de sus virtudes: no parada de cambiar el pie de apoyo. Estaba acostumbrado a obtener todo lo que deseaba y a que se atendieran sus deseos como si fuera el único hombre de la ciudad que realmente importaba.

Poderoso.

Influyente.

Parecía tenerlo todo.

Cuando llegó el ascensor se puso a escasos centímetros de mí, sin respetar mi espacio vital.

—¿Qué llevas en la bolsa? —me atreví a preguntar con fingido tono intrascendente.

—Ciertas cosas que quizá necesitemos. La verdad es que esperaba que la noche se desarrollara como lo estaba haciendo. —No hubo más explicaciones. Dejó la bolsa en el suelo y dio unos golpes con la palma de la mano en la pared de acero inoxidable del ascensor, con la habitual sonrisa seductora en el rostro—. Eres muy hermosa, Caroline, una flor preciosa y recién formada que debe cuidarse con mucho amor. —Suspiró y su cálido aliento cayó como una cascada sobre mi cara.

Mirándolo a los ojos, me negué a darle lo que sin duda estaba esperando.

—Los cumplidos te molestan. —Cuando bajó la cabeza me pareció que el corazón iba a salírseme del pecho, como si la cercanía alimentara las brasas que ardían en mi vientre.

—Te… te lo agradezco. Sí que me gustan los cumplidos.

Otra risa entre dientes. Otro suspiro hondo. Un ligero gruñido. Me puso el dedo índice en la barbilla para elevarla, acercando aún más los labios hasta dejarlos a unos centímetros.

—No tengas miedo, no hay porqué. Aunque siempre habrá dolor y a veces sea angustioso, lo que busco es proporcionarte el *summum* del placer.

Yo sabía que el placer sólo llegaba a cambio de un alto precio.

—No te tengo miedo a ti, Dominick. Lo único que pasa es que no sé si voy a ser capaz de soportar tu colonia durante mucho más tiempo…

Guardó un hierático silencio durante unos diez segundos. Después estalló en carcajadas.

—Tomo nota. Queda desterrada de mi colección.

Lo dijo como si poseyera innumerables colecciones de juguetes y chucherías de naturaleza perversa. Me pregunté si, entre ellas, existiría también una colección privada de mujeres.

El ascensor se detuvo de golpe con un ruido sordo. Nunca me había gustado el antiguo artefacto y procuraba subir andando siempre que podía. Esta noche el pequeño cubículo resultaba sofocante. Respiré varias veces, rogando que se abrieran las puertas.

En ningún momento relajó su cercanía, sus labios casi sobre los míos. Tomó aire con el gruñido habitual, como el de una bestia a punto de devorar a su presa. Me atravesó una ola de deseo y me remojé los labios, deseando que los invadiera de una vez. Deseaba que me tomara en sus brazos, me levantara y me arrasara con pasión. Quería sentir su lengua invadiéndome la boca, sus manos magreándome los senos ansiosamente, sus dedos pellizcándome los pezones.

Y tener en mi coño su polla, gruesa y palpitante, hasta el fondo, follándome como una bestia salvaje, devorando cada centímetro de mí. El pensamiento era malvado e insidioso, pero en ese momento era todo lo que deseaba. Sin embargo, no iba a ocurrir. Ahora no. Ni ahora ni nunca.

No moví un solo músculo mientras me merodeaba, a la espera de mi reacción.

Finalmente, mi pensamiento racional tomó el mando. Me erguí, me aclaré la garganta y señalé con la cabeza las puertas abiertas.

—Este es el piso de mi estudio.

—Qué excitante. —Dominick volvió a golpear la pared del ascensor, con el cuerpo inclinado y acechante sobre el mío. Me incitaba a que respondiera y reaccionara a sus actos de dominación.

Apoyé la mano contra su pecho y el movimiento, de tan solo unos milímetros, fue suficiente para que nuestros labios se encontraran por fin. Expectante, contuve el aliento.

Respondiendo a su envite.

Soltó una mínima cantidad de aire y fue él quien dio un paso atrás y recogió la bolsa del suelo.

—Eres fascinante en todos los aspectos, Caroline Hargrove. Será un placer descubrir todas tus facetas, proporcionarte la atención que mereces, pero es necesario que sepas algo fundamental acerca de mí.

—¿Que eres obsesivo? ¿Que eres capaz de sobrepasar cualquier concepto de autoridad, e incluso de decencia para conseguir todo lo que deseas? —Le brillaron los ojos, pero no rectifiqué. Era lo que pensaba.

—Una magnífica observación, Caroline. Estás en lo cierto. Pero hay un aspecto más que te sugiero que aceptes.

—¿Cuál?

—Yo gano siempre.

CAPÍTULO TRES

Dominick

Me habría enfrentado con cualquiera antes de admitir que Caroline iba a conseguir sorprenderme de verdad. La chica era mucho más formidable de lo que yo había pensado. Sus cuadros era un claro ejemplo de las muchísimas facetas que conformaban su personalidad y todas ellas enmascaradas por los requisitos de su padre. La idea me intrigaba, dadas las oscuras inclinaciones de Drummand. Iba a disfrutar muchísimo sacando a la luz todos los componentes de esa mujer, que se ocultaban tras una máscara de acero impenetrable.

Y lo haría, aunque fuera necesario destruirla.

Caroline era asustadiza, aunque curiosa. Una poderosa combinación. Podía oír los latidos de su corazón mientras abría el cerrojo, lo que denotaba cierto miedo a lo que pudiera pasar. La cosa tenía su gracia. La habitación era muy extensa, estilo almacén con ventanales a lo largo de dos paredes. Todo era tal y como me lo había imaginado. Irradiaba talento y demostraba su necesidad de mantener oculto ese aspecto de su vida personal.

—Esto es todo —dijo Caroline con cierta tristeza. Dejó el bolso y se cruzó de brazos mientras recorría los distintos caballetes. Me resultaba fascinante observar sus gestos cambiantes. La polla me palpitaba de puro deseo. Recorrió con el dedo índice varias telas de cuadros incompletos negando con la cabeza y mascullando. Era obvio que criticaba su propio trabajo y que se sentía insatisfecha. Cuando terminó el recorrido, se dirigió a los ventanales de suelo a techo del extremo más alejado de la habitación, lo más lejos posible de mí.

Yo me quedé quieto en mi sitio, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el asa de la bolsa. Prácticamente todas las paredes libres estaban ocupadas por telas vacías, y sobre las mesas y los estantes había montones de botes de pintura de colores vivos. Bastantes de ellos estaban abiertos, lo que indicaba que había estado aquí hacía no mucho. En un estante había varias batas de trabajo perfectamente dobladas y lavadas, pero con manchas de tinta que no se había logrado eliminar con el lavado. En el estudio sólo había una antigua silla de madera de respaldo alto con muchos adornos pero bastante deteriorada, que seguramente había vivido mejores tiempos. En estos momentos solo servía para colocar un aparato de música portátil y varios CD. El único lujo eran unas luces, cuya instalación en el alto techo seguramente había costado bastante dinero, que iluminaban casi todos los rincones del estudio.

Caroline apoyaba la cabeza en el cristal mirando al exterior, como si pudiera ver las luces de la ciudad. pero eso era imposible. Yo conocía muy bien esa zona de Nueva York, en la que había camellos prácticamente en cada esquina. Los pocos negocios que se habían trasladado aquí hacían lo que podían para permanecer al margen de las guerras territoriales. Una razón más a mi favor a la hora de reforzar mi autoridad sobre los capullos que causaban tanta destrucción. Pagarían por sus pecados.

Solté el aire y me acerqué a una de las mesas, haciendo sitio en un rincón para dejar la bolsa. Ella ya había averiguado que nuestro encuentro no estaba siendo fortuito. El hecho de que hubiera traído champán seguro que incrementaría su resistencia. Me hervía la sangre sólo de pensarlo. Y no era por el proceso de seducción, sino porque se iba a tratar del primer paso hacia la propiedad completa; no obstante, lo que necesitaba ahora era su confianza en todos los aspectos. De momento.

Caroline se volvió al escuchar el pop del corcho y me miró entrecerrando los ojos.

—¡Vaya, champán! ¿Tienes también bombones y rosas en la bolsa?

Serví dos copas y me acerqué a ella caminando despacio. Me detuve frente a un cuadro, dejé su copa sobre una mesita estilo bandeja y di un sorbo a la mía. Noté que sentía tanta curiosidad como antes, quizá esperando una nueva demostración de admiración por su trabajo. En un momento dado miró la copa.

—Si quieres una copa de champán, Caroline, vas a tener que acercarte y explicarme tu trabajo.

Se pasó la mano por la cara e, incluso desde mi alejada posición, fui capaz de ver que se sonrojaba. Dudó por un momento y después se separó de los ventanales.

—No soy un hombre paciente, Caroline, y te vas a dar cuenta pronto de que siempre espero que se obedezcan mis órdenes.

—No sabía que era una orden.

—Sí que lo sabías.

Me miró de arriba abajo, pero unos segundos después empezó a andar despacio hacia mí con gesto confundido. Luchaba contra sus deseos. Cuando llegó a mi altura la agarré por el pelo obligándola a torcer el cuello en dirección a mí.

Debo decir en su honor que no gimoteó, sólo me miró con los ojos muy abiertos.

—Si quieres algo, tienes que pedirlo.

Pasó un minuto entero, durante el cual ni pestañeé, asegurándome de que entendía que, aunque esta noche iba a actuar con indulgencia, tenía autoridad absoluta sobre sus necesidades y deseos. El endurecimiento de los pezones apretados por el sedoso material del vestido dejaba a las claras lo que estaba sintiendo.

Mi hambre había llegado al máximo.

—¿Puedo beber una copa de champán, por favor? —pidió en lo que apenas fue un susurro. El sonido, filtrado por mis oídos, me satisfizo de una forma que ella nunca podría entender.

Aprendería a obedecer.

El tacto sedoso de sus cabellos hizo que mis cojones se pusieran tensos.

—Mucho mejor. Puedes.

La solté y agarré la otra copa, que aceptó con la respiración entrecortada.

—Ahora, explícame cosas acerca de tus cuadros. No me ocultes nada, porque si lo haces sufrirás un castigo.

—Un castigo… —repitió. La única señal de su nerviosismo eran las mínimas gotas de sudor que cubrían la parte alta de sus mejillas. Pestañeó antes de volver la vista hacia uno de los cuadros inacabados. Los nudillos de la mano que sujetaba la copa estaban blancos—. Vi a una jovencita encantadora sentada en una cafetería, sola y rodeada de libros. Parecía solitaria, pero al observarla vi que se reía cada pocas frases y que se sonrojaba como si tuviera un secreto de lo más oscuro. Me imaginé el tipo de imágenes que estaría viendo en su mente. Depravadas. Eróticas. O simplemente encantadoras.

—Fascinante. ¿Por qué escogiste el lado oscuro del sexo?

Tragó saliva y dio un nervioso sorbo de champán. Por cómo reaccionó, las burbujas seguramente habían cosquilleado su lengua.

La agarré por el cuello y la acerqué a mí hasta que la copa fue lo único que se interpuso entre nuestras bocas. Esta vez sí que se estremeció, tanto que le temblaba todo el cuerpo. Respiré hondo varias veces antes de juntar mi boca con la de ella e introducir la lengua.

Me arañó la americana, abriendo y cerrando las manos mientras nuestras lenguas se entrelazaban. Estaba tensa y me empujó durante varios segundos para alejarme de ella. Fui consciente al instante del momento en el que aceptó mi control y se relajó soltando un jadeo ahogado en el momento de placer. Su sabor era exquisito. La polla empujaba con fuerza contra la tela de los apretados calzoncillos y pantalones, demasiado apretados en esos momentos. Estaba preparado para tomarla en ese mismo momento, para arrancarle la pose de bella ingenuidad o de falsa dignidad que guardara dentro, pero estábamos empezando, nada más.

La desoladora oscuridad que había afligido mi alma años atrás reapareció. Todo en esta mujer, desde su aire vulnerable hasta el absoluto desdén que mostraba hacia cualquier cosa o persona que rehusara seguir las reglas básicas de la humanidad, eran tentaciones que no podía resistir.

Quería verla destruida, llevada a lo más básico de su ser, mendigando cada mínimo detalle de mi adoración. Necesitaba apartarla de esa vida que ella consideraba respetable, arrancarle la máscara que le impedía paladear el lado oscuro.

El fuego que ardía dentro de mí era enfermizo, depravado y, llegado a este punto, apenas podía contener al diablo.

Aunque de alguna manera, mi corazón y mi alma habían aceptado ya el hecho de que ella iba a ser la que derribara mis murallas y sacara a la luz la verdad.

Cuando interrumpí el beso, se tambaleó y se agarró con fuerza a la tela de la americana.

—Humm… —El jadeo fue casi inaudible, su tono se entrelazaba con mis propias sensaciones de depravación. Di un paso atrás para romper la conexión que se había establecido entre nosotros.

Me dejó ir, se apartó de los ojos un mechón de pelo y se volvió de nuevo hacia el cuadro.

—Este es mi espacio vital, todo y solo mío. Es muy personal, como los cuadros. Nadie más había estado aquí antes. —Pronunció las palabras detenidamente, con una pausa después de cada una de ellas.

—Ya… —Me tomé un momento para analizar la información—. Entonces, ¿por qué me has dejado venir, Caroline?

—Porque me lo pediste.

Las palabras se quedaron flotando en el aire. Se permitió otra risa ronca cuyo sonido caló en mis oídos. Tras un nuevo sorbo de champán, dejó la copa entre los trastos y seleccionó inmediatamente un pincel. Sin la más mínima vacilación mojó el pelo del pincel en un bote de pintura roja y, con mucha rapidez, dibujo una línea diagonal.

La observé fascinado por su manera de trabajar, con una fluidez de movimientos mucho más sensual de lo que podría haber imaginado. Al cabo de unos pocos segundos estaba tan concentrada en lo que hacía, mezclando los colores a toda velocidad, que pareció olvidarse por completo de mi presencia.

Mi hambre creció desmesuradamente, como cuando se encierra una fiera en una jaula. Tras apurar la copa, me di cuenta de que mi ansia había pasado a la necesidad de libar su dulce néctar. Ni se inmutó cuando lancé una de las prendas al suelo, justo frente a la ventana sobre la que se había apoyado hacía un momento. Eché un vistazo a la oscura noche exterior, disfrutando por anticipado del control que estaba a punto de usurpar. La adorable mujer no tenía ni idea de que yo era el diablo disfrazado a la espera de reclamar mi pieza. Mi reflejo en el cristal no mentía.

Tenía ansia de éxtasis. Iba a empezar a darse cuenta del poder que ejercía sobre ella, sobre su cuerpo y su alma.

Su concentración era absoluta y me permitía ir detrás de ella sin que lo notara. Sin decir nada froté las puntas de los dedos por la parte de atrás de sus brazos, maravillándome ante la reacción de su piel.

Le tembló la mano en medio de una pincelada. Hasta el delicado sonido de su jadeo, tan suave y discreto, fue capaz de provocarme una erección casi angustiosa.

Le besé la parte de abajo del cuello, y mantuve allí los labios mientras le hablaba.

—De lo que aún no te has dado cuenta es de que me perteneces, Caroline.

—No te entiendo.

—Creo que sí. Analiza tu alma. Soy exactamente lo que añorabas todas esas noches solitarias, un hombre capaz de proporcionarte no solo disciplina, sino lo que te hace falta para conseguir lo que más deseas. —Le quité el pincel de la mano y lo dejé lentamente sobre la mesa. Observaba con atención todos mis movimientos, subiendo y bajando los hombros.

—No, yo…

—Dime que estoy equivocado y me iré. Por ahora.

Caroline dudó y pestañeó varias veces con lentitud. No sabía qué esperar, ni tampoco lo que yo esperaba. Enseñarle iba a ser algo maravilloso.

—Estoy…

—¿Sí?

—¿Cómo lo sabías?

—Porque tenemos una conexión primaria que no se puede negar. Te ducharé de placer siempre y cuando sigas mis reglas. Es así de simple. —Le bajé las tiras de los hombros esperando que me apartara como hacía habitualmente.

Pero esta vez no ocurrió.

Salvo el adorable modo de cubrirse los pechos manteniendo el vestido en su lugar. Pasé el dedo índice por la columna, acariciando cada vértebra, una por una, hasta que llegué a la mínima cremallera que todavía sostenía el vestido.

—Eres muy hermosa, pero no tienes idea de lo tentadora que resultas. —Probé hasta conseguir introducir la mano y acariciar su suavísima piel.

—Gracias… —Un mínimo gemido escapó de sus labios voluptuosos. Intentaba luchar contra nuestra conexión con cada fibra de su ser.

Era perfecto.

Ella era perfecta.

Mucho más de lo que nunca podría haber imaginado.

—Pero te falta disciplina, como a tantas mujeres. Mereces una mano firme.

Caroline inclinó la cabeza hacia un lado y torció la boca como si fuera a contestar. Arrugó la nariz, pestañeó varias veces y se movió dejando caer el vestido y exponiendo los pechos.

Sus pezones se endurecieron adquiriendo la tonalidad del mejor vino rosado.

—Me pertenezco a mí misma —dijo por fin—. No necesito nada ni a nadie.

Desafiante, sí, pero sin convicción.

—En eso estás muy equivocada. —Deslicé la uña del índice desde el coxis a la cadera, ejerciendo presión suficiente para hacerle contener el aliento.

—Yo nunca me equivoco —susurró de forma casi inaudible.

«Sigue luchando, mi querida Caroline».

Le di dos azotes en las nalgas, sonriendo entre dientes.

—Aparta las manos, Caroline.

Me vi obligado a golpear cada vez más fuerte, hasta que obedeció. El vestido cayó al suelo silenciosamente, cubriéndole las uñas pintadas de color carmesí. Su aroma era embriagador y cada inhalación enviaba una corriente eléctrica a todos y cada uno de mis músculos.

Movía el cuerpo hacia atrás y hacia delante y ahora toda su desnudez era pura y deliciosa piel de gallina. Se me hizo la boca agua, el hambre era insaciable. La separé del cuadro y entrelacé los dedos con ella mientras caminábamos hacia la manta improvisada.

Su cálido aliento inundó el cristal de la ventana formando una capa de vaho. Su cuerpo seguía temblando y el olor procedente de su entrepierna destilaba deseo. Desbordaba ansia.

Le solté las manos, le aparté el pelo del cuello y le pasé el dedo por la clavícula.

—A las chicas que obedecen les suceden cosas buenas. Tenlo siempre en cuenta.

Incluso en el sucio reflejo del cristal se veía que tenía los ojos vidriosos. Había gotas de agua y motas de polvo en las ventanas, un reflejo de la peligrosidad de las calles. Ella no tenía ni idea del peligro que corría, no se daba cuenta de la cantidad de monstruos que disfrutarían devorándola de las formas más atroces. El hecho de que no le importaran los camellos y las prostitutas que merodeaban en cada esquina me resultaba enormemente seductor.

—Apoya las manos en el cristal.

La única reacción de Caroline fue mirar hacia su izquierda. Hizo lo que le dijo, extendiendo mucho los dedos sobre el cristal.

—Excelente. Puedes aprender a obedecer. —Di un paso atrás y, sin dejar de mirarla, me desabroché el cinturón. Quería que probara el contacto con el cuero y que supiera que, más pronto que tarde, me pertenecería. Doblé la gruesa correa y la sujeté bajo mi nariz.

Ella observaba todos mis movimientos con su mirada cautivadora, estudiándome con enorme intensidad. Me sorprendía que no protestara ni que rehusara seguir mis órdenes. Por mi parte, yo era en ese momento pura adrenalina, con los nervios a flor de piel.

Antes de empezar el turno de disciplina, aspiré con fuerza el rico aroma del cuero. Un único estremecimiento significó para mí la más dulce de las recompensas. Sólo emitió un gemido entrecortado cuando le rocé la columna, moviéndome lentamente entre sus piernas. Mi gruñido fue más agudo que el suyo cuando le puse la mano en el coxis, forzándola a que se arquera mínimamente. Desde esa distancia podía contemplar los labios del coño brillando de ansiosa humedad.

Moví el cinturón de atrás adelante sobre su coño. Frunció los labios y respiró hondo varias veces.

—El castigo es mucho más satisfactorio de lo que puedas imaginar. Solo con la obediencia absoluta podrás alcanzar el éxtasis de satisfacción.

Levanté el cinturón para desplegar la correa en el aire y el chasquido que se produjo fue más satisfactorio que la mejor de las músicas. Giré la mano para agarrar ambos extremos con ella y le apliqué dos correazos en el redondeado culo.

—Oh… —Se elevó sobre las puntas de los pies, apoyando los dedos con fuerza en el cristal.

Resultó mucho más placentero de lo que me hubiera podido imaginar. Un gruñido salvaje salió de mis labios al repetir el movimiento y ver como la correa dibujaba marcas de precioso color rojizo en su piel. La idea, al menos hoy, era no dejar cardenales, pero sí una huella indeleble de la noche en su memoria.

Y del hombre.

Le separé las piernas. La erección fue brutal cuando la golpeé otra vez. Y otra vez. La fuerza era suficiente para que su cuerpo se balanceara. Hasta sus dedos meñiques estaban blancos y su aliento formaba en el cristal círculos de vaho.

—¿Crees que te está viendo alguien, a esta viciosa que está siendo azotada frente a una ventana?

—Puede ser…

—Deberían. —No me detuve. Era como si la correa trabajase con voluntad propia, golpeándole las nalgas hasta la parte alta de los muslos de forma perfectamente calculada. Todo mi cuerpo estaba en ebullición, con un ansia tan intensa que me dejaba sin aliento. Era una mezcla de deseo y pura necesidad de poseerla por completo.

De disciplinarla.

De entrenarla.

Llegaría el día en que implorara su castigo, sabiendo que al hacerlo iba a obtener el culmen del placer. Le puse la mano abierta en el culo para sentir el calor.

Bajó la cabeza y respiró a boqueadas, con los adorables mechones escondiéndole la cara.

La agarré del pelo y le acerqué la cabeza a centímetros.

—Cuando recibas tu castigo, si te lo digo tienes que mirar.

—Sí, señor. —El tono fue punzante, con una pizca de enfado que luchaba contra lo que yo sospechaba que era deseo de ser dominada, algo que nunca iba a reconocer. Romper su coraza iba a llevar tiempo.

Seguí sujetándole el pelo mientras le aplicaba varios golpes más. Apretó los dientes y el silbante sonido flotó en cierto modo por encima de la música. No había un motivo real para que lo que estaba pasando me excitara tanto, pero tenía la polla a punto de estallar, y me dolía más que nunca. No estaba seguro de desear que todo esto terminara, pero la necesidad era demasiado grande.

Me eché hacia atrás procurando controlar mi agitada respiración y coloqué el cinturón encima de uno de sus lienzos. Bien a la vista.

—Acércate.

Caroline se irguió y se pasó los dedos por el pelo antes de volverse para mirarme otra vez de arriba abajo. Se pasó la lengua por los labios varias veces y, muy despacio, fue cayendo de rodillas. La seducida se había convertido en la seductora. Se fue acercando a mí, exagerando los

movimientos como si fuera una gata gigante preparándose para cazar su presa.

Esperé apretando los puños tanto que me clavé las uñas en las palmas. Su manera de provocarme, absolutamente tentadora, tenía cierto aire de control, algo que no podía volver a ocurrir jamás. Pero esta noche quería disfrutar de su valentía y comprobar hasta dónde era capaz de llegar en su intento de seducirme.

Una vez entre mis piernas me acarició con ambas manos arriba y abajo, aplicando una mínima presión. Cuando rozó la parte interior del muslo con la cara, me quité la americana y la lancé lejos. Siguió moviendo las manos aleatoriamente, arriba y abajo siguiendo el mismo ritmo al que ondulaba el cuerpo. Ronroneando, me quitó un zapato y después el otro y empezó a juguetear con mis pies.

Esta mujer era una caja de sorpresas, se introducía por las grietas más oscuras de mi mente como si buscara la bestia que escondía. No podía empezar a enamorarme de ella. Era un objeto. Un juguete. Pero entonces, ¿por qué empezaba a sentir algo por ella?

Me desabrochó los pantalones y me los bajó del todo en segundos, junto con los calzoncillos. Me quité la camiseta por la cabeza, no quería perder más tiempo. Me besó y me lamió las piernas moviéndose de un lado a otro e ignorando por completo mi polla erguida. Y no paraba emitir a cada rato un ronroneo suave y seductor.

Se me nublaba la vista, incapaz de enfocar los ojos mientras jugaba conmigo y me raspaba la piel con la lengua. Se fue poniendo de pie muy despacio, sin dejar de besarme el estómago conforme avanzaba hacia el pecho.

Escuché el sonido gutural de mi propio jadeo, como si yo fuera el único que estuviera perdiendo el control.

—¿Qué necesitas? —preguntó antes de pasar la lengua por uno de mis pezones, y después por el otro.

Le tiré del pelo sin control para ponerla del todo de pie.

—Todo lo que desee. —Apreté la boca contra la suya. El beso no tenía nada que ver con la pasión, sino con el maldito deseo de poseerla por completo.

De llenarla.

De follarla.

En mi mundo no había nada que tuviera que ver con el amor romántico y Caroline lo aprendería pronto de una forma o de otra. Aspiré su lengua mientras le magreaba las nalgas con la otra mano, apretándola tan fuerte como podía contra mi cuerpo. La polla se ajustó contra su vientre y el jadeo que emitió fue como una llamada para mi hambre brutal. Me tentaba todo lo que ofrecía. Era dulce e inocente, exactamente lo contrario que el monstruo al que estaba llamando, dispuesto y preparada para devorarla por completo.

La poseí con furia, apretando los dedos sobre su piel mientras bebía su dulce jugo. Me clavó las uñas y contoneó las caderas. Se acabó la libertad, no había escapatoria. Pateó con fuerza y al cabo de un momento sonó un ruido fuerte y noté una calidez líquida deslizándose por algunas partes de mi cuerpo. Rompí el beso e hizo algunos ruidos guturales mientras le lamía la boca y la

barbilla.

Había pintura por todas partes, cubriendo nuestros cuerpos y manchando la ropa. Me pasó las manos por los brazos formando burbujas y me llenó el pelo de pintura. Rio divertida al ver el resultado, y la vibrante carcajada flotó entre las vigas. Yo estaba enfurecido, pero también jodidamente excitado. Me rodeó con la pierna, y se estremeció al darle un mordisco en el cuello. Estábamos enroscados el uno en el otro, atrapados en un enfrentamiento de dominación.

Ella no podía ganar, pero al verla intentarlo supe lo que tenía que hacer: mi mente imaginaba el dolor que iba a infligirle y el placer que obtendría. El corazón latía a tal velocidad que hasta escuchaba su eco en los oídos. Cada centímetro de mi cuerpo estaba vivo, vigorizado por su risa y su pasión. Volví a agarrarle el pelo, gruñí al pasar la lengua por sus pechos, chupando y mordiéndole los pezones.

—¡Oh, sí… sí…! —Emitía sonidos entrecortados, y su cuerpo vibraba y se contoneaba. Me encantaba su forma de arañarme con las uñas para intentar librarse del firme abrazo con que la sujetaba. Terminaría convirtiéndose en una gata salvaje que no se rinde a ningún precio.

Su sabor era increíble, me llenaba la boca. Me imaginaba la dulzura del líquido que salía de su coño deslizándose por mi garganta. No paraba de forcejear en mis brazos, golpeándolos, y ya tuve bastante. Coloqué ambas manos bajo su culo para elevarlo y la empalé con toda lo extensión de la polla. El movimiento de los músculos de su vagina, rodeando cada centímetro de mi polla y moviéndose alrededor de ella fue casi demasiado para mí- Era todo humedad, presión y calor.

—¡Oh! —Fue un grito agudo que terminó con una O perfecta dibujada por los carnosos labios. Después gimió y se retorció—. ¡Fóllame! ¡Fóllame!

Bombeé con fuerzas, gruñendo mientras la sujetaba, con los músculos tensos y la piel encendida con el roce de la de ella. La pintura seguía rezumando y recorriendo nuestros cuerpos.

Caroline me agarró el cuello y me miró con los ojos ardiendo de deseo. Seguía compitiendo conmigo e incluso dibujaba una mínima sonrisa. La obligué a que le rodeara las caderas con las piernas y le di dos azotes en el culo, lo que provocó que me fulminara con la mirada.

—No te pertenezco.

—En eso te equivocas.

Un juego. No tenía ni idea de a quién se estaba enfrentando.

Esta mujer tenía que ser domesticada en todos los aspectos.

No la dejé retirarse y utilicé la fuerza de los músculos superiores de los muslos para empujar con brutalidad. Estaba loco de ansia.

Finalmente, apoyó la cabeza en mi hombro y jadeó profundamente varias veces.

—¡Oh… Dios!

Le solté las piernas y empujé los hombros. En el mismo momento en que estuvo de rodillas en el suelo, se retiró hacia atrás, resbalando en la pintura y me miró con la misma tremenda convicción que antes.

El mismo brillo en los ojos.

No pertenecería a nadie.

No tenía ni idea de lo que yo era capaz.

Extendió la mano hacia mí sin dejar de gatear y ronronear de forma muy seductora. No me importaba que nos oyeran ni que nos vieran. Era de mi propiedad y pronto lo sabría todo el mundo.

Y se quedaría al margen.

La empujé hacia atrás, le abrí las piernas y coloqué la polla en posición. No había tiempo que perder, iba a acabar con sus jueguecitos. La penetré con violencia y la sujeté.

Golpeó las ropas con las manos abiertas mientras gemía.

—¡Fóllame! ¡Sí, fóllame!

Le agarré las caderas y hundí los dedos en la piel cálida y suave. Todo con frenesí. Nada era suficiente, ni la forma de envolverme la polla los músculos de su vagina, ni la cálida humedad, ni sus gemidos entrecortados.

Caroline seguía luchando y resbalaba por la pintura. Estaba sin aliento, luchaba por inhalar, alzaba la espalda.

—¡Sí, sí…!

Me apetecía toda ella, entera y por partes. Quería poseer todos sus agujeros. Dentro de mí sólo había necesidad ciega, viciosa y hambrienta. Me di cuenta de que estaba a punto de correrse, pues sus músculos me apretaban tanto que tuve que echar hacia atrás la cabeza para rugir.

—¡Joder, joder!

Seguía escuchando sus maullidos flotando a mi alrededor, alimentando mi ansia.

—¡Ooh! —Echó la cabeza hacia atrás, y a partir de ese momento recibió cada una de mis embestidas con otra suya. El calor siguió subiendo con el salvaje roce de piel contra piel, la vagina abrazando la gruesa invasión.

Pero no paré. Seguí follándola más fuerte y más deprisa.

Echó tanto el cuello hacia atrás que pude ver el reflejo de sus ojos en el vidrio. Estaba ardiendo. Estaba fuera de sí. Cuando el orgasmo fue creciendo por su pequeño y dulce coño, todo su cuerpo empezó a vibrar violentamente. Abrió mucho la boca, pero si emitir sonido alguno, solo jadeos.

Al primer orgasmo le siguió otro. Y después otro. El segundo terminó entre temblores. Le metí la polla por el agujero oscuro y empujé hasta penetrar varios centímetros el ceñido agujero.

—¡Oh, Dios! Oh Dios! —Intentó zafarse, hasta golpeándome con las manos.

La atraje hacia mí y la penetré unos centímetros más.

—¡Qué grande! ¡Joder, qué grande! —Gemía y se reía, dejando caer el cuerpo al suelo como si se hubiera resignado.

No había vuelta atrás. Inserté por completo la polla en su culo, reclamándolo como mío. Con cada embate, cada salvaje empujón, emitía un gemido cada vez más ronco. Yo estaba aturdido, con los huevos a reventar, con una necesidad insaciable de follarla más fuerte que nunca. Estallaron luces dentro de mis ojos y perdí cualquier tipo de control. Empecé a golpearle las nalgas mientras la follaba.

—¡Joder! —Llegué, rodeado por el prieto agujero del culo, lo llené con mi semilla. Con la polla aún erecta, la coloqué de rodillas—. Esto ha sido solo el principio.

—Mmm… —susurró, con los ojos cerrados en un dulce momento de éxtasis.

La dejé tumbarse boca abajo, rompiendo la conexión y poniéndome de pie. Se dio la vuelta para ponerse de frente. El pelo, precioso y con manchas rojas, enmarcaba la cara de porcelana. El hambre volvió a crecer dentro de mí.

La necesidad de poseerla.

La necesidad de devastarla.

La necesidad de quedarme con ella.

—Muy pronto, querida. Volveré a por ti muy pronto y no lucharás contra mí, ni rechazarás lo que te ofrezca. Podré contigo, te usaré y nunca habrá nadie más. —Me deslicé entre las sombras para buscar toallas con las que limpiar la pintura.

Mientras recogía mi ropa y me vestía, hice algo que nunca antes había hecho, algo que me serviría de mucho en el futuro.

Saqué una foto lasciva, un recordatorio de que se había entregado a mí.

El resto ya llegaría…

CAPÍTULO CUATRO



Caroline

"*Podré contigo, te usaré y nunca habrá nadie más*".

Las palabras fueron inquietantes y viciosas teniendo en cuenta la clase de hombre que era. No era capaz de pensar con claridad, pero estaba furiosa. Indignada. Me había seducido ceremoniosamente y yo había permitido esa mierda.

—Que Dios me ayude. —Decir la frase en voz alta no trajo consigo otra cosa que un montón de estremecimientos además del recuerdo vivo y completo de lo que había pasado. Me vi atrapada en el glamur, en el hecho de que había comprado todos mis cuadros. Hasta el paseo en el carísimo coche había estado fuera de lugar, excitante por el hecho de que había superado todos los límites, bailando con la muerte en cada esquina.

Dominick. ¡Joder! ¿Qué demonios me estaba pasando?

Guapo. Fuerte. Primario.

Todo era magnífico en ese hombre y de la forma más intensa posible, pero el aura que lo rodeaba dejaba a las claras un tipo de peligro al que muy pocas sobrevivirían. Tenía la musculatura desarrollada en todos los sitios adecuados, algo que el caro lino del traje no había sido capaz de ocultar. Pelo oscuro, denso y algo rizado, lo suficientemente largo como para enredar los dedos en él y dejarse llevar por la pasión. Ojos azules como el zafiro y largas pestañas que enmarcaban un rostro bien cincelado. Labios rojos color rubí hechos para besar durante horas frente a un fuego.

Dominick… El nombre resbalaba por la lengua y creaba una nueva descarga de electricidad entre mis piernas. Apreté el coño controlando un jadeo. Ese hombre oscuro y misterioso había entrado a saco en mis sueños, mis sueños más húmedos, dejándome el alma inquieta y el cuerpo dolorido paro anhelante.

De deseo.

¿En qué estaba pensando?

—¡Cabrón! —Mascullé entre dientes. No había sido capaz de alejar a Dominick de mi mente

desde que me atacó brutalmente en los pasillos del hotel hacía dos noches. Llevarle a mi estudio de trabajo había sido una decisión ridícula, y follar con él… ¡Absurdo! Juré entre dientes y puse los ojos en blanco. El tipo había sido capaz de invadir mi mente y consumirla durante dos días completos. Veía a cada momento la imagen de nuestros cuerpos desnudos empapados de pintura. El encuentro había sido intenso. Sexo duro y nada más.

Desproporcionado.

Disparatado.

Delicioso.

La cuarta D era para mí: demencial. Mi comportamiento lo había sido al permitirme bajar la guardia. Me había atrapado con esa voz aterciopelada y meliflua y con su cuerpo perfecto. El primer día me acarició de tal manera, sólo con las manos, que estuve a punto de tener un orgasmo, así sin más. El segundo había sido pasión carnal que liberó la chica mala que llevaba dentro. Por poco me parte en dos. Me muerdo el labio y me dejo caer en la cama con la almohada entre las piernas. Sus palabras acerca de la disciplina no tenían que haberme excitado, pero lo hicieron. Me recorrió una oleada de calor, surgiendo de la base del cuello, filtrando la culpa y la vergüenza en la escasa racionalidad que aún me quedaba.

Pero… todavía podía sentir sus manos gigantescas acariciándome la piel y las manos tocándome el coño. Y los besos. Mágico.

Poderoso.

Dominante.

¡Oh, Dios!

Mis recuerdos se dirigieron a la reunión política. En ese momento debería haber sabido que no era lo que aparentaba. Aún no me podía creer que me hubiera dado azotes en el baño, tratándome como si fuera una niña pequeña. Me sentí mortificada, furiosa, dispuesta a arrancarle los ojos allí mismo.

Pero también mojada, con las bragas inundadas como nunca antes. No había mencionado el incidente a mis amigas, ni el más mínimo comentario, aunque me habían presionado muchísimo para que se lo contara.

—¡Es sexi hasta las cachas!

—Me lo follaría en un pispás.

—Si tú no lo quieres, aquí estoy yo.

Y muchos comentarios más, a cuál más subido de tono. No tenía ni idea del tipo de hombre que era en realidad.

Me reí y cerré los ojos para recordarlo una vez más, la última. Habíamos tenido nuestro momento, bueno, en realidad nuestros momentos, incluido un retorcido y pecaminoso encuentro sexual. Todavía imaginaba tener motas de pintura en el pelo. Había sido el polvo más duro y bestial que podía imaginar.

Casi podría enamorarme de este hombre, gozar horas de su dominación sexual. ¡Tenía que estar loca para pensar así! Al fin y al cabo, era un monstruo. Ya, pero, entonces, ¿por qué tenía tanta ansia de él?

Yo tenía buena parte de culpa por permitir sus bárbaros comportamientos alimentados con un comportamiento infantil por mi parte. Y también él, por supuesto, por engañarme. Me ofreció una copa y actué como una cría que necesitara disciplina. La noche anterior utilizó el cinturón, iba a sentir las magulladuras durante bastante tiempo. ¡No, por Dios! Ningún hombre me podía poner la mano encima de esa manera.

Por segunda vez.

Lo que seguía molestándome era que lo conocía de algo. La sensación era persistente. ¿Pero de qué me sonaba? Mi padre también parecía conocerlo y dadas las miradas que le echaba, estaba claro que mi queridísimo padre no lo podía soportar.

Una razón más para intentar ver de nuevo a ese hombre misterioso.

Puede que fuera algo inadecuado, incluso malo, pero estaba cansada de vivir bajo el dictado de mi padre, comportándome como su amorosa hijita frente a la prensa. Quería vivir mi propia vida, alejada del escrutinio público. Mientras estaba en la universidad, alejada de mi padre, había podido vivir al margen de él. Ahora que se había metido de lleno en la carrera presidencial, le presión iba a ser mucho mayor. Papá esperaba que estuviese junto a él, actuando como lo haría mi madre.

Echaba muchísimo de menos a mi madre. Su muerte fue absolutamente inesperada, la llamada llegó en mitad de la noche. No pude dejar la universidad ni siquiera para acudir al funeral, pues estaba en plenos exámenes. Nunca le perdonaré a mi padre que siguiera adelante con el funeral sin esperarme. Lo odiaba, tanto a él como a su entorno, que me asqueaba. Mi madre me había advertido muchas veces acerca de él y celebraba el hecho de que estuviera lejos, fuera de su alcance. Seguramente despreciaría con todas sus fuerzas todo lo que estaba ocurriendo ahora en su casa, con mi padre perdiendo la batalla contra sus pecados de forma clamorosa.

Pecados.

Aunque muchas de las palabras que había pronunciado Dominick eran acertijos, tenía bastante razón en su insensible forma de pensar. El poder y la avaricia habían corrompido a mi padre, que había terminado sucumbiendo a una vida que mi madre nunca había deseado. Todo había cambiado en solo unos pocos años y las cosas parecían ir a peor.

No podía quitarme de la cabeza la sensación de que había visto en algún sitio a Dominick. Agarré el iPad, me apoyé en el cabecero y busqué en internet. En solo unos segundos, su espléndido rostro y su potente cuerpo inundaron la pantalla. Sentí un escalofrío en la espina dorsal al leer el titular de la noticia. ¿Pero qué cojones…?

El hijo del cerebro de la mafia, Dominick Lugiano, arrestado por asesinato.

Una guerra mafiosa tiñe de sangre las calles de Nueva York.

Agentes federales investigan por extorsión a la familia Lugiano.

Apreté la almohada contra el pecho pensando si todo esto no sería más que una broma siniestra.

Sabía cosas sobre el crimen organizado, ¿quién no, joder? Ni se me había ocurrido que nadie que pudiera llevar ese sórdido tipo de vida pudiera cruzarse jamás con la mía. Estuve a punto de tener un ataque de ansiedad, una nueva oleada de vergüenza penetrando en mi vida. Dominé los nervios y leí todo lo que fui capaz de encontrar.

Los artículos eran horrendos. Describían innumerables actos de violencia, desaparición de testigos y fotografías que me desgarraban la piel como si fueran cuchillas de afeitar. La familia Lugiano tenía el control absoluto de Nueva York y de los estados de alrededor, y ni el FBI ni las autoridades locales habían sido capaces de hacer nada para acabar con su reino del terror.

—Hay que joderse —dije en voz alta. De repente, tenía la boca seca y un miedo atroz recorrió mi cuerpo. ¿De verdad estaba mi padre asociado con ese… monstruo? Volví a mirar la pantalla. El atractivo rostro de Dominick ejercía una siniestra atracción sobre mí. Su ansia de dominación y control total era fácilmente comprensible.

¡No me lo podía creer! ¿Cómo era posible que me hubiera dejado llevar por su mierda? «¡Y hasta dejaste que te follara! ¡No, por Dios, no!» Los hombres de esa calaña nunca abandonan. Aunque podía ser que me estuviera preocupando sin razón. Puede que para él no fuera otra cosa que una golfa más a la que se había follado. Me encogí ante el dolor por los golpes en las nalgas, resultado de mi absurda estupidez.

Estuve a punto de gritar cuando escuché la llamada a la puerta. Ni me iba a molestar en preguntarle a mi padre si lo conocía. Sería una blasfemia.

—¡Caroline! ¿Estás ahí? —La voz ronca de mi padre sonó al otro lado de la gruesa puerta de madera.

Estaba segura de que habría un programa de actividades a las que iba a tener que acudir, fiestas que organizar y visitas sociales y de etiqueta que realizar. Mi padre no me había buscado desde la inauguración en la galería de arte. Partidos de golf con sus amigos, reuniones con el equipo de prensa, almuerzos con políticos del partido… Había disfrutado de todos y cada uno de los minutos de libertad hasta ese momento.

—¡Un segundo! —Estaba todavía en pijama y ya era mediodía. Algo inadmisible estando en su casa.

Lo que él no sabía es que esa situación iba a cambiar. El cheque de la venta de los cuadros se iba a depositar el lunes y pagaría el primer y último mes de alquiler del apartamento. Mi padre no podía hacer nada para evitarlo.

Ni siquiera el hecho de que presentara la candidatura a la presidencia.

Abrí la puerta solo una rendija, esperando ver su cara enrojecida de furor. En realidad, estaba sonriente. ¿Qué demonios estaría tramando?

—¿Qué tal fue la exposición? —Por la forma en que hizo la pregunta, deduje que estaba distraído.

—Bien. Vendí un par de cuadros. —Por supuesto, no le iba a decir ni palabra del cheque.

—¡Estupendo! —En efecto, estaba en otras cosas—. Había pensado que hoy podíamos comer juntos. Ya sabes, como padre e hija.

Abrí un poco más la puerta y entrecerré los ojos. Nunca encontraba tiempo para celebraciones familiares ni vacaciones, siempre ocupado en mejorar su posición política y económica.

—Vale… ¿Por qué?

Rio con el mismo tono de barítono que recordaba de la infancia, pero noté que se guardaba dentro alguna emoción. Miedo. La idea me dejó pasmada. Mi padre no le tenía miedo a nada ni a nadie.

—¿Es que un padre no puede decirle a su hija que coma con él de vez en cuando?

—Pues claro. Lo que pasa es que no es habitual. Pensaba que estabas muy ocupado.

—Nunca estoy ocupado si se trata de mi dulce hijita. —Alargó dubitativamente la mano para ponerla sobre mi antebrazo. Miré cómo lo hacía sin dejar de pestañear—. Vale, lo sé. Tengo que hablar contigo de ciertas cosas. ¿Estarás preparada dentro de una hora?

Sabía que iba a suceder lo inevitable, y que no me daría la más mínima oportunidad de oponerme.

—Una hora. Está bien.

—Pues de acuerdo entonces. Tendré el coche preparado. —Se dio la vuelta, pero se paró en seco enseguida—. Ah, ponte algo bonito. Vamos a ir al club.

¿Al club? Me estremecí solo de pensarlo. Estirado. Arrogante. Para gilipollas.

—Entendido. —Tras cerrar la puerta me apoyé en ella e, instintivamente, volví la cabeza hacia el iPad. Tenía una terrible sensación en la boca del estómago.

* * *

Tampoco resultó habitual la charla intrascendente con mi padre camino del club. Me preguntó por la búsqueda de trabajo, como si yo le hubiera contado algo antes. Capeé el asunto como pude contándole algunas entrevistas que había hecho e inventándome otras. Mi padre y yo apenas teníamos relación desde antes de la muerte de mi madre y ya no tenía intención de que eso cambiara.

Cada pocos segundos las sorprendentes palabras de Dominick asaltaban mis pensamientos. Era incapaz de alejar las bochornosas escenas y el modo en que se había hecho con el control absoluto. Era cierto que los pocos novios que había tenido en los últimos años no eran nada del otro mundo. Todos querían su parte de la tarta de mi padre en lugar de interesarse de verdad por mí. ¿Es que todo el mundo era codicioso?

—Aquí estamos. Me sorprende que vistas de negro, Caroline. Sabes que no me gusta nada ese color —gruñó antes de que nos bajáramos del coche.

Era precisamente por eso por lo que me había puesto ese vestido, muy entallado y de mangas oscuras y los zapatos de tacón más altos que tenía. Lo que realmente quería decir era que mi atuendo no era el esperable para la hija de un senador. Disfruté con la idea al entrar, asqueada con las empalagosas felicitaciones y besuqueos de los pelotas que literalmente babeaban al

saludar a mi padre. Cuando llegamos a la mesa del comedor acristalado, bastante apartada en un discreto rincón, ya casi había perdido el apetito.

Me di cuenta de que la mesa estaba preparada para tres. Las señales de aviso empezaron a pitar en mis oídos. ¿Cuántas veces había intentado mi padre emparejarme con el hijo de algún político, como si fuéramos peones a la sombra de los respectivos padres? Empecé a enfurecerme.

El camarero acudió de inmediato y cuando mi padre pidió una carísima botella de *merlot* ya tenía erizado el vello de los brazos. Mi instinto me decía que debía huir cuanto antes. El camarero colocó los cubiertos de plata y una tercera copa de vino.

—¿Va a comer alguien con nosotros, padre?

No me hizo caso, lo cual me enfureció todavía más.

—Sabes que mi decisión de optar a la presidencia es muy importante.

—Te he escuchado decirlo más de una vez, padre.

—No debería molestarte. He trabajado mucho por esto —dijo entre dientes mirando a un lado y a otro.

Pero no a mis ojos.

Estuvimos en silencio mientras servían el vino. Mi padre le hizo un gesto al camarero que nos iba a tomar la comanda.

—Espere un poco —le dijo en tono desabrido—. Ya le avisaré cuando hayamos decidido.

Igual debería haber utilizado el condicional.

—No has probado el vino, Caroline. —El comentario parecía contener cierto reproche, como si no estuviera de acuerdo con su elección.

—¿Por qué estamos aquí, padre?

Parecía aún más incómodo que antes. Hasta noté que tenía gotas de sudor bajo la línea del pelo. Mi padre nunca sudaba, nunca se preocupaba lo suficiente por nada como para llegar a molestarse.

—Tenemos que hablar muy seriamente. —Hablaba en voz muy baja. Aunque la mesa más cercana estaba a más de diez metros de la nuestra, pronunciaba las palabras con desasosiego. Estaba claro que era una conversación muy privada.

—¿Quién es esta vez, el hijo de tu abogado? ¿O quizá del médico al que visitas menos de lo que deberías? —pregunté desdeñosamente agarrando la copa de vino. Vi que tenía los nudillos blancos al sujetarla para dar un sorbo. En realidad estaba preparándome para tirarle el líquido a la cara.

Su expresión era pretendidamente afable, aunque seguía sudando, incluso ahora por la parte alta del labio. Dio un sorbo a la copa y se tomó su tiempo para limpiarse con la servilleta y dejarla en su regazo.

—Hay cosas en la vida que no podemos evitar.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pagar nuestras deudas.

No era la respuesta que yo esperaba.

—Y eso significa…

—Eso significa que hay cosas que he hecho en mi vida de las que no estoy orgulloso, Caroline. Sospecho que todos las tenemos.

Mis pensamientos volaron hacia las palabras de Dominick. ¿Acaso había sido algún tipo de advertencia?

—¿Y so qué tiene que ver conmigo?

—Todo. —Miró hacia la ventana—. Quise a tu madre más que a mi propia vida. Era todo para mí.

—¡Pero si os odiabais, padre! ¡No me vengas con semejante mierda!

—¡Vigila tu lenguaje! —soltó, pero inmediatamente reculó—. Lo siento. Estoy superado. Todo se me ha ido de las manos.

—¿En qué estás metido? —Me temblaron las piernas al hacer la pregunta.

—Lo único que he deseado en mi vida ha sido que tu madre y tú tuvierais una buena vida. Lo he intentado y he sacrificado muchas cosas para conseguirlo. —Se detuvo como si esperara que yo fuera a decir algo. Ya había escuchado esa perorata antes—. Para ello, a veces he cruzado ciertas líneas. Siempre he procurado ser una buena persona.

Suspiré y me eché hacia atrás en la silla, aún con el vino en la mano.

Rio con amargura.

—Me pillaron en algunas mentiras cuando intentaba salvarme y tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida.

—¿Puedes ir al grano? —Pronuncié la frase con hastío, escuché su siseo y no me disculpé. Estaba segura de que me iba a reprender.

Pero no lo hizo.

Se mantuvo en silencio más de un minuto con el gesto más inquieto que nunca. En un momento dado se inclinó hacia mí y me tomó la mano. Tuve que hacer un esfuerzo para no retirarla. Se me puso la piel de gallina en los brazos, señal de que esperaba que me dijera cosas horribles, fueran las que fueran.

—Te quiero, Caroline y deseo lo mejor para ti.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Por desgracia no puedes pasarte la vida pintando. Eso no es más que un cuento de hadas —añadió.

El enfado surgió de muy dentro.

—Como si supieras algo de mí, padre.

Otra risa amarga. Otro sorbo de vino. Esta vez sí que me miró a los ojos.

—Vas a tener que hacer sacrificios por esta familia; pero te aseguro que al final todo va a ir bien.

—¿De qué demonios estás hablando? —El miedo me atenazaba hasta casi sofocarme. Con el rabillo del ojo pude captar la figura de un hombre que se acercaba. Me volví a mirarlo y me pareció que todo transcurría a cámara lenta.

Dominick.

—¿Qué está pasando? —pregunté, todavía incapaz de separar el brazo. Me veía atrapada, con una desagradable sensación de agobio que se unía a mi ira.

—Senador Hargrove. Caroline. —Dominick se sentó sin que nadie lo invitara a hacerlo, e inmediatamente se sirvió vino—. Qué día tan magnífico.

Mi padre estaba lívido como un fantasma y le temblaba el labio superior. En sus ojos había odio y resignación por partes iguales.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi tono subió unos cuantos decibelios.

Dominick volvió la vista con insoportable lentitud para mirarme a los ojos.

—¿Todavía no se lo has dicho, Drummand? Pues has tenido mucho tiempo…

—¡Es decisión mía! ¡Es mi hija! —espetó mi padre. Respiraba a bocanadas, con mucha dificultad.

—Te has comprometido al acuerdo —dijo Dominick con tono suave y ojos brillantes—Ya sabes lo que pienso sobre las mentiras, así como de las personas que no quieren hacer honor a los acuerdos que tienen con mi familia. Te puedes imaginar cuáles serían las consecuencias.

—Dime qué está pasando —siseé. Mi padre miró a Dominick, cuyos ojos brillaban al sol. Su media sonrisa siniestra me ponía enferma.

—Como te decía antes, tienes que ayudar a esta familia haciendo un sacrificio. Eres muy especial y lo serás siempre, pero lo que te estoy pidiendo es vital para la continuidad de la familia. —Mi padre prácticamente balbuceaba—. Los negocios son lo más importante.

—¡Los negocios? ¿De qué estás hablando?

Dominick me miró un instante con gesto de suficiencia.

Estaba mareada. Me costaba respirar.

—Sigue, padre.

—Dominick Lugiano es un hombre muy importante —continuó—. Tiene muchísimos contactos y muy importantes, además de capacidad para impulsar una carrera y también para destrozarla.

Mi padre se había hundido del todo.

—Sé quién es. Es un asesino. —Reí al pronunciar las palabras. Me sorprendió que Dominick ni pestañeara, aunque la mirada que me dirigió fue heladora y me produjo escalofríos en la columna. Sus ojos se oscurecieron como el carbón y la mirada se le llenó de maldad. Se me puso la piel de gallina recordando las imágenes de las noches anteriores. Nunca sería capaz de eliminar de mi cuerpo su suciedad.

—¡No hables tan alto! —Pero en realidad fue mi padre quien lo hizo y llamó la atención de varios clientes que estaban al otro lado del comedor. Se ajustó la corbata, respiró hondo varias veces y agarró la copa con mano temblorosa. El silencio era mortal mientras bebía.

Yo tenía ganas de vomitar y sentía dolor en la zona interna de los ojos.

—¡Sigue!

—He hecho un trato con Dominick. Ahora eres de su propiedad, pero me ha asegurado que te va a tratar bien.

Las palabras me sonaron monocordes, flotaron hasta mi mente como si no tuvieran significado alguno. Miré alternativamente a mi padre y a Dominick y el brillo de los ojos del monstruo mostraba un enorme poder.

Oscuro.

Demencial.

—¿Cómo?

Mi padre dio varios tragos apresurados.

—Te he hecho una pregunta y vas a contestarla: ¿qué está pasando? —escupí. No estaba segura de si mis palabras resultaran inteligibles.

—He hecho un trato para mantener intacta nuestra reputación… y nuestras vidas. Como te he dicho, serás bien tratada. —Soltó el aire y pareció relajarse. ¿Qué diablos estaba pasando?

—¿Cómo a una jodida perrita? ¿Así de bien me va a tratar? —mascullé entre dientes. Por fin logré retirar el brazo de la mano que seguía teniendo encima.

Dominick se echó hacia atrás para separarse de la mesa y poder cruzar las piernas. Me miró detalladamente y me puso la mano sobre el brazo con un lánguido gesto de… propiedad.

—Vamos a ponerlo en palabras claras y comprensibles para todos, sin medias tintas: tu padre es un delincuente, Caroline. Adeuda a mi familia dinero, una cantidad muy significativa. Y hay más cosas. Prefiero ahorrarte los detalles escabrosos. Lo que ha hecho es llegar a un acuerdo para manteneros con vida a los dos. Tu padre y sus negocios me pertenecen. Y su hija, tú, también me perteneces.

Tardé un minuto completo en asimilar lo que había dicho. Finalmente reaccioné dando un sonoro golpe sobre la mesa con ambas manos y levantándome.

—¡No se puede ser dueño de una persona! No sé quién te crees que eres, pero esto no puede estar pasando. ¡Cómo te atreves, padre! No alcanzas siquiera la categoría de persona. Te odio y no vas a volver a verme en tu vida. —Lo dije gritando, sin importarme en absoluto quién pudiera

escucharme. Me alejé a grandes zancadas, salí del restaurante y me detuve junto al bordillo. Tenía que buscar una manera de largarme del maldito club.

Al cabo de unos segundos sentí su mano alrededor del brazo, igual que había hecho en la mesa. Tiró de mí con fuerza, hundiendo los dedos en la piel.

—Entiendo que no te guste lo que tu padre se ha visto obligado a hacer, pero no hay otra opción si quieres que siga con vida.

Me desasí como pude, le di una sonora bofetada y me separé de él.

—¡Hijo de puta!

Apenas reaccionó. Lo único que hizo fue cerrar los ojos por un momento. Cuando me miró no tuvo necesidad de sujetarme físicamente. Me miró intensamente, el peligro brillaba en sus ojos.

—Voy a dejarlo pasar por esta vez, mi dulce Caroline, pero si me vuelves a abofetear, el castigo que recibirás será muy severo. Tus actos tienen consecuencias, como las tienen los de tu padre. Hazte a la idea de que me perteneces. Después de haberte probado, el trato es firme, y no debería escandalizarte. Que estés o no de acuerdo con esta transacción es irrelevante. Los negocios son así. Me refiero a los negocios de mi familia.

Perdí el aliento. El peligro se convirtió en algo muy tangible. Mataría a mi padre. Toda mi vida quedaría destruida, la vida a la que estaba acostumbrada. Sin vuelta atrás. Había jugado conmigo, había comprado mis cuadros, me había seducido fingiendo que le gustaba, que sentía algo por mí. Todo había sido un juego gigantesco.

Y ahora era de su propiedad.

Tenía que escapar, encontrar una forma de denunciar a mi padre y su actividad criminal. No iba a ser propiedad de nadie. Los treinta mil ayudarían… a no ser que cancelara el pago. ¡Dios!

—No puedes escapar, no hay ninguna posibilidad. Sé dónde vive tu amiga… se llama Audrey, ¿verdad? Una chica adorable. Y respecto al dinero que te pagué, olvídate de él, a no ser que te ganes el derecho a tener tu propio dinero.

El muy cabrón me había leído el pensamiento. Me estaba poniendo mala, me dolía la cabeza.

—Eres horrible… ¡joder!

Volvió a mascullar, pero esta vez sonriendo, como si se divirtiera.

—Recuerda lo que te he prometido: el máximo placer, siempre que obedezcas. —Sus palabras se abrieron paso en mi interior.

—¡Jodido loco!

—Dentro de nada pensarás de otra manera, mi dulce Caroline. —Me pasó los nudillos por la mejilla con la misma sonrisa sensual de hacía dos noches. Después me acarició los labios tomándose su tiempo. Me estremecí hasta la médula, horripilada ante la reacción de mi cuerpo.

Pero fue así.

La agitación me llegó hasta el coño. Me dolían los pezones de lo duros que los tenía. La descarga

eléctrica, producto de una simple caricia, dio lugar a un fuego imparable en mi vientre. Pero lucharía contra él. Nunca volvería a sucumbir, de ninguna manera, independientemente de lo que hiciera con mi cuerpo o de cómo jugara con mi mente.

«¡Entonces deja de desearlo! ¡Deja de suspirar por ese jodido monstruo!»

Como si esa vocecita interior pudiera tomar el control.

—¿Qué te hace pensar que no voy a ser capaz de encontrar una forma de huir, de alejarme lo más posible de este puto infierno? —le reté.

Dominick me dio unos golpecitos en la barbilla y, al cabo de unos momentos, apretó sus labios contra los míos. Noté el sabor del vino, con un mínimo rastro de frambuesa y todo mi cuerpo se estremeció de deseo. Es beso fue dulce, demasiado para un hombre de sus características. Buscó mi lengua con la suya, me agarró del pelo y me apretó contra el calor que emanaba de su cuerpo. Me sentía perdida, abrumada por la pena y el miedo, con las manos empujando su pecho. Hasta los dedos me temblaban. La vergüenza y el sentimiento de culpabilidad corrían por todas las venas de mi cuerpo. ¿Cómo podía desear a esa horrorosa bestia?

Cuando acabó el beso, me tomó la cara con la mano y me habló apenas en un susurro.

—Porque, mi adorable y obediente Caroline, tu madre aún está viva. Te llevaré a verla en cuanto te comportes como una buena chica.

La conmoción y el horror explotaron en mi cerebro. Recordé inmediatamente la última vez que la vi como si estuviera pasando en ese mismo momento: su gesto y sus alegres ojos cuando reía, su maravillosa voz cuando cantaba su canción favorita pensando que nadie la podía escuchar… No podía ser verdad. Mi padre podía ser muchas cosas, pero mentir acerca de su muerte era algo abominable, demasiado incluso para él.

—¡Mentiroso! ¡No eres una persona, eres un hijo de puta, una persona vil y asquerosa!

—¿Qué soy un mentiroso, Caroline? Pregúntate a ti misma por qué tu padre no habla nunca de ella, y no te permitió asistir a su funeral. Te digo la razón: no hay nadie dentro de su lujoso ataúd.

Era mucho más de lo que yo podía soportar en ese momento. Me dolía la cabeza, me oprimía la boca del estómago.

—Mi padre no es un monstruo. Tú sí que lo eres. —Era una auténtica locura, algo increíble.

Lo miré a los ojos y no los apartó. Había un rastro de sinceridad en su mirada, aun siendo la de un hombre frío y peligroso. No dijo ni una palabra, ninguna explicación acerca de lo que me estaba transmitiendo. Abrí la boca para decir algo, pero había perdido la voz. No podía ser verdad, pero, ¿y si lo era? ¿Y si mi madre era su prisionera, cautiva quién sabe dónde y a la espera de que alguien la rescatara? ¿Y si yo era la única persona que podía rescatarla de su prisión?

—Tu padre ha sucumbido al ansia de dinero y de poder. Él y yo no somos muy distintos en ese aspecto.

—No eres ni mucho menos cómo él. —Aunque las diferencias eran difíciles de descifrar ahora

—. ¿Y qué ha pasado desde anoche? Fuiste amable, cariñoso…—No tenía muy claro si deseaba recordarlo así, dominante en todos los aspectos imaginables, capaz de despertar facetas mías muy escondidas. ¡No, por Dios! ¡No podía permitírmelo!

—¿Ah, sí? No te engañes, Caroline. Lo que te ofrecí fue una llave para liberar los deseos ocultos que has reprimido la mayor parte de tu vida. Desvelé la verdad escondida detrás de tus maneras apropiadas y controladas. Soy el único hombre capaz de manejarte. Lo que me diste anoche fue tu permiso.

—¡Gilipolleces!

Rio y negó con la cabeza.

—Consecuencias. Es una palabra que vas a aprender a respetar.

—¿Por qué te comportas como un cabrón?

Dominick sonrió y su seductor susurro me pareció mortal.

—Lo de anoche fue sólo el principio. Los dos tenemos dos caras, querida Caroline. Eso no lo puedes negar, por mucho que lo intentes.

Se me erizó la piel y el estómago se me volvió del revés.

—Y ahora te sugiero que vuelvas dentro conmigo. Compartiremos una agradable comida y una estupenda botella de vino y charlaremos amigablemente. Después irás a recoger tus cosas. Esta noche empezará tu nueva vida, Caroline. Pero no te equivoques: soy un hombre salvaje. —Me soltó, me desnudó con los ojos y esperó expectante mi reacción.

Dio un paso atrás. Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. Tuve la tentación de salir huyendo a todo correr, alejarme de ese loco sin tener en cuenta las consecuencias. ¿A dónde podría ir para que no me encontrara?

—Una cosa más, Caroline. Cualquier infracción será tratada con severidad. Vas a aprender lo que es la disciplina más dura que existe y la obediencia más absoluta. Tu entrenamiento empieza esta misma noche. Seré tu maestro, el hombre que te va a ayudar a erradicar las cadenas que te asfixian para dejar salir la mujer que llevas dentro y liberarte de tus inhibiciones más profundas. Te convertirás en mi amante y con el tiempo en mi esposa, pero no debes olvidar nunca que me perteneces en cuerpo y alma, que cada centímetro de ti es mío. Y, con el tiempo, te destruiré.

CAPÍTULO CINCO

Caroline

Su esposa. ¿Acaso pensaba el muy trastornado que yo pudiera pensar siquiera en casarme con él? Estaba como una puta cabra. Antes muerta.

A tomar por culo ese hombre que pensaba que yo le pertenecía. A tomar por culo mi padre.

«No lo olvides… te destruiré».

Sus malditas palabras resonaban en mi mente dejándome un sabor amargo. Las repetía una y otra vez mientras hacía las maletas, incapaz de alejar mi mente de ese pacto con el diablo. Fueran los que fueran los pecados que hubiera cometido mi padre, todavía tenía que explicarme todos los motivos por los que había despertado el interés de los Lugiano.. Puede que mi padre no tuviera los redaños suficientes como para admitir lo que había hecho. Yo tenía mis conjeturas. Sabía de su pasión por el juego, de su necesidad de ganar por encima de todo. Toda la vida había sido así, ya lo había hablado muchas veces con mi madre cuando estaba viva.

¡Por el amor de Dios! Seguía sin entender nada. Estaba perdida en un bucle temporal. Cualquier posibilidad de contacto con el mundo exterior había sido eliminada: me habían confiscado el teléfono, el iPad y el portátil. Si el muy cabrón le hacía daño a Audrey, fuera el que fuera, lo mataría. Lo juro por Dios.

La comida transcurrió como si estuviera en el interior de una densa niebla, mientras ellos hablaban de mi traslado, como si no fuera nada más que una mercancía. Todavía no podía entender que pudiera pasar algo así, de ninguna manera. ¿Cómo podía mi padre negociar conmigo como si fuera una mercancía a cambio de su carrera política y de su libertad?

No había palabras en ningún idioma para describir mi odio hacia él o hacia Dominick. Un día, el que fuera, llegaría mi venganza.

Y no terminaría con mi padre.

Mi mente vagaba de pensamiento en pensamiento, cada uno más oscuro que el anterior. Incluso alguno coqueteaba con el asesinato. Se formaban manchas de sangre delante de los ojos, aunque matizadas por las lágrimas, producto de un inacabable horror.

Cuando entré en el despacho de Dominick, decorado ostentosamente, no podía dejar de mirar el cuadro que tenía sobre la repisa de la chimenea.

Era una de las que acababa de adquirir. Me quedé sin respiración, con los ojos fijos en ella: una obra oscuramente erótica que sacaba a la luz aspectos de mi personalidad que Dominick había sabido leer.

Estaba de pie, en medio de una habitación enorme, abarrotada de estanterías de caoba llenas de libros, cuadros, esculturas y fotografías de gente sonriente posando en destinos exóticos. Nada parecía real. Todo se limitaba a servir para la decoración de ese espacio concreto. Y nada más. Había cerrado mi mente a cualquier estímulo, recordándome que en cuanto saliera de allí podía descorrer de nuevo el cerrojo. Me temblaban los dedos, los tenía rígidos y fríos como los de una muerta.

Cuando me marché caía aguanieve, producto de un repentino e inesperado cambio de tiempo, igual que el cambio que habían sufrido mis condiciones de vida. Terribles condiciones. Un recibimiento glacial. Estuve a punto de reírme al darme cuenta de que todo lo que había conocido hasta ese momento se había volatilizado.

Exactamente a las ocho de la tarde había llegado un coche para llevarme a mi nuevo destino. Mi padre no dijo ni una palabra. Se limitó a besarme en la frente, ir a su despacho y cerrar la puerta. Yo me negué a mostrar ni la más mínima emoción. Ni se me ocurrió llorar. Estaba helada por dentro, como muerta. Cosa que, paradójicamente, era lo que podía mantenerme viva. Me vendaron los ojos y me introdujeron en el asiento trasero de un coche y un hombre al que no había visto jamás se sentó junto a mí. Me atreví a mirarlo a los ojos antes de que me pusiera la venda y memoricé hasta su último rasgo.

Un animal de ciento treinta kilos de músculo y mala hostia.

¿Se me había pasado por la cabeza ir a la policía después de la comida? ¡Por supuesto que sí, joder! Pero los recuerdos de mi preciosa madre me retuvieron. Si de verdad había una posibilidad, la más mínima, de que estuviera viva, la intentaría explotar hasta el límite, a pesar de mis miedos. Y si todo era otra mentira el muy cabrón iba a pagar por ello. Por otra parte, la policía no me iba a creer. El tipo había comprado mis cuadros. Seguro que había testigos de nuestra salida juntos de la galería en su carísimo coche de mierda. Jugaba como un maestro y yo era demasiado ingenua.

Se me llenaron las pestañas de lágrimas y las eliminé como pude y con fiereza. El muy gilipollas no me iba a tocar un pelo, independientemente de lo sexi que fuera o de su tono impositivo. ¡Que le jodan! Yo no pertenezco a nadie, sólo a mí misma. Nunca podrá contigo. ¡Nunca te destruirá…!

Seguí pronunciando las palabras una y otra vez en mi mente.

Me estremecí pese al potente fuego de la chimenea, a la que era incapaz de acercarme. La habitación no tenía personalidad, ni en los detalles ni en su diseño artístico. Ni siquiera destilaba masculinidad. Le faltaba vida. Todo estaba cerrado, incluso las grandes ventanas francesas, y ni se me ocurrió tocarlas. Esa noche mi actitud iba a ser complaciente, fingiendo escuchar hasta entender a lo que me estaba enfrentando. Me hice a mí misma todas esas promesas hasta que cerré los ojos y logré recuperar el aliento.

Cuando los abrí estaba más calmada y era capaz de estudiar lo que me rodeaba. En otras circunstancias quizás habría pensado que era un espacio hasta bonito, pero en ese momento no me parecieron otra cosa que cuatro paredes y un techo.

Una celda.

Tragué saliva. Aún sentía las bilis de la comida revolviéndome el estómago. Tendría que preparar muchos planes, pues sabía que algún día lograría escapar, pero ahora no había más remedio que seguir la corriente. Al menos hasta cierto punto. De hecho, llevaba vestido y tacones cumpliendo las órdenes de Dominick. Toda la situación era ridícula. No se trataba ni de una cita ni de nada que tuviera que ver con la pasión, ni tampoco había habido adoración ni nada parecido en nuestra sesión de sexo duro. ¡Por Dios! Todavía no podía entender cómo era posible que me hubiera comportado de una forma tan estúpida. Era imposible que me enamorara de él, por mucho que me amenazara. Me sequé una lágrima furtiva, renunciando a sucumbir ante él, fuera lo que fuera lo que me pusiera delante. Me había hecho a mí misma una promesa, y la iba a mantener.

Maldito sea.

Maldito mundo.

Maldito sea mi padre.

Pero el enfado máximo era conmigo misma. Una noche de dejarme ir me había conducido a esto… Respiré hondo y cerré los ojos: cada cosa en su momento.

No sabía cuánto iba a tener que esperar. No llevaba reloj de pulsera ni ningún tipo de joya o adorno. Las órdenes de Dominick habían sido de lo más específicas respecto a lo que tenía que traer y mis materiales de pintura no estaban incluidos. Toda esa cháchara sobre mi trabajo, mi arte o lo que de verdad me gustaba no importaba ni lo más mínimo. Me proveería de todo lo demás que pudiera necesitar, o al menos eso fue lo que dijo de pasada. Había visto que llevaba un Rolex, toda una declaración en un hombre como él. Incluso cuando se vestía de manera menos formal sus zapatos brillaban inmaculados. Para su familia el máximo lujo era lo cotidiano, mientras sus víctimas sufrían violencia y vejaciones.

Yo no era nada para él. Un producto más.

El ruido de la cerradura hizo que me agarrara al escritorio. Me invadió el miedo pero no iba a dejar que trasluciera.

Al entrar, comprobé que Dominick tenía un aspecto completamente distinto al del resto del día: vaqueros lavados a la piedra y un polo. Ese atuendo le hacía parecer más juvenil, incluso casi normal. Pero en ese monstruo no había nada que fuera normal, de ninguna manera.

Se quedó de pie mirándome fijamente, sin sonreír ni mostrar ninguna emoción. Como si comprobara que la entrega estaba en orden. Cerró la puerta y se acercó a un mueble bar de aspecto gótico que estaba en una esquina de la habitación.

—¿Te apetece beber algo, Caroline?

—Nada que venga de ti. —Jamás. Exhaló como si no le gustara lo que había dicho. Yo miré alrededor buscando cualquier cosa que pudiera ser utilizada como arma y localicé un abrecartas

metálico. Era una idea absurda pero tentadora.

—Supongo que algún día lo intentarás —dijo sin ninguna inflexión de voz.

—¿De qué hablas?

Terminó de servir dos copas de una bebida color melaza. Al acercarse no dejó de mirarme los pechos. No pude evitar darme cuenta de que su atractivo aspecto resaltaba gracias a los ajustados vaqueros, que acentuaban las musculosas piernas y el bulto que sobresalía entre ellas. Desvié la vista avergonzada y mortificada por considerarlo atractivo en algún aspecto.

O porque en realidad lo deseara.

—Escapar. Tomar represalias. Me decepcionarías si no lo pensaras. —Parecía divertido mientras me ofrecía la copa.

—No sabes nada de mí.

Su risa entre dientes me fastidió, tanto que le di un golpe en la mano con la que sujetaba el vaso, que se hizo trizas al caer al suelo, empapándolo. No reaccionó hasta dar un sorbo de su vaso, después me agarró del pelo, me arrastró hasta la mesa de escritorio y dejó su vaso sobre el cuero con un golpe seco que me sobresaltó.

—Tengo asumido el hecho de que va a hacer falta mucha disciplina para domarte. Sé que crees que vas a poder ganarte mi confianza mientras preparas una vía de escape. Y también sé que lo que siempre has deseado ha sido marcharte de casa de tu padre y librarte de su control. Tus pinturas cuentan tus verdades. Lo odias tanto como a mí. Dime que me equivoco, Caroline.

Aborrecía el modo en el que pronunciaba mi nombre, como si todo lo que estaba pasando fuera normal o legal. Me limité a sisear.

—Cuando te pregunte algo, debes contestar. ¿Lo has entendido?

—Sí… —El siseo fue algo más largo y pasó a través de mis labios fruncidos. Gemí cuando tiró más fuerte y apretó las caderas contra mi culo. Tenía la polla erecta y dura como una roca. Golpeé el escritorio con las palmas buscando aire.

—Sí… ¿qué?

—Sí, señor. —Sabía lo que quería, una mierdera muestra de respeto.

—Y ahora, responde a la pregunta que te he hecho. ¿Estoy equivocado?

Me había leído el pensamiento, pero no había sido capaz de darle la vuelta a la situación.

—De acuerdo, tienes razón. Y también seguro que has adivinado que te considero asqueroso, un despreciable ejemplo de ser humano.

—¿Y eso no te hace sentir mejor? —preguntó entre risas.

¡El muy cabrón se estaba riendo de mí!

—¡Maldito seas! ¡Maldito para siempre!

Entrelazó los dedos dentro de mi pelo.

—Te prometí que la primera lección de obediencia sería esta noche y voy a cumplir mi promesa.

—¿Vas a azotarme otra vez? ¿Crees que con eso vas a dominarme? —Escuché el sonido irregular de su respiración, casi tan fuerte como mis latidos.

Dominick deslizó una mano por mi brazo y pasó los dedos por el corpiño del vestido. Soltó un ronco gruñido al abrirse camino por el elástico del sujetador y agarrar y acariciar uno de mis pechos.

—Tienes los pezones duros y el olor de tu dulce y mojado coño está lleno de esa ardiente necesidad que viene desde lo más profundo.

—No, estás… —Mi voz se perdió mientras frotaba el dedo corazón contra el endurecido botón del clítoris. Me asombraban las reacciones de mi cuerpo y la forma en que vibraba mi coño—… equivocado —terminé.

—Siempre tengo razón, mi preciosa Caroline. —Me pellizcó y retorció salvajemente el pezón al tiempo que seguía frotándose contra mí—. Y recuerda, te conozco. Hasta el último rincón, incluyendo los deseos que acumulas desde hace años. Ningún novio o amante ha sido capaz de satisfacerlos, ningún juguete erótico ha sido capaz de darte lo que realmente necesitas.

Menudo jodido cabrón. Jadeando, me mojé los labios resecos, sin dejar de luchar contra mí misma para poder conseguir alejarme de él. Todo estaba borroso, era incapaz de enfocar la mirada. Y sí, estaba mojada. Y sí, deseaba a este hombre, quería que este monstruo… me follara. Estaba cegada por el imparable deseo que parecía surgir de todas y cada una de las células de mi cuerpo.

El dolor que sentía era estimulante, imponente y distinto a cuanto había sentido en mi vida. Me encontraba perdida en un ansia ciega, tanto que apenas me di cuenta vagamente de que me había bajado el vestido hasta la cintura. Con un rápido movimiento agarró las bragas y, girando la cintura, me las arrancó. Me separó las piernas mientras exhalaba un jadeo largo y entrecortado a la altura de mi cuello.

—¡Oh! —Gimiendo, apoyé cabeza y pecho sobre el escritorio, mientras me golpeaba las nalgas una y otra vez con la mano abierta.

—Vas a aprender a obedecer sin rechistar. —Su voz ronca producía estremecimientos en lo más profundo de mi ser.

—¡Nunca!

A mi respuesta le siguió otra serie de azotes cada vez más fuertes. Su mano se movía rápidamente de una nalga a otra.

—¡Déjame en paz! ¡Lárgate!

—Ya no estás al mando, Caroline, ni lo estarás nunca. Cuanto antes te metas esto en la cabeza, mejor lo vas a pasar.

«¡Que te jodan! ¡Que te jodan! ¡Que te jodan!». Era incapaz de pronunciar las palabras, las

emociones habían tomado el control Incertidumbre y miedo, un horroroso nivel de ansiedad y un enorme nivel de excitación sexual me provocaban oleadas de náuseas.

—Yo te enseñaré —susurró mientras me acribillaba las nalgas y la parte alta de los muslos.

Seguí luchando contra él, intentando librarme de su sujeción, dando patadas y moviendo los brazos cuanto podía.

—No eres más que un hijo de puta. —Creía que mi iba a golpear aún más fuerte para enseñarme la lección que tan desesperadamente me quería transmitir. Igual estaba apretando los botones necesarios para saber hasta dónde podría llegar.

Puede que, secretamente, ansiara que aplicara la mano firme que, según él, tanto necesitaba. No. ¡No! La sola idea era terrible.

Aterradora.

Descarada.

Estaba asombrada con el batiburrillo de ideas que pasaban por mi mente y con las imágenes de los golpes que recibí en mi taller. Me excitaron, me pusieron al borde de un delicioso precipicio. ¿Estaba tan enferma como él? No podía soportarlo, no podía perderme con este hombre. Nunca. Por eso luché aún más, frenéticamente, y estuve a punto de librarme de su sujeción.

Siseó, me empujó y se puso sobre mí.

—No quiero hacerte daño, Caroline. No pareces entender que te quiero. Desde el momento en que te vi por primera vez, me olvidé de cualquier otra mujer. Tenía que poseerte.

Escuché el sonido de su cinturón y, al darme cuenta de que mi boca se llenaba de saliva, me vi transportada al país de Nunca-Jamás.

—No soy un objeto.

—No. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

Sus palabras no tenían que haberme impresionado en absoluto, pero sí que lo hicieron, debido a la sinceridad y el nivel de anhelo que transmitían. Cuando golpeó el cinturón contra el suelo para hacerlo restallar, di un salto involuntario al tiempo que mi mente volvía a la realidad, al aquí y ahora. No había escapatoria posible, ni sitio donde esconderse.

—Ahora quédate como estás. —Me soltó, puso el cinturón delante de mis ojos durante un momento y después deslizó el cuero por mi espalda. Me asombró su nivel de calma. No había enfado ni apresuramiento en su voz. Se limitaba a dar órdenes.

Todo lo que hacía era una sorpresa continua.

Reaccioné a su orden: apoyé la cara sobre la fría madera del escritorio y estiré los brazos para agarrarme a los laterales. Todo estaba borroso delante de mis ojos. Respiré hondo varias veces preparándome para lo que venía.

Obedeciendo.

Dominick movió la muñeca dos veces y el cinturón golpeó primero una nalga y después la otra.

No hubo ningún estallido de dolor instantáneo, ninguna indicación d que sintiera nada. Seguí agarrada y me concentré en la respiración. Incluso conté hasta escuchar el siseante sonido.

¡Crack!

La intensidad del ruido me sobresaltó y esta vez sí que sentí dolor, primero en la nalga y llegando hasta las mejillas. Cerré los ojos de pura vergüenza al notar una cremosa humedad inundándome el coño y resbalando por los muslos.

Continuaron los golpes, uno tras otro. El dolor se transformó en angustia que quería liberar con gritos, pero me contuve. No le iba a dar esa satisfacción.

—Lo estás haciendo mucho mejor de lo que esperaba, Caroline.

Quise contestar, y lo hice de hecho, por Dios; pero me mordí la parte interior de la mejilla para contener el insulto.

Dominick pasó un dedo por mis protuberantes labios mayores, los separó e introdujo salvajemente dos dedos lo más que pudo en la vagina.

—Puedo darte todo lo que siempre has deseado, pero cada vez que desobedezcas serás duramente castigada.

Le escuché. Supe lo que quería decir y no pude reaccionar ni contestar.

Los dos dedos se convirtieron en tres, después en cuatro, retorciéndolos como el horrible salvaje que era… pero yo estaba mojada como nunca, a punto de correrme.

—Si te comportas como una buena chica, si cumples las reglas, el placer será infinito.

Sacó los dedos y aplicó otra sesión de castigo con el cinturón, dejándome el culo casi al rojo vivo.

Mi angustia no paraba de crecer, pero me conmocionaba la forma de contraerse de mi coño, la dureza de los pezones, ansiosos hasta un nivel casi desesperado. En cierto modo deseaba todo eso.

Lo necesitaba.

Pero también me humillaban mis pensamientos y la situación que estaba viviendo.

Me metió los dedos otra vez de forma brutal e inflexible. Escuchaba sus salvajes gruñidos, tan roncos y sensuales que me hacían sentir como si flotara en una especie de nube. Arqueaba la espalda y abría las piernas al límite para abrirle paso. El ambiente estaba saturado del olor de mi fluido vaginal que me llenaba las fosas nasales. Estaba en un estado de excitación máxima, cada célula del cuerpo en combustión. Jadeaba mientras los músculos de la vagina se ajustaban a sus dedos, intentando con desesperación que penetraran más, más, mucho más…

Cuando sacó los dedos otra vez reaccioné gimoteando y ondulando las caderas contra el escritorio.

—Eres una zorrita hambrienta —masculló entre dientes sonriendo. Sin dudarlo, los colocó en la hendidura del culo y lo introdujo con fuerza.

—¡Joder! —Golpeé el escritorio con las manos al sentir un tremendo dolor en todas mis terminaciones nerviosas.

Se inclinó sobre mí, retiró los mechones de pelo que me cubrían el cuello y sentí su cálido aliento como si fuera el terciopelo más suave.

—Tu boca me pertenece, utilizaré tus labios para que me chupen la polla. Tu coño me pertenece, húmedo y preparado cada vez que me apetezca. Y tu culito pequeño y apretado me pertenece. Para follar. Para castigarlo. Para lo que desee. Todo y en todo momento.

—Sí, yo… —Todo daba vueltas a mi alrededor. Sabía a lo que se refería: el mando en todos los aspectos. Esperaba que continuara con el cinturón, pero en el momento en el que me incrustó la polla hasta el fondo de la vagina, con tanta fuerza que me apretó conta el escritorio, la conmoción hizo que alcanzara el orgasmo instantáneamente—¡Oh…, oh…, oh…!

Me llenó por completo, separando los labios del coño hasta que me dolieron los músculos. Era dura y áspera y la postura me hacía gozar hasta el éxtasis. Su piel frotaba mis magulladas nalgas incrementando la sensación de incomodidad.

—¿Te gusta esto? —preguntó con voz entrecortada mientras empujaba con saña.

—No. Nunca. No contigo.

Otra maligna risa entre dientes, seguida de un rápido azote en el culo antes de clavarme los dedos en la piel. Me poseía con brutalidad, de una forma tan poderosa que quitaba el aliento. Gemía, jadeaba, pero también odiaba a este hombre, lo odiaba todo de él. Sus acciones. Su mundo. Su asquerosa naturaleza.

Pero era incapaz de contener el orgasmo que estaba a punto de estallar en mi coño.

—¡Oh, no! ¡No!

No se detuvo. El orgasmo dio lugar a un estado de frenesí, brazos y piernas con piel de gallina. No podía pensar ni respirar, parecía flotar en la niebla y el orgasmo seguía y seguía.

Dominick esperó a que mi cuerpo se relajara para retirarse.

—Algo que debes recordar: solo a las chicas que obedecen se les permite correrse. —No perdió el tiempo: deslizó el glande hacia el pliegue del culo y lo colocó junto al apretado músculo circular—. Y a las chicas malas, se les folla por el culo. —Empujó hasta el fondo y escuché un rugido que manifestaba la satisfacción de un ansia largamente esperada.

También escuché el ronco sonido de su voz, pero las palabras, inaudibles, se escaparon flotando. La química que surgió entre nosotros fue completamente inesperada y tan dañina como un incendio forestal. Era el demonio, mi captor. Esto tenía que acabar.

Pero ahora ya sabía lo que quería de mí: todo.

También mi corazón.

CAPÍTULO SEIS

Dominick

Control. Ya había perdido el control con ella. La idea era interesante, pero también perturbadora. Descartaba la debilidad, tanto en cualquiera que trabajara para mí como en mí mismo. Sin embargo, había caído en un agujero negro poseyéndola. Follándola.

Y más de una vez.

Me rendí a su arrebatadora belleza y a los oscuros deseos que se desataron dentro de mí desde la primera vez que puse los ojos en ella. Antes, el bar de la esquina había sido siempre para mí un lugar en el que tomarme un respiro, donde podía tomarme una copa sin tener que soportar ojos entrometidos. A partir del momento en el que entró ya no pude quitarle ojo y su luminosa sonrisa al ir saludando amigas y admiradores desató mis pasiones. No intenté hablar con ella esa noche, me limité a contemplarla de lejos. Pero supe que iba a tenerla.

A devorarla.

A obtener lo que no me pertenecía.

Una vocecita en mi cerebro no paraba de recordarme que, en realidad, la amaba.

Solté un siseo de frustración y apreté los puños. Tenía que volver a mi vida, habitual, a mi día a día. Había transcurrido una jornada más. ¡Qué putada no estar en el paraíso!

—¿Qué quiere que hagamos con él, jefe? —preguntó Bruno con indiferencia.

La pregunta era repetitiva, otros aspectos del ser humano que odiaba. Eche una mirada al cerdo sudoroso que, de rodillas, Bruno sujetaba sobre el suelo. El cerdo estúpido de Marco no paraba de lloriquear. Había intentado robarme dinero, como si no me fuera a dar cuenta. Diez de los grandes no era una cantidad muy grande, pero sí lo suficiente como para captar mi atención. No podía tolerarlo en absoluto, igual que no podía dejar pasar las actitudes rebeldes de Caroline.

Cada acción inadecuada debía tener una consecuencia directa en mi mundo, eso era una verdad absoluta. Todos aquellos que ignoraran esa regla terminarían muertos y enterrados en el bosque, listos para servir de alimento a otras criaturas. Había días en los que deseaba ser dentista o médico. Lástima que mis notas no dieron para una plaza en la facultad de Medicina.

Gruñendo, apoyé el cañón de mi arma en su frente. Bruno ya le había dado su ración, con el resultado de un ojo medio cerrado, ambos labios partidos y un reguero de sangre corriendo desde la frente. Había momentos en los que pensaba que tenía que hablar con él sobre formas de controlar el enfado.

—¡No, señor Lugiano, por favor! ¡Lo siento, de verdad, lo siento mucho! —rogó Marco.

Los dos soldados que tenía al lado sonrieron, balanceándose de delate atrás.

—¿Por qué crees que podría importarme tu mierda de disculpa?

—Porque… —empezó. Se atrevió a girar la cabeza intentando mirarme a los ojos, pero se quedó callado.

Apreté el cañón todavía más sobre su cabeza, tanto que estuve a punto de hacerlo caer.

—¡Contesta la pregunta, cabrón!

—Hay otro grupo intentando hacerle la competencia. —¡Por Dios! ¿Es qué el muy gilipollas se iba a echar a llorar? No había nada peor que un puto llanto para suplicar por la propia vida. No obstante, sus palabras picaron mi curiosidad.

—¿Y?

—Me amenazaron. Lo sabían todo sobre usted y su forma de trabajar. —En ese momento, el muy gilipollas se había echado a temblar—. Les di dinero para que me dejaran en paz.

—¿Y no pensabas que me iba a enterar, Marco?

Primero ladeó la cabeza y finalmente asintió. Le temblaron las carnes al estremecerse.

—Lo siento, jefe. No me mate.

Pensé en lo que estaba diciendo Marco. El rumor de que había una banda intentando actuar en el territorio llevaba corriendo desde hacía meses, pero en realidad era un asunto de escasa importancia: cierto trapicheo a las puertas de alguna cafetería era lo más peligroso que se me podía ocurrir. Llegar a los *millenials* para convertirlos en clientes habituales. Las bandas que traficaban en las peores zonas no eran más que matones enganchados a lo mismo que vendían. La evolución social era algo fascinante.

Pensé en la zona cercana al apartamento de Caroline. Esa clase de gentuza. ¿O no?

—Voto por que acabemos con él —ladró Jo-Jo. Un tipo duro cuya lengua a veces le jugaba malas pasadas.

—No te he pedido tu opinión, ¿o sí?

Bruno me llevó aparte. Llevaba trabajando años para mí, más como asesor de confianza que como *consigliere*. Se nos unió Angelo, un capo agresivo pero inteligente que se había granjeado el respeto de casi todos los soldados de la organización.

—También hemos oído que está pasando lo mismo en algunos casinos —dijo Bruno en voz baja —. No de los nuestros. En Chicago están teniendo problemas.

Lorenzo debía de estar enredando. No es que me importara, pero cuando la mierda empezaba a llegar a mi zona del mundo, era el momento de prestar atención. ¡Cabezas de chorlito! Hacía mucho tiempo que no corría la sangre por las calles. Puede que fuera el momento de enviar un mensaje claro. Un mensaje cuidadoso.

Miré a Angelo, que asintió.

—No me gusta lo que estoy escuchando. Sean quienes sean esos cabrones, están vendiendo éxtasis mezclado con cualquier mierda. Tienen como clientes algunos peces gordos: varias *celebrities*, políticos, lo típico. —La voz de Angelo estaba cargada de disgusto personal: su propia hija había caído víctima de la droga callejera hacía dos años.

Miré de nuevo a Marco. Yo siempre sabía si me mentían. Ahora el tipo parecía estar cada vez más hundido, aterrorizado por los matones que lo amenazaban.

—Están llevando la mierda a los casinos. —Eso sí que era un riesgo a tener en cuenta.

—Eso hemos oído —espetó Bruno—. Marco nos podría ser útil, si es que puedes confiar en él.

Era una buena idea. Ya había tenido suficientes problemas bajando a los casinos. Asentí riendo entre dientes. Unos gilipollas del tres al cuarto creyendo que podrían jugar con la mafia. Adelante, ¡qué demonios!

Sopesé las posibilidades. Si empezaba a circular por las calles que yo permitía irse de rositas a un ladrón, incluso las bandas callejeras empezarían a pensar que tenían oportunidades dada mi debilidad. A la mierda.

—A ver, Marco, escúchame. Atrae a esos tipos a tu local. Di que tienes polvo de calidad que quieres vender. Cuando vayan a husmear, me avisas. Averigua lo que puedas, pero no tientes mucho la suerte… en ningún sentido. —La cosa funcionaría siempre que Marco se atuviera a las órdenes.

Marco levantó la cabeza y aspiró fuerte. Parecía como si fuera a estallar en lágrimas o a montar algún otro número.

—Gracias, señor Lugiano. No le voy a defraudar. Lo juro por Dios.

Me guardé el arma en la cintura.

—Será mejor que no lo hagas, Marco. Hay muy pocos hombres que dispongan de una segunda oportunidad. Como vuelvas a joderme, habrá un barril de aceite industrial con tu nombre escrito. ¿Sabes lo que cuesta ahogarse ahí? —No necesitaba decir nada más: su expresión de horror demostró que entendía lo en serio que estaba hablando. Me volví hacia Bruno—. Organízalo, Bruno. Y vigila a Marco. Sabes lo que tienes que hacer. Y haz el favor de limpiarlo, por el amor de Dios. Dirige un negocio de apuestas de nuestra propiedad.

Lo último que necesitaba era que jodieran mis casinos, incluyendo la más mínima sospecha de que en ellos se realizaran actividades ilegales. Aunque tuviera a Drummand controlado, había un montón de congresistas y senadores a los que una victoria sobre la familia Lugiano les vendría más que bien para hacer avanzar su carrera.

—Eso está hecho, jefe. —Bruno sonrió dejando a la vista la mellada dentadura. Era tan brutal

como indicaba su nombre y el mejor soldado de mi equipo.

—Creo que mañana por la noche voy a hacer una visita especial al Club Med. —Mi padre había adquirido el casino hacía unos años y su reforma había costado cerca del millón. Noche tras noche acudían a él celebridades y personajes con poder. No podía dejar pasar la oportunidad de dejar claro que nuestra dirección seguía estando en buenas y firmes manos. El segundo aniversario de la reapertura seguro que iba a atraer a los más ricos y famosos.

Todo un cebo para la escoria ávida de hacer fortuna.

—Excelente idea, jefe —dijo Bruno sonriendo de nuevo—. Deje que me haga cargo de eso y lo prepare bien.

—Muy bien. Y ahora vuelve a la casa. Quiero que estés en todo momento junto a mi invitada. —Había dejado en casa a un soldado con poca experiencia. Yo nunca quería correr riesgos.

Bruno pareció sorprenderse.

—¿Teme por su seguridad o sólo que quiera huir?

—Es sólo un mal presentimiento, Bruno.

—La protegeré con mi vida.

Sabía que lo haría.

Empezaba a estar harto de la violencia de las calles y prefería dejar el trabajo sucio a capos y soldados. Centraba el interés en los casinos en lugar de en las drogas, pero los incidentes en las calles estaban creciendo, lo que daba lugar a fricciones con mi padre. No era por cuestiones relacionadas con abandonar los negocios ilegales, sino por las fricciones con los federales. Eso eran palabras mayores. La verdad es que necesitaba unos meses de paz.

Y además estaba el tema de mi nueva relación.

No sabía muy bien cómo iba a tomárselo mi padre, pero había que informarle. También estaba a punto de recibir un cargamento, una razón más para mi acuerdo con Drummand. Y estaba el asunto del senador y su programa en el Congreso. Intentaba por todos los medios acabar con los casinos en el estado de Nueva York, lo que impediría al comité de supervisión votar a favor del nuevo casino iniciado por mi padre hacía varios meses. No habría aprobación. Por desgracia, mi padre no tenía todo el control que le gustaría sobre los políticos locales.

El cierre de casinos no le hacía ningún bien a nadie, pero sus diatribas sobre los horribles y tremendos crímenes centrados alrededor de ellos tenía revolucionados a los votantes conservadores que condenaban todo lo relacionado con el juego de azar. El senador tenía muchos seguidores, incluyendo miembros de las fuerzas de seguridad. El periodo de sesiones legislativas terminaría pronto, lo que quería decir que Drummand iba a tener que darse prisa. Lo cierto es que las cosas habían empezado a cambiar. Yo esperaba que el pomposo individuo hubiera aprendido una valiosa lección. Siempre que mantuviera la relación con sus colegas, nadie se daría cuenta.

—Vuelve al trabajo como si no hubiese pasado nada. Y Marco, te lo digo muy en serio: no vuelvas a hacernos algo así. —No esperé a oír su respuesta y salí en busca de mi Mercedes. Los coches deportivos los reservaba para el ocio. Prefería conducir yo, no me gustaba nada la idea de

usar un guardaespaldas, pese a que mi padre siempre insistía en ello. Por alguna razón, seguramente insensata, saqué el teléfono del bolsillo y abrí la foto de su cara. El momento que compartimos había sido una de mis mejores experiencias, al menos con una mujer. Se comportó de una forma desafiante, tal como yo esperaba, pero pronto aprendería. Gruñí y me guardé el teléfono en el bolsillo. No había tiempo para lamentarse. El motor rugió con su habitual potencia y salí del estacionamiento para dirigirme al almacén, a la oficina de mi padre.

Mi padre, Giordano Lugiano, no era un hombre con el que se pudiera andar con juegos. Había amasado una fortuna tras convertirse en Don. Entre sus amigos estaba el vicepresidente de Estados Unidos. La ironía que implicaba mi anuncio no caería en saco roto con él. Sabía perfectamente que mis decisiones siempre eran astutas e ingeniosas. Conduje por las calles disfrutando más de lo habitual. Sentía todavía la tensión en los huesos y tenía claro que mi padre iba a criticar mi decisión.

Era imposible mantener en secreto la presencia de Caroline y no tenía intención de cargarla de cadenas y encerrarla en mi casa. Su presencia a mi lado daría solidez al control de mi familia sobre el mundo de la política, y no solo produciría un terremoto, sino que significaría una amenaza sin tener que mover siquiera un dedo. Era más valiosa de lo que se podía siquiera imaginar. Se me ponía dura sólo de pensar en ella.

Y mañana por la noche haría su aparición.

El viaje duró menos de un cuarto de hora pese al denso tráfico. Dejé el coche en el aparcamiento del edificio, todo de cristal y sonreí al pensar que mi padre tenía más cojones que el caballo de Espartero: su oficina estaba en un edificio lleno de fiscales.

Ninguno de ellos se atrevería a molestarle ni a mover un dedo para evitar o dañar su control del sistema. Se limitarían a mirar hacia otro lado. Estacioné en el lugar habitual y miré por el parabrisas. Era un día más en la oficina para las abejitas oficinistas. Menos mal que me había tocado nacer en el seno de la clase dirigente.

Atravesé las sucesivas puertas de acceso en dirección al despacho de mi padre. La mayoría de su personal no tenía ni idea de las actividades que desarrollaba mi familia, pues trabajaban en los negocios legítimos. No obstante, los que sí que lo sabían recibían un buen dinero a cambio de su silencio. Tanto el FBI como la policía local había realizado inspecciones varias veces, pero por supuesto, no habían encontrado nunca nada. Mi padre era un hombre de negocios brillante.

Me aproximé a la oficina con menos seguridad de la habitual. Al llegar abrí la puerta sin más.

—Me alegra escuchar eso, Clive. Te agradezco la llamada. —Giordano rio, se levantó de la mesa y se acercó al ventanal de suelo a techo, animado como siempre tras una conversación telefónica productiva—. Transmítele a Bev mis mejores deseos. Tenemos que jugar un partido de golf un día de estos, viejo amigo.

Me quedé en la puerta, apoyado en la jamba. Cuando mi padre terminó la llamada, aplaudí.

Se volvió muy sorprendido y al verme guardó el teléfono y se acercó al escritorio.

—¿A qué debo el honor de esta visita?

—Clive… No sabía que eras amiguete del fiscal del distrito. —Cerré la puerta, metí las manos en

los bolsillos y me acerqué.

—Tengo amigos hasta en el infierno, hijo. Es la clave del negocio. Me estaba avisando de que se nos viene encima una tormenta. —Rio entre dientes y levantó una ceja—. Como si eso me preocupara. Siéntate. ¿Quieres beber algo? —Se acercó al mueble bar.

—Un poco pronto, papi, ¿no te parece?

—Nunca es pronto para un buen escocés. —Rio y una vez más, levantó una ceja y me miró de arriba abajo, como hacía siempre—. ¿Qué tienes entre manos?

—Quiero que sepas por mí mismo, y no por los capos, algo que me atañe.

Sin dejar de mirarme, se sirvió una copa del decantador.

—¿Es sobre la aprobación del nuevo casino? Quiero adivinar que por fin te has encargado de arreglar todos los problemas que había. He recibido una llamada muy alentadora de nuestro supervisor local. Un tipo agradable.

—No es eso, pero sí, las complicaciones se van a terminar. Me da la impresión de que el proyecto de ley va a morir incluso antes de llegar al Senado, lo cual significaría que nuestros supervisores del comité se van a sentir de lo más felices por poder firmar esta increíble oportunidad para un millar de importantes ciudadanos de Nueva York. Nuevos puestos de trabajo. Dinero del turismo. No pueden perder.

—Buenísimas noticias, pero la curiosidad me está matando. ¿Por qué viene a visitarme mi hijo tan temprano si no es por negocios? —Brindó levemente a mi salud antes de dar un sorbo.

Solté el aire antes de decirlo.

—Me voy a casar.

Tosió y expulsó parte del licor.

—¿Qué demonios has dicho?

—Hablo en serio.

Entrecerró los ojos y rodeó el escritorio.

—De los tres hijos que tengo, eres del que menos podría esperarme el matrimonio.

—Las cosas cambian.

—¿Quién es la chica? Por favor, no me digas que es alguna de las golfas que van por ahí. Hijo, te mereces algo mejor.

Gruñí y negué con la cabeza.

—Sabes que no tengo ningún interés en ese estilo de vida. —¿Cuántos capos y capitanes casados mantenían amantes? No tenía el menor interés en eso.

—Humm… —Giordano se sentó en el borde del escritorio—. ¿Entonces quién?

—Caroline Hargrove.

En un principio pareció no reaccionar ante la noticia, pero al cabo de unos momentos sonrió.

—¡Felicidades, hijo! ¿Cómo lo has hecho? No me extraña que haya dejado de preocuparte el casino y nuestros problemas de transporte. ¡Es brillante!

—Le hice una oferta al senador que no pudo rechazar.

—Bueno, pues maldita sea. ¡Una jugada arriesgada!

—Era necesario.

Alzó el vaso.

—Tengo que reconocerlo, hijo. Cuando te pido que te encargues de algo, lo haces con mucho estilo. Siempre aportas exactamente lo que esta familia necesita. Allá tus hermanos, que no tienen el mismo interés.

—Ellos se lo pierden. De todas maneras, necesito que me hagas un favor. —Me había pasado muchas horas pensando en si se lo iba a pedir o no.

Giordano asintió.

—¿Qué necesitas?

Saqué la fotografía de la madre de Caroline del bolsillo interior de la americana. Creía saber cómo iba a afectar a mi padre, o al menos sospechaba cuál sería su reacción.

—Le he hecho una promesa a Caroline. Un regalo de bodas por su obediencia, podríamos llamarlo así. —Señalé la fotografía, que era la única que había podido encontrar. Le había lanzado el guante al senador, que no había confirmado mis sospechas, pero todos los indicios parecían ir en la buena dirección—. Su madre, supuestamente, murió hace unos años, pero yo creo que en realidad no está muerta. La cosa, como mínimo, no está del todo clara.

—¿Drummand? —dijo entre dientes.

—Eso creo. Sus relaciones siempre fueron difíciles, rozando el abuso, al menos por lo que he podido averiguar. Creo que él sabía que ella podía ser un nudo corredizo alrededor de su cuello por lo que respecta a su carrera política, pero no creo que tuviera ni la valentía ni los huevos suficientes como para matarla.

—¡Interesante! Secretos y mentiras.

—Ahí estamos. —Todas las familias los tienen. Bien lo sabía yo.

Me tendió la mano con mirada turbia.

—¿Quién es?

Le pasé la fotografía al tiempo que respondía su pregunta.

—Margaret Wentworth.

Sólo dos veces había visto tristeza en la expresión de mi padre. La primera, cuando mi hermana pequeña murió en un accidente de coche siendo aún una niña. La segunda, cuando mi madre lo

abandonó temporalmente hacía unos años.

Esta fue la tercera.

Pestañeó varias veces según miraba la fotografía, hasta que finalmente alzó la cabeza. No hacían falta palabras, ni yo podía consolarlo de ninguna manera. Sabía muy bien lo que esto significaba y cuál iba a ser su reacción, pero no tenía alternativa. Nunca iba a explicar cuál había sido su relación con Margaret, pero en cuanto vio la foto me trasladé varios años atrás. El hallazgo de una foto. Las preguntas de un adolescente furioso.

—No tenía ni idea de que estuviera casada con Drummand —dijo mi padre como si hablara solo.

Me hubiera gustado decir muchas cosas, pero callé por respeto.

Giordano se puso de pie y se guardó la foto en el bolsillo de la americana. Me miró durante un largo minuto.

—Te daré una respuesta, Dominick, pero voy a manejar esto a mi modo. Si la mierda que me has contado es cierta, Drummand pagará por lo que hizo. No me harás preguntas y yo te contaré lo que averigüe. Si está viva, tendrás que lidiar con la reacción de tu prometida.

—Dime la verdad, papá. ¿Qué es para ti?

Volvió a mirar la foto.

—Una persona a la que decidí proteger. Y no, no traicioné a tu madre con ella. Eso hubiera sido una deslealtad imperdonable.

No dije nada. Mi padre nunca había dicho una palabra acerca de su vida fuera de la familia. Había adorado a mi madre y ella lo había tolerado. La relación entre ellos siempre había sido de entendimiento, o al menos eso era lo que todos pensábamos en nuestro mundo.

—A lo largo de mi vida he tenido mi ración de locuras, pero las mujeres implicadas no han significado nada para mí. Margaret era demasiado equilibrada y tenía demasiada autoestima como para implicarse en una relación con un gilipollas como yo. Quería vivir su propia vida y yo decidí no inmiscuirme. Perdimos el contacto.

Pude notar amargura y una emoción profunda.

—¿Quién era? ¿Por qué y de qué la protegías?

Giordano negó vehementemente con la cabeza.

—No voy a entrar en más detalles acerca de esto ni de otros aspectos de mi vida personal. ¿Está claro?

—Cristalino. —Se me aceleró el corazón. Sentí el chute de adrenalina. ¿Qué coño acababa de hacer? Fuera quien fuera la persona de la que la protegía, podría haber regresado, poniendo incluso a Caroline en peligro, muchísimo peligro.

Asintió, rodeó el escritorio y apoyó la espalda en la ventana.

Acababa de empezar una guerra.

* * *

La casa parecía estar fría cuando llegué. No se escuchaba ningún ruido ni había señal alguna de que hubiera alguien dentro. La había comprado hacía varios años y la había renovado yo mismo en gran medida. Trabajar con las manos era liberador, me aportaba paz y una sensación de perspectiva difícil de lograr. Moderna en apariencia, a excepción de mi despacho, no era grande, al menos según el criterio al que mi padre me había acostumbrado. Yo no necesitaba algo enorme. Mis necesidades eran bastante simples en comparación con las del resto de mi familia.

Despedí a los soldados que había dejado custodiando a Caroline, pues esta noche prefería estar solo con ella. Bruno sabía cómo mantenerse al tanto pero sin molestar, respetando la privacidad. Ni la puerta del dormitorio tenía cerrojo ni ella estaba encadenada. No la iba a meter entre rejas ni en un zulo del sótano para aislarla del resto del mundo. Con tiempo y entrenamiento aprendería a aceptar su lugar a mi lado.

No fallaría, ni a ella, ni a mí mismo.

La encontré en mi despacho, sentada en un sillón con los pies descalzos bajo ella. Sostenía un libro, pero no lo leía, tenía el brazo sobre su regazo. Miraba el fuego sin pestañear. No hizo ningún movimiento al acercarme, tan solo frunció ligeramente la comisura del labio. Me tenía miedo.

Me dirigí al escritorio y extendí el correo sobre la mesa. Mi bravuconería hacía difícil que mantuviéramos una conversación. La misma obsesión de siempre inundó todas y cada una de mis células, dejando un regusto amargo en la boca. Ninguna mujer había producido nunca antes semejante efecto en mí.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con voz casi inaudible.

—Ya te lo he dicho, Caroline.

Alzó la cabeza. Parecía incluso más taciturna que antes.

—Dime a mí lo que le dijiste a mi padre para que me vendiera como si fuera basura. Quiero saberlo de ti, con tus palabras, si no te importa. Además, ¿por qué me quieres a mí? Puedes tener lo que desees y a quien desees. Podías haber destrozado a mi padre de muchas otras maneras, pero escogiste arruinarme la vida a mí. Merezco una respuesta, exacta y verdadera.

La pregunta me pilló por sorpresa. Había estado tan centrada en la venganza y el control que no me había planteado la posibilidad de decirle que mi método para obligarla a ser mi futura esposa no tenía nada que ver con el senador. No me venían las palabras y mis pensamientos eran, como poco, confusos. ¡Maldita mujer y maldito el deseo que sentía por ella! Respiré hondo, con una mezcla de rabia contra mí mismo y de deseo incontenible, tanto que tenía la verga hinchada y palpitante y los huevos tensos y doloridos.

—Porque mereces una vida mejor.

Me miró a los ojos, los bajó hacia el escritorio y me volvió a mirar. Pasaron diez segundos completos.

—Voy a aceptar esa respuesta. De momento. —Dejó el libro en el sillón, se levantó y se dirigió a

la puerta—. Eres un hombre peligroso, tal como me dijiste, pero, sinceramente, me importa una mierda. Haré lo que quieras y seré una buena chica, Dominick, pero nunca podrás destrozarme y mi corazón nunca será tuyo. En estos momentos estoy ya destrozada, hecha pedazos. Así que no puedo estarlo más.

Mientras salía de la habitación con pasos cautos, alcé las manos con impotencia. Toda mi vida había girado alrededor de la violencia, de forzar y destrozar a otras personas de un modo u otro. No entendía el amor y jamás había deseado formar una familia. ¿Cómo iba a hacerla mi esposa?

Di un manotazo en el escritorio para volcar el desconcierto y la ira y se formaron unas manchitas en los ojos al escuchar el ruido. Esto no se parecía en nada a lo que yo había esperado. Todo lo que había contemplado era la venganza, roja como la sangre, pero nunca que sus sentimientos me afectaran de esta manera. Incluso ahora quería tenerla como masilla entre las manos, sucumbiendo a todos mis deseos, suspirando por mi polla y por mi ávida mano. Lo que no deseaba era esta absoluta resignación tragándose a la vivaz y ardorosa mujer que llevaba dentro.

Respiré hondo varias veces y salí enfadado a buscarla por la casa. La encontré en la cocina con una botella de vino en la mano y un sacacorchos en la otra.

—No has dicho la última palabra, Caroline, y nunca la dirás.

Dio un bufido apenas perceptible y dejó la botella y el sacacorchos.

—No soy de tu propiedad.

La agarré de las muñecas y la atraje hacia mí.

—Quiero tenerte, no tengas la menor duda de ello. Llevo meses soñando contigo, anhelándote. Tu boca chupándome la polla. Tus manos acariciando mi piel desnuda. Tu cuerpo temblando de ganas de recibir el mío. Solo quiero lo que me puedes dar, todo. Y lo tendré.

Caroline se estremeció con mi abrazo, con un gesto a caballo entre el miedo y el ansia de mí, pero no luchaba.

No olvidaré nunca el fuego de sus ojos. Represalias. Venganza. Lucharía hasta la muerte para seguir siendo fiel a sí misma.

Y eso incrementaba mi deseo de quebrar su voluntad. ¡Maldita sea! ¿En qué me había convertido?

Le sujeté el cuello con una mano y deslicé la otra por su cintura, atrayéndola hacia mí. El beso fue más poderoso que todos los anteriores y la erección surgió de inmediato. Tenía hambre de ella, un hambre voraz, fuera de control, llenaba de electricidad mis células, poniéndolas en combustión. Mis deseos primarios habían tomado el control de todos los rincones de mi cuerpo. Introduje la lengua y saboreé su dulce esencia. Era un hombre muerto de sed y ella era la única persona que podía saciarla.

Cimbreó el cuerpo bajo mi abrazo y gimió con el beso. Finalmente relajó los brazos y me rodeó el cuello con uno de ellos. Con la otra mano se agarró a la camisa al arquearme yo hacia atrás. El momento fue de una intimidad salvaje y desenfrenada. La sensación de sus pechos pegados a mí resultó casi dolorosa debido a la tremenda necesidad que sentía. Introduje la mano por el vestido y el simple hecho de tantear las bragas me llevó a un enloquecido frenesí por el ansia de tocarla.

Le acaricié el clítoris con el dedo corazón y en ese momento los huevos estaban a punto de estallar.

Hizo fuerza para interrumpir el beso, buscando aire y mojándose los labios.

—¡Suéltame!

—Nunca.

—No te deseo.

Negué con la cabeza riendo.

—No sabes mentir, Caroline.

—¡Déjame… en paz! —susurró, golpeándome el pecho con los puños.

—Puedes luchar todo lo que quieras, pero nunca te vas a librar de mí.

—¡Que te jodan!

Gruñí y le empujé el vello púbico hacia un lado para poder lamerle la dulce carne. Le pellizqué el clítoris y se me aceleró el corazón al sentir su estremecimiento. Ya empezaba a conocer las reacciones de su cuerpo. Metí el dedo en su coño, moviéndolo con intensidad.

—¡No! No, no, no. —Arrastró las uñas por mi cara, sin dejar de jadear.

Le mordí el cuello hasta que se retorció y soltó el brazo.

—Dominick… —La palabra fue apenas un susurro lleno de su propio deseo.

Mis pensamientos se volvieron aún más viles y sucios, perdido cualquier nivel de decencia que pudiera guardar. La levanté en volandas y la puse sobre la isla de la cocina. Ya no se trataba de disciplina, sino de la liberación de una bestia maligna que salía a la superficie. Yo mismo. Con el vestido encogido a la altura de la cintura, le arranqué las bragas de un tirón, le separé las piernas para meter la cabeza entre ellas. Empecé a tantear con la lengua, tomándome mi tiempo para juguetear. Para tentarla.

—¡Oh, Dios! —Caroline movía la cabeza atrás y adelante. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Esto no puede estar pasando! ¡No quiero estar contigo! ¡Eres horrible!

—Esto está ocurriendo, y estás bien. Aprenderás a rendirte, y de muchas maneras.

—No. No quiero… Por favor…

—¿Por favor qué, Caroline? ¿Qué te chupe el coño? ¿Qué te folle? Aprenderás a pedir exactamente lo que quieres y en cuando lo hagas te lo proporcionaré. Distinguirás la diferencia entre el verdadero placer y la agonía absoluta.

Se estremeció al escuchar la respuesta y pude captar una luz brillando en sus maravillosos ojos.

Chupé, lamí, introduje la lengua por los recovecos de su coño, dulce y cálido. Estaba tan mojado que mi cara se cubrió con la humedad. Todo su cuerpo temblaba y saltaba como si recibiera descargas eléctricas con mis caricias.

En un momento dado pateó, como si quisiera escaparse. Le sujeté el vientre y le separé las piernas, apretándoselas contra le encimera de la isla.

—No luches contra mí.

Solo era un pulso de voluntades. La miré de una forma incendiaria que solo suavicé cuando ella bajó la suya, mostrando finalmente su aquiescencia. No obstante, pude escuchar sus palabras susurradas, que me perturbaron más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Te odio.

Tenía las manos sobre sus pechos y se toqueteaba los pezones. Lo único en lo que podía pensar era en romper como fuera el sujetador, las bragas, toda su ropa y en darme un festín con su cuerpo.

Le agarré as piernas y se las junté para quitarle las bragas.

—Eres una chica mala. —Deslicé os dedos por las piernas, sin quitarle ojo al pequeño y rosado coño—. Imagínate la de cosas perversas que te voy a hacer.

Le tembló el labio inferior al asentir, manteniendo la mirada en todo momento. Su convección era mucho mayor de lo que había podido imaginar.

—Abre la boca.

Dudó, e inmediatamente le di un golpe en el coño, lo suficientemente fuerte como para que gritara.

—Cuando te dé una orden, obedece inmediatamente. Son mis reglas y son muy fáciles.

—Sí, señor —silabeó. Abrió mucho la boca y apretó los puños cuando tiré de las bragas.

—No olvides jamás que me perteneces. No habrá agujero que no viole, ni centímetro de piel que no disfrute. Y cada vez que quieras luchar, serás castigada. —Conforme pronunciaba las palabras me iba encendiendo. Casi podía oír a mi polla rogando que la liberara.

Cuando le di el primer azote en el culo paladeé la fealdad de mi propia risa. Moví la muñeca con fuerza y rapidez mientras le sacudía las nalgas. Una. Dos. Tres. Alternaba entre el coño rosado y el culo perfecto, respirando agitadamente al ver como las nalgas enrojecían y se recalentaban. Escuchaba sus gimoteos que me llevaban cerca del paroxismo. No había conocido una mujer más tentadora. Jamás.

Con cada azote su cuerpo se estremecía y saltaba involuntariamente, pero al cabo de unos minutos extendió las manos a los costados, se apoyó sobre la encimera y arqueó la espalda para separarse. Nunca había visto una expresión tan pornográfica, pero a la vez tan inocente. La bestia pasó a otro nivel de oscuridad.

Abrí el cajón más cercano y tanteé a ciegas su interior hasta dar con un cubierto de madera. Caroline no prestaba la menor atención, perdida en su propio momento de éxtasis crudo y brutal. Recuperé el aliento y contemplé el cucharón de madera. Era perfecto. La mejor demostración de que podía golpearla en donde y cuando me diera la gana, sin ninguna cortapisa.

El sordo sonido fue como dulce música para mis oídos, melódica en una forma que está al

alcance de muy pocos. La golpeé con el cucharón otra vez. Y otra más.

—Abre las piernas para mí, dulce Caroline. Déjame ver tu precioso coñito.

Pestañeó varias veces obedeciendo sin protestar. Incluso apretó un poco las rodillas en sutil gesto de sumisión.

—Ahora, mira esto. —Le puse delante el cucharón, moviéndolo de atrás adelante. De atrás adelante.

Siguió mis movimientos sin rechistar, subiendo y bajando los ojos. La mirada aún desafiante.

—Incluso algo tan barato como esto puede procurar horas de placer —dije, rozándole el cuello con la parte redondeada. Después introduje el mango por el corpiño del vestido hasta el sujetador. Le acariciaba la piel con gesto amoroso, me encantaba ver cómo seguía mis movimientos con ojos atentos y notar los cambios en el ritmo de su respiración. La piel parecía brillarle con distintas intensidades tras las caricias.

—Te gusta esto —susurré al tiempo que me agachaba y soplaba sobre su coño.

—Mmm…

—Buena chica. —Levanté el cucharón, se lo pasé por la barbilla y lo fui bajando hasta el estómago. Coloqué el mango entre los hinchados labios del coño—. Menudo placer, ¿verdad?

Asintió con gesto algo dudoso y empecé a mover el mango con suavidad arriba y abajo, sin perderme sus gestos ni las variaciones de la respiración. El aroma de su sexo se volvió más intenso. Me llenó las fosas nasales y me puso la sangre a punto de hervor. Ya no era otra cosa que un carnívoro, tan hambriento que apenas podía contener la necesidad. Cuando cerró los ojos le di un toque en el clítoris.

—Mmm… —El gemido fue más intenso y abrió los ojos de inmediato.

No cierres los ojos. Tienes que ver todo lo que hago contigo. Cada segundo.

Otro asentimiento. Otro gemido.

—Mejor. Vas aprendiendo. —Volví a acariciar los labios con el mango, tomándome mi tiempo para deslizarlo arriba y abajo. Cogí aire varias veces, saboreando la deliciosa fragancia. Condenadamente dulce. Abrasadora.

—Cuando te portes muy bien, siempre encontraré la manera de que disfrutes al máximo.

¡Paaf!

Le di dos golpes entre los labios con la cuchara.

—Pero cuando te portes mal, utilizaré lo que sea, escucha bien, ¡lo que sea!, para castigarte.

Sin poder resistirlo, me llevé a la nariz el cucharón y aspiré profundamente varias veces.

—Divino, mi dulce Caroline.

Le golpeé varias veces la zona alta de los muslos. Me costaba mucho fijar la vista.

Se contoneó y gimió, hundiendo los dedos en su propia piel para colocar las piernas en su sitio. Tenía las mejillas encendidas y brillantes, igual que la piel del cuello. Me fascinaba su belleza y la forma de responder a mis golpes y caricias.

Casi empecé a temblar de deseo. Solté el cucharón y utilicé las manos para separarle las piernas todo lo posible y me incliné hacia ella.

—Mira cómo disfruto.

Pareció no pestañear mirando como acariciaba el clítoris con la punta de la lengua, despacio y con suavidad y pensé que estaba consiguiendo que fuera mía de verdad. La sujetaba con fuerza y le separé del todo as piernas para poder introducir la lengua y chupar de arriba abajo, disfrutando del jugo que la cubría y que me llenaba la boca.

—Pellízcate los pezones —ordené, encantado de que lo hiciera sin dudar. Estaba tan excitado que casi llego al delirio al ver cómo se agarraba con fuerza los crecidos pezones a través del sujetador y tiraba de ellos a un lado y a otro. Retorcía el coño y su respiración era cada vez más agitada—. Disfrutas con el dolor controlado. —No necesitaba escuchar su respuesta.

Ya lo sabía.

La forma de responder de su cuerpo era una prueba fugaz de la mujer que llevaba dentro.

Ansiosa.

Preparada.

Hambrienta.

Le acaricié la parte alta de los muslos con los dedos y utilicé la yema del índice y el pulgar para acariciarle el clítoris, frotando y pellizcando. Metí dos dedos en la vagina y gruñí al notar cómo su musculatura les daba la bienvenida. Enterré de nuevo la cabeza entre sus muslos y metí la lengua todo lo que fui capaz.

—Mmm… —Caroline arqueó la espalda de forma casi inverosímil.

Gemía a cada golpe de lengua. Se estremecía con cada movimiento de los dedos, fuera caricia o pellizco. Seguí adelante, chupando el clítoris y mordisqueando el suave tejido. Le temblaba todo el cuerpo, estaba a punto de correrse.

—¿Quieres correrte?

Su gesto de asentimiento fue vehemente.

—¿Vas a obedecerme?

Otro asentimiento, esta vez acompañado de un mínimo guiño hizo que me tomara una pausa. Era muy buena actriz, pero esto era solo el principio.

Solté el aire, le levanté el vestido por encima del vientre, inclinándome para cubrirla de lentos besos y chupetones. Cuando llegué de nuevo al coño hice un guiño.

—Puedes correrte si quieres. —La chupé casi brutalmente, metiendo la lengua hasta muy dentro moviéndola arriba y abajo. Metí dos dedos y después un tercero, sin dejar de mantener el ritmo.

Se le tensó todo el cuerpo, estiró los dedos de los pies y solo unos segundos después, empezó a mover la cadera en una danza infernal al tiempo que se corría, llenándome la boca de jugo. Sus gritos de agonía y sus gemidos eran música para mis oídos.

Su sabor era inigualable. Abrí la boca con ansia para no desperdiciar ni una gota. Veía borroso, y el corazón me latía a toda velocidad a tiempo que le sacudían oleadas de placer, una tras otra, derramando crema viscosa por mi garganta. La sujeté con fuerza hasta que dejó de temblar y le coloqué las piernas a lo largo de la isla.

—Eres extraordinaria, Caroline.

Tuvo la audacia de apartar la mirada y cerrar los ojos.

Bufé y conté hasta diez para controlar el enfado. Le apreté la mejilla con la punta del índice, obligándola a que me mirara.

—¿Te sientes viva?

—Sí. —Había un punto de rebelión en su tono, una prueba de voluntad.

—¿Te he saciado? ¿Tienes aún más deseo de mí?

—Puede.

Me incliné sobre ella y le sujeté le mejilla.

—¿Tienes claro que me perteneces?

Un instante de duda.

—Sí… —Esta vez la respuesta fue una especie de desagradable siseo.

Me separé de ella cabreado, dando golpes por toda la cocina con el cucharón. Se limitó a pestañear una vez. Me volví a mirarla sin saber muy bien si mi cabreo era con ella o conmigo mismo por haber bajado la guardia.

—Aprenderás a obedecer y a seguir las reglas de esta casa. No quiero que lo pases mal, Caroline, pero no voy a tolerar esa actitud. Si sigues actuando como una niña malcriada, serás tratada como tal. Esta es mi casa y quiero que se me respete. Tenlo en cuenta antes de seguir con esta actitud santurrona. Bruno te acompañará a tu habitación. Permanecerás en ella hasta que yo diga. —Sólo había dado dos pasos cuando escuché el sonido de su melódica voz.

—Si no quieres que lo pase mal, Dominick, te sugiero que me dejes hacer algo útil; por ejemplo, tráeme los lienzos y las pinturas. De verdad que no me interpondré en tu camino y me portaré como una niña buena.

Respiré hondo y pensé durante un instante.

—De acuerdo. Eso puede arreglarse.

—Y una cosa más. Todo el mundo merece respeto y eso te incluye también a ti. Pero el respeto hay que ganárselo y lleva su tiempo… señor… Dominick.

Pensaba que estaba dibujando una línea infranqueable.

Esta vez me tomé más tiempo y respiré varias veces.

—Mañana por la noche vamos a salir. Tengo cosas que hacer por la mañana así que no podremos hablar, pero recibirás ropa adecuada para el evento. Debes tener muy claro que de ninguna manera podrás ni siquiera intentar frustrar en modo alguno esta salida. Seré comprensivo con tus necesidades, pero boicotearme nunca podrá ser una de ellas. —Escuché su siseó y hasta pude sentir el enfado en el aire. Pero esta batalla no la iba a ganar ella.

—Lo entiendo.

—Muy bien. Aprende a obedecer. —Apreté el puño para mostrar que no quería más respuestas. Según me alejaba, juraría que la escuché reír.

CAPÍTULO SIETE



Caroline

Aprende a obedecer. El muy gilipollas tenía que estar loco. Estaba furiosa, sin parar de pensar en las barbaridades que le haría en cuanto pudiera. También estaba asombrada de cómo su enfado se le iba enroscando alrededor como una víbora. Era volátil, capaz de soltar el timón en un momento dado e inesperado. Al parecer, yo ejercía un efecto muy concreto en él. ¿Qué demonios pasó en mi estudio aquella noche? ¿Fueron mentiras? ¿Engaños? Claro que sí. Hizo todo lo que estuvo en su mano para conseguirme. Pero buscaba otra cosa.

Me bajé de la isla e intenté adecentarme el vestido. Temblaba hasta el tuétano, sin saber muy bien si era por la repugnante dureza de nuestro encuentro sexual o por la forma de reaccionar de mi cuerpo. Escuché el portazo de su despacho. El cabreo seguía. Había dado con la tecla, vaya por Dios. Riendo entre dientes, miré con asco el cucharón, sorprendida de que no hubiera roto nada en su segundo ataque de furia.

Abrí la botella de vino y me serví una copa salpicando un poco. Tras dar varios sorbos me agarré a la encimera tratando de calmarme. Esto era una pesadilla absurda.

Escuché pisadas fuertes procedentes del pasillo y, solo unos segundos después, el tipo enorme apareció en el umbral de la puerta. Por lo menos ahora sabía su nombre. Al principio no dijo nada, pero me miró con ojos bastante más amables que en el coche. Igual se apiadaba de mí por tener que soportar las barbaridades de su jefe.

—Bruno, supongo.

Asintió y se cruzó de brazos. A la defensiva.

—No muerdo, Bruno.

Nada.

—Aunque a veces le he dado su merecido a alguien. Al menos eso dicen de mí. —No pude por menos que sonreír. Estaba claro: era un tipo que tenía que hacer su trabajo. ¡Demonios, no tenía ni puta idea de cómo actuaban los putos reyes de la mafia ni sus secuaces!

Esta vez Bruno tuvo el detalle de gruñir.

Me tomé mi tiempo para volver a llenar la copa de cristal de Bohemia y dejé el abridor en su sitio. No sabía muy bien por qué me sorprendía que la cocina de Dominick estuviera llena de cajones desordenados como todas las demás cocinas del mundo. Después de todo, era un ser humano. Di otro sorbo a la copa y noté la intensa mirada de Bruno.

—¿Quieres acompañarme?

Por toda respuesta, Bruno pestañeó una vez.

—¡Ah, claro! Estás de servicio. Espero que tu horario de trabajo no sea de veinticuatro horas al día. —Di otro sorbo, mirándolo de arriba abajo. Tenía pinta de gorila de discoteca, con un traje bien cortado pese a su talla, corbata cara, aunque anodina y camisa de buena tela.

No parecía estar a gusto sabiendo que lo estaba evaluando y cambiaba el pie de apoyo a cada momento. Dio una furtiva mirada al reloj.

—¡Tienes otras cosas que hacer! ¿Quizá lamerle el culo a Dominick? —Hasta me pareció que esbozaba una sonrisa—. Bueno… me parece que debo descartar una conversación. —Agarré la botella con la ora mano, eché a andar en su dirección y me detuve a poca distancia de él—. ¡Qué cojones! Algo tendré que hacer en este mausoleo.

Volvió a pestañear, se apartó ligeramente para dejarme pasar y me dirigí hacia las escaleras. No sabía qué podía esperar de él, así que me comporté con cautela. La primera noche la había pasado en una habitación de invitados, o por lo menos eso fue lo que me dijeron. ¿A dónde me iban a llevar ahora? ¿Acaso esperaba Dominick que iba a pasar las noches con él? ¿Habría una celda en una habitación, equipada con cadenas y altavoces para que nadie pudiera oírme si gritaba? Sentí un escalofrío y me encontraba tan mal como cuando llegué. Aunque alguna parte de mí parecía haber llegado al límite y haberse resignado a la situación.

Por ahora.

Si quería tener alguna posibilidad de escape, tenía que aprender las costumbres y los horarios de Dominick. Pero, ¿a dónde demonios podía ir? Bruno me guio hasta el final del pasillo y me abrió la puerta, invitándome a franquearla. Encendió las luces y se quedó en el umbral, igual que antes. La habitación era una preciosidad, en línea con el resto de la casa. La decoración no era agobiante, todo lo contrario, tenía cierto aire a una casa de playa, pero se notaba su extrema calidad. La cama era enorme, llena de almohadones y con un precioso edredón. Todo tenía un toque femenino, los colores eran mis preferidos, toques naranja y violeta, tonos fucsias y azul chillón. En un estante había perfumes sin estrenar y tres de ellos eran mis favoritos.

—¿Acaso Dominick el Sicario piensa que va a doblegar mi voluntad proporcionándome mi marca de perfume? —Sabía que no iba a recibir respuesta alguna. Había hasta cepillos de pelo y peines y también libros y revistas apetecibles. ¿Pero qué se creía este hombre?

Al otro lado de la habitación una puerta acristalada, que sin duda daba a un balcón o a una pequeña plataforma, un sillón de cuero muy confortable al lado de un ventanal de suelo a techo. Todo el mobiliario era cálido, de color madera de arce en su mayoría.

Otra sorpresa en lo que se refería a Dominick. Otra blasfema punzada de deseo.

—Es muy bonita. —Pasé la mano por la madera del armario y me maravilló su suavidad. Había

un baño y lo que parecía un vestidor.

—Dominick tiene un gusto excelente en todos los aspectos, señorita Hargrove.

—¡Anda, puede hablar! —dije al tiempo que me quedaba mirándolo y daba un sorbo de vino. Parecía incómodo—. Te pido perdón. No quiero pagarlo contigo. Sólo eres un empleado.

—Soy amigo de Dominick desde hace veinte años.

La afirmación me sorprendió mucho.

—¿En serio? —Me acerqué—. Puedes llamarme Caroline.

Esta vez parecieron brillarle los ojos, bien fuera porque le divirtió o por simple gratitud. En cualquier caso, tenía clara su enorme peligrosidad. Probablemente era capaz de partir en dos a cualquier con sus propias manos y eso por no mencionar que llevaba una pistola enfundada a la altura del antebrazo derecho. El perfil estaba muy claro y sabía de lo que hablaba.

—Entiendo que le disguste estar aquí a la fuerza, pero debo decirle que Dominick es un buen hombre. En este momento se enfrenta a situaciones muy difíciles.

—Y yo soy sólo una línea más en su lista de tareas. Destruir la carrera de un hombre y al hombre en sí. Hecho. Raptar a la hija de ese hombre sólo por el gusto de hacerlo. Hecho.

Por primera vez vi cierto nivel de emoción en el gesto de Bruno y hasta una gota de sudor en su sien.

—Hay muchas cosas que usted no entiende, señorita Hargrove. Le recomiendo que intente escuchar en lugar de protestar. No tengo la menor intención de hacerle daño, pero si tengo que hacerlo, no dudaré.

—¿Tan cercano estás a… ese monstruo?

—Como he dicho antes, «ese monstruo» es mi amigo. Y sí, moriría por él.

Las palabras parecieron reverberar.

Me acerqué aún más y tuve que levantar los ojos para mirar a los suyos.

—Entonces ayúdame a entender. ¿Por qué no podía llegarse a un acuerdo distinto con mi padre?

Bruno apretó la mandíbula y echó una rápida mirada por encima de su hombro.

—Su padre no es la persona que usted cree que es.

—¿Qué significa eso?

No hubo respuesta.

—¿Qué significa eso? —Mi tono fue mucho más exigente.

—Si le digo la verdad, señorita Hargrove, espero que nunca tenga que saberlo, porque destrozaría por completo su concepto de él como padre. Si quiere algo de comer, se lo traigo ahora mismo.

Abrí la boca antes de pensar en alguna respuesta insultante, pero en las entrañas sabía que el tipo decía la verdad. Hacía años que mi padre había vendido su alma al diablo.

—No tengo hambre, Bruno, pero te lo agradezco.

Asintió, retrocedió hacia la puerta y agarró el pomo. Noté que dudaba y finalmente soltó un bufido.

—Seguramente no querrá creer lo que le voy a decir, pero lo diré de todos modos: Dominick nunca ha querido a una mujer como la quiere a usted.

—Él no me quiere, Bruno. Para él soy un objeto. Una cosa. Eso es todo. No te equivoques. Crees en tu amigo y lo respeto, pero él no es mejor que mi padre. Dominick es un asesino, un hombre muy peligroso. Ni más ni menos.

No me podía haber imaginado la sonrisa ni la frase con la que cerró la conversación.

—En eso se equivoca de medio a medio. Buenas noches, señorita Hargrove.

Supe que le daría vueltas a sus palabras durante bastante tiempo. Que un personaje como Bruno se dejara embelesar por un hombre como Dominick era … ¡joder! Hasta era incapaz de encontrar la palabra adecuada para definirlo.

Me quité los zapatos con un gesto y revisé la habitación. Mis maletas, aún cerradas, estaban en el suelo. El baño era un lujo, con cabina de ducha y bañera de hidromasaje. Nada que se pareciera a una celda con cadenas. Me acerqué a las puertas acristaladas para asomarme a la noche. Seguía nevando y sólo se distinguían las farolas encendidas iluminando los copos. No tenía ni idea de dónde estaba, pero seguro que fuera de la ciudad.

Estaba exhausta, mucho más de lo que había pensado. Y también me sentía asqueada, cubierta por la suciedad de Dominick. Bebí más vino y estuve a punto de romper la copa al dejarla sobre la cómoda. Coloqué una maleta sobre la cama, la abrí con dedos torpes y saqué los pocos vestidos que había traído. Finalmente encontré una falda suave con la que quizá hasta podría sentirme a gusto.

Bufé y le di una patada a los zapatos sin importarme a donde fueran a parar y pasé al cuarto de baño para llenar la bañera. Disfruté abriendo todas las puertas y cajones, eliminando parte del enfado al ver que había de todo lo que hubiera podido imaginar y también lo que no. Champú y geles de baño de la mejor calidad. Toallas suaves y absorbentes y hasta un lujoso albornoz, tan suave que enterré la cara en él. Hasta un sistema de música. No parecía cuadrar mucho con Dominick.

Volví a llenar la copa, busqué música de guitarra española, me quité la ropa y me zambullí en la espuma tibia. Todo estaba fuera de lugar. Todo era una locura. Estaba perdiendo la cabeza.

Me invadió un cúmulo de emociones mientras recordaba los acontecimientos de los dos días anteriores. Agarré la copa y la levanté en un brindis silencioso. Dominick era un magnífico jugador de póker, el mejor que había vito jamás. Me había inundado con su palabrería de mierda y yo había caído en ella. Caña. Anzuelo. Y…

No pude evitar las lágrimas, que empezaron a fluir con fuerza. El miedo y el enfado terminaron por quebrarme. No paré de sollozar durante un buen rato, dando rienda suelta a la

autoconmiseración. Nadie vendría a buscarme. Estaba segura de que mi padre se inventaría una historia que contar a mis amigas, algo sin duda glamuroso y gilipollesco. Estaba sola. Sola y solitaria, y eso era lo peor.

Permanecí en la bañera hasta que se enfrió el agua, pero aún no me sentía limpia de verdad. Su aroma permanecía, cubriéndome como una manta caliente que me recordaba que le pertenecía. Miré mi reflejo en el espejo, haciendo gestos y levantando el dedo corazón. Se habían acabado las lágrimas, había resurgido la chica dura.

De momento.

Alcé la cabeza al abrir la puerta. Lo único que deseaba era meterme en la cama. Me quedé de piedra al ver que alguien había recogido y colgado la ropa, que los zapatos estaban colocados pulcramente en el suelo y que habían retirado la maleta. En la mesita que había frente al sillón de cuero había un plato de queso, fruta y pan tostado, todo muy bien colocado y apetecible. Incluso la cama estaba abierta y preparada para entrar en ella y…

Contuve el aliento al acercarme. Justo al lado de la almohada había una rosa blanca, mi flor favorita. Y junto a ella una nota escrita a mano con letra primorosa, unas palabras que azuzaron la llama y lograron tensar mis entrañas.

Que duermas bien…

* * *

La llamada en la puerta sonó poco después de las siete. Me estremecí al oírla, pese a que sabía perfectamente quién estaba al otro lado.

—Pasa. —Me quedé frente al espejo, observando el reflejo de la mujer que estaba frente a mí. Era muy refinada y guapa de una forma en la que la joven Caroline no lo había sido nunca. Por desgracia, había envejecido en tres días escasos, hasta tenía arrugas bajo los ojos. Sentí el aroma de Bruno, absolutamente distinto al de Dominick, salvo en la desbordante testosterona que destilaba. «Obedezco órdenes», indicaba sin necesidad de hablar. Le eché una mirada y me permití sonreír al darme cuenta de su obvia admiración ante lo que veía.

Dominick tenía un gusto excelente, aparte de capacidad para calcular mi talla en todos los aspectos. El tono zafiro brillaba a la luz, resaltaba los senos, la cintura y las caderas como si el vestido se hubiera cortado para mí. Me apetecía rasgarlo, romper en mil pedazos la magnífica tela, pero una parte de mí se sentía tan glamurosa como sabía que el puto matón quería que me sintiera.

—Dominick llegará enseguida. ¿Quiere una copa antes de irse?

El tono de barítono de Bruno llenaba la habitación. Era la única voz humana que había oído en casi veinticuatro horas.

—No tengo sed.

—Entonces espérele en su despacho.

—¿Cuánto va a tardar?

—Lo que requieran los asuntos que tiene que atender.

Lo miré con desagrado. Volvía a enfadarme. Me había pasado el día sola, nadie me había dicho nada sobre el hombre al que pertenecía. Me habían servido la comida, me habían traído ropa y todo lo que necesitaba o quería, pero ni la más mínima información, ni por supuesto esperanza.

—Muy bien, Bruno. Espero de verdad que se te pague bien por esta jodida tarea que te toca realizar. —No tenía forma de librarme de acudir al evento de la tarde, aunque se me había pasado por la mente fingir que estaba enferma. Me alisé el vestido por quinta vez y agarré con fuerza el bolso de satén, otro «regalo», al igual que los caros zapatos de tacón alto que se me había «recomendado» llevar.

Me condujo al despacho de Dominick y yo hice un gran esfuerzo por mantener la boca cerrada. Bruno se quedó atrás cuando entré, quizá intentando encontrar las palabras más adecuadas para proporcionarme un poco de tranquilidad. Lo cierto es que yo estaba de mal humor.

—Tranquilo, Bruno, te puedes ir tranquilamente. No tengo modo de escaparme. Incluso aunque tuviera alguna pista sobre dónde estoy o sobre cómo regresar a mi vida, estoy segura de que tú y tus compañeros me cazaríais de inmediato y me volveríais a entregar a Dominick para que ese cabrón me castigara de la manera más retorcida posible.

No emitió el más mínimo sonido, ni siquiera se le aceleró la respiración, pero pude sentir que mi vehemencia lo había sorprendido.

Negué con la cabeza, enfadada conmigo misma por caer con tanta facilidad en las trampas de Dominick.

—Lo siento, Bruno. Te lo digo otra vez: no te merecías esto. —Cuando me volví, la puerta ya estaba cerrada. Solté el aire y sentí un escalofrío. Intenté luchar contra mis propios fantasmas. Volcar la ira que llevaba dentro con una persona como Bruno no resolvía nada. Y tampoco merecía escuchar reproches.

El fuego no estaba encendido, no había nada que pudiera aportar algo más de calidez al ambiente y sólo dos lámparas, una de ellas en el escritorio del mamón, iluminaban la escena. Si quería ganar este juego y encontrar la manera de volver a ser libre, tenía que averiguar todo lo que pudiera acerca de él. Y eso significaba correr riesgos. Agucé el oído. Las pisadas de Bruno se alejaron rápidamente y sólo se escuchaba el ruido de la calefacción. No podía ni imaginarme cómo alguien era capaz de vivir en un entorno tan aséptico, sin música ni televisión, ni siquiera disfrutando de la compañía de algún animal, o con la serena vitalidad de una planta. El mundo de Dominick lo tenía a él como centro de todo, sin ningún tipo de distracción en el objetivo.

Me acerqué con pasos cuidadosos a la puerta, conteniendo la respiración hasta comprobar que no había nadie cerca. Casi corrí hacia el escritorio e intenté entrar en su ordenador. No conseguí nada pulsando la barra espaciadora y me aterrorizaba encenderlo, al menos en este momento. Los cajones. Seguramente tenía que haber en ellos información que lo incriminara de alguna manera.

Abrí uno tras otro sin dejar de temblar, mirando el contenido. Blocs de notas. Bolígrafos.

Marcadores. Material de oficina básico, nada más. Intenté abrir el último cajón y no pude. Cerrado con llave. Me mordí el labio inferior y juré para mis adentros. ¡Necesitaba un abrecartas! Recordé que había uno, bastante pasado de moda, en el primer cajón.

Pese a que intentaba hacerlo todo sin ruido, se me cayó al suelo el abrecartas, metálico por supuesto. Contuve el aliento al escuchar el ruido. Esperé, pensando que la puerta se abriría con fuerza. Ni pasos ni voces airadas. Tragué saliva, agarré el abrecartas con las dos manos e hice fuerza con los dedos para intentar mover el cerrojo. Al cabo de unos segundos lo logré sin poder evitar una sonrisa de triunfo.

Hasta que escuché pasos de nuevo. ¡Al infierno todo! No tenía tiempo de volver a guardar el abrecartas en el cajón, así que lo tiré como pude bajo el escritorio y me acerqué a toda prisa a la ventana. Gracias a Dios, la puerta le impedía verme. Sabía que estaba de pie en el umbral. Dominick. El hijo de puta. El asesino.

—Caroline. —Su tono fue cálido, suave y seductor.

Me volví hacia él, asombrada ante la reacción de mi cuerpo. Vestía de esmoquin y camisa de un blanco prístino, perfecta para el tono oscuro de su piel. Todo en él era deslumbrante. Tenía la boca seca y mantuve la mirada fija en él para no traicionar mis acciones previas en el escritorio.

—Dominick. —Pude apreciar arañazos en su cara. Heridas de guerra.

Inhaló visiblemente, como si quisiera absorber mi aroma disperso por la habitación. Avanzó con paso de depredador. Miró hacia el escritorio y podría jurar que sabía lo que había estado haciendo.

—Estás increíble.

—Gracias —pude decir mientras luchaba por mantener controlado el creciente deseo—. ¿A dónde vamos?

—Pronto lo vas a saber. —Lo dijo sin darle importancia, al tiempo que se ajustaba los puños de la camisa y los gemelos de diamantes. La acción pareció premeditada para señalar que yo estaba por debajo de él en todos los aspectos—. Tengo una sorpresa para ti.

—Como haya más sorpresas parecidas a las anteriores, lo que me va a dar es algo.

Mi reacción no le gustó, como era de esperar, pero sólo lo expresó con una mirada de desagrado.

—Ven conmigo, Caroline. Obedece.

El cortante desprecio habitual.

—¡Cómo no, señor! —El tafetán de mi vestido lo hacía sonar al desplazarme, como si fuera su estela, sonando al unísono con sus pasos. Se dirigió al otro lado de la casa, una zona que yo aún no había visto. Me di cuenta de que su gesto era algo indeciso cuando agarró el pomo de una puerta.

No sabía cuál iba a ser mi reacción.

—Te he concedido tu petición, Caroline. Por favor, no hagas que me arrepienta de ello. Puedo ser muy razonable, pero si me enfadas, me llevaré todo esto con la misma facilidad que lo he

traído. Por cierto: en mi escritorio no vas a encontrar nada que te sirva.

No había nada que pudiera hacer sin que él lo supiera. Abrió la puerta, revelando un amplísimo espacio abierto. La habitación no tenía nada de especial, salvo quizá lo que imaginaba que sería una magnífica iluminación natural durante el día. Lo que sí pude comprobar fue el cuidado e interés que había puesto en la calidad de la pintura, las brochas y pinceles y los lienzos. Todo perfecto, nuevo y preparado para empezar de inmediato.

Me llevé la mano a la boca para evitar mostrarla abierta al tiempo que avanzaba, tocando con los dedos los materiales. No había reparado en gastos, optando siempre por los de nivel más alto y exquisito. Sentí un continuo gusanillo en el estómago que rápidamente se trasladó al corazón.

—¿Por qué te has molestado, Dominick?

—Porque me lo pediste.

—Ese no es el motivo y lo sabes perfectamente. —Me permití dirigirle una mirada de reproche antes de seguir explorando. Me centré en los pinceles, de tal calidad que antes nunca me había imaginado poder utilizarlos. Un hormigueo me recorrió la columna al pensar en los cuadros que podría crear con ellos, las fantásticas historias que podría contar por medio de mis creaciones.

—Yo… —empezó, pero se detuvo unos segundos—… quería hacerte feliz.

Las palabras sonaron extrañas viniendo de un hombre como él, pero el hormigueo ahora se trasladó al coño y se quedó allí varios segundos.

—Gracias.

—Puedes pasar aquí todo el tiempo que quieras.

—Eso haré. —Agarré una de los tubos de pintura. No era grande, pero sabía que la pintura de esa marca y ese color no valía menos de doscientos dólares. Desvarié pensando lo que podría crear con todo aquello.

—Siempre y cuando obedezcas.

El objetivo último. Una vez entregado el magnífico presente, ponía de manifiesto ceremoniosamente la contrapartida que le quitaba todo su valor. Solté el tubo sin importarme que cayera al suelo.

—Por supuesto. Como debe ser. —Me quedé mirándolo, deseando destruir y tirar por la ventana cada tubo, cada brocha, cada pincel, cada lienzo… pero fui capaz de controlar el furor destructivo. Tenía que guardar la rebeldía para momentos mejores. Me volví y lo miré con frialdad.

Se acercó a mi mucho, tanto que nuestros labios estaban casi juntos.

—Llegará un momento en el que ansíes mis caricias, las mías y las de nadie más.

—No lo creo. De hecho, estoy segura de que eso no va a ocurrir jamás.

Suavizó la mirada en el momento de besarme, sujetándome mientras me recorría la boca con los labios. En un momento dado introdujo la lengua, explorando los rincones, azuzado tanto por el

deseo como por el disgusto que le había causado mi reacción.

Como siempre me pasaba, su sabor me quitaba el aliento y el corazón empezó a latir muy rápido en mi pecho. Le golpeé el pecho con ambas manos para separarlo, pero a los pocos segundos el cuerpo volvió a traicionarme y me derretí en sus brazos. Su sabor era tan dulce…

El beso continuó, más tranquilo y suave que al principio, pero tan pronto como llegó el momento de intimidad, lo interrumpió y me soltó.

—Me alegra que nos entendamos. —Dominick se aclaró la garganta y dio unos pasos hacia el interior de la habitación. No podía entender esa actitud, como si no supiera lo cabreada que estaba—. Tengo otro regalo para ti.

«¿De qué se trata esta vez? ¿Será la llave de otro apartamento-prisión?». No pude evitar decir lo que dije.

—No quiero más regalos tuyos, Dominick.

—Insisto. —Se acercó de nuevo y el aroma de su exótica colonia me inundó, llenando todas las células y entresijos de mi cuerpo como la droga más intoxicante. No podía respirar ni pensar con claridad cuando llegó a mi altura.

—No.

Rio entre dientes, esa risa oscura y malvada que ya había escuchado muchas veces, como si mi negativa no fuera más que un mínimo inconveniente.

—Aprenderás a aceptar todo lo que quiera darte.

Me sentí aturdida cuando metió la mano en el bolsillo, tanto que, durante un segundo, pensó que iba a sacar un anillo de compromiso y ponérmelo en el anular. Pestañeé y vi que la caja era algo grande para un anillo, pero cuando la abrió lo que vi me impresionó tanto o más que si lo hubiera sido.

Los diamantes brillaban a la escasa luz de la habitación y los zafiros y rubíes ponían el contrapunto perfecto a la gargantilla. Me abrumaba lo que habría costado: ¡una auténtica fortuna!

—No lo entiendo.

Dominick se limitó a sacar la joya dejando a un lado la caja como si no significara nada. Se acercó a mí y me la empezó a colocar. Yo estaba helada, pero también temblando, sin aliento, pero vacilante. No me venía ninguna palabra a la mente, aunque sabía perfectamente que, para él, la gargantilla no era más que una mínima propina. La idea era asquerosa y fascinante, todo al mismo tiempo. ¿Hasta dónde iba a llegar para que esta unión nada sagrada se volviera plausible?

—Es perfecta para ti, un añadido a tu magnificencia. —Me colocó la gargantilla en el cuello, tomándose su tiempo para echar el cierre con mucho cuidado. Su aliento me erizaba la piel del cuello.

No podía parar de temblar, excitada e incrédula por el inconmensurable regalo y al tiempo abrumada por el horror que me producía quien me lo había hecho. El peso de la joya era estimulante, de una forma que jamás seré capaz de describir.

Dominick suspiró audiblemente y dio un par de pasos hacia atrás.

—Deja que lo vea.

Hice una mueca antes de darme la vuelta, apretando la joya con los dedos.

—Absolutamente magnífica. —Le brillaban los ojos, pero en ellos no vi lo mismo que otras veces. Admiración. Propiedad.

Era una de sus posesiones más preciadas y tenía prisa por mostrar su reluciente trofeo. Pero habría jurado que había algo más.

—Es muy bonita —susurré.

—No tanto como la mujer que la lleva. Tenemos que irnos.

Asentí, un poco más tolerante con la noche que me esperaba.

Dominick me llevó pasillo adelante y le hizo un gesto a Bruno al llegar a su altura. Hasta el guardaespaldas estaba más elegante que de costumbre, con el traje negro reluciente y recién planchado. Sostenía un abrigo, un abrigo de piel, para ser exactos.

—Como me pediste —aseveró.

Dominick agarró el abrigo y me lo colocó sobre los hombros. Hubiera tenido muchas cosas que decir, pero todo era muy surrealista. De nuevo me había quedado sin palabras, esta vez por el abrigo, muy bonito y lujoso. La piel era de verdad, pese a que según los cánones de la moda actual, se consideraba ridículo llevar piel en ese clima. En cualquier caso, todo lo que llevaba puesto era una declaración de principios. Era su novia, estaba claro, y nadie debía entrometerse ni poco ni mucho. Era lo habitual entre los hombres, al menos en mi ambiente. Si en su maldito mundo significaba algo más, seguro que iba a averiguarlo pronto.

Quería volver a preguntar que a dónde íbamos, pero no lo hice porque sabía que no me lo iba a decir. Pese a que estaba tranquila en el asiento trasero de un impresionante y sin duda bien protegido SUV, no podía por menos que preguntarme qué clase de peligro corríamos.

Después de que Bruno cerrara la puerta trasera, Dominick mantuvo las distancias y se quedó en el otro extremo del asiento. Estaba enfadado conmigo, era evidente.

Al cabo de unos segundos sonó su móvil y tuve claro que no estaba a gusto contestando la llamada delante de mí. Yo miré por la ventana, viendo pasar el mundo delante de mis ojos. Dada la oscuridad reinante que me resultaba opresiva, no fui capaz de saber por dónde íbamos.

—¿Sí? —La respuesta fue seca.

Presté mucha atención, intentando interpretar sus inflexiones. Era evidente que no le había gustado recibir la llamada en ese momento.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó.

Mientras escuchaba, con una mano sujetaba el pequeño bolso de mano y con la otra no dejaba de acariciar los diamantes de la gargantilla, sin parar de preguntarme el motivo y la trascendencia del regalo.

—Espero de verdad que lo que me estás contando no sea una milonga, Marco. —Suspiró y se removió en el asiento—. Sabes perfectamente lo que ocurriría si la información no es buena. Sería una pena que perdieras la inversión. Ya sabes lo que tienes que hacer. —Gruñó impaciente —. No tienes nada que pensar. ¡Simplemente hazlo, joder! —Masculló entre dientes tras colgar —. ¡Putos estúpidos!

—¿Uno de tus… amigos, Dominick? —Sabía que no resultaba conveniente tocarle las narices, pero me resultó imposible callarme ni poner cierto tono de sorna en la pregunta.

—Déjalo, Caroline. Son asuntos míos, no tuyos.

—Como tu futura esposa, doy por sentado que tengo que estar al tanto de todo —repuse.

Me agarró por la muñeca y tiró de mí. Me negué a gritar. Lo único que hice fue mirarlo a los ojos con toda la frialdad que pude.

—No sigas por ahí —espetó.

—¿Quieres hacerme daño, Dominick? ¿Es eso lo que te hace feliz?

Juró entre dientes y me apretó aún más la muñeca. Pese a la oscuridad pude notar que la falta de control se le reflejaba en los ojos

No vuelvas a desafiarme de esta manera, Caroline. Lo que hago en mi negocio muy bien pudiera salvarte algún día la vida.

—No me asustes ni me amenaces. Los dos sabemos que no soy nada para ti, simplemente una mera propiedad y dejaré de serlo cuando te hartes. Ahora sólo buscas la lucha. La propiedad. Incluso el sexo. Pero nunca dejaré de desafiarte.

Sabía que iba a contraatacar con algún tipo de castigo. Puede incluso que yo lo estuviera azuzando para ver hasta dónde era capaz de llegar, pero me llevé otra sorpresa, una más: aflojó el apretón, respiró hondo e inclinó la cabeza para centrar toda su atención en la gargantilla de diamantes que colgaba de mi cuello.

—Esta noche te voy a llevar a uno de mis locales, lo que significa que te voy a presentar en público por primera vez. Espero que te comportes muy, muy bien, Caroline. No aceptaré ninguna otra cosa, te lo digo muy en serio. Vas a poder tener una primera impresión del tipo de hombre que soy y espero que, tras apreciarla, se te pase el enfado y entiendas que soy la única persona que puede protegerte de verdad.

—¿Y quién te protege a ti?

Lo pillé desprevenido por completo.

—¿Qué quieres decir? ¿Preguntas cuál de mis empleados está encargado de mi protección?

—Te estoy preguntando quién se encarga de defenderte de ti mismo.

CAPÍTULO OCHO

Dominick

Estaba furioso. La descarga de adrenalina me había puesto el corazón a cien. La llamada de Marco había sido del todo inesperada, al menos tan pronto y significaba que el gilipollas que estuviera al cargo de la red de narcotráfico no tenía ningún temor. Si alguno de esos imbéciles se presentaba en el casino, esta noche mi casino, habría derramamiento de sangre. Al menos estaba advertido.

Pero ese no era el único motivo de frustración.

Caroline.

Ella tampoco tenía miedo de enfrentarse al castigo. El desprecio por su situación era exasperante, pero también tentador

Se estaba introduciendo bajo mi piel.

—¡Un casino! Tenía que habérmelo imaginado. —dijo en voz baja al tiempo que se inclinaba hacia delante. Peso al tono monocorde, pude ver entusiasmo en sus ojos, un brillo especial.

—Te vas a dar cuenta de que es bastante más que un simple casino, Caroline. En este establecimiento lo ofrecemos todo para satisfacer deseos y pasiones.

Se rio por toda respuesta, lo que contribuyó aún más a mi cabreo.

Estuve a punto de ponerla sobre mis rodillas y darle unos azotes bien dados. Para variar, jugaba a enfadarme y a excitarme. Pero la cosa hoy no iba de libido, sino de negocios.

Bruno dio la vuelta para abrir primero su puerta, y antes de que lo hiciera la volví a agarrar de la muñeca.

—Lo que te he dicho iba muy en serio, Caroline. Vas a conocer a gente muy poderosa. Si alguien se aproxima a ti cuando yo no esté cerca, busca a Bruno. Permanece siempre en algún sitio en el que él pueda verte. No te puedes imaginar la cantidad de enemigos que tengo y las noticias acerca de tu existencia correrán como la pólvora.

Miró a mi mano y después a los ojos, asintiendo levemente y riendo.

—Me portaré bien y alegraré los ojos de quien me mire. Justo lo que el diablo quiere que haga.

¡Maldita mujer! Tendría que aprender una dolorosa lección, pero eso sería más tarde. Abrí y cerré los puños varias veces y tuve que acomodarme el paquete, que empezaba a crecer a ojos vistas.

Contuve el aliento mientras Bruno le abría la puerta del coche y la ayudaba a salir a la gélida noche. Nevaba. Había cientos de coches en el estacionamiento exterior, protegido por muchos de mis hombres, incluso más que el subterráneo. El casino era una instalación dedicada al nivel social más elevado y ofrecía muchas de posibilidades de juego y distracción, siempre a precio de oro. También había un restaurante de lujo para los paladares más exigentes, aunque al mismo tiempo los que buscaran satisfacer los vicios más oscuros no tendrían que buscar en otro lado.

Por supuesto, a un precio altísimo en todos los sentidos.

Al salir me ajusté el esmoquin y paseé la vista por los alrededores. Había estudiado a fondo la forma de proceder de los matones callejeros y, por lo que había averiguado, estaban muy bien organizados en todos los aspectos: planificaban bien y ejecutaban aún mejor. Lo cual desmentía la extendida opinión de que no eran otra cosa que unos niñatos estúpidos en busca de dinero rápido y fácil.

La amenaza era real. Ya habíamos tenido problemas previamente con cárteles de la droga y habíamos sido capaces de responder a su amenaza rápidamente. Pero hoy la información había llegado tarde y no estábamos preparados. Probablemente lo que iban a intentar esta noche era hacer tráfico a pequeña escala. Lo que solían hacer también era llamar a la policía después de irse. De todas formas, yo tenía la corazonada de que había otra razón por la que estaban aterrorizando a mis mulas. El tiempo diría si tenía razón.

Extendí el brazo hacia Caroline, cuyo aspecto era impresionante, de una belleza cegadora.

—¿Quién está hoy por aquí? —pregunté dirigiéndome a Bruno.

—Angelo, con toda su gente. Jasper y sus chicos patrullan las calles cercanas. Jo-Jo lo coordina todo.

—Bien pensado. Asegúrate de que no bajan la guardia y hacen barridos continuos. Si ven algo, quiero decir alguna cosa, la más mínima, que no sea normal, hacédmelo saber de inmediato. ¿La gerente está por aquí?

Bruno señaló en dirección a ella.

—Por supuesto que sí. Esta noche han venido muchos *influencers*, de los más seguidos.

—Como era de esperar. —Noté que Caroline se tensaba—. Tu trabajo fundamental esta noche es proteger a Caroline.

—Sí, jefe. —Bruno no dudó. No mostró ninguna emoción: ni arrogancia, ni superioridad, ni preocupación. Era el empleado perfecto. Había muy pocos como él.

—Puedo cuidar de mí misma, ya soy mayorcita. —Caroline se mostraba altiva.

—No olvides nuestras reglas, dulce Caroline. Si lo haces no dudaré en ponerte en tu sitio, aunque tenga que ser en público.

—No te creo. Veo que esta noche es importante para ti. — Lo dijo con dulzura, aunque la mirada fue de hielo.

—Haré lo que tenga que hacer, y todos los días de mi vida son importantes. Y ahora, ¿qué te parece si nos divertimos? —Me hizo gracia ver que componía la misma sonrisa artificial que la noche de la presentación de la candidatura de su padre a la presidencia. Alzó la cabeza mientras caminaba de mi brazo. Me pareció impresionada y que contenía la respiración entre los delicados labios, tan provocativos como siempre.

—Bienvenido, señor Lugiano. Estamos encantados de que haya venido. —La voz de la joven mostraba una genuina sorpresa—. Por favor, permítame que recoja el abrigo de su invitada.

—Muchas gracias, Melissa. Esta impresionante mujer no es una simple invitada. Se trata de mi prometida. —Le quité el abrigo de los hombros a Caroline. Sentía curiosidad por ver cuál iba a ser su reacción.

Extendió la mano con un gesto tan regio como yo esperaba, ni más ni menos.

—Caroline Hargrove.

—¡Ah, vaya! —Melissa estuvo a punto de dejar caer el abrigo en su esfuerzo por estrechar la mano de Caroline—. ¡Es usted la hija del senador Hargrove! Estoy emocionada… quiero decir, por ustedes dos. ¡Es magnífico! Su mesa habitual está preparada, señor. ¿Quieren que los acompañe?

—No es necesario, Melissa. Por favor, llévanos una botella de Krug, cosecha de 1995.

—Faltaría más, señor. Y una vez más, felicidades. —Melissa estaba encantada y, si no me equivocaba, en cuestión de minutos la información estaría corriendo como la pólvora.

—Gracias —dijo Caroline llevándose la mano a la gargantilla y recorriendo la sala con la vista.

—Impresionante, ¿verdad? —susurré. Avancé despacio para que tuviera tiempo de verlo bien—. Cuando mi padre compró el casino estaba completamente abandonado. Nos costó más de dos años de reformas devolverle su antiguo esplendor. Añadimos un ala entera de suites y salas de juego privadas de alto nivel y contratamos los mejores chefs del mundo. Como te dije, es mucho más que un simple casino.

—Impresionante. Pero quiero preguntarte una cosa: ¿el dinero que hacéis es legal?

Suspiré. Estaba claro que la noche iba a ser interesante.

—¡Dominick Lugiano! Dándote un paseo por los barrios bajos, por lo que veo.

Negué con la cabeza al escuchar la voz.

—Dick. La verdad es que no esperaba verte por aquí. ¿Cómo va ese equipo especial que has formado para estudiar el crimen organizado? —Nos estrechamos la mano sonriendo. Aunque casi todo el mundo creía que era un enemigo más, lo cierto es que durante los dos últimos años había sido algo más que un aliado.

Sobre todo a partir de que empezara a ayudarle a satisfacer sus inclinaciones más oscuras y secretas, manteniendo una estricta confidencialidad.

—De maravilla —dijo guiñando un ojo— ¿Quién es esta preciosa dama?

—Caroline Hargrove. Te presento a Dick Markus. —Observé su reacción. Lo reconoció casi de inmediato. Dick y Drummand jugaban juntos al golf y también compartían gustos oscuros.

—Caroline, yo… —Dick tragó saliva y me dirigió una significativa mirada—. Eres incluso más guapa al natural que en las fotos del escritorio de tu padre.

—Gracias, señor Markus. Veo que conoce bien a mi prometido. —Empezó a desempeñar su papel de una forma tan perfecta que sentí un estremecimiento en los huevos.

—Novio —susurró Dick entre dientes—. Vaya, qué noticia tan interesante. Hoy he comido con tu padre y no me lo ha mencionado. La verdad es que… me sorprende.

—Un romance relámpago —dije en tono neutro—. Como te puedes imaginar, es irresistible.

—Dominick es un hombre muy poderoso, no acepta un no por respuesta —explicó Caroline dando pistas. No pude por menos que reconocer su tenacidad—. Por lo que respecta a mi padre, no le interesa demasiado lo que yo haga con mi vida. Con la suya tiene bastante.

Dick se sonrojó intensamente y se le acumularon gotas de sudor en el labio superior. Llevaba muchos años aprovechándose de la influencia de Drummand para impulsar su propia carrera. Los partidos de golf eran un buen escenario para hacerlo. Miró la mano de Caroline, sin duda buscando un anillo de compromiso.

Eso estaba por llegar, sería en el momento que conviniera.

—Vamos a nuestra mesa, Caroline. Estamos de celebración. —La agarré del hombro y empujé con fuerza suficiente como para ganarme una mirada de reproche.

—Ha sido un placer verte, Dominick. Saluda a tu padre de mi parte —se despidió Dick echando a andar en dirección contraria a la nuestra. No me cabía duda de que iba a por su quinta copa de la noche.

—Por supuesto que lo haré —dije entre dientes mientras nos dirigíamos al comedor principal. Pasamos frente a las parejas más influyentes y aparentemente felices. Todas miraron en nuestra dirección, con reacciones de asombro. Las noticias habían volado, estaba claro.

—¿Hay alguien aquí en quien no hayas clavado tus garras? —preguntó, sin perder la brillante sonrisa en ningún momento.

Me incliné hacia ella para responder en voz baja y aterciopelada.

—Si con eso quieres decir que si mi familia tiene amigos muy poderosos, la respuesta es que sí. Mi padre controla Nueva York desde hace bastante tiempo y su táctica ha sido siempre la de convencer a sus potenciales enemigos de que lo mejor para todos es siempre mantener una amistad… digamos que interdependiente. —Me di cuenta de que uno de los soldados de Angelo estaba en la barra, casualmente tomando una copa. Por lo menos, y por una vez, su vestimenta era acorde con el lugar.

—A cambio de que tanto ellos como sus familias conserven la vida, ¿me equivoco? —Rio y se llevó la mano a la boca como si le hubiera susurrado al oído alguna dulce tontería. Varios de los comensales alzaron sus copas a nuestro paso. Una inequívoca muestra de respeto.

Y de miedo.

Se había inaugurado un nuevo régimen, en el momento justo. Tanto ellos como sus empresas, carreras y desarrollos políticos podían arder en llamas con una simple llamada telefónica.

Nuestra mesa, en un rincón, estaba fuera del alcance de miradas indiscretas y, por el contrario, me permitía dominar la sala de un vistazo. El camarero había abierto la botella de champán unos segundos antes de nuestra llegada y ahora servía las copas.

—Todos nos miran. ¿Es que no soy como tus anteriores… amigas? —Alzó la copa y la movió de un lado a otro intentando aparentar aburrimiento. Dirigió la mirada al pianista, que cantaba un blues muy apropiado para el escenario.

—Nunca había venido a este casino con ninguna otra mujer. Ni a este ni a ninguno, por cierto.

—O sea que eres de los de un polvo y a otra cosa… ¡Qué vergüenza!

Le acaricié el brazo desde el hombro hasta el codo con la punta del dedo índice, disfrutando de la piel de gallina que se le iba formando conforme avanzaba.

—Prefiero una buena conversación culta al sexo básico, aunque debo admitir que hay excepciones. Dime, ¿lo pasaste bien cuando estuvimos en tu estudio?

Caroline frunció los labios, pero pude notar un mínimo estremecimiento.

—En ese momento no tenía ni idea de que eras un auténtico cabronazo, Dominick. De haberlo sabido no me hubiera subido contigo a tu coche de mierda ni te hubiera llevado a mi estudio.

Bebí un sorbo de champán y lo saboreé antes de responder. A la luz de las velas estaba incluso más guapa.

—¿De verdad crees que fue así, Caroline? No te forcé de ninguna manera, ni te ataqué detrás de una puerta. Si es eso lo que quieres decirte a ti misma, lo cierto es que me sorprende. Eres muchas cosas, pero no una mentirosa. —Me eché hacia atrás y tamborileé los dedos sobre la mesa. Vi a Angelo entrar en la sala con gesto pensativo. Por el momento no había ni rastro de intrusos.

Le hice una señal a Bruno, no hacía falta más.

—¿Uno de tus matones? ¿Cuántos van detrás de ti habitualmente? ¡Pobre Bruno, vaya perrito faldero!

—Te aseguro que tanto Bruno como el resto de mis empleados reciben un buen sueldo. —Vi cómo se abría camino entre la gente y llevaba a Angelo al pasillo.

Dio un sorbo a su copa y cerró los ojos para saborearlo y sentir las burbujas.

—Tienes un gusto excelente. Una música maravillosa. Un champán delicioso. Se nota tu mano en todo.

—Gracias por el cumplido. También te digo que mis empleados tienen diversas tareas y la seguridad sólo es una de ellas.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre ti? ¿Qué crees que voy a hacer, salir corriendo?

Me volví a empalmar al instante, dejándome llevar por intensas fantasías sexuales acordes con mis deseos más íntimos.

—Deduzco que ya has leído en los periódicos y en internet toda la basura que circula acerca de la familia Lugiano. ¿Qué otras cosas quieres que te cuente?

Rio al tiempo que apoyaba la barbilla sobre la mano.

—Deduces bien. Lo que quiero saber es con quién exactamente me voy a meter en la cama. Educado en Harvard, grado *cum laude* en Administración de Empresas y un curso en Ciencias Políticas. Todo eso en sólo tres años. Eres un magnífico tirador, navegas y hablas tres idiomas aparte del inglés. Has sido fotografiado y visto del brazo de muchas *celebrities* e incluso acudiste un año a la entrega de los Grammy. Y, por supuesto, eres un reputado criminal.

—Has hecho los deberes, enhorabuena. —Sus palabras no estaban logrando lo que ella buscaba, todo lo contrario. En esos momentos lo único que deseaba era llevarla a una de las suites y lamer cada centímetro de su exquisito cuerpo.

—He salido a mi madre, Dominick. Ingeniosa y brillante. Y recuerda, tienes que contarme cosas sobre ella. ¿Dónde está? ¿O ha sido un engaño más, cómo todo lo que tiene que ver contigo?

—A su debido tiempo, querida mía. —Mi padre no me había dicho nada todavía y me temía que iba a tardar bastante en hacerlo. Era muy cuidadoso y nunca tomaba decisiones deprisa ni a la ligera. Lo que había averiguado ya me ponía la piel de gallina, pero aún quedaban piezas por encajar, un terrible secreto que Caroline y su madre podrían pagar caro.

Emitió un gruñido de protesta y volvió la cabeza, sin dejar de tocar la gargantilla.

—Te odio, quiero que lo sepas. Ni las pieles, ni el champán, ni los coches caros, ni todos los diamantes del mundo van a cambiar eso. Siempre serás un monstruo a mis ojos.

—Háblame de ella.

—No mereces saber nada de ella —replicó.

—No soy tu enemigo, Caroline. Pronto te darás cuenta de eso.

—Lo que tú digas.

Bruno entró muy decidido en el salón, negando con la cabeza conforme se iba acercando. La noche se desarrollaba tranquila, lo cual me ponía aún más nervioso. Se me puso la piel de gallina. Mi instinto nunca me engañaba y ahora estaba en alerta máxima. Bruno se inclinó para hablarme al oído.

—Tenemos un huésped interesante.

—¿Quién?

—Lorenzo Francesco.

Solté un gruñido. ¡Maldito sea! Era la última persona a la que quería ver esta noche.

—Se siente donde se siente, encárgate de que le hagan llegar una botella del merlot especial.

Bruno sofocó la risa a duras penas.

—Como siempre, jefe. Profesional en todo momento.

—Siempre con secretos, Dominick. Un día te van a destruir —dijo Caroline con tono ausente.

Di otro trago, sin dejar de mirar a la gente que estaba en la pista de baile. Ella tenía razón. La presencia de Lorenzo tenía que responder a algo. Su casino era uno de los afectados por la redada de la noche anterior. Seguro que estaría tenso, preparando el contraataque. Al cabo de unos segundos dejé a un lado la servilleta, me puse de pie y le tomé la mano.

—Vamos a bailar.

Pareció pillarla por sorpresa y me miró desdeñosamente.

—Por lo que veo, quieres que todo el mundo sepa que estamos juntos, ¿verdad?

—Desde luego que valoro así nuestra relación, pero lo único que quiero es bailar con la mujer de mi vida. ¿Me lo permites?

Miró a su alrededor y pasados unos segundos, dejó que la tomara de la mano. Mientras la conducía hacia la pista de baile, noté algo que no era habitual en mí: me sentía muy orgulloso de ser yo quien la llevara de la mano. Una vez en la pista, la abracé. Sentir sus pechos apretados contra el mío fue incluso más potente que una penetración. En cualquier caso, ese deseo se haría realidad esta noche.

Se produjo un cambio sutil en el tipo de música, algo más suave y melodiosa, que se adecuaba perfectamente a mi estado de ánimo. Le coloqué la mano en la zona, acariciándola ligeramente. Se había puesto un perfume exótico que, al respirarlo, estuvo a punto de hacer que me olvidara de quién era, al menos por unos instantes.

En un momento dado ella se relajó en mis brazos e inclinó la cabeza para mirarme a los ojos.

—En mi estudio te portaste de otra manera. Lo pasé bien con ese hombre.

—Cómo has dicho tú misma, tengo muchas facetas.

—Pero, ¿cuál es la que domina? ¿Qué prefieres ser, un hombre decente que quiere, respeta y cuida de su familia o un asesino para el que la venganza es lo que está por encima de todo?

Sus palabras me pillaron de sorpresa y me llegaron muy dentro. Caroline había encontrado la forma de diseccionarme, como si fuera capaz de meter un cuchillo bajo la piel y separarla de los músculos.

—Soy lo que soy desde la cuna, Caroline. No puedo cambiar eso, lo mismo que tú eres hija de tu padre. Su desprecio por los demás terminará saliendo a la luz y acabará con cualquier posibilidad de que termine ganando las elecciones.

Torció el gesto y hasta pareció encogerse.

—Parece que lo conoces muy bien.

—Mi trabajo es saberlo todo acerca de mis enemigos. —Le tomé la cara entre las manos y le pasé el pulgar por los labios.

—¿Yo soy tu enemiga?

—Tú eres todo lo que yo he necesitado, necesito y necesitaré. —Me sorprendió mi respuesta, pues esas palabras eran muy reales y deberían preocuparme. Le aportaban mucho poder, pero lo nuestro sólo podía funcionar si aceptaba mi absoluto dominio.

—Dominick, amigo mío. Debo preguntarte si puedo interrumpir.

Escuchar la voz de Lorenzo terminó de un plumazo con todas las emociones que habían aflorado. Miré hacia atrás y me encontré con su juvenil sonrisa.

—Estás lejos de casa.

—Tengo asuntos importantes que resolver en Nueva York. Además, he sabido que ibas a venir aquí y esta debe de ser Caroline. Lorenzo Francesco. Dominick me ha hablado de ti. Pero lo que no me había dicho es lo guapa que eres. ¡Una vergüenza! Me tomó la mano para besarme los nudillos.

Mala cosa. No parecía que esto fuera a acabar bien.

Ella no retrocedió, como yo pensaba que haría.

—¡Cuánto me alegro de conocer a tus amigos, Dominick!

—Supongo que un baile no os causará ningún problema, ¿verdad? —dijo riéndose a mi costa, como siempre hacía—. Después tú y yo tenemos que hablar.

Negocios. No me había gustado nunca ni s tono ni sus tácticas. Abordarme de esa manera en mi territorio se consideraba inadecuado y ya tendría el gusto de recordárselo cuando tocara.

—Eso depende de la dama —dije mirándola con gesto autoritario.

—Desde luego que no me importa, querido. —Se notó por el tono que estaba divirtiéndose.

—Pues entonces estupendo. —Al menos tendría tiempo de averiguar si había algún problema. Me retiré y miré a Lorenzo durante unos segundos. No había motivos para sentirse amenazado, pero su presencia siempre era un faro que anunciaba peligro, como si estuviera a punto de empezar una guerra. Me dirigí hacia la puerta acompañado de Bruno, que se me había unido de inmediato y salimos juntos del salón.

—Lo siento, jefe. Se acercó antes de que pudiéramos reaccionar a tiempo. Ha venido sin compañía. —Bruno se encogió de hombros.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—No estoy seguro. No ha dicho ni dado a entender nada, pero parece muy seguro de lo que está haciendo.

—Ha venido a algo más que cenar y jugarse el dinero. Vamos a tener que organizar una reunión.

¿Has vigilado las salas privadas?

Bruno asintió.

—Todas sin excepción. No está pasando nada, o al menos eso es lo que dice Angelo.

—Lo cual suele significar que sí que está pasando. —Los podía ver desde donde estaba, los cuerpos muy juntos. Apreté el puño, pues estaba más afectado de lo que debería. Sabía que Lorenzo no se iba a pasar de la raya, pero su arrogancia al presentarse aquí me generaba algunas dudas.

—Puedo darme una vuelta personalmente, pero no creo que debas preocuparte por nada. —Se dio cuenta de hacia dónde miraba y negó con la cabeza. Me conocía muy bien y sabía que no estaba contento con la situación.

—Comprueba las reservas. Quiero saber exactamente quién va a venir.

—De acuerdo. Te informaré de lo que encuentre. Jefe, ¿quieres que lo eche de aquí?

—Lo haré yo personalmente.

Volví a dirigirme hacia la puerta sin dejar de mirar hacia la pista de baile. Nadie les quitaba los ojos de encima. Todos conocían sus tácticas y su reputación. Lorenzo siempre era noticia de primera plana, le gustaba estar bajo los focos y aprovechaba su estatus para hacerlo. Avancé hacia el centro de la sala y me quedé de pie con los brazos cruzados. Nunca había sido celoso, no era posible dado el tipo de relaciones que había tenido hasta ese momento. No me gustaba el compromiso.

Pero esto. Con ella. Y él.

Estaba ardiendo. Enloquecido.

Le había colocado la mano en la base del cuello de forma demasiado posesiva. La otra mano estaba peligrosamente cerca del culo y le acariciaba la piel desnuda con el dedo. Y ella disfrutaba demasiado de lo que estaba pasando.

Tragué saliva y avancé a grandes zancadas hacía ellos. Me sentí frustrado porque la canción terminó antes de que llegara hasta ellos y no tuve la ocasión de darle una patada en el culo al muy gilipollas.

Caroline se separó inmediatamente de él con expresión avergonzada.

—Vuelve a la mesa y pide lo que te apetezca. Yo tengo cosas que hacer ahora. —Hablé con aspereza debido al cabreo que tenía con Lorenzo, que seguía allí cerca ajustándose los puños de la camisa. No tenía ganas de hablar de nada con él, pero lo cierto era que sus casinos habían sido atacados. Era necesario saber lo que tuviera que decir.

De momento.

Caroline me miró con cara de resignación, inclinando un poco la cabeza.

—¿A dónde iba a ir si no, Dominick? Por más que me vista de seda y me cubra de diamantes, no dejo de ser tu prisionera. —Frunció el ceño y echó a andar a paso rápido hacia la mesa.

—Magnífica elección, Dominick. Puedes estar orgulloso. —Dijo Lorenzo al pasar camino de su mesa.

—Si tienes algo que decirme, te sugiero que lo hagas ya. Te garantizo que no habrá más interrupciones.

Me miró con cierta sorna y salió del salón comedor. Yo controlé mi exasperación y lo seguí. Le hice a Bruno una seña con la cabeza antes de dirigirme a las escaleras. En el piso de arriba tenía una oficina precisamente para estos casos, aunque no me gustaba nada hacer negocios de forma abierta, en un lugar tan concurrido. Más vale que valiese la pena.

Lorenzo cerró la puerta tras de sí y se quedó de pie, dudando sobre si sentarse o no.

—Magnífica renovación. Haces las cosas bien.

—Las ventajas de la América de las corporaciones. —Serví una copa para cada uno y le pasé la suya. Sin ninguna prisa, me senté en un sofá de cuero negro—¿Qué ocurre que sea tan importante como para no poder esperar?

Permaneció de pie.

—Creo que tenemos un topo en nuestra organización.

—¿Un topo? —Pese a que eso nunca suponía una sorpresa, lo cierto es que no era el mejor momento

—Sí. —Dio un trago y removió el vaso—. Pero no te preocupes. He situado estratégicamente soldados en nuestras respectivas ciudades —susurró al notar mi reacción—. Y les he dado instrucciones muy claras para que vigilen a ese cabrón que está amenazando el negocio. Eso es todo.

Me incliné hacia adelante, pasándome el vaso de mano a mano.

—¿Algo más?

—En la calle se está diciendo que va a haber una gran redada pronto.

—¿Y eso qué quiere decir?

Lorenzo rio y, por fin, se sentó en el sillón. Cruzó las piernas y se retrepó como si fuera el rey del mundo. Tan arrogante como siempre.

—Estoy al tanto de que esperas un envío de Sudamérica a finales de esta semana. Si hay algún percance con eso, además de unas cuantas… sobredosis, digamos, te sería completamente imposible salvar la operación y tu reputación quedaría muy afectada. Y ni que decir tiene que habría muchas posibilidades de que tu padre y tú fuerais imputados. Seguro que tendrían cargos que presentar.

Mi primera reacción fue reírme de lo que estaba diciendo, pero no lo hice. Tenía información suficiente como para saber que la posibilidad era plausible. En cualquier caso, me jodía muchísimo que su organización y él conocieran tantos detalles acerca del envío. Ese tipo de actividad era la que mantenía el funcionamiento diario de la organización de mi padre. Muchas veces me preguntaba cómo era posible que no tuviera más cuidado. No obstante, si el centro de

operaciones iba a ser mi casino, me vería obligado a tomar los mandos.

—De acuerdo. ¿Y eso qué tiene que ver contigo? ¿Por qué te molestas en contármelo, Lorenzo?

—Porque cualquier situación y actividad relacionada con el tráfico y la distribución de droga afecta a mis negocios, incluyendo los casinos. Ya sabes lo de la redada de la semana pasada. Estoy seguro de que todo ha sido bien planificado. El que la hija del vicepresidente tuviera una sobredosis debido a la mierda que se metió es un auténtico desastre. Me han dicho que lo más probable es que termine recuperándose, aunque quizá le queden secuelas, ya sabes lo que quiero decir. —Emitió un gruñido de insatisfacción y se tocó la montura de las gafas—. No me gusta no tener ni idea de quién es el cabronazo que nos la está jugando. Los enemigos visibles son fáciles de controlar, pero esto es una jodienda.

Me habían llegado noticias acerca de los efectos colaterales, la investigación del FBI. Lorenzo era un hombre cuidadoso, eso era lo que podía decir de él. No toleraba este tipo de situaciones en su organización.

—¿Qué propones?

—Que trabajemos juntos. Yo puedo colocar estratégicamente a mis hombres en las calles y rastrearlas a fondo para encontrar a ese cabrón antes de que actúe de nuevo.

Reflexioné sobre su propuesta y pensé en Marco. Los problemas que había tenido en otros negocios estaba claro que tenían por objeto llamar la atención del FBI.

—¿Y cuándo encontremos a ese traficante infiltrado?

—Aprovecharemos para contraatacar y, al cabo de poco tiempo, las cosas volverán a su cauce en nuestros negocios. Estoy seguro de que invirtiendo un poco más de dinero estaremos en condiciones de revertir la situación, aunque la verdad es que no creo que a ninguno de los dos nos preocupe la pasta, sino acabar con ese cabronazo. —Lorenzo sonrió sin apartar sus ojos de los míos—. Sé muy bien que no confías en mí, Dom. Y es lógico, dada la naturaleza de nuestros negocios, pero a ninguno de los dos nos vendrá bien vernos implicados en una investigación sobre tráfico de drogas en el que no tenemos nada que ver.

—Está claro. —Di un sorbo de la copa y disfruté de la quemazón del licor en la garganta—. Estoy de acuerdo, debemos averiguar quién está detrás de esto. Pondré también a patrullar a mis soldados, lo que implicará cierta… invasión de tu territorio. Estoy seguro de que no te importará.

—Por supuesto que no. —Se levantó y apuró lo que le quedaba de la copa. Me pareció que dudaba antes de mirarme de frente—. Caroline es preciosa, de verdad. No tengo claro que es lo que esperas conseguir forzando esa alianza, aparte de lo obvio, por supuesto, pero ten cuidado con el puto senador. Puede parecer un gilipollas pomposo, pero te aseguro que tiene amigos hasta en el infierno. Sus secretos no significan nada en comparación con lo que puede conseguir con solo levantar el teléfono.

—¿Te importaría ser más específico?

—Si tuviera información específica, también tendría la posibilidad de erradicar los peligros que conlleve. Por desgracia no es el caso, sólo tengo pistas. Pero debería servirte de advertencia: ten siempre la espalda cubierta.

Asentí mostrando respeto. Se lo había ganado.

—Hablamos mañana.

—Empezaré a trabajar en ello de inmediato. —Se metió en la boca un cubito de hielo antes de dejar el vaso en la mesa auxiliar—. Tienes muy buen gusto en muchos aspectos, amigo mío. Creo que hasta ahora te había subestimado. Te aseguro que no voy a volver a cometer ese error.

Una vez se hubo marchado, yo también dejé mi vaso sobre la mesita. La información que me había dado era muy interesante, aunque en mi fuero interno yo ya había pensado que el senador Hargrove podría intentar contraatacar de algún modo, sobre todo después de que mi padre hubiera iniciado la búsqueda de Margaret. Suspiré y me froté los ojos. La noche no estaba yendo según lo previsto, aunque por lo menos ya se habría corrido la voz acerca de Caroline.

Para bien o para mal.

No volví a beber, me había cansado del güisqui escocés. Salí de la oficina. Tenía muchísimas cosas en las que pensar y también debía hablar con mi padre. Pero eso sería mañana. Esta noche tocaba empezar a entrenar a mi adorable novia. Empecé a bajar las escleras despacio, algo sorprendido de no ver a Bruno. Al acercarme al comedor, un destello captó mi atención.

—¿Pero qué cojones…? —Me agaché y, antes de recoger lo que había en el suelo, me quedé helado. ¡Su gargantilla! Entrecerré los ojos y me di cuenta de que el cierre estaba roto, como si se lo hubieran arrancado del cuello de un brutal tirón. Me metí la joya en el bolsillo y corrí hacia la puerta. Nada más traspasarla vi que no había nadie en la mesa y que su silla estaba apartada hacia un lado.

Busqué con la mirada al camarero y me acerqué a él, ciego de furor.

—¿Dónde está?

—¿Quién? Quiero decir… —Balbuceó. Se puso rojo como la grana y empezó a temblarle el labio inferior.

—¡Mi novia! —Le retorcí el brazo hasta que hizo una mueca de dolor.

Miró a su alrededor, incapaz de localizar la mesa.

—No lo sé, señor. Se lo juro por Dios. Le rellené la copa de champán y fui a atender a otros clientes. Lo siento. No pensaba que… —. Sus inútiles explicaciones terminaron en un lloriqueo.

Control. Tenía que analizar bien la situación. Incluso para alguien lo suficientemente atrevido como para ser capaz de venir esta noche al casino con la intención de raptar a Caroline, con tantos hombres armados en el local, la cosa sería una auténtica locura. Solté al camarero y me pasé la mano por el pelo.

—Búsquela, pero de forma muy discreta, sin llamar la atención en absoluto. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor. Claro, señor. Ahora mismo…

Me alejé de él y recorrí el comedor con la mirada. Bruno asomó por la puerta procedente del pasillo y en tres segundos lo tenía agarrado por el cuello.

—¿Se puede saber qué cojones pasa? ¡Se supone que debías vigilarla!

Abrió la boca, pero mi sujeción apenas le permitía pronunciar palabra.

—Jefe… iba a…

Retrocedí y lo empujé hacia atrás. Escuché su respiración entrecortada y algún gemido y empecé a perder el control. Ella producía ese efecto en mí, que bien podía considerarse una debilidad. No obstante, no iba a disculparme por ello. Bruno había incumplido la instrucción clave, al menos desde que ella había irrumpido en mi vida. Su seguridad estaba por encima de cualquier aspecto relacionado con el negocio. Si el cabeza de alguna familia o grupo emergente se atrevía a atacar a la familia más poderosa del crimen organizado es que tenían más cojones que el caballo de Espartero. Usarían cualquier táctica, había que preverlo todo.

—Lo siento, jefe. Se me ha escapado. Iba a buscarle para decírselo. —Bruno se pasó la mano por la cara y me miró con gesto arrepentido—. Me pidió que llamara al camarero y apenas la perdí de vista un minuto. Aquí no hay nadie que haya podido hacerlo, ni tampoco los que estén en las suites ni en las partidas privadas. Ni en el casino, por supuesto.

Lo que significaba que se había escapado por sus propios medios.

—Muy astuta. —No estaba en condiciones de hacer más relaciones públicas esa noche, ni había nada que celebrar. Sólo enseñarle la lección que merecía—. Tenemos que encontrarla. ¡Ya!

—Sí, jefe.

Pero sentía un miedo irracional, un escalofrío en la columna. Caroline no tenía ni idea del peligro que estaba corriendo. Quisiera reconocerlo o no, me estaba enamorando perdidamente de esa maravillosa criatura.

Y si eso era verdad, bien podría significar mi perdición.

CAPÍTULO NUEVE

Caroline

Lo iba a seguir. Sí, a un hombre que jamás me habría podido imaginar, y no me importaban ni lo más mínimo las consecuencias que ello podría traer. Dominick me había demostrado que era una bestia celosa, indecente y viciosa, y cada vez que captaba un chispazo de su otro lado, lo cambiaba de inmediato. Me adentré en el pasillo, dándome cuenta de que la gargantilla se me había caído. Respiré hondo varias veces en un intento por calmarme. No escuchaba nada a través de la gruesa puerta de madera, pero de lo poco que me había dicho Lorenzo y de las reacciones de Dominick al hablar con él deducía que no eran amigos.

El comportamiento de Dominick demostraba apremio, como si necesitara mostrarme a las personas famosas e importantes que estaban en el casino. Desde luego, todo el mundo había dejado clara su curiosidad y fingido aprobación, pero yo había llegado a mis propias conclusiones. Mi relación con Dominick iba a dar lugar a un auténtico clamor, en Nueva York y más allá.

Escuché la áspera voz de Dominick, me asomé por la barandilla y me horrorizó ver que maltrataba a Bruno. Sentí una punzada de culpa, pero eso fue todo. Estaba claro que el guardaespaldas disfrutaba de la vida que llevaba, sin importarle el constante peligro que corría. Los observé, sobre todo a Dominick, y me asombró su cambio en la manera de comportarse. Sí, seguía siendo asquerosamente engreído, desagradable y arrogante, pero ahora había perdido el control por completo.

De mí.

De su trofeo.

No era solo preocupación: estaba petrificado pensando que podía haberme pasado algo. ¿Acaso el tipo estaba enamorado de mí a un nivel que resultaba imposible captar? No, eso no podía ser. Seguro que formaba parte de su elaborado plan. No podía perder. Jamás.

Permanecí muy quieta, pero al cabo de unos segundos pareció sentir mi presencia y volvió la cabeza en mi dirección. Su autoritaria personalidad lo eclipsaba todo, hasta sus comportamientos y de una forma insoportable para mí. Hasta mi padre tenía un botón de desconexión. Él no. Podía ver cómo le subía y bajaba el pecho siguiendo su ansiosa respiración, y también las venas del

cuello. Su tensión era máxima.

Y sus ojos.

Parecía tener un anillo de fuego, pero la mirada era helada y lo arrasaba todo a su alrededor. No hizo falta que me hiciera señas para que me acercara, con esa mirada salvaje era más que suficiente. Miré un instante a Bruno que estaba de pie en actitud estoica. Solo un mínimo movimiento de cabeza para mostrar su desagrado por lo que había hecho. También había roto la limitada confianza que había establecido con él.

Vaya, parecía que tenía que avergonzarme de haber tenido diez minutos de paz sin supervisión constante, en vez de alegrarme de ello. Me agarré con firmeza a la barandilla para bajar las escaleras, fingiendo que el mundo me importaba un carajo. ¿Estaba asustada por lo que pudiera hacerme Dominick? Puede. También me excitaba, reconozco que de una manera ridícula, el peligro exterior que pudiera correr. Era una emoción casi blasfema que no podía compartir con nadie. Puede que estuviera tan enferma como él, que disfrutara de la atención y de la adoración, como si se tratara de un brebaje adictivo para la puñetera mente.

Antes de llegar abajo Bruno le susurró algo al oído a Dominick. Estaba claro que la velada se había terminado. Dominick, más calmado, me ofreció el brazo. No apartó la vista, pero tampoco me transmitió la más mínima emoción. No era propio de él.

Y eso me aterrorizó.

Tampoco dijo nada al meter la mano en el bolsillo y sacar la maravillosa gargantilla. Noté cierto brillo en sus ojos al notar mi sorpresa y alivio. Se puso a mi lado y me la volvió a colocar en el cuello, ajustándola y asegurándola con mucho tiento.

Una vez más, el cuerpo me traicionó y me estremecí con el roce de sus dedos. La descarga eléctrica fue tan intensa como siempre y afectó a todo el cuerpo, pero especialmente a mi ansioso coño. Me mojé los labios mientras me tocaba los hombros acariciadoramente con las yemas de los dedos, fuertes, musculosos y proporcionados. Después los pasó por el cuello. No había presión ni urgencia en sus toques. Pero yo sabía perfectamente de lo que era capaz.

—Me has preocupado mucho, mi dulce Caroline. Esto no puede volver a ocurrir. —El tono fue ronco y su aliento en el oído me forzó a respirar con dificultad. Él aspiró y deslizó los dedos hasta el mismo corpiño del vestido.

—Haré lo que sea para mantenerte a salvo.

Me tomó de la mano, apretándola con más fuerza que otras veces y echamos a andar hacia Bruno. Nos dirigimos hacia la entrada, Bruno llevando mi abrigo. Esperaba poder respirar el frío aire de la noche, pero no fue así. Tras pasar una puerta cerrada con llave, avanzamos por un oscuro pasillo hasta lo que debía ser un ascensor privado.

Llegamos a una zona de aparcamiento aislada del general y sin ventanas. Otro lugar destinado a la gente más conocida y poderosa, en la que sus caros juguetes se mantenían a salvo de miradas y robos. Dominick caminó decidido hacia el SUV. El sonido de los seguros me pilló desprevenida y di un respingo.

—Espera fuera del coche —ordenó Dominick a Bruno y después me ayudó a sentarme sobre el

suave cuero, mirando hacia delante mientras Bruno protegía nuestra privacidad.

Hice todo el viaje pegada a la puerta, en un sofocante estado de ansiedad. Él no pronunció palabra alguna, ni escuché su respiración. Ni la más mínima señal de enfado. Llegó un momento en el que la tensión se me hizo insoportable y tuve que hablar.

—Di algo.

Dejó pasar unos segundos y soltó el aire.

—¿Qué quieres que diga, Caroline?

—Lo que tenga que saber. Aunque ya sé que me vas a maltratar en cuanto lleguemos.

—¿Maltratarte? —La palabra le molestó muchísimo. Por fin una muestra de emoción—. ¿Cómo te he maltratado? Tienes tu propia habitación y tu propio estudio y gozas de absoluta libertad para moverte por la casa. Quería disfrutar contigo de una velada fabulosa, sin ningún tipo de drama y asegurándome de que se te tratara como a una reina. Lo único que pedía a cambio era que siguieras las reglas. Y lo que has hecho ha sido faltarme al respeto de todas las formas posibles.

—¿Te refieres a bailar con tu amigo?

Siseó, se dio unos golpecitos en la sien y respiró varias veces.

—Lorenzo es hijo de otro poderoso… hombre de negocios y te puedo asegurar que no es mi amigo, en absoluto, pero sospecho que no tendría ningún inconveniente en probarte.

El modo de pronunciar la última palabra me asqueó.

—No soy una puta, Dominick. En ninguna circunstancia, ni para nadie.

—A él eso no le importaría ni lo más mínimo.

La tensión no paraba de crecer entre nosotros y tenía la garganta atenazada como una argolla.

—Sabía que estaba en un lugar seguro. Sólo quería echar un vistazo. No creo que eso suponga un perjuicio para nadie.

—A Bruno le habría encantado acompañarte, pero lo engañaste con malas artes.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—Y por eso lo has tratado como a un perro, por mi mal comportamiento. He visto lo que le has hecho. Asqueroso.

—Bruno es mi empleado y conoce perfectamente sus deberes y la forma de realizarlos. Como te he dicho, exijo disciplina. —Exhaló con fuerza y apretó el puño—. No sé cómo hacerte entender que, dado que estás en mi vida, eres objetivo de mis enemigos.

No estaba preparada para su tono angustiado.

—Lo siento. Pensaba que el casino era un lugar muy seguro. Os escuché comentar la cantidad de hombres que custodiaban el edificio.

—Así era y como te podrás imaginar, tengo mis razones.

—Te repito que lo siento.

—Quítate el vestido.

Volví la cabeza como un resorte para mirarlo asombrada.

—¿Cómo?

—Has escuchado perfectamente lo que he dicho, Caroline. Cada acción provoca una reacción. Cada vez que desobedezcas las reglas vas a aprender eso en la práctica. —Se le notaba mucho más calmado y reflexivo que antes. Había tomado una decisión y se me había dicho que obedeciera sus órdenes.

Dudé pensando en lo que me estaba diciendo mientras miraba por la ventana. Yo no podía aceptar las humillaciones.

—¿Y qué pasaría si dijera que no?

Me miró a los ojos con dureza y después recorrió todo mi cuerpo como si me atravesara. Ahí tenía la respuesta. Contuve el aliento mientras me bajaba uno de los tirantes y después el otro. Con cierta dificultad logré bajarme la cremallera. No me ayudó en absoluto, se limitó a mirarme sin mostrar emoción alguna. Era un auténtico cerdo, sin más.

Estaba tan furiosa que casi se me saltaban las lágrimas. pero no iba a permitir que ese gilipollas me viera llorar, no por esto ni por su culpa. ¡Qué se fuera a la mierda! ¡Él y su puto juego!

¡A la mierda el mundo entero!

Me bajé el vestido con manos temblorosas, tirando de él al superar las caderas. La situación era vergonzosa y ridícula, incluso una voz interior me reprendía. Había cometido una estupidez abandonando la mesa para intentar escuchar la conversación que iba a mantener con su colega. Me apetecía tanto romper sus estúpidas reglas que ni por un momento pensé en el peligro de ser secuestrada por alguien mucho peor que el propio Dominick.

En un momento dado se puso a mi lado en el suave y lujoso asiento y me colocó sobre su regazo. El toque de su cálida mano acariciándome el culo desnudo me resultó mucho más íntimo que las anteriores sesiones de sexo duro que habíamos mantenido antes.

Contuve el aliento mientras me acariciaba dibujando círculos al azar, como si su objetivo fuera rebajar la tensión. Cuando me dio golpecitos con un dedo siguiendo un ritmo perfecto, volví a contener la respiración a la espera de lo que pudiera ocurrir. Fue el sonido del primer azote lo que me hizo dar un respingo y ahogar un grito, porque en realidad no hubo dolor, tan sólo una mínima punzada. Fue el ruido lo que alteró la de por sí tensa calma anterior.

Dominick repitió el movimiento, esta vez alternando de una nalga a la otra, con golpes lo suficientemente fuertes como para hacerlas temblar. Sentí vergüenza de la situación, una vergüenza que llegaba a cada célula de mi cuerpo y formaba sendos nudos en la garganta y en el estómago. Me mortificaba enormemente ser azotada en público, independientemente del

supuesto aislamiento que proporcionaba el SUV. Me imaginaba a otras personas asomándose y viendo como una niña mala era castigada por no obedecer a su amo.

Continuaron los azotes. Sus manos acribillaban mi piel golpe tras golpe, cada vez con más intensidad. Se intensificó el dolor, lo suficiente como para intentar defenderme con la mano, pero él la agarró con facilidad y la puso a mi espalda.

No pronunció palabra alguna. Me esperaba una letanía de reproches, de recordatorios de las reglas que había que cumplir, pero no hubo nada de eso.

Silencio.

Concentración.

Y una polla dura y potente presionando mi vientre. Su fuerza era enorme y se clavaba en mí de tal forma que estaba caliente y húmeda, con el coño tenso y cada vez más apretado contra su ingle. Me di cuenta de que estaba follándomelo, rozándole con el coño y llenando el interior del coche con el olor de mi angustioso deseo. ¿Cómo era posible que este hombre y su deleznable comportamiento me hiciera reaccionar de esta forma?

No me podía creer lo que estaba pasando. Respiraba entrecortadamente mientras el calor que sentía en el culo era un claro indicio de hasta qué punto había enrojecido la piel de mis nalgas. Tras darme no menos de cincuenta azotes, se estuvo quieto durante un rato y después volvió a acariciarme. Pude escuchar su propia respiración entrecortada, prácticamente al mismo ritmo que la mía.

Escuché otro ruido que interpreté como la apertura de algún compartimiento del coche. Apreté el culo y me retorcí contra su regazo.

Colocó la mano en mi espalda, a la altura de las lumbares.

—Acción y reacción, dulce Caroline. —Su voz era profunda, densa y sensual. Sentí el tacto de la madera a lo largo de la columna con el roce de lo que fuera que estuviera utilizando ahora—. Guardo en el coche aparatos que pienso que voy a poder necesitar en algún momento. Una brocha es perfecta, compacta y ligera, pero lo suficientemente sólida como para aplicar un castigo doloroso. ¿No te parece?

El tipo tenía planeado golpearme en cualquier momento y lugar. Me estremecí y escondí la cara entre las manos. Esto no podía estar pasando. Era una locura. En realidad, yo era la que estaba enloquecida, porque deseaba a este hombre. Me moría porque me tocara, porque me devorara con los labios.

Quería que enterrara su polla en mi coño, que la moviera bestialmente dentro de mí, que hiciera lo que quisiera conmigo. Lo que quisiera.

Era de su propiedad

«No es posible que desees esto. No es posible…». Una vez más, las lágrimas amenazaron con asomar.

—¿Me has oído, Caroline?

Odiaba con todas mis fuerzas la forma en que pronunciaba mi nombre una y otra vez, como si fuera mi querido papá y yo no fuera otra cosa que su caprichosa nena.

—Sí.

El súbito golpe con la madera fue lo más doloroso que había experimentado desde hacía muchísimo tiempo.

—Sí, señor.

Soltó un gruñido largo y oscuro antes de continuar, cosa que hizo, golpeando ambas nalgas de forma dura y metódica. Estaba anonadada por la intensidad de la angustia que sentía y el dolor que sacudía el culo y las piernas. La situación era tremendamente humillante y se unía a una voz interior que me estaba volviendo loca.

«Te lo mereces. Nunca sigues las reglas. Siempre haces lo que quieres, te cueste lo que te cueste».

Cerré los ojos, todavía apretada contra él, todas las células y las venas del cuerpo llenas de electricidad rampante. El aroma de Dominick, la mezcla de la agresiva testosterona y su exótica colonia, y mi hambre sin sentido resultaba tan intoxicante que no paraba de jadear.

—¡Ay! Joder… —Ya no podía contener los gritos. No reconocía esa voz entrecortada y ansiosa que flotaba en el espacio.

—Cuando te comportes mal, no lo dudaré —susurró y me dio otro golpe salvaje.

Estaba a punto de rogarle que parara, aunque la agonía se mezclaba absurdamente con un evidente sentimiento de éxtasis. Tenía los pezones duros como piedras, el clítoris hinchado y seguramente mis gritos se oían a muchos metros de distancia.

No deseaba esto.

Pero sí que lo deseaba…

No podía tolerar esto.

Pero lo toleraba…

Todo lo que tenía que ver con este hombre vulneraba las reglas de la inteligencia. Era la personificación del horror y de una vida terrible, pero mi coño seguía deseando su presencia, tomara la forma que tomara.

Con una respiración cada vez más entrecortada me separó las piernas todo lo que dieron de sí.

—Me la has puesto dura de cojones, Caroline.

—Sí… sí, señor. —Contoneé las caderas hacia delante y hacia atrás hasta que soltó un fortísimo jadeo, oscuro y animal, mucho más seductor que nunca.

Pasó el mango de la brocha por la hendidura del coño, girando el extremo por el esfínter.

—¿Sabes lo que quiero hacer contigo?

—Dime… —balbuceé como pude torciendo la cabeza para mirarlo. Estaba perdiendo el control y ya no me importaba quién pudiera vernos, totalmente excitada visionando las posibilidades.

Pasó el mango por los muslos, moviéndolo arriba y abajo.

—Golpear ese precioso coñito rosa.

—Mmm…

—Penetrar en ese precioso coñito. —Dominick golpeó suavemente los labios del coño con el mango de madera y el dolor que sentí, de momento poco intenso, me obligó a arquear la espalda —Perforarlo, porque me pertenece.

Sus palabras encendieron un maldito y no deseado fuego de excitación en todo mi cuerpo, tan intenso que me quitó el aliento.

—Sí. —Cuando me introdujo el mando en la vagina y empezó a moverlo adelante y atrás, mis músculos se aferraron a la madera.

—Azotar cada centímetro de tu cuerpo —continuó con tono casi inaudible. Sus acciones eran cada vez más agresivas.

—Sí… señor. —Controlé otro aullidoy me aferré a su pierna con la mano.

—Quiero marcarte como mi propiedad. Mantenerte atada y preparada para usarte salvajemente de día y de noche.

—Mmm… —No podía concentrarme en otra cosa que en la penetración del mango. Le apretaba la pierna con todas mis fuerzas a cada envite de la madera en mi coño.

—Despojarte de toda tu humanidad, obligarte a que me chupes la polla cada vez que quiera… —respiraba agitadamente, sin dejar de follarme con el mango de madera.

Estaba a punto de correrme, me temblaba todo el cuerpo y él no paraba.

—¡Oh, oh, oh…!

—Follar ese culo prieto cada vez que me apetezca. —Rio, sacó la brocha y me golpeó con ella en el culo varias veces.

Grité y moví las piernas como una posesa.

—Por favor…

¿Por favor qué, Caroline? ¿Qué quieres?

—Quiero… —¿Por qué era incapaz hasta de hablar?

Me separó los labios menores y me clavó el mango de nuevo.

—Quieres correrte.

—Sí, por favor… —Me moví hacia atrás y hacia adelante y podría asegurar que a él le costaba mantener el ritmo.

Dominick se limitó a respirar entrecortadamente durante unos segundos. Después, el ángulo de penetración y el ritmo cambiaron. Me agarró del pelo y me tiró de la cabeza hacia atrás mientras el mango de madera entraba y salía.

—Las buenas chicas consiguen lo que quieren, pero las malas no pueden escoger. —Su risa era extraordinariamente erótica, me ponía la piel de gallina en los brazos y en las piernas.

No me importaba. No podía pensar, solo sentía el clímax ascendiendo rugiente desde las puntas de los pies, por el interior de las piernas y estallando en el coño.

—¡Oh, sí, sí! —Dejé de sentir las piernas mientras el orgasmo se convertía en una ola intensa que me quitaba el aliento y lo poco que me quedaba de cordura— Dios…

Dominick soltó otro gruñido gutural antes de sacar el mango de la brocha del calor fundido de mi interior.

—Abre la boca como una buena chica.

Le obedecí, loca de deseo. Cuando introdujo el mango en mi boca me di cuenta de lo sucia que era en realidad. Había empezado ya a desnudar mi humanidad, encendiendo un tipo de hambriento deseo que yo ni sabía que existiera en mi interior. Se trataba todo de sexo, carnal y primario.

No me di cuenta de sí gateé sobre su regazo o si fue él quien me colocó allí, pero cuando le rodeé el cuello con los brazos sin dejar de chupar el mango de la brocha pareció sorprenderse. Me sacó el instrumento de la boca con mucho cuidado, se lo llevó un momento a la nariz y lo dejó a un lado. Su pecho subía y bajaba al respirar y le brillaban los ojos con tal intensidad al mirarme que pude leerle la mente.

Estaba obsesionado.

Me cubrió la boca con la suya, introduciendo la lengua con tal fuerza y absorbiendo como si estuviera muerto de sed. Me acariciaba la espalda desnuda con los dedos, desatando mi pasión y haciéndome fingir que estábamos hechos el uno para el otro. El beso fue brutal, chocaron los dientes, las lenguas pelearon por el espacio. Emitíamos potentes sonidos animales que llenaban la cabina del coche.

Se trataba del pecado, puro y duro. Me froté contra él con todo el cuerpo mientras continuaba el beso francés y comprobé que la fricción lo volvía loco.

Interrumpió el beso, respiró hondo varias veces y sonrió con los labios.

—Tengo que entrar en ti. Quiero follarte.

Busqué con las manos entre sus piernas para liberar la polla. Alzó las caderas lo suficiente como para permitirme llegar hasta ella y liberarla. Me agarró de las caderas y me levantó para colocarme sobre él. Cuando tiró para entrar con la polla erecta al máximo eché la cabeza hacia atrás y a duras penas pude contener el grito animal que pugnaba por salir de muy dentro de mí.

Riendo oscuramente entre dientes, me permitió tomar el control y lo cabalgué fuerte y rápido. Todas mis fantasías eróticas más sucias, propias de una chica mala, se apelotonaron en mi imaginación, acabando con las inhibiciones, aunque sólo fuera por un rato. No cerraba los ojos

mientras lo follaba y muy dentro de mí, quería descifrar al hombre que se escondía tras las muchas máscaras con las que se escondía.

Era un enigma, secuestrado en su propia oscuridad. En cualquier caso, el polvo era tremendamente excitante y me proporcionaba otra sesión de tremendo placer y felicidad. Seguía avergonzada de misma, pero no dejaba de disfrutar como una posesa. En ese momento quería fingir que él era lo que yo necesitaba de verdad.

El ligerísimo roce del cuero de los asientos revelaba el ritmo de mi movimiento de vaivén, atrás y adelante, y mis pechos botaban como pelotas de goma. El culo amoratado me dolía con cada embate brutal, un dolor glorioso, como el roce de la enrojecida piel de los muslos contra sus piernas. Nada me importaba. El dolor me llenaba de vida y me dejaba anonadada, sin aliento.

—Eres mía. Mía para siempre. Dilo, Caroline. Dilo. Dime que me perteneces.

El roce de su cálido aliento sobre la cara y el cuello me enloqueció, y las palabras más todavía. Apreté los músculos de la vagina hasta el paroxismo y supe que estaba a punto de explotar.

—Te pertenezco.

—Sí. Eres mía. Siempre. —Dominick bajó la cabeza hasta que nuestros labios se volvieron a encontrar—. No lo olvides nunca. —Recolocó la mano elevándome ligeramente para colocar la polla entre mis nalgas.

Me aferré a él, respirando hondo varias veces. Todas mis terminaciones nerviosas estaban al límite.

Su sonrisa era la de siempre, poderosa y dominante. Recuperó el control dejando claro que él era el macho alfa. Se le escapó una ligera carcajada al tiempo que volvía a tirar de mí, esta vez hacia abajo.

Su polla estaba tan dura e hinchada que a mis músculos les costaba aceptar la penetración.

—Joder… ¡joder!. —Le golpeé el pecho con la mano abierta, intentando respirar mientras el dolor me traspasaba. Me estaba partiendo en dos—. ¡Sí…!

—Te gusta sentir mi polla en ese estrecho culo tuyo. —Era una afirmación, por supuesto, no una pregunta.

Sólo pude asentir y pestañear mientras trataba de controlar la respiración.

—Quizá deberíamos ponerle un tapón cuando esté lleno. ¿Te gustaría?

—¡Oh, oh! —Era incapaz de hablar. Me levantó por las caderas y me dio otro azote.

Y otro más.

—Sí, vamos a hacernos con algunos juguetes, si me prometes que vas a portarte bien… El tono de voz era completamente distinto, un sonido sensual como el terciopelo que se deslizaba por mi desnudez.

—Sí… señor… —Dejé caer la cabeza mientras me taladraba. La agonía se mezclaba con el más dulce de los éxtasis. Apretón y relax. Apretón y relax.

Me estaba volviendo loca.

—Me voy a correr contigo. Joder… —Echó la cabeza hacia atrás y rugió. Todo su cuerpo temblaba con el orgasmo, llenándome de su semilla—. ¡Sí! —Echó los brazos hacia atrás y cerró los ojos. Su sonrisa era de pura satisfacción. Jadeando, acercó la cabeza y curvó la espalda para chuparme los pezones.

Retiré los brazos para dejarme llevar por un nuevo cúmulo de sensaciones placenteras.

Chupaba y se retiraba para chupar la otra teta.

¡Bang! ¡Bang!

Después del ruido sordo que sacudió el vehículo no hubo la más mínima vacilación. Dominick me arrastró al suelo y sacó su arma de la pistolera que tenía bajo la axila. Después se asomó por la ventanilla con mucha precaución.

Escuché los pasos de Bruno y su grito furioso mientras se alejaba del SUV.

—¡Quédate aquí, Caroline! No quiero juegos esta vez, ¿entiendes? Echa los seguros cuando haya salido. —No perdió el tiempo. Abrió la puerta con mucho cuidado y se asomó para mirar.

Me cegó la súbita iluminación y me agaché para recoger el vestido. La puerta se cerró de un portazo. Solté un grito ahogado y busqué a tientas el botón del seguro. Lo encontré al segundo intento. Escuché el ruido de los pasos de dos personas alejándose a toda prisa del coche y después lo que me parecieron nuevos disparos. Intenté asomarme por la ventanilla, pero al principio no vi nada. Después más pasos, creo que de botas pasadas, muy cerca. Demasiado cerca…

Me tiré al suelo conteniendo el aliento, con el corazón desbocado. Temblaba de una manera tan violenta que por poco desgarro el vestido al intentar ponérmelo. La adrenalina circulaba por mi cuerpo como si fuera lava, manteniéndome alerta y clarividente. ¿Y si…?

—No, no. No iba a salir a la calle. Dominick era un tipo fuerte que sabía cuidar de sí mismo. Cuando conseguí vestirme, me apreté contra el suelo de espaldas para poder ver lo que pudiera pasar. Sí quería que entendiera lo que era su mundo, lo había conseguido. ¡Que se quedara con su maldita vida y su jodida ansia de poseer el mundo!

Hubiera jurado que sonaron más disparos y no soportaba no saber lo que estaba ocurriendo. Me atreví a echar otro vistazo y al ver que alguien corría hacia el SUV, me quedé petrificada. Me precipité contra el asiento intentando hacerme lo más pequeña posible, desaparecer en él. Nunca en mi vida había rezado, tampoco había tenido la necesidad de hacerlo, pero ahora era lo único que me quedaba.

Cuando se abrió la puerta de golpe me llevé las manos a la boca.

—¡Joder! ¿Dónde estás? —La áspera voz de Bruno rasgó el silencio

Dejé escapar un gemido y pestañeé hasta enfocar su figura.

—¿Qué está pasando?

—Te voy a sacar de aquí para ponerte a salvo. Quédate donde estás hasta que salgamos del

garaje.

—¿Dónde está Dominick?

Bruno se sentó al volante y encendió el motor sin contestar mi pregunta.

—¿Dónde demonios está?

Me lanzó una mirada asesina por el retrovisor al tiempo que ponía en marcha el monstruoso vehículo. Los neumáticos chirriaron mientras avanzaba a toda prisa esquivando los vehículos aparcados. Yo no paraba de ir de un lado a otro siguiendo los bandazos del coche. El rugido del motor entre las piernas me ponía enferma. Me deslicé como pude hasta situarme en el asiento de detrás de Bruno.

—¿Qué cojones estás haciendo? —siseó, echando el brazo para atrás—. ¡Agáchate, joder! No tienes ni idea de a qué nos estamos enfrentando.

—¿Dónde está Dominick?

Bruno blasfemó para sí y volvió a dar un fuerte bandazo que me lanzó hacia la derecha.

—¡Me cago en la leche! Está bien y entero, Caroline. Échate al suelo, joder. ¡Corres muchísimo peligro!

Creía que ya estábamos casi saliendo. Me agaché, pero antes pude ver a varios hombres alrededor de otro que estaba de rodillas y con las manos en la espalda. Me pareció que todo iba a cámara lenta cuando sonó un ruido, después vi un resplandor y escuché otro sonido sordo, de algo que se rompía, o al menos eso me pareció. Lo que estaba claro es que el tipo cayó al suelo. Le habían volado media cabeza.

—¡He dicho que te tires al suelo, cojones! No te lo voy a decir más. —Los gritos de Bruno me despertaron.

Me llevé las manos a la boca para no gritar y me eché al suelo encorvada como un feto. Su peligrosa vida no sólo me iba a resultar difícil, sino que podría ser mortal.

* * *

No me había molestado en cambiarme de vestido. Ahora paseaba descalza por la biblioteca de Dominick. Me había saltado el vino para ir directamente a la ginebra, mi bebida de referencia para estados de ánimo difíciles.

Bruno se encontraba a medio camino de la puerta, con el arma bien al alcance. Sabía que eso no tenía que ver con la posibilidad de que yo intentara huir, sino con que los asaltantes volvieran a tener la ocurrencia de atacar tras el primer fracaso y sus horrendas consecuencias.

Me resultaba difícil pensar con claridad, aunque ya habían pasado más de dos horas desde el ataque y tres *gin tonics*. Todavía temblaba de vez en cuando, quizás aún en estado de shock. Estaba preocupada por Dominick. Bruno no me había dado ninguna información. Nada. La sensación de náusea que comenzó tras el asesinato que había presenciado no había desaparecido, todo lo contrario. Me encontraba fatal, también en el corazón y el alma. Era una chica normal,

sabía cómo eran las cosas, había tenido mi ración de crímenes, como todo el mundo… pero en la televisión, claro. Esto había sido… otra cosa.

Su mundo.

Su gente.

Su vida.

Y ahora la mía. Me importaban una mierda los líos de mi padre y los acuerdos a los que hubiera llegado. Y también me importaba una mierda destruir su vida. Esto no podía continuar así.

Me puse a andar de un lado al otro de la habitación.

Me vinieron visiones de Dominick en un charco de sangre que hasta dejaban puntos rojos en las pupilas. ¿Cómo podía hacer esto un día sí y otro también? ¿Cómo podía soportar la amenaza constante, la sensación de que su vida siempre estaba en peligro?

Dios. Estaba afectada hasta el tuétano.

Bruno miró el reloj, se acercó con precaución a la ventana que daba a la fachada principal de la casa y miró al exterior.

—¿De verdad crees que podrían venir aquí, sean quienes sean? —pregunté.

—Todo es posible. —Volvió a su lugar de espera habitual.

—Por favor, Bruno, dime algo. Lo que sea. ¿Está vivo? ¿O qué?

Soltó el aire y por fin se volvió hacia mí.

Si estuviera muerto, tú no estaría aquí. Dominick se las arregla solo perfectamente. Y tú debes hacer lo que se te ha dicho que hagas.

Di un buen trago. Mis dedos se escurrieron en la humedad del cristal. Pude ver su mirada de desdén, aunque estaba en el otro extremo de la habitación. ¡Que le dieran! No tenía por qué reñirme. ¡A mí!

—No me mires así, Bruno.

—¿Qué significa así?

—Cómo si fuera una persona horrible por beber mientras él está en peligro. No soy perfecta. Soy humana. Soy… —No fui capaz de terminar la frase.

—No era eso lo que pensaba, para nada.

—Entonces, ¿qué demonios estás pensando? —Volví la cabeza para mirarlo y me pasé el vaso frío y húmedo por la frente.

Me dedicó lo que para él podría ser la más amable de las sonrisas que le había visto.

—Estaba pensando en lo amable que es que te preocupes por él. Merece ser feliz.

El modo de pronunciar las sentidas palabras tuvo un efecto catártico, aunque extraño para mí.

Hacía sólo unas horas su jefe le había tratado como si fuera idiota y, pese a ello, él quería que fuera feliz. Por poco me caigo de espaldas.

—A Dominick no va a pasarle nada. Ahora te tiene a ti, esperándole en casa. —Dicho esto, Bruno regresó a sus tareas, que por supuesto incluían la cara de póquer.

Todo estaba muy tranquilo y yo no tenía fuerzas para pelear de ninguna manera. Hasta la copa me dejaba mal sabor de boca. Me senté en el sofá y enterré la cara entre las manos. Me pasé las puntas de los dedos por la boca, deseando poder seguir sintiendo sus besos y el tacto de sus fuertes manos en la espalda. ¡Era ridículo! No me podía estar enamorando de él. No era posible.

¿Por qué estaba todo fuera de control?

No sé cuánto tiempo más transcurrió, pero sí que estaba sobria como una piedra cuando escuché un ruido de pasos fuertes y decididos.

Me puse de pie casi de un salto y me lancé hacia la puerta, aun cuando Bruno intentó cerrarme el paso con su cuerpo.

—No. Déjame pasar.

—¡Dios, jefe! ¡Me ha dado un susto de muerte! —Bruno se apartó para dejarme pasar.

Dominick se detuvo y relajó el gesto, que antes era tenso y preocupado.

—Estás a salvo.

—Tal como me ordenó, jefe.

Dominick no dijo nada y, durante unos extraordinarios segundos, me miró y conectamos de una forma completamente distinta a como lo habíamos hecho antes. Una lenta ola de electricidad me recorrió el cuerpo. Estaba aliviado, más feliz de lo que nunca lo había visto, sonriendo amplia y francamente.

—Pensaba que estabas… eh… —Las palabras se atascaron en la garganta.

Se acercó unos pasos, lo mismo que yo, pero de repente una pared se interpuso entre nosotros. Contuvo el aliento, siguió andando hacia mí, pero, en lugar de darme un abrazo se limitó a acariciarme mínimamente el hombro y se dirigió a su despacho.

—¿Te ha dado algún problema?

Ahí estaba de nuevo el horrible individuo escondiendo como siempre las emociones de Dominick. Eché una rápida y desafiante mirada a Bruno. ¡Ya me importaba todo una mierda! ¿No te jode?

—No. Ha hecho todo lo que le he pedido.

Dominick asintió y sacó el arma de la sobaquera.

—Me alegra oírlo.

—¿Angelo ha estado contigo? —preguntó Bruno.

—No. Dos de sus soldados. No creo que vayamos a tener problema esta noche. —Parecía escoger con mucho cuidado las palabras.

—Deja que eche un vistazo a todo el perímetro, jefe. Me quedaría más tranquilo. —Bruno esperó la señal de asentimiento habitual antes de salir.

Yo agarré mi vaso y me dirigí al mueble-bar.

—¿Te apetece una copa?

—La verdad es que sí. Ponme lo mismo que estés tomando tú.

Sentí físicamente su cálida mirada mientras preparaba las copas.

—¿Qué ha pasado, Dominick?

—Me han puesto en peligro en mi propio casino. Tenía que hacerme cargo personalmente.

—En peligro… ¿Lo que quieres decir es que unos camellos de alto nivel han entrado en tu espectacular establecimiento para vender drogas que podrían provocar sobredosis mortales de necesidad? —Al acercarme con los vasos podría jurar que mi pregunta-afirmación le pilló por sorpresa.

—¿Qué demonios sabes y cómo cojones te has enterado?

—No soy idiota, Dominick. Leo las noticias, o al menos lo hacía hasta que me raptaste.

Suspiró y me quitó el vaso de la mano.

—Estoy envuelto en actividades criminales, pero me niego a permitir que nadie muera por consumir polvo adulterado. Hay alguien que… —. Bufó y miró por encima de mí.

—Sigue. Igual puedo ayudar, aunque sólo sea escuchando.

—Vas a ser mi esposa, Caroline, no mi socia en los negocios.

—Ah, eso significa que tengo que ser sorda y ciega, hacerme la tonta y limitarme a abrirme de piernas para ti… ¿Es eso? —Me reí en su cara, moví las caderas adelante y atrás y simulé brindar con el vaso.

Me sujetó por la muñeca y tiró de mí.

—¿Has entendido lo que pasó esta noche?

—Uno de tus matones ha disparado a un hombre que se supone que es, o más bien era, tu enemigo.

—¡Dios! No se puede decir que obedezcas las órdenes…

—Estaba preocupada por ti.

Suavizó un tanto la sujeción.

—No tenía intención de ponerte en peligro.

—Lo sé, pero siempre me pondrás. No habrá ninguna salida en la que podamos disfrutar solos, sin la presencia de guardaespaldas o de armas en la sobaquera. No quiero vivir así, Dominick, tienes que saberlo. Lo que hemos compartido se puede definir como apasionado, de una forma demente y oscura, pero así ha sido, lo admito. Pero no puedo comportarme como una mujer florero que se sienta a un lado simulando incluso para sí misma que todo va a ir bien, pero por otra parte preguntándose cada día si vas a volver de una pieza o no.

Dominick apretó los dientes y se dirigió a la fila de ventanas de la habitación.

—¿Por qué crees que nunca me he preocupado por nadie hasta ahora? ¿Por qué crees que no me he casado, o ni siquiera me he planteado una relación con nadie? Porque sabía que la persona con la que me relacionara terminaría convirtiéndose en un objetivo. Todas las precauciones que pudiera tomar no serían capaces de detener lo inevitable.

—Entonces no te importa que pueda pasarme algo horrible. —Podría jurar que fue como si mis palabras fueran dardos que se le clavaran en el pecho.

—Me importa muchísimo.

—Entonces deja que me vaya.

—No puedo.

—Eso significa que no quieres.

Bufó y negó con la cabeza

—No lo entiendes.

—Pues ayúdame a entenderlo. Quiero estar en mi casa. Quiero alquilar un apartamento y pintar en mi estudio. En mi estudio, no en un sitio que habilites como tal para que esté tranquila. Que le den a mi padre y a toda su mierda. Te deba lo que te deba, estoy segura de que sus subordinados pueden pagártelo; además, y te lo digo de verdad, me importa tres narices su reputación. Como te puedes imaginar, no es una de mis personas favoritas, pero haya hecho lo que haya hecho, seguro que no es ni remotamente tan horrible como lo que tú te traes entre manos.

Las palabras se quedaron flotando en el aire.

—Merezco más de la vida. —Seguía ignorándome—. Si tienes algo sobre mi padre, muéstramelo.

Siguió dudando.

—No tienes la menor idea de lo que estás hablando —dijo entre dientes.

—¡Creo que sí y me debes una respuesta!

—¡No me hables en ese tono! —espetó.

Algo le remordía por dentro, podía jurarlo.

—No soy ninguna niña, así que dime por qué afirmas que mi padre es una persona tan horrible.

Avanzó hacia mí como una furia hasta llegar a su escritorio y abrió el cajón que yo había logrado

forzar.

—De acuerdo, Caroline. Vas a saber la verdad. —Removió lo que había en el cajón y al final lo encontró.

Cuando lo dejó sobre la superficie del escritorio sentí un escalofrío. No me atrevía a mirarlo.

—Si de verdad no te importa que esto se haga público, entonces acabemos de una vez. —Rodeó de nuevo el escritorio y dio un trago del vaso.

—¿Qué demonios es esto? —Dio un paso adelante, aún sin atreverme a mirar la fotografía.

—Es tu padre. No solo tiene un grave problema con el juego, Caroline, sino que además está metido en algo muy sucio y enfermizo. Si de verdad crees que librarte de todo esto no es una buena idea, vamos a arreglar las cosas y que cada palo aguante su vela.

Levanté la foto con manos temblorosas, intentando enfocarla, aunque al parecer mi cerebro se negaba a aceptar lo que estaba viendo. La terrible imagen de una niña y de un… ¡Oh, Dios mío! Sentí náuseas inmediatamente.

—Esa ha sido su vida, Caroline. Mientras él hacía estas cosas, tu madre estaba sufriendo una depresión, internada en una institución mental a instancias de tu padre. Por supuesto, procuró asegurarse de que no volviera a ver jamás la luz del día. ¿Quieres preguntarte por qué y de verdad puedes mantener algún tipo de lealtad hacia tu padre después de ver esto? Además, créeme si te digo que hay muchas más fotos como esta.

Todo mi mundo hasta ahora había sido una mentira absoluta. Todo lo que conocía, todo lo que amaba, se destruyó en ese preciso instante. Lo único que pude hacer fue reaccionar: le arrojé la bebida a la cara y lo abofeteé con todas mis fuerzas. El pitido de mis oídos era mínimo en comparación con la fuerza y el estruendo de los latidos de mi corazón.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? ¿Por qué disfrutas haciéndome sufrir? Es obvio que sí, teniendo en cuenta el acuerdo al que llegaste. El hecho de que hayas llegado a este nivel significa que eres un mal hombre y no sólo un hijo de puta y un mentiroso, Dominick Lugiano. Te aseguro que algún día tendré el inmenso placer de matarte.

CAPÍTULO DIEZ

Doninick

El mal. Yo era la encarnación del mal y hasta ese momento había disfrutado siéndolo. Mierda. ¡Mierda!

Di un golpe sobre el escritorio con la mano abierta, sin poder despegar los ojos de la maldita fotografía. No tenía que haberle enseñado ese asqueroso medio de chantaje que había destruido cualquier tipo de anclaje con su realidad anterior. Me había dejado llevar por las emociones, me había descontrolado. Había cometido un error letal dejándola en el coche, al que después hubo que volver. Si los cabrones que habían entrado en el casino para matarme hubieran sabido que ella estaba en el coche, sin duda se la hubieran llevado como rehén. Las cosas se me estaban yendo de las manos a marchas forzadas.

Y lo peor era que aún no sabía de quién se trataba.

El infeliz al que había matado Angelo solo era un matón del tres al cuarto contratado para la ocasión. Lo que me seguía preocupando era el hecho de que estaban bien organizados, tanto que habían sido capaces de quebrar la seguridad del garaje, lo cual les hubiera permitido llegar al casino sin contratiempos ni preguntas. ¿Alguien de dentro? Era lo más probable. Todos nuestros hombres iban a ser interrogados.

—¿Alguna noticia sobre los asaltantes? —preguntó Bruno nada más entrar en el despacho.

—Nada sustancial. Varios de ellos huyeron. —Habíamos atrapado a tres y uno de los coches. Por desgracia, la parte mayor del alijo de drogas debía ir en la furgoneta en la que huyeron los demás. No obstante, puede que el maletín que logramos confiscar les hubiera puesto en dificultades, forzándolos a actuar, o incluso a abandonar. Angelo ya estaba trabajando con los prisioneros para sacarles el máximo de información, pero yo tenía dudas de que fuera a lograr algo de información significativa. Teníamos que estar preparados para cualquier cosa.

—¿Quién era el tipo al que disparasteis?

Levanté la cabeza y giré el cuello para calmar los nervios.

—No llevaba documentación y los chicos no lo habían visto nunca. —Saqué el teléfono y puse

en la pantalla la foto que había tomado de él. Tendría poco más de veinte años y el cuello y los brazos llenos de tatuajes.

—¿Vas a enseñarle esto a Marco? —Bruno se inclinó un poco para mirar la foto.

—No es mala idea. —Miré intensamente la fotografía, como si pudiera aportarme por sí sola algo de información.

—Si no te importa que pregunte: ¿qué quería Lorenzo?

Casi me había olvidado de la conversación con él.

—Quiere encontrar al soplón, tanto como nosotros.

—¿Y eso significa que vas a trabajar con él? —Noté cierto tono de condescendencia en su voz. Él era el único hombre al que se lo permitía; además de a mi padre, por supuesto.

—Es una decisión trascendental, Bruno. El que hubiera mierda en las calles sería el preludio de nuestra caída. Y eso no va a pasar conmigo al mando. —Busqué en el teléfono el número de Lorenzo y le envié las fotos de los asaltantes.

Bruno miró la foto del senador y soltó un gruñido.

—¡Dios! ¿Es ese Drummand Hargrove?

—Sí. —Agarré la foto y volví a guardarla en el cajón, arrepintiéndome todavía más de mi ridículo comportamiento. Ella había confesado su preocupación y su miedo y mi forma de agradecérselo fue lanzarle a la cara el asqueroso pacto con su padre.

—¡Joder, madre del cielo! ¿Pero qué cojones le pasa a la gente? Y esos imbéciles, ¿es que no saben quién eres?

—Drummand solo es un mierda que tiene secretos. Y por lo que se refiere al gilipollas, seguro que no tiene toda la información acerca de nuestra capacidad. —Ni del poder de los Borgata. Dejé el teléfono sobre el escritorio. El cansancio se apoderó de mí—. No pierdas de vista a Caroline en ningún momento. Eso es vital, al menos durante unos días. —Al ver que no hacía ningún comentario, lo miré—. ¿Quieres decirme algo, amigo?

Se removió inquieto.

—No es mi intención faltarte al respeto, jefe, pero desde que vino Caroline actúas de forma completamente diferente.

—¿A qué te refieres?

Se sonrojó. Lo estaba pasando mal, era evidente.

—Pues… que estás perdiendo el control. Nunca te había visto tan furioso. —Abrió mucho los ojos, obviamente a la espera de una contestación violenta.

—Tienes toda a razón, Bruno. Se las apaña para irritarme y no puedo permitirlo, mucho menos ahora.

—¿Has sido honesto con ella?

—¿Honesto?

Se encogió de hombros.

—Ya sabes, acerca de tu vida. Creo que, si te conociera mejor, dejaría de poner tantas dificultades. Está asustada y no entiende nuestra forma de vida. Estaba muy protegida, te lo puedo asegurar.

Protegida no era exactamente la palabra que yo utilizaría. Respiré hondo y retuve el aire mientras meditaba la respuesta.

—Si la hago partícipe de todos los aspectos de mis negocios, tengo que estar seguro de que es leal a mí. Y en este momento no estoy seguro de que eso vaya a ocurrir a corto plazo, incluso dudo de que lleguemos alguna vez a esa situación.

—Ya sabe lo que dicen acerca de la lealtad, jefe. Hay que ganársela.

Esas palabras iban a obsesionarme para siempre.

—Tienes razón.

—Ya lo sé. —Sonrió.

No pude evitar reírme.

—Llévala de compras mañana. Cómprale lo que quiera, sea lo que sea. Me da igual el dinero que gaste, pero eso sí, no la pierdas de vista ni un minuto. Nada de probadores. Ni de cuartos de baño.

—Seguro que preferiría ir contigo. —Alzó las manos—. Hazme caso, jefe, te aseguro que le gustas.

Pasé el dedo por la Glock, aún furioso porque hubiera visto el disparo. Estaba perdiendo el norte.

—No sabes cuánto lo dudo, Bruno. Me ha dejado muy claro que no me puede ni ver.

—¡Parece que ha nacido ayer jefe, con todo el respeto! ¿Es que no sabe que esa es la forma de ligar que tienen muchas mujeres?

Me volví a reír.

—Tengo que reconocer que tienes muchos talentos ocultos, Bruno.

—Gracias, jefe. ¿A dónde va a ir mañana?

Saqué la pistola y la miré al trasluz para comprobar el seguro y la munición.

—De caza.

* * *

Tras una semana encapotada y lúgubre, el día amaneció soleado y brillante. Agradecí el cambio. Seguía dándole vueltas al descarado intento de asalto. Aún estaba por verse que la información

de la familia Francesco aportara algo útil, lo que me llevaba a cuestionarme la lealtad a Lorenzo, que debía basarse basada en su honestidad conmigo. No había sobrevivido tanto tiempo de haber confiado en quien no lo merecía y no iba a empezar a hacerlo ahora. Le había encargado a Angelo que estuviera atento a lo que se decía en las calles.

Doblé la esquina con el Ferrari y su rugiente motor y estacioné frente a la cafetería. Miré alrededor antes de salir del coche a ver si localizaba a alguien de la lista de prioridades. Todo parecía muy tranquilo. Demasiado.

La tienda del establecimiento estaba petada de colegiales hablando a gritos. Le hice una seña a Marco al entrar e inmediatamente su sonrisa desapareció. El temor en sus ojos era palpable. Me dirigí a la parte trasera y fulminé con la mirada a dos empleados.

—Fuera.

No pusieron ninguna pega y abandonaron las tareas que estaban haciendo. Marco se acercó con gesto pensativo.

—No han vuelto por aquí. Lo juro por Dios. Te habría llamado si los hubiera visto.

—Porque iban a hacer un trabajito en mi casino… —Tenía preparadas las fotografías y le acerqué la pantalla a la cara—. ¿Fueron estos los tipos que te atacaron?

Soltó el aire y me miró antes de agarrar el teléfono.

—Sí —confirmó inmediatamente—. Los tres. ¡Hijos de la gran puta! Destrozaron el local. Acabamos de terminar de arreglarlo. ¿Qué ha pasado?

No debería haber hecho esa pregunta.

—¿Has escuchado algo más?

—He preguntado, pero nadie suelta prenda. Puede que sepan… —Marco miró hacia la puerta por encima del hombro—. Ya sabes. Lo del otro día…

Lo cual era un dato más que abonaba la idea de que había un topo.

—Puede ser. Mantén el negocio funcionando como siempre.

—Por supuesto.

—Y ten la boca bien cerrada. Yo no te he preguntado nada, ¿estamos?

—Por supuesto, señor. Puede contar conmigo.

Marco decía la verdad. Me fui sin decir nada más. ¿Próxima parada? La oficina de mi padre. Entré como siempre, a grandes zancadas, pero cuando pasé por delante de la recepcionista, la chica se puso en pie como un resorte.

—Señor Lugiano, me alegro de tener la oportunidad de felicitarlo.

—¿Por? —Me había pillado con la guardia baja.

—Su compromiso. ¡Es estupendo! Y su prometida es preciosa. Seguro que van a ser muy felices.

¿Cómo demonios podía saberlo ya? Le brillaban mucho los ojos. Tanto que hasta sentí una punzada de culpa. Me lo decía con toda sinceridad. Si supiera la verdad…

—¿Se lo ha dicho mi padre?

—¡No, para nada! Ya sabe cómo es su padre, muy celoso de su privacidad. —Se frotó las manos preocupada, como si pensara que había roto alguna regla. Lo que pasa es que he dejado el New York Times en su escritorio y no he podido evitar leer la noticia.

«¿Está ya fuera del mercado uno de los solteros más codiciados y peligrosos de la ciudad?»

¡Qué falta de respeto! Abrí el periódico para buscar la noticia. Quería que la información fuese pública, por supuesto, pero un tratamiento así en los medios no era lo que más me convenía, teniendo en cuenta la situación que estábamos viviendo ahora con nuestros enemigos, que aspiraban a hacernos desaparecer. Tenía que haber sabido que se tomarían fotografías. La idea de que hubieran visto a Lorenzo me pesaba mucho. No tenía ningunas ganas de que los federales empezaran a husmear y menos en estos momentos. Los hijos y herederos de dos poderosas familias mafiosas estrechándose las manos y el que uno de ellos bailara con la novia del otro era una publicidad de lo más inadecuada.

A no ser que ambos trabajaran conjuntamente.

¡Joder!

—Le agradezco mucho sus buenos deseos. Es muy amable de su parte.

Resplandeció con mi cumplido.

—Si puedo hacer algo por ustedes, hágamelo saber, por favor.

Volví a dejar el periódico sobre su escritorio y le sonreí con sinceridad.

—Es usted una persona estupenda. ¿Está mi padre en su despacho?

—Sí, pero seguramente no va a querer pasar. Al menos no en este preciso momento. Tiene visita.

—¿Por qué lo dice? —Miré hacia la puerta apretando los puños.

—Su placa decía que era de la unidad contra el crimen organizado. —Palideció y se inclinó hacia atrás—. Ni siquiera sabía que tal cosa existiera…

—Son viejos amigos. No tiene por qué preocuparse. —Sonreí lo más ampliamente que me fue posible. ¡Dios bendito! Nunca he creído en las coincidencias. El hecho de que Dick Marcus estuviera en mi casino la noche anterior significaba que alguien le había avisado de que podía pasar algo.

—¡Ah, bueno! —exclamó aliviada—. Estaba muy preocupada por su padre. Es un jefe maravilloso.

Di unos golpecitos apaciguadores sobre la mesa para que se calmara del todo y después pasé a la oficina de mi padre sin molestarme en llamar a la puerta.

Dick se puso de pie inmediatamente, primero con gesto de sorpresa por la intrusión y después ofreciéndome una sonrisa idéntica a la mía. El tipo sabía ciertas cosas. Había jugado en su campo

lo suficiente como para identificar las señales.

—¡Dom! Qué alegría volver a verte. —Extendió la mano abierta y se la estreché de inmediato. La tenía sudada, igual que otras veces que yo recordaba.

Eso significaba que contaba con pruebas de algún tipo, lo que hacía que tuviera menos miedo de lo habitual.

—¿Lo pasaste bien anoche? —Le di unos golpecitos en el brazo y mantuve el apretón un buen rato—. Si mal no recuerdo, estabas con una mujer muy atractiva. —Que no era su esposa. Estaba casado, pero su mujer apenas aparecía de su brazo.

Durante un par de segundos sus ojos se ensombrecieron y la armadura cayó.

—Genial. Eres un perfecto anfitrión. El salmón, fantástico. Debo decirte que tu chef es magnífico de verdad. —Sonrió e intentó retirar la mano.

—¿Y las apuestas? —me reí, pues sabía que no iba a responder a la pregunta. Sólo me habían dicho que había perdido treinta de los grandes, algo que no podía afrontar de ninguna manera.

—Dick ha tenido la cortesía de comunicarnos cierta información acerca de una droga que ha llegado a todo el país. —Giordano levantó una ceja—. ¿Por qué no nos cuentas más cosas, Dick? Nos encantaría poder ayudar de alguna manera.

—Hemos escuchado rumores en las calles. ¿De dónde crees que viene? —¿Por qué no jugar la partida? Seguía pareciéndome de lo más curioso que todas las veces pasara por el aro de mi padre.

—Lo único que hemos oído es que se trata de colombianos. La mierda es mortal, Dick. Es todo lo que os puedo decir. Incluso cortada al cincuenta por ciento, ha habido veinticinco muertes desde Filadelfia a Nueva York.

—¿Y eso que tiene que ver con el crimen organizado? —Pregunté fingiendo desinterés. Yo ya sabía que la mierda era mortal de necesidad, pero el hecho de que él supiera exactamente el número de muertes que se habían producido significaba que la investigación llevaba en curso bastante tiempo.

Se rio.

—Precisamente estaba hablando de eso con tu padre. Lo que se dice en la calle es que vosotros tenéis negocios con ellos. Ya imaginaréis que espero por todos los infiernos que eso no sea verdad.

Mi padre y yo nos miramos y me acerqué a Dick, a quien le ajusté la corbata.

—Sabes muy bien lo que hay, amigo. Nosotros no hacemos negocios con los colombianos. Son como alimañas que sólo se alimentan a sí mismas. Nosotros lo único que hacemos es proporcionar medios legales de entretenimiento para gente importante como tú, Dick.

—Sí, son gente muy peligrosa. Tenía que venir a hablar con vosotros. Ya sabéis, es mi trabajo. —Dick no retiró en ningún momento su mirada y no pude captar ningún tic nervioso ni seña alguna.

¿Qué cojones estaba pasando y cuánto podía saber?

—Dick, estoy orgulloso del negocio que he construido. Sabes que soy un hombre honorable —afirmó Giordano con rotundidad.

Dick miró a mi padre con genuina cordialidad. El agente estaba indagando en mis negocios, no en los de mi padre.

—Estoy seguro de ello, Gio, lo mismo que la mayor parte de mi departamento. Sólo quería que estuvierais atentos. Como te he dicho antes, es una visita de cortesía y si os enteráis de algo más concreto, espero que me lo hagáis saber inmediatamente.

Giordano inclinó la cabeza y lo miró de arriba abajo.

—Serás el primero en saberlo, amigo mío. Ten mucho cuidado, Dick. Los traficantes de droga son las personas más peligrosas de la tierra.

La habilidad con la que mi padre deslizó la amenaza fue realmente brillante.

—Bueno, pues creo que hemos terminado. No os molestéis en acompañarme. —Dick agarró su abrigo y se despidió con una mínima sonrisa antes de marcharse.

Pero estaba sudando.

Una vez que hubo salido me acerqué a la puerta y la cerré con suavidad antes de acercarme al escritorio de mi padre.

—¿Se puede saber qué demonios pasa?

—Dímelo tú, hijo. Nunca había recibido una visita como esta e Dick en cinco años. Ha venido a ver qué pescaba.

—Pues igual se traga su propio anzuelo.

Me miró con cierta dureza.

—¿Venías a hablarme de nuestro cargamento? ¿Hay algo de verdad en lo que dice? ¿La entrega está amenazada?

—Pues podría ser. —Primero el senador, después esto.

—Pues explícamelo, Dom. Necesito conocer todos los detalles. Estamos a una semana de que los supervisores locales voten sobre el casino nuevo. Seguro que se meten en sus agujeros si huelen algo que pudiera convertirse en un problema serio.

— Lo que tengo que decirte no te va a gustar.

—Prueba. —Mi padre se echó hacia atrás en el asiento y no pude evitar ver que le temblaba la mano.

Le conté toda la historia, intentando llenar con lo más probable todos los puntos todavía oscuros.

Tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—La verdad es que todo eso no resulta adecuado para el cargamento que estamos esperando. Los

federales van a estar muy al tanto. Soy partidario de aplazarlo hasta que pase la tormenta.

—No lo hagas todavía. Ya tenemos clientes esperando. Además, estoy en contacto con Lorenzo intentando localizar al cabrón. No puede permanecer escondido durante mucho más tiempo.

—¿Con Lorenzo? Interesante. Espero que sepas lo que haces. Utiliza todos los medios que necesites para solucionar esto, hijo. Podríamos perder el acuerdo del casino si nos descuidamos. He trabajado mucho y durante mucho tiempo para conseguirlo.

—¿Y de verdad no has oído nada? —dije inclinándome hacia delante.

—He oído que había matones intentando introducirse, pero solo cosas deslavazadas e incompletas. Dick me ha contado más cosas que mis propios informantes, lo cual no es nada bueno para nosotros, la verdad.

Pensé en Marco.

—Todo el mundo está asustado. Apenas hay actividad en las calles y las ventas son limitadas. Alguien los tiene aterrorizados.

—Malo para el negocio.

—Sí, muy malo… —Dudé por un momento.

—¿Qué pasa, hijo?

—Estaba pensando en Drummand. ¿Tendrá alguna conexión? ¿Habría alguna posibilidad de que estuviese jugando a dos bandas con nosotros? —Hubo un brillo extraño en los ojos de mi padre cuando hice la pregunta, muy parecido al que presencié cuando le hablé de Margaret.

—Si pudiera, nos enterraría, eso está muy claro, pero no es lo suficientemente listo. Deja que el ego le nuble la visión y eso es lo que lo mantiene donde está. Me sorprende que haya llegado tan lejos en la política. En cualquier caso, espero que lo que tengas para mantenerlo a raya sea suficiente.

—Lo es. —Volví a dudar y ahora fui yo quien tamborileó los dedos en el escritorio—. A ver, sé que no te gustan las preguntas sobre el pasado, pero… ¿has averiguado algo acerca de Margaret?

Su expresión se volvió sombría.

—Drummand es un auténtico canalla. Se la quitó de en medio con malas artes. La escondió en Canadá. Es todo lo que puedo decirte por el momento.

—¿Por qué no la mató en lugar de tenerla encerrada?

Estaba a punto de decirle que lo único que deseaba era darle alguna buena noticia a Caroline cuando sonaron nuestros teléfonos al mismo tiempo. Sólo podía tratarse de malas noticias. Mi padre contestó una décima de segundo antes que yo y su expresión me lo dijo todo.

—Angelo, ¿qué pasa?

—El casino. Han puesto una bomba. Hijos de la gran puta.

* * *

Si los colombianos estaban detrás de esto, estábamos tan en fuera de juego que no seríamos capaces de recuperarnos. La bomba sólo había sido una advertencia. Se había llevado por delante una parte de la cocina y la zona exterior del comedor. Estaba claro su cabreo por lo ocurrido la noche anterior. O bien habían preferido atacar el establecimiento cuando había poco personal trabajando, o bien querían que la noticia se transmitiera rápidamente.

Fuera como fuera, toda la organización estaba en alerta máxima.

Me pasé la mayor parte del día respondiendo preguntas de la prensa y la policía local, sin poder hablar con los dos hombres que habíamos capturado para hacerme una idea propia de lo que estaba pasando. Eso tendría que esperar. Todos los ojos estaban sobre nosotros, atentos al más mínimo movimiento. Me sorprendió que no apareciera Dick, ahora que podía presenciar *in situ* los problemas que afectaban a una parte importante de nuestra organización. Me marché tras hablar con los proveedores y arrancarles la promesa de que todo estaría reconstruido en pocos días.

Canadá… De ninguna manera podía compartir la información con Caroline, podría darle esperanzas que no se hicieran realidad en caso de que algo fuera mal. Me encontré a Bruno en la cocina, tomando una taza de café y leyendo el mismo maldito periódico que yo había ojeado por la mañana. Miré el reloj. Tenía algunas necesidadespeversas que me estaban empezando a abrumar.

Sólo de pensar en ella me dolía la polla. El dulce olor a jazmín y a especias exóticas. Los brillos broncíneos que la luz del sol creaba en su pelo. El modo en que torcía la boca para mostrar frustración y enfado.

Yo no era un buen hombre en ningún aspecto y estaba demasiado enfadado como para estar ahora con ella.

—Nos enteramos de lo de la bomba cuando estábamos fuera —dijo Bruno en voz baja.

—¿Y qué dijo Caroline? —siseé.

—Nada. Escuchó la noticia durante cinco minutos y se volvió como si no hubiera pasado nada. No me preguntó nada ni sobre ti ni sobre lo que estaba pasando.

—¿Dónde está ahora?

—En su estudio. Y antes de que preguntes, te diré que hoy todo ha ido como la seda. Hasta vio a su padre y lo ignoró.

—¿A senador Hargrove? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Y qué cojones le dijo a Caroline?

Bruno levantó la vista del periódico.

—Calma, jefe. El tipo estaba recaudando fondos. No la vio y te aseguro que ella ni siquiera intentó hablar con él.

Solté el aire y volví a echar un vistazo a la foto del periódico, en realidad algo lejana y pixelada. No me imaginaba quién habría tenido los huevos de tomarla, pero fuera quien fuera lo hizo

mientras bailábamos. Mostrarme enfurecido no iba a ayudar en nada, aunque me apetecía.

—Tengo que decirte que no le apetecía ir de compras. Estaba deseando volver para ponerse a pintar.

Necesitaba hacer algo que la reconfortara.

—Puedes tomarte la noche libre, Bruno. Hay dos soldados vigilando fuera.

—De eso nada, jefe. Usted necesita pasar tiempo con su mujer y aprovecharlo bien. Eso implica privacidad y seguridad absoluta. Bueno, perdone que se lo diga…

—Entonces habla con Angelo y Jo-Jo dentro de un par de horas. Hay que limpiar las calles. Si ponemos a trabajar a todos, seguro que seremos capaces de averiguar algo.

—Muy bien, jefe. Ya verá como mañana por la mañana las calles están relucientes y los pájaros cantan como después de una tormenta. —Sonrió ampliamente.

—Actuad discretamente. No queremos llamar la atención en estas circunstancias. —Me quité la americana, la dejé sobre una silla y me desabroché la pistolera. Quería librarme de cualquier cosa que me recordara a mis circunstancias actuales. Esta noche tenía que conseguir entenderme con Caroline y estaba claro que los métodos que había utilizado hasta ese momento no habían funcionado, ni poco ni mucho. Si quería creer que era un hombre tan horrible, iba a darse cuenta de hasta qué punto podía llegar a serlo.

No disimulé mi llegada y avancé a grandes pasos hacia el estudio que yo había creado para ella. La puerta estaba entreabierta y pude escuchar música de jazz, a un volumen discreto. Me quedé fuera un momento escuchando la música, melódica y tranquila, y también su tarareo. Abrí la puerta y me quedé quieto, asombrado al ver su apariencia.

Llevaba puesta una camisa blanca de hombre con las mangas subidas hasta los codos y no fui capaz de ver si tenía puesto algo debajo. Iba descalza, con las uñas de los pies pintadas de rojo escarlata y las largas y bien torneadas piernas parecían infinitas. Hasta la forma en la que se había recogido el pelo en un descuidado moño, que dejaba mechones cayendo sobre el maravilloso cuello, era brutalmente sexy. Contuve el aliento viéndola pasar la brocha para perfilar una forma circular.

Había estado muy ocupada, trabajando con furia, y cada escena era más magnífica que la anterior. Por fin entré, pero con pasos cuidadosos.

Caroline dio un respingo y estuvo a punto de tropezar con el lienzo. Inmediatamente torció el gesto y me fulminó con la mirada. Hasta le temblaba el labio inferior y le brillaban los ojos de puro odio.

—Esperaba escuchar en las noticias que habían encontrado tu cadáver machacado y descuartizado en mil pedazos.

—¿Fuiste tú, Caroline? Porque, de ser así, tus amenazas se han quedado en nada. —La tela de la camisa estaba llena de gotas de pintura y también de manchas en las zonas en las que se había limpiado la mano. Era una de mis camisas, quizá se la había puesto para demostrar su enfado, pero no se daba cuenta de que me importaba una mierda.

Puso los ojos en blanco ante el comentario.

Paseé la vista por sus labios hasta la clavícula, incapaz de apartarla del subir y bajar de sus pechos. Todo lo que hacía ella tenía un objetivo y el hecho de que se hubiera abrochado sólo unos pocos botones destilaba seducción.

Pareció recobrarse del enfado y volvió a concentrarse en la pintura, pero cada pocos segundos volvía la vista hacia mí con miradas sucias. Respiraba con dificultad y hasta le temblaba la mano.

—Nadie resultó herido en la explosión. —Di una vuelta por el estudio tomándome mi tiempo para mirar las pinturas.

—¿Por qué me lo dices? ¿Crees que me importa que mueran criminales?

—No son criminales, Caroline, sino gente que necesita trabajar para vivir, como tú y yo.

—No sois trabajadores como los demás, Dominick. Ni por asomo.

Cuando me acerqué a un grupo de pinturas que estaban en el suelo, noté que no estaba a gusto.

—Esas están sin terminar. —Su voz, generalmente seductora y sexy, sonó esta vez agitada y algo chillona, llena de aprensión.

Levanté un par de ellas. Nada de lo que pudiera haber hecho me habría preparado para admirar las pinturas intensas y magníficas que había debajo. Me resultaba imposible asimilar que hubiera sido capaz de crear algo tan asombroso. Quitaba el aliento. Me transporté a la escena con enorme facilidad y hasta podía escuchar el rugiente oleaje golpeando la orilla.

—¡Dios mío!

Noté que estaba a mi lado.

—¿Por qué, Caroline? Si me odias tanto, ¿cómo has podido crear esta belleza? ¿Por qué finges de esa manera? —Me apetecía rasgar la tela en mil pedazos de lo furioso me sentía.

—¡No fingía! —gimoteó.

Reí amargamente y volví a mirar el cuadro. La escena, muy serena, incluía una casa de playa junto al océano, el color azul turquesa del agua y el roce de las olas perfectamente captado con brochazos leves. Una puesta de sol deslumbrante aportaba luz al cielo e iluminaba una pareja enamorada.

Y no había confusión posible respecto a la identidad de ambos, plasmada con maestría.

—Y no te odio a ti, Dominick, sino al hombre en el que te has visto obligado a convertirte. He visto el otro lado, tan dulce y apasionado que me hace ansiar más de él, mucho más. Te dejaste ir conmigo en el coche. Pude captar la alegría de tus ojos al hacerlo. Eras libre y abierto. Adoro a ese hombre.

—Ese hombre no existe, Caroline. Tú misma lo has dicho. Soy la encarnación del mal, el mismo diablo.

—¡No! No puedo creerme tal cosa. Me niego a creer que ese hombre no exista. Tú mismo me has dicho a mí otra cosa: que todos tenemos dos caras. Muéstrame la que yo quiero.

No pude evitar acercar la mano al cuadro y recorrer sin tocar las líneas de los dibujos, ya sagrados para mí. Tomé aire con fuerza y cerré el puño, luchando por controlar las emociones encontradas que me embargaban y que estaban a punto de hacerme explotar.

—No tenías que haber hecho esto.

—¿Por qué no, Dominick? He pintado esto casi como una ofrenda, y te digo de verdad que no entiendo el porqué. ¡Debería haber sabido que ibas a reaccionar así! ¿Es que nunca se ha portado nadie bien contigo? —No respondí y ella negó con la cabeza—. Tienes razón, no tenía que haber perdido el tiempo. No hay razón alguna para haberme incluido en el cuadro, pero me pareció adecuado. Sólo… —Dejó de hablar y sus palabras se perdieron. Se sonrojó, empezando por la mandíbula y siguiendo por las mejillas. Juraría que había lágrimas en sus ojos—. Puedes hacer lo que quieras con él. Destrózalo. Cuélgalo. Enséñaselo a tus amigos para reíros de mí. No me importa.

—Es muy bonito, Caroline. Jamás se me ocurriría destrozar tu trabajo. Es demasiado precioso.

Las palabras parecieron quedar suspendidas en el aire.

—No debería haberte dicho esas cosas tan horribles. Yo no soy así. Puede que sea tu mundo, pero yo no soy ese tipo de persona. No te lo mereces.

—¿Es eso todo, Caroline? ¿Puedes tolerarme porque tu mundo es distinto al mío, tu mundo está rodeado por una torre de cristal en la que todo es perfecto? ¿De verdad crees que la falsa vida que vivías era mucho mejor que la mía?

Resopló y se dio la vuelta.

—No lo entiendes.

Dejé la pintura en el suelo con cuidado.

—Pues explícamelo. —Tenía el corazón acelerado y todas las células de mi cuerpo en alerta—. Por favor. Necesito escuchar el porqué. —Me daba cuenta de lo desesperada que estaba, en lucha abierta con la mujer que ansiaba estar conmigo de la misma forma que yo con ella.

De forma incontenible.

Nada de esto era adecuado. Nuestra relación era forzada. Prohibida. Pero quería tener una oportunidad. Puede que terminara ardiendo en el infierno, pero ansiaba estar con ella más que nunca.

—No puedo entender por qué me atraes tanto. No soporto desear que me toques, que me beses. Cuando sales por la puerta me aterroriza pensar que no voy a volver a verte nunca más, que me informarán de un sangriento tiroteo o de una terrible explosión. Esa no es forma de vivir, Dominick. ¿Es que no lo entiendes? —El desafío se había terminado. Bajó los hombros y escondió la cara entre las manos.

Según me acercaba a ella hasta estar a escasos centímetros de su cuerpo, no deseaba otra cosa que aliviar su dolor, eliminar sus miedos, alejarla de los fantasmas. Pero no sabía cómo ser ese tipo de hombre.

Sensible.

Cariñoso.

¡Que Dios me ayudara! Deseaba intentarlo, con todas mis fuerzas. La rodeé con mis brazos, empujándola hacia mí y tomando su rostro entre mis manos. Su piel era cálida y receptiva, tanto que me ardieron los dedos en el mismo momento en el que la toqué. La acaricié, y los huevos se me pusieron tan tensos que vi las estrellas.

—No. No voy a preocuparme por ti. No puedo. Nunca. Yo… —Se estremeció, cerró los ojos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Shh… —Besarle la frente borró toda la rabia y me liberó de la bestia confinada que había sido mi gran enemiga, un nudo corredizo apretado alrededor de mi cuello. La simpleza de nuestra conexión era brillante, perfecta, también salvaje. De repente me vi envuelto en un tipo de pasión que ansiaba desde hacía mucho tiempo. Pero esas reacciones de mi cuerpo no debían engañarme. Seguía siendo un hombre peligroso, capaz de hacer cosas horrendas. Podría herirla.

Físicamente.

Mentalmente.

Emocionalmente.

Podía dejarle cicatrices para toda la vida, arrebatándole esa chispa que fue lo primero que me atrajo de ella la primera vez que la vi. Pero no podía parar ahora. No había nada que me pudiera impedir devastarla una y otra vez hasta quedar ambos deshechos entre las ruinas de la pasión. Deslicé la otra mano por la abertura de la camisa y le acaricié los pechos. El tacto del pezón erecto y endurecido era maravilloso y me produjo una nueva serie de descargas eléctricas en los músculos, que siempre terminaban en la polla, cada vez más dura y palpitante. Le pellizqué el pezón y perdí el aliento cuando gimió por el dolor. Quería desnudarla y castigarla, marcarle el cuerpo.

¡Dios bendito! Me desataba por completo y sin remedio, me trasladaba a un universo animal y primario.

Se arqueó hacia atrás, los voluptuosos labios fruncidos y ofreciéndose a mí, listos para ser devorados. Gruñí y me incliné hacia ella para capturar su boca y probar la dulce esencia que me ofrecía. Le retorcí el pezón cuando el beso se convertía en una salvaje combinación de necesidades entrelazadas. La electricidad de ambos estaba en otro nivel de intensidad.

Las lenguas se buscaban y chocaban, moviéndose en todas direcciones en una coreografía salvaje. Llamas y calor. Deseo y necesidad. Su sabor era indescriptible e incomparable, pero no me calmaba, sino que hacía crecer inconteniblemente mi sed.

Recorrió mis brazos con las manos y se apretó contra mí, los suaves gemidos iniciales se convirtieron en ronroneos. El aroma de su sexo se filtró en mis fosas nasales, atizando aún más el fuego. Interrumpí el beso por miedo a devorarla. Aquí y ahora.

Y quería mucho más.

Agarré los dos bordes de la camisa y arranqué los botones de un tirón.

Se le encendió el rostro y entrecerró los ojos para dar un paso atrás, separándose de mí y quitándose la horquilla que le sujetaba el pelo. Movió la cabeza exageradamente de lado a lado de una forma rabiosamente seductora. Todas sus acciones ahora estaban destinadas a provocar y a tentar. Se tomó su tiempo para quitarse la camisa, primero de un hombro, después del otro. No llevaba bragas ni sujetador. Sólo la mujer, esperando y deseando que yo llegara.

Incluso a la escasa luz del estudio su piel brillaba, casi traslúcida. Atacó con fuerza y con la boca abierta a mi camisa, separándola del cuerpo hasta ser capaz de introducir las manos bajo ella y palpar mi piel, ya caliente. Me besó el pecho con la boca bien abierta, moviendo la lengua de arriba abajo y en zigzag.

Perdí el control. Tanto con ella como con mi vida. No me importó. Lo único que importaba era el aquí y el ahora con la mujer que necesitaba, la única persona capaz de suavizar la brutalidad.

La mujer que adoraba más que a nada.

Que deseaba…

Que amaba.

¡Que Dios me ayudase!

Y que Dios ayudase a los cabrones que se atrevieran a interponerse en mi camino.

CAPÍTULO ONCE

Caroline

Desatada. La bestia había destrozado por fin su jaula y estaba hambrienta.

Yo había atravesado alguna barrera y me había abierto camino hacia el interior de su alma real. Era distinto del hombre que había dejado, acelerado por una pasión agresiva, un oscuro arrebato que sabía que me consumiría. No había vuelta atrás, imposible librarse ya de la cadena que nos unía. Me había entregado a él en ese momento y posiblemente para siempre.

Para bien o para mal.

El peligroso criminal había atrapado por fin a la presunta buena chica.

Había tirado a la basura todo lo que pensaba sobre mí misma para abrazar la oscuridad. ¿Y por qué? Porque era enigmático. Era parte de mi propia alma y aliviaba la tristeza que había ocupado mi corazón durante la mayor parte de mi vida. Había logrado ocupar un lugar en mi mente que no podía rechazar.

Tras escuchar las noticias sobre la bomba me había quedado petrificada, incapaz de pensar e incluso de respirar, perdida en una niebla densa. No había forma de describir el terror que sentí, como si unos dedos huesudos me atenazaran la garganta. En ese mismísimo momento supe que estaba perdida sin él. Entonces vi el rostro de mi padre, absolutamente adaptado a su falsa felicidad, sin que hubiera nada capaz de destruir el perfecto escenario que había montado, una vida de engaños. En el instante en el que nuestras miradas se cruzaron, una décima de segundo, supe que había mucho más que un pacto con el diablo.

Mi reacción fue de tremendo furor, tanto que hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa terrible, sin temor a las consecuencias que sabía que podrían producirse y de las que me había alertado Dominick. Otro momento de lucidez. Tenía que liberarme del pasado y la única forma de lograrlo era aceptar el destino que me aguardaba.

Mi vida con Dominick.

Y me puse a pintar, cuadro tras cuadro, lo que esperaba que fuera mi vida, mi mundo a partir de ese momento. Puede que no fueran más que fantasías, falsedades absolutas que desaparecerían

antes de existir, pero decidí luchar por lo que me merecía.

Acurrucada en sus potentes brazos me sentí a salvo como nunca, protegida por un hombre capaz tanto de segar una vida en un instante como de preocuparse por defender otra. Había cambiado en estos pocos días y su personalidad ya no estaba rodeada de bordes afilados. Había visto esa mirada en sus ojos, llena de ansiedad por no ser capaz de controlar la situación.

De controlarme a mí.

Y también había captado momentos de aflicción, de necesidad absoluta de encontrar un alma gemela. Lo único que podía hacer era esperar fervientemente no haberme equivocado.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la idea de que todo iba a ir bien, pese a que no podía evitar que oscuros presentimientos enturbiasen mi mente. Esta situación tan inescrutable no podía prolongarse mucho tiempo. ¿Pero al menos por esta noche…? Estábamos los dos solos y me sentía más fuerte precisamente por ello.

Dominick parecía más grande que nunca subiendo los escalones de dos en dos, dirigiéndose hacia su dormitorio y abriendo del todo de un puntapié la puerta ya medio abierta. La habitación no era como yo la esperaba: la decoración gótica y la moderna se entremezclaban, incluyendo dos planchas de hierro tanto a la cabecera como a los pies de la cama. Respiraba agitadamente cuando me dejó sobre el edredón a gatas, indicando con el dedo de forma autoritaria.

Sin hablar, me estaba diciendo que obedeciera sus órdenes al pie de la letra y esta noche iba a aceptar el reto, obedeciendo sin rechistar.

Cruzó su cara una sonrisa de suficiencia al dar un paso atrás e inmediatamente se quitó la camisa por la cabeza.

Quedé maravillada ante su aspecto, como si fuera la primera vez que lo veía. Era mucho más atractivo que la gran mayoría de los hombres, aunque su belleza no era absoluta. La nariz no era perfecta, pero sí fuerte y bien definida. Unas mejillas que habían sido golpeadas muchas veces, labios voluptuosos que seguro que habían sido partidos más de una y más de dos veces. El pecho fuerte y dinámico, con cicatrices sobre todo en la zona superior. Cuando se quitó los pantalones exponiendo los musculosos muslos me quedé sin aliento.

Todo el cuerpo estaba lleno de marcas de golpes, esculpido y áspero, y deseaba intensamente que cubriera el mío, que me dominara de todas las formas posibles. Cuando se quedó completamente desnudo, bajó las palmas de las manos a lo largo del pecho hasta que fue capaz con sus dedos de acariciarse la verga y los huevos.

Ansiaba tener su polla en la boca, su lefa caliente en la garganta. Abrió un cajón y sacó una cuerda que empezó a estirar y encoger entre las manos. Estaba fascinada por sus movimientos, y él se tomaba su tiempo, con expresión casi enloquecida, como si estuviera poniendo a prueba su propia paciencia.

Llegó a los pies de la cama, me agarró primero una muñeca y después la otra, y las colocó sobre una fría barra de hierro. En solo un instante me ató a la barra con la cuerda. Una vez satisfecho con la posición de mi cuerpo, se inclinó hacia mí y me agarró la cabeza con ambas manos.

—Pienses lo que pienses, siempre serás mía, siempre me pertenecerás. Harás lo que yo diga y

cuando yo lo diga. Y si no lo haces, serás castigada. Una y otra vez.

Esta vez sus palabras me excitaron, me llegaron muy dentro, me fundieron de puro deseo. Tenía la boca tan seca que no fui capaz de hablar, y como castigo me retorció el pezón hasta hacerme sentir un dolor intensísimo.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

—Necesitas disciplina en tu vida. —Rio entre dientes oscuramente y me dio un beso en los labios, húmedo, salado y único, tan caliente que fui incapaz de pensar con claridad.

Se pasó los dedos por el pelo. La expresión de su rostro era la de un carnívoro a punto de devorar a su presa.

—Sí, señor. —Me contoneé intentando liberarme de las ataduras, ansiosa por lanzarme sobre él.

—Volveré, pero mientras tanto… —La frase quedó inacabada mientras abría el mismo cajón. Cuando se puso de nuevo frente a mí vi que tenía algo en la mano.

—¿Cómo? ¿Te marchas? —Me quedé en shock, sin poder dominar el pánico. E inmediatamente supe lo que iba a hacer conmigo.

Vendarme los ojos.

Se llevó a los labios el dedo índice y negó con la cabeza.

—Tienes que aprender a confiar en mí sin la más mínima duda, sin cuestionar nada de lo que te pida o diga. Algún día eso te salvará la vida.

La realidad y la fantasía se mezclaban, un recordatorio de que lo que estaba pasando se salía de lo normal.

—No entiendo.

—Me parece que sí. —Se acercó a la cama y me tapó los ojos apartando algunos mechones de pelo—. Siempre seré tu salvavidas y siempre estaré ahí para ti. Debes aprender a encontrarme.

—Dominick, esto no me gusta.

—Shh…

Ató los dos extremos y se aseguró de que no podía ver nada.

La habitación estaba en silencio absoluto. No podía escuchar ni siquiera su respiración, sólo la mía. Tragué saliva y procuré controlar los nervios, pero al cabo de unos segundos no pude aguantar más.

—¡Dominick! ¿Sigues ahí?

—Deja que el resto de tus sentidos contesten la pregunta. El peso de mi cuerpo sigue notándose en la cama. ¿Puedes sentir el calor a tu alrededor?

Me mordí el labio inferior y asentí. En ese momento sentí sus dedos a lo largo de la columna vertebral, moviéndose muy lentamente.

—¿Notas la caricia de mi mano?

—Sí.

Se detuvo y cambió de postura, y no tuve más remedio que dar un grito ahogado. Me aterrorizaba que se fuera y no había ninguna razón lógica para ello. De repente me separó las rodillas y después nada. Ningún sonido.

Me concentré en lo que podía oír. Los latidos de mi propio corazón. El crujido del cuello. Tenía los nervios a flor de piel. Me estremecí cuando me rozó muy ligeramente las nalgas con un dedo, deslizándolo entre ellas y moviendo la punta hacia atrás y hacia delante sobre mi mojado coño.

—¡Oh, sí!

—¿Estás ansiosa de placer? —La voz era un susurro, mucho más seductor de lo habitual.

—Sí, señor.

—¿Haría lo que fuera por conseguir ese placer?

—Sí…

Volvió a reír entre dientes, de una forma aún más maligna y demoniaca, al tiempo que introducía todo el dedo en mi vagina. La acción me sorprendió, enervando toda mi musculatura. Jadeé e incliné el cuerpo en dirección al dedo, implorando más. Deseaba más, ansiaba más. Quería tenerle, recibir sus ásperas caricias y sus rudas órdenes.

—Estás muy mojada, mi dulce Caroline.

El primer golpe en el culo fue estimulante y se me escapó un gemido. El segundo, aún más fuerte, hizo que casi me golpeara contra el metal de la cama. No podía controlar la respiración, esperando el siguiente golpe.

Dolor.

Éxtasis.

Se entremezclaban y ansiaba ambos. Los siguientes cuatro azotes, alternando las nalgas, me llevaron a un desenfreno de deseo. Después se detuvo, sin más. Dejé caer la cabeza, me mojé los labios secos y retorcí las manos.

Algo húmedo me tocó los labios del coño. Jadeé mientras la sensación se transmitía como un cohete a todas las células de mi cuerpo. Su lengua. Había metido su lengua entre los labios para chupar la crema que salía a borbotones de mi interior. Podía escuchar sus gruñidos guturales mientras chupaba y sorbía, tocando la musculatura vaginal con la lengua. Me abrí de piernas todo lo que pude, asombrada de poder resistir las continuas descargas eléctricas que me provocaba.

El extraordinario beso se detuvo sin previo aviso, fríamente, pero fue sustituido por una cálida caricia, desde las nalgas a la espalda, una caricia hecha con amor.

—Como te he dicho, volveré. Quiero que reflexiones acerca de tu erróneo comportamiento. También quiero que pienses sobre el tiempo. El tiempo que llevas aquí. Estate tranquila, sin

moverte. No digas ni una palabra. A ver si eres capaz de seguir estas reglas tan sencillas.

¿El tiempo? ¿Cuánto tiempo pensaba dejarme así? ¿Reglas? Esto era muy distinto a lo que había pensado que iba a ocurrir. Abrí la boca, dispuesta a exteriorizar mi desencanto, cuando me di cuenta de que era una prueba. De lealtad. De honor. De respeto.

Me dejé caer sobre la cama cuando sentí que se alejaba y gruñí al escuchar sus pasos en el suelo de madera. Después escuché lo que me pareció un interruptor de la luz. Me había dejado en la oscuridad.

El muy bastardo. Contuve un grito e intenté mantenerme fuerte. Me di cuenta de que daba igual que la luz estuviera encendida o apagada, ya que yo estaba en la más completa oscuridad, por entero a su merced. Tenía que confiar en él.

Empecé a temblar con todo el cuerpo al darme cuenta. Era despiadado y, sin embargo, me retaba a que me sintiera segura en su casa y a su cuidado. Maldito.

Esperé hasta que sentí que sus pisadas eran muy lejanas. En ese momento empecé a forcejear al máximo con la cuerda. Pero cuanto más me movía, más la apretaba. Estaba sin aliento, simplemente por el miedo a lo desconocido. Podía hacer lo que quisiera conmigo y yo había caído voluntariamente en su trampa. ¿Podía confiar en él de verdad o había sido una estúpida?

Me agaché todo lo que pude, alineándome con el travesaño y sentí un ligero chorro de aire, como si procediera de un ventilador. Conté hasta cinco y levanté la cabeza, intentando captar algún sonido. Dominick estaba haciendo esto por alguna razón. Mi confianza en él era vital. Volvería y me liberaría de mis ataduras. Después me tomaría en sus brazos y me haría el amor durante toda la noche.

—¿De verdad?

Intenté colocarme en una postura más cómoda. Mi vagina seguía ansiosa, llenando de jugos la parte alta de los muslos. Me había excitado a propósito, poniendo en tensión todos mis sentidos antes de irse. Controlé una risa siniestra: algún día le devolvería el favor.

Si es que había algún día más.

No. ¡No! Dominick había cambiado. Era mi salvador, no mi enemigo. Tenía que convencerme de eso, creer en ello, o todo se iría al garete. Así que esperé.

Perdí la noción del tiempo, no me acostumbraba a la oscuridad, pero me concentré en notar los sonidos y vibraciones, por mínimas que fueran, y los cambios de temperatura. También en los latidos del corazón. Quería saber exactamente lo que estaba pasando. Habían pasado por lo menos cinco minutos, puede que un poco más. Tenía que contar. Eso me tranquilizaría.

Uno.

Dos.

Tres.

Habían pasado sus buenos cuatro minutos más. Después pasaron otros dos. Ahora volvía a temblar, pero no de frío. De ansiedad. De anhelo.

De deseo procaz.

Había algo extraordinario sobre el silencio y la oscuridad que me envolvían. Podía concentrarme en mi propia respiración, a pesar de los pensamientos inconexos que asaltaban mi confuso cerebro. Pero no había caído en ello con facilidad, ni a base de cuestionar mi cordura. Era una mujer fuerte e inteligente, destinada a recorrer mi propio camino, el que yo eligiera. Esto no era otra cosa que un mero incremento de mí misma.

Pensar en todo eso forzó una risa e inmediatamente un castigo. Perdí la noción del tiempo…

Un momento… ¿Eso habían sido pasos? Torcí el cuello en dirección a la puerta, conteniendo la respiración en un esfuerzo por captar cualquier sonido, por mínimo que fuera. Ahí estaba otra vez. Sin duda alguna. Justo al otro lado de la puerta había crujido la madera del suelo. Era la primera vez que lo escuchaba. ¡Otro! Más cerca, pero aún a unos dos metros de distancia. Estuve a punto de gritar, pero recordé las reglas a tiempo. Podía ganarle el juego, incluso con sus reglas.

No obstante, no paré de jurar como un camionero para mí misma.

No volví a escuchar nada durante los dos minutos siguientes. Ciento veinte segundos para ser exactos. Me incorporé todo lo que me permitieron las ataduras, levantando la cabeza en un esfuerzo por captar lo que fuera. Sí, una respiración más fuerte. Estaba más cerca, desplazándose sobre sus sexis pies descalzos. Me asaltó un segundo momento de pánico. ¿Y si no era Dominick, sino un simple y malsano recordatorio de que yo no era otra cosa que una propiedad suya con la que podía hace lo que quisiera?

«Confianza. Te pide ti total confianza. Te la implora». Esta vez, las palabras me irritaron por varias razones. Puede que lo que tuviera que aprender fuera a tener paciencia y no otra cosa. No tenía derecho a ganarse mi confianza, así sin más…

Un mínimo toque en mi hombro me hizo dar un salto y un suave grito en la mera punta de los labios, que fui capaz de controlar en el último instante. Alcé la cabeza todavía más y después me volví, aspirando con fuerza. El aroma era claramente masculino, rico en especies exóticas y con una base de bosque profundo.

Dominik.

Con todo su esplendor.

Solté el aire. No podía darme la vuelta y me recompensó con una caricia de su dedo a lo largo de mi brazo desnudo. Me estremecí y la vibración se trasladó de inmediato al coño. Él siguió con su exploración: los nudillos, otra vez el brazo entero, el cuello, los hombros… Era incapaz de respirar y deseaba que se trasladara a los lugares más recónditos y pervertidos de mi anatomía. Las imágenes que acudían a mi mente eran más vívidas que si fueran reales.

Una cruz en forma de X de acero.

Mi cuerpo desnudo.

Un cinturón de cuero de aspecto aterrador.

No pude evitar temblar cuando aumentó la presión de los dedos, arriba y debajo de la columna vertebral. Respiré rápido varias veces. Las visiones aparecieron de nuevo.

Un hombre enmascarado.

Una habitación llena de espectadores.

Un castigo duro.

Sin necesidad de que nada ni nadie lo tocara, mi coño empezó a encogerse y estirarse, casi hasta el punto de hacerme llegar al orgasmo. Pero no podía ser. No me estaba permitido. ¿O sí? Esa regla no se me había transmitido, pero dentro de mí sabía que él era el único que podía permitir cualquier tipo de placer.

El siseo de su cálida respiración contra mi espalda desnuda era difícil de soportar. Ahora tenía la vagina cerrada involuntariamente. Tuve que jadear para obtener aire cuando, de pronto, el mismo dedo maravilloso y juguetón empezó a moverse alrededor del agujero del culo, acariciándolo sin descanso. Adelanté las caderas, luchando con la cuerda. Quería pedir que me liberara, que sus dedos no dejaran de acariciar mis mojados orificios y que su lengua lamiera mis jugos. Separé del todo las rodillas y empecé a balancearme hacia delante y hacia atrás. Estaba absolutamente abierta para él, con la espalda arqueada hasta el paroxismo.

Ya no me importaba el posible castigo. Necesitaba un alivio. El que fuera. Algo.

Cualquier cosa.

La fuerte respiración siguió estrellándose contra mi piel, provocando una senda de piel de gallina. En un momento dado, tocó ligerísimamente los labios del coño. La caricia más suave. No sabía cómo era capaz de controlarse de esa manera, pero estaba a punto de volverme loca de deseo, robándome toda la capacidad de pensar con la mínima claridad.

Me acarició con el dedo cada milímetro del coño, dando una sola pasada alrededor del clítoris. No pude evitar un gemido, sólo uno. En un segundo, dos descargas en el culo. Me paralizó la intensidad del dolor. Me retorcí, moví las manos y literalmente me mordí el labio para evitar el grito.

Siguió acariciándome suavemente, repitiendo el movimiento, pero sin terminar de introducir el dedo en la vagina. Escuché otro ruido, una variación en el ritmo. Supe que había vuelto a abrir el cajón. Intenté aguzar el oído aún más en un inútil empeño de averiguar que instrumento iba a utilizar ahora.

Silencio.

«¡Por favor, por favor! ¡Por Dios! Fóllame. ¡Fóllame!

Nada.

Otro minuto.

Dos.

El peso sobre la cama era grande. Me vi obligada a retorcer las muñecas al doblarme hacia la espalda. Unas manos me empujaron las rodillas hacia atrás y, sólo unos segundos más tarde, me ató los gemelos con otra cuerda, sujetándolos a los muslos.

Estaba muerta del susto, la vulnerabilidad era máxima, pero también lo era la excitación que

sentía mientras me ataba. Cuando terminó no podía realizar ningún movimiento y el coño estaba abierto al máximo para su uso y disfrute.

Para lo que quisiera meterme.

Quería verle la cara, saber que todo iba a ir bien. Mirarle a los ojos para entender sus razones y sentirme segura en su… amor. Dios. Era imposible que un hombre como Dominick fuera capaz de amar a nadie. Me aterraba que me hubiera dejado sola de esta forma con el único objetivo de enseñarme una lección.

Cuando frotó las palmas de las manos contra la parte de atrás de los muslos, y de una forma de lo más suave y dulce, recuperé el aliento y la tensión se alivió.

Pero, ¡por Dios!, la excitación disparó la adrenalina en mi cuerpo y una corriente eléctrica viajó por toda la musculatura y las venas de mi cuerpo, forzándome a curvar los dedos de los pies y a que mi corazón se acelerara de una forma tremenda. Noté que cambiaba el peso sobre la cama y deduje que se estaba inclinando hacia mí. Contuve el aliento y apreté los puños hasta hacerme daño.

El contacto de su cálida lengua contra mi piel terminó con el último bastión de mi resistencia. Moví la cabeza de atrás adelante, jadeé cuando sus rugosos dedos me apretaron los pezones, retorciéndolos y tirando de ellos. Estaba muy caliente y muy húmeda, aunque también temblando de angustia, que avanzaba como un relámpago con el fluir de la sangre. El dolor era exquisito, me llevaba al éxtasis a pesar de la angustia que me inundaba.

Colocó la boca, bien abierta, sobre mi coño y se abrió paso con la lengua. No tuve más remedio que lanzar un grito primario.

—¡Oh! ¡Oooh!

Con un rápido giro de la muñeca me golpeó con los dedos en el coño y sufrí para no emitir más que un gruñido ronco. Cuando volvió a colocar la cara contra el coño no grité. Las sensaciones eran poderosas, extraordinarias e incomprensibles. Todo aumentaba.

El dolor.

El placer.

El deseo.

Chupó con tal agresividad que los sonidos guturales que emitía me sonaron como la música más dulce posible. La lengua era el instrumento perfecto. Me dejé llevar por su ritmo desenfrenado y empecé a mover la cabeza a su compás. Me di cuenta de que había introducido varios dedos en la vagina, y que los metía y sacaba con frenesí. Con cada lametón y cada movimiento de los dedos me acercaba cada vez más al precipicio de un orgasmo intensísimo.

Dominick no se detuvo, sus acciones eran cada vez más brutales, su hambre crecía. No daba órdenes, no establecía reglas. No había vuelta atrás. Estaba perdida en lo sublime. Abrí la boca para emitir un grito silencioso cuando el clímax ascendió desde las pintadas uñas de los dedos hasta el mismísimo centro de mi coño.

Di un tirón hacia arriba, incapaz de seguir sintiendo las piernas y los brazos mientras el orgasmo

avanzaba a oleadas, una tras otra, cada vez más intensas. Mi corazón tartamudeaba, los latidos eran erráticos y la sensación de euforia era la más increíble de toda mi vida.

De repente, una sensación helada surcó mi cuerpo. ¿Se había ido? No. ¡No! Quería su polla. La distribución del peso sobre la cama cambió, me rodeó con los brazos y enlazó mis manos con las suyas. Colocó la punta de la polla justo en la abertura vaginal. El roce fue una maravilla. La electricidad circulaba sin trabas por todo nuestro cuerpo, transmitida por el roce de sus manos y la íntima sensación que transmitían las puntas de los dedos.

Representé en mi mente su forma de colocar el cuerpo encima de mí. Ansiaba rodearlo con mis brazos, abrazarlo con fuerza.

Fue bajando muy despacio, entrando poco a poco y pude sentir cada milímetro cuadrado de su polla penetrando en mi interior, hasta que sentí sus huevos, tensos como cuerdas.

Jadeando, alcé la cabeza hasta que nuestros labios se encontraron. Y escuché la palabra, una sola, susurrada de la forma que había soñado sin ser consciente de ello.

—Mía.

Apretó su boca contra la mía y empezó a bombear, empujándome, incrustándome en el mullido colchón. Más que sujetarme, me atornillaba. Más que acariciarme, me masajeaba. Me sentía viva, liberada de las estúpidas limitaciones que me habían constreñido toda la vida, abierta a experimentarlo todo con este hombre. La idea era provocadora y me seducía por completo, como si una bestia desconocida se hubiera apoderado de mi ser.

No controló su deseo en ningún aspecto. El polvo fue largo y duro, abriéndome cada vez más con su polla. Me catapultó hasta los rincones más insospechados del placer, hasta un lugar en el que nunca había estado. Cada vez que salía quería gritar de pura ansia por que volviera, y cada vez que volvía a entrar saciaba el deseo, me preparaba para más, me llevaba a un nuevo clímax en cuestión de segundos.

—¡Ah…, ah…, ah…! —No podía controlar la respiración, cada vez más entrecortada. Nuestros sonidos parecían uno, al mismo ritmo, con semejante intensidad. El calor de su cuerpo era abrumador, capaz de hacer entrar en ignición nuestra superficie y nuestras entrañas.

Y seguía bombeando como un loco. Los sonidos eran sexo puro y el olor a intimidad y placer, embriagador.

El hombre que se había apoderado de mi alma estaba a punto de correrse. Quería que su semilla me inundara, que su olor me cubriera por completo, todos los rincones de mi entregado cuerpo. Apreté con todas mis fuerzas los músculos de la vagina hasta que se quedó rígido y, sólo unos segundos después, cuando explotó dentro de mí, volví a experimentar el orgasmo absoluto.

Quizá fueron los nervios o la excitación, o los restos del miedo salvaje que había experimentado, pero hasta yo me asombré de las palabras que escaparon de mi boca sin poder controlarlas. E inmediatamente supe que viviría para lamentarlas.

—Te amo.

CAPÍTULO DOCE

Dominick

No voy a mentir diciendo que sus palabras no me obsesionaron. Quizás hasta hicieron que me sintiera aún más canalla de lo que creía ser. Después de todo, en los estertores de la pasión, yo también había pensado eso. La palabra en sí misma era extraña para mí, digna sólo de los cuentos de hadas y las novelas románticas. Di un trago al vaso de güisqui y miré hacia es sol, que empezaba a asomar en el horizonte. La había dejado sola en mi cama, con el cuerpo apenas tapado con las suaves sábanas.

El sólo hecho de pensar en ella hacía que me empalmase de forma furiosa y que mis huevos se tensaran. Y esta mañana no fue una excepción, pero la noche en vela era un recordatorio de que no debía acercarme tanto.

Peligro.

Ella constituía un peligro para mí, incluso en mi propia casa. En mi propia cama. El instinto me decía que mi vida era ahora una bomba de relojería, lista para explotar en cualquier momento. Mi amor por ella implicaba necesariamente que debía alejarla de mí, renunciando al trato que había hecho. Gruñí al pensar en ello. ¿Cuántas veces le había hablado de las consecuencias para ella? Si la alejaba de mí, me vería forzado a negociar directamente con Drummand. Quizá debería hacerlo, en cualquier caso. Había muchos secretos alrededor de ese hombre. Si subestimaba su poder, el control de mi padre sobre la ciudad pasaría a estar directamente en el punto de mira de las autoridades federales.

Suspiré, di otro trago y miré la botella abierta. Beber no iba a resolver nada. Además, el licor en ese momento tenía un sabor amargo que casi me quemaba la lengua. Vender el alma al diablo tenía consecuencias y ramificaciones, eso era evidente. Ahogué en la garganta una risa irónica. ¿Era esto una señal del comienzo del remordimiento? ¿Acaso la bella había calmado la sed de venganza de la bestia?

No. De ninguna manera. Para nada, joder.

La casa estaba tranquila: ni llamadas nocturnas, ni informes sobre más explosiones, ni nada de nada. Pero sabía que sólo era cuestión de tiempo. ¡Dios, cómo la deseaba! Casi estaba dispuesto a renunciar a todo lo que pensaba que había deseado en la vida para tener la posibilidad de

explorar esa realidad utópica que había pintado en su cuadro. Si sólo…

Atarla y vendarle los ojos impidiéndole que supiera cuando iba a volver, o incluso si lo iba a hacer había sido una concesión a la bestia que llevaba dentro. Tocarla con esa desesperación, devorarla con esa hambre, estallar de pasión con el alma y con el cuerpo de esa forma era algo que nunca antes había experimentado.

Y quería más.

No obstante, todavía tenía la afilada punta de una navaja sobre la garganta, aún sentía una opresión en el corazón que me impedía aportar el nivel de conversación y hasta de comprensión que sabía que necesitaba Caroline. Yo no era un hombre con tendencias depresivas, ni siquiera proclive a la tristeza, pero esa mañana me invadían ambos estados de ánimo.

Terminé la copa y contemplé el amanecer una vez más. Al menos iba a aprovechar la oportunidad de disfrutar a gusto de la mañana. Riendo entre dientes, alejé el vaso. ¿Y por qué no sólo de la mañana, sino de todo el día? Después de todo, era un hombre de negocios. Sería normal que en algún momento me tomara un respiro del trabajo.

Fuera lo que fuera «un respiro». Porque no sabía lo que significaba.

Subí las escaleras con pasos cansados, intentando encontrar las palabras adecuadas que decirle. Podía negar que la hubiera escuchado, o simplemente espetarle que el amor no era posible entre nosotros. No en mi mundo, pero incluso tampoco en el de ella. La puerta seguía entornada, exactamente igual que la había dejado. Las persianas a medio subir creaban sombras en la habitación, lo cual me hacía sentirme incómodo. Mis enemigos podían abrirse paso con facilidad al interior de mi casa, independientemente de la seguridad que la rodeara.

Si quisieran entrar, encontrarían la forma, evitando el sistema de seguridad y asesinando a mis soldados. Esa convicción no me abandonaría nunca. Cuando entré, un estremecimiento me recorrió la columna vertebral: ella no estaba allí.

Me invadió una mezcla de miedo y furor al levantar las sábanas. No había ninguna pista: ni sangre, ni pistas de lucha, pero sabía que faltaba algo. Corrí primero hacia su habitación y entré empujando la puerta con violencia. No había estado allí desde hacía muchas horas, era evidente. El miedo se convirtió en terror al entrar en el dormitorio para inspeccionar el vestidor. ¡Esa imbécil no podía haber llegado tan lejos en su atrevimiento!

La luz que se filtraba por debajo de la puerta del cuarto de baño me dejó claro por qué no estaba allí. Había pensado lo peor sin analizar las posibilidades. ¡Por Dios bendito, que estúpido! Estaba perdiendo el control, joder. Abrí la puerta y la vi en la ducha. Contemplé la silueta de su cuerpo, largo y delgado, y la erección fue inmediata. Hasta se me erizó la piel al pensar en volver a penetrarla.

Dejé caer el albornoz, me acerqué a la puerta de la ducha y la abrí despacio. Ella volvió la cabeza sin decir nada.

Estaba llorando.

Con la entrada de aire más fresco al abrir la puerta de acceso a la ducha, dio un respingo y se volvió a mirar quién era el intruso con los maravillosos ojos muy abiertos. La tristeza que

mostraban era infinita, pero sonrió mínimamente. Después apareció un brillo de lujuria.

—Me desperté y ya no estabas.

—No me fui muy lejos. —Mis palabras sonaron algo forzadas, pero no pareció notarlo. En esos momentos, lo único que quería era estar con ella. Invadí su espacio vital, la agarré y apreté sus tetas contra mi pecho. Le acaricié el pelo largo y mojado sin poderme contener.

—Dios, cómo te deseo.

—Acabas de tenerme. —Su voz reverberó en el estrecho espacio y la entonación se introduje en todas las células de mi sangre, llenando los cuerpos cavernosos de mi polla hasta el límite.

—No es suficiente. Nunca se folla lo suficiente. —Entré en su boca manteniéndola en el lugar en el que estaba y permitiéndole que explorara mis recovecos oscuros. Su sabor sería siempre dulce para mí, independientemente de la amargura del mundo que nos rodeara. Tras unos segundos, la empujé contra el frío mármol, disfrutando de las caricias que me dispensaba en los hombros y los brazos, sus dedos bailando sobre mi piel. Me apoyé en la pared con las palmas de las manos empujándola con fuerza hasta que jadeo mientras la besaba.

Parecía pequeña y frágil, pero yo sabía que era una mujer más fuerte de lo que yo lo podría ser nunca. El beso pasó a ser frenético, lleno de ansia y de pasión. Nuestras lenguas se entremezclaron, los dientes chocaron y bebimos el uno del otro.

Su cuerpo se cimbreaba bajo el mío y me rodeó el muslo con una pierna. Todo lo que hacíamos me parecía prohibido, como si estuviera comiendo una fruta que no me perteneciera. Y eso me hizo desearla aún más, desesperarme por entrar en ella, desear follarla con un abandono total.

Respondió arañándome la espalda y arqueando la suya en un intento de aferrarse a mí. Cuando rompimos el beso, le sujeté la barbilla y empecé a chuparle el cuello, deslizando la lengua hasta la clavícula.

—Oh… Dominick.

—¿Quieres más, mi dulce Caroline?

—Sí.

—¿Estás dispuesta a dármelo todo? —Mi voz ronca era la de un auténtico bárbaro.

—¡Sí, sí! —Contuvo el aliento cuando gruñí, le tiré del pezón y bajé la boca para chuparlo y mordisquearlo. Se las arregló para introducir la mano entre ambos cuerpos y agarrarme la polla. Me arañó la base del escroto y lo subió y bajo, poniéndome a mil.

Empecé a ver borroso con la fricción. Esto no tenía nada que ver con el romance. Esta vez no. Tenía que estar dentro de ella, hacerme con su coño, con su dulce, pequeño y apretado culo. Moví la boca hacia el otro pecho al tiempo que metía la mano entre sus piernas para acariciarle el monte de Venus.

—Así… mmm… —Cerró los ojos y noté el titubeo de su mano cuando introduje dos dedos y después tres, en su vagina. Estaba muy, muy caliente, y tan mojada como antes. Tenía un hambre desatada, la bestia que había en mí estaba a punto de salir al exterior.

Añadí un cuarto dedo y no dejé de moverlo como un poseso. Hasta podía escuchar los movimientos de sus músculos reaccionando a la frenética invasión, siguiendo su ritmo. Era mía en todos los aspectos, la penetración y el gusto de su piel.

Mía para follar.

—¿Te gusta lo que hago con tu cuerpo, mi dulce Caroline? ¿Qué te arrase? ¿Qué te folle cada vez que quiera?

—¡Ah, ah! —Inclinó la cabeza y se puso de puntillas. Me apretó el escroto y la polla y sonrió al escuchar mi gruñido gutural echando una bocanada de aire cálido en su cara.

Saqué los dedos de la vagina y le di un golpe en el coño.

—Hagamos eso otra vez.

—Sí, señor —ronroneó al tiempo que le temblaba el labio.

La reacción de su cuerpo era poderosa y la conexión entre ambos inconfundible. Nos pertenecíamos el uno al otro de una forma enloquecida.

Mi deseo era enorme. Tiré de ella para empujarla de nuevo contra el mármol. Le separé las piernas y, sin perder el tiempo, le metí la polla lo más dentro que pude en el pequeño coñito.

—¡Oh, joder…! —Golpeó la pared con la palma de la mano y apretó la cara contra ella.

Le separé los mojados mechones de pelo de la cara, maravillado al ver la nube de color carmín que empezaba a formarse en sus mejillas. Era la mujer más hermosa que había conocido en toda mi vida. La follé deprisa y con fuerza, levantándola en volandas en cada salvaje empellón.

Separó los labios, se pasó la lengua por ellos con una erótica sonrisa y perdió el aliento cada vez que yo apretaba. Yo tenía el cuerpo tenso, deseaba correrme dentro de ella, pero tenía que esperar. Debía ser paciente. El momento se prolongó y dejé de pensar con claridad.

—¡Fóllame! ¡Sí, fóllame! —Sus gritos flotaban a nuestro alrededor, su deseo nos consumía a ambos.

Mantuve el ritmo, empujándola salvajemente contra el mármol, entrando cada vez más. Me rodeó con los brazos, después unió sus manos a las mías y yo bajé la cabeza para mordisquearle el cuello.

Brutal.

Implacable.

Posesivo.

Cuando estaba a punto de explotar, la saqué y la levanté hasta que tuvo que poner los pies sobre la pared. Entonces busqué el culo y me deslicé en su interior con facilidad.

Se estremeció, jadeó, ronroneó y me clavó las uñas. Todo era primario, el deseo de ambos ya era solo uno y estaba descontrolado. Sólo importábamos nosotros, que nuestros apetitos carnales quedaran satisfechos. Dejé de pensar, sólo empujé más rápido y más fuerte hasta que no pude aguantar más.

Ladeé la cabeza, emití un gruñido salvaje y gutural, como una bestia que llena a su compañera con su semilla.

La sostuve durante unos momentos, recibiendo la calidez del agua y apretando la cara contra ella. Tenía muchas cosas que decirle, quería compartir con ella acontecimientos de mi vida que necesitaba contar, pero no tenía ni idea de por dónde ni cómo empezar. Demonios, no sabía si hacer eso podría comprometer nuestra relación.

Me abrazó cuando nuestras respectivas respiraciones empezaron a normalizarse. Cuando la solté no pareció sorprenderse, simplemente ladeó la cabeza y asintió con gesto triste pero respetuoso. Quizás había aprendido cuándo debía dejar sola a la bestia taciturna.

La dejé en el cuarto de baño, me vestí deprisa y miré el teléfono. Una vez más, me sentí muy vacío. Incluso me remordió la conciencia. No había recibido llamadas, mensajes ni correos electrónicos que indicaran algún tipo de problema durante la noche. Tanta tranquilidad era igual de desconcertante como los acontecimientos del día anterior.

Incluso el café recién hecho me supo amargo. Vacié la taza por el desagüe y miré por la ventana con cara de pocos amigos.

—El pensador.

Me reí por lo bajo y observé su imagen reflejada en el cristal según se acercaba.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Cómo la explosión?

—Sí. Y también otros asuntos del negocio.

—Que aún no me vas a contar.

Mientras se movía por la cocina para buscar una taza y servirse café, negué con la cabeza.

Tenemos negocios legales, como los casinos y otros proyectos inmobiliarios.

—Y también tenéis otros relacionados directamente con el crimen —dijo en tono tranquilo, no de condena, sino como una afirmación.

—No tengo la intención de insultar tu inteligencia. Estamos en actividades que se consideran criminales, pero en términos generales, las actividades de la familia son legales.

—Y tú te harás cargo de ellas algún día.

Rei entre dientes pensando en mi familia.

—Tengo dos hermanos, ambos muy inteligentes y capaces, pero que se niegan a tener ninguna relación con nuestras… operaciones. Uno vive en un rancho, en el oeste del país. Está casado y tiene dos niños. Y el otro, en estos momentos, recorre el mundo.

—Chicos listos. Los dos quieren vivir una vida honesta.

Esas palabras, en condiciones normales, me hubieran sacado de quicio, pero eran ciertas y tenían

sentido desde su punto de vista. Volví la cabeza hacia ella y asentí.

—Sí, pero de lo que no se dan cuenta es de que nacieron en esta familia que es la Borgata. Somos italianos y cuando nos establecimos en América el compromiso fue forjar una nueva vida para nosotros y nuestros descendientes.

—Pero eso no tenía por qué incluir asesinar personas. —Se atrevió a acercarse a mí. El pelo le rodeaba la cara de una forma muy sexy. La bata también era muy seductora y me hacía pensar en zonas de su anatomía mucho más prohibidas.

—Hacemos lo que hay que hacer, Caroline. Y a veces eso incluye eliminar… problemas. Y tampoco hablamos en esta casa de determinados aspectos del negocio —dijo bajando el tono de voz.

—Hablas conmigo en clave, como si llevara un micrófono. No creerás que… —. Me echó una mirada incendiaria.

—Pero cualquiera podría estar escuchando. No soy inmune a la ley, te lo aseguro. Los federales llevan años intentando hundir a mi familia con acusaciones que no son ciertas. No puedo permitir que pase nada, por eso soy muy cuidadoso con todo lo que hago y digo.

—Salvo conmigo. —Dio un sorbo de café y movió las pestañas al levantar la vista.

—No. Contigo no.

—¿Quieres decir que esta casa está sembrada de micrófonos y que todo lo que decimos se graba? No me extraña que tus hermanos se hayan esfumado. Eso no es vida, no merece la pena.

—Como te he dicho, todo es posible. —Suspiré y me crucé de brazos, intentando guardar las distancias—. Uno no pude huir de sí mismo. Hasta tú deberías saberlo. Mis hermanos son los que son, no tienen más remedio. Mi padre nunca los presionó y les permitió elegir lo que querían hacer, pero eso no significa que no tengan que proteger a la familia. Todos los miembros deben hacerlo si es necesario.

—¿Incluyéndome a mí?

Su pregunta fue como si me clavara una estaca en el corazón.

—Incluyendo a cualquier ser querido.

—Ya… —Miró hacia el exterior—¿Me vas a decir algo sobre mi madre alguna vez?

Una vez más, su pregunta me pilló con la guardia baja. Me acerqué a ella.

—¿Por qué te mintió tu padre acerca de ella?

—Si te digo la verdad, no tengo la menor idea. No se llevaban ni mucho menos bien, pero jamás abusó de ella de ninguna manera.

—¿Averiguó algo acerca de su forma de hacer negocios?

Me miró intensamente a los ojos.

—Mi madre era formidable, nunca daba un paso atrás y él eso lo odiaba. No recuerdo ninguna

época en la que no estuvieran discutiendo. No tengo la más mínima idea sobre por qué siguieron casados. Puede que en algún momento estuvieran enamorados, pero ni cuando era pequeña vi nada que se pareciera a la adoración. Por lo que se refiere a los negocios, nunca hablaba con ella de eso, al menos en mi presencia. Y antes de que lo preguntes, si mi madre hubiera sabido algo de sus enfermizos deseos, me habría agarrado del brazo y nos habíamos ido.

—¿Tu madre tenía secretos? Propios, quiero decir. —Existía la posibilidad de que hubiera averiguado algo acerca de sus inclinaciones enfermizas, pero no me podía imaginar que fuera esa la razón de su ímpetu a la hora de encerrarla. Había algo que no encajaba.

Caroline se puso furibunda.

Ni te atrevas a decir algo malo de ella, Dominick. Lo que tuvo que soportar, fuera lo que fuera, seguro que fue mucho más horrible que cualquier cosa que hayas podido experimentar tú.

—No estoy cuestionando a tu madre de ninguna manera, pero tiene que haber alguna razón para que tu padre la encerrara en una institución para enfermos mentales.

—¿Dónde está, Dominick? ¡Si sabes algo, te exijo que me lo digas!

—Lo único que sé es que se encuentra en algún lugar de Canadá.

—¿«En algún lugar», dices? ¿Y esperas que me lo trague? —Caroline dejó la taza sobre la encimera y se dio la vuelta—. El hecho de que haya sido tan estúpida como para decirte que te quiero no significa que me puedas meter cualquier cosa en la cabeza. No soy idiota. En este asunto hay cosas muy oscuras. La pregunta es: ¿qué arma tiene contra ti mi padre?

Retrocedí, intentando controlar el furor que volvía a invadirme.

—Tu padre es un indeseable, eso es todo. Un pedazo de mierda que utiliza a la gente…

—¿Cómo tú? —me interrumpió.

Me agarré al borde de la encimera y respiré hondo.

—Puede que sí. La diferencia es que yo nunca te he mentido acerca de la clase de hombre que soy. ¿Lo ha hecho tu padre?

Torció la boca con gesto de sufrimiento.

—Tienes razón. Es capaz de todo. Es todo lo que sé. Por eso quería irme a empezar una nueva vida, mi propia vida. Fui una estúpida al pensar que tal cosa podía ser posible. Si mi madre está viva, encuéntrala, por favor. Te lo imploro, Dominick. Destroza a mi padre, hazlo pedazos. Y, pase lo que pase, no me mientas nunca. Soy tuya. Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no quiero ser para ti una muñequita estúpida, ni una mujer florero. Jamás.

—Eres muchas cosas, Caroline, pero nunca en tu vida serás ni podrás ser una mujer florero. Te prometo que la voy a encontrar. Mi padre… —Maldije entre dientes al darme cuenta de que no debía haber dicho nada. Fui a abrazarla, pero no me dejó.

—¿Tu padre qué?

—Está intentando localizarla. Tiene amigos muy influyentes y poderosos, más incluso que tu

propio padre y muchos de ellos le deben favores. Pronto sabremos algo.

—Espero de verdad que tengas razón, porque si no es así, obtendré la respuesta por medio de mi propio padre. Ese cabrón no tendrá dónde esconderse, lo juro.

El sonido del teléfono interrumpió la conversación, y se me erizó el vello al ver el nombre de Lorenzo en la pantalla.

Caroline también miró a la pantalla y bufó.

—Me voy.

—Quédate. —Ya no me importaba que lo supiera todo—. Lorenzo. Espero que sean buenas noticias. Por favor, dime que has localizado al topo.

—No, no ha habido suerte de momento. Aunque mi padre está muy interesado. Te llamo porque creo que debes ver las noticias de la mañana. La NBC. —Había un deje de furia en su voz, algo muy raro en él.

Me lancé hacia la tele, agarré el mando a distancia y la encendí.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

—Espera —siseó—. Y prepárate. Es todo lo que puedo decir.

—¿Qué está pasando? —preguntó Caroline.

—No tengo ni puta idea. —Tras terminar los anuncios, apareció en la pantalla la figura de Drummand, de pie sobre una plataforma, con varios agentes de la ley a su lado. Sentí un hormigueo en la espina dorsal. Eran las noticias nacionales. ¡Hay que joderse!— ¿Qué coño está haciendo?

—Espera y verás —espetó Lorenzo.

Miré la pantalla con detenimiento y pude ver a Dick Marcus en la parte de atrás. Aunque su gesto era de superioridad, no parecía muy interesado en lo que estaba pasando.

La nube de personas, en su mayor parte periodistas, se acercaron al escenario improvisado y colocaron sus micrófonos lo más cerca que pudieron de Drummand.

Drummand saludó con una mano, sonriendo en todas direcciones. Después miró directamente a las cámaras. El gesto de sibilina satisfacción era inconfundible.

Damas y caballeros, soy Drummand Hargrove, senador por el estado de Nueva York. Como muchos de ustedes ya sabrán, llevo implicado bastante tiempo en la limpieza de las calles de la ciudad. Siento mucho orgullo por el hecho de que la criminalidad en nuestra ciudad se redujera más de un diez por ciento solo el año pasado. Y ahora me siento muy orgulloso de anunciarles que se ha creado un cuerpo especial, liderado por las unidades contra el crimen organizado de Nueva York y Chicago. Estamos muy cerca de presentar acusaciones contra diversos miembros de las dos grandes familias mafiosas que operan en ambas ciudades. Nuestro éxito a ese respecto allanará el camino para la creación de otros cuerpos especiales que luchen contra el crimen organizado en todo el país.

—Tiene que ser una broma —susurró Caroline.

—¿Qué demonios es esto? —. Me agarré con fuerza a la encimera al ver las fotos de mi padre y de Carmine Francesco en la pantalla.

—Creo que están bastante lejos de su jurisdicción, ¿no te parece? —dijo Lorenzo entre dientes —. Imagina lo que van a pensar otros interesados. Podrían enfrentarnos a unos contra otros.

Era una posibilidad bastante lógica: enfrentar a las familias. Para lograrlo tenía que contar con ayuda, mucha e importante.

—¿Has escuchado algo en tu zona? —pregunté, al tiempo que me fijaba en las personas que estaban en la plataforma. Había varios tipos con traje que, por lo que podía ver, no parecían federales.

—Ya conoces a mi padre. Apenas dice nada. Y en las calles no hay movimiento. Esto viene de tu zona, hermano, pero me da que las ramificaciones son muy jodidas.

—Ya… Habla con tu padre y yo hablaré con el mío. Puede que tengamos que convocar una reunión del grupo. —Solté el aire mientras Caroline se acercaba para mirar a los fotógrafos con cara de horror—. En cualquier momento pueden empezar los efectos colaterales en cascada.

—Sí, tío, eso es lo que me estoy temiendo —musitó Lorenzo entre dientes—. Tenemos que actuar rápidamente.

—¿Qué está pasando? —susurró Caroline.

—Como saben ustedes —continuó Drummand—, en fechas recientes han estallado bombas en casinos regentados por ambas familias y esto sólo es una muesca más de las actividades relacionadas con el crimen organizado que causan víctimas inocentes. Según fuentes de credibilidad conformada, también podemos asegurar que en los casinos se produce tráfico de estupefacientes.

—¡Joder! —Di un golpe con la mano abierta en la encimera.

—Si cree que va a poder seguir adelante con esto es que está completamente loco —siseó Lorenzo.

—Nos haremos cargo de él como haga falta —afirmé con rotundidad, sabiendo perfectamente que Caroline había entendido lo que quise decir.

De hecho, apoyó la mano en mi brazo, pero ni soltó una lágrima ni me rogó que no acabara con la vida de su padre.

Se produjo un ominoso silencio.

El individuo continuó aportando información sobre acciones criminales, con un alto nivel de detalle, demasiado para mi tranquilidad. Todo ello dejaba claro que tanto la familia Francesco como la Lugiano sabían que la cosa iba en serio y que esto era sólo el principio. Se trataba de una ceremonia bien orquestada en la que nos retaba a que continuásemos con nuestras operaciones si nos atrevíamos.

¡Que le jodan!

—En este momento no vamos a dar más detalles de la operación, ni admitiremos preguntas —dijo Drummand con una sonrisa de superioridad e inclinándose hacia la cámara principal—. En cualquier caso, les puedo asegurar que se presentarán las acusaciones. —Dicho esto, se dio la vuelta y abandonó la plataforma.

Sentí un escalofrió por todo el cuerpo. Había roto el acuerdo y también había puesto fin a todo su mundo.

De una forma o de otra.

Tenía muy claro que se estaba dirigiendo a mí de forma directa.

—Vamos con retraso, Lorenzo. —Reflexioné sobre la forma de comportarse de Dick y su forma de fulminar con la mirada a Drummand durante toda su intervención.

—Sí, ya me he dado cuenta. Haré que mis hombres remuevan Roma con Santiago, no dejaré ni un rincón por rastrear. Esta noche tenemos que tener noticias. Si no, rodarán cabezas.

—Llámame en cuanto sepas algo.

—Por supuesto, hermano. —Colgó y me puse de pie sin dejar de mirar la pantalla. La llamada de Lorenzo había sido muy significativa. Si de verdad había acusaciones en el horizonte, a partir de ahora no se podía confiar en nadie. Los camellos callejeros venderían su alma al quien fuera si eso significaba no ir a la cárcel. ¡Maldito cabrón!

—Las fotos que me enseñaste de mi padre con las niñas… ¿son reales? —preguntó Caroline en voz baja.

Solté el aire y me volví hacia ella haciendo un enorme esfuerzo por controlarme.

—Por completo. Es evidente que está muerto de miedo. Aún no estás acostumbrada a cómo funciona la política en mi mundo, pero tu padre acaba de subrayar con sangre varias ciudades. Si provoca una guerra entre familias y se producen muertes, no habrá ningún lugar en el planeta Tierra en el que se pueda esconder.

—Puede que lo entienda mejor de lo que crees, Dominick. Tiene que tener algún as debajo de la manga. Si no, ¿por qué habría decidido enfrentarse no a una, sino a dos familias clave para empezar? Piénsalo.

—Muy buena pregunta. —Y que necesitaba una respuesta más pronto que tarde.

—Puede que haya algo incluso más horrible que las drogas y ser pillado con niñas, y que te hayas tropezado con ello.

No pude evitar sonreír.

—Eres muy, muy lista, mi preciosa pintora.

Otra pregunta. Si mi padre te teme tanto, ¿por qué arriesga mi vida haciendo esto? —Su voz sonó lejana, como si los restos de su antiguo mundo se hubieran hecho añicos—. La respuesta más sencilla es que no le importo en absoluto. Creo que nunca le he importado, de hecho. No soy más que un estorbo en este momento. ¡Joder, hasta puede que en realidad le hicieras un favor conmigo sin pretenderlo!

Ni podía ni debía edulcorar nada de esto. Pensé inmediatamente en Giordano y en su reacción cuando le hablé de Margaret. Fuera quien fuera ella, tenía una importancia vital en todo lo que estaba ocurriendo. Y averiguarlo no iba a ser nada fácil.

—Puede que no sea capaz de amar. Al menos de la forma que necesitan ser amadas la mayoría de las mujeres.

—¿Y tú lo eres? —me retó, con un brillo salvaje en los ojos, igual al del primer día que la vi. Me pareció que la luz de la cocina formaba una especie de fulgor alrededor de su cuerpo.

No había respuesta posible, ni un tono que pudiera reconfortarla. Lo que hice fue marcar el número de Bruno. Iba a ser un día jodidamente largo.

—Dígame, jefe.

—Ven aquí de inmediato. Hay trabajo importante que hacer. Llama a Angelo y a los demás. Quiero cancelar la entrega ahora mismo.

—¿Qué está pasando? —Estaba claro que Bruno no había visto ni leído las noticias.

—Estamos en peligro. Límpialo todo a fondo. —Con eso conseguiríamos sacar a la superficie al señor de la droga. O puede que todo fuera un engaño orquestado por los federales con el bueno del senador, pero no iba a darles facilidades.

—¡Joder! Inmediatamente, jefe.

—Y asegúrate de que nadie hable.

No me molesté en esperar respuesta. Caroline estaba horrorizada. Su gesto dejaba a las claras la incertidumbre acerca de lo que estaba pasando y se daba cuenta de que estaba en el ojo del huracán. Me dolió el corazón de una forma a la que no estaba acostumbrado. Ella era mi debilidad, mi kriptonita. Seguro que Drummand se había dado cuenta de ello, pero, ¿por qué arriesgar su vida? ¿Por qué ahora?

A no ser que se hubiera enterado de que mi padre estaba buscando a Margaret.

Me acerqué a ella, pensando que su reacción sería alejarse de mí inmediatamente. Y se quedó donde estaba, aunque enfurruñada.

—Tengo que hacerte una pregunta difícil de responder, pero importante. ¿Tu madre te habló alguna vez de su pasado, quizá sobre alguien del que estuviera enamorada antes de casarse con tu padre?

Se puso muy tensa y negó con la cabeza, pero cuando bajó los ojos supe que se guardaba algo.

—Mi madre nunca hablaba de su pasado. De hecho, mi padre no se lo permitía.

—¿Tenía familia?

—No tengo más familia. Ni cercana ni lejana. Ni tíos ni primos. Ni abuelos. Los tres éramos una isla. Mi padre se aseguró de que así fuera. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con las acusaciones de mi padre, que, de paso, tengo la impresión de que son ciertas? ¿Lo de mi madre era todo mentira? No me has dado ninguna prueba. No esperarás que me crea a pies

juntillas lo que me has contado hasta ahora.

Me mordí la lengua para no contestar y le tomé la mano.

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Te voy a dar algunas respuestas. —Fuera lo que fuera lo que escondía mi padre, era obligatorio que saliera a la luz. No tenía otra alternativa. La llevé a mi despacho—. Todos tenemos secretos, Caroline, y algunos son mortales—. Abrí el cajón de abajo y saqué el fichero que había debajo de todo. Había guardado en él algunas fotos de Margaret, así como la escasa información que había averiguado acerca de ella. Era tan misteriosa como el motivo que había tenido Drummand para quitarla de la circulación.

—¿Cuáles? —dijo inclinándose sobre el escritorio.

—La primera, que no soy un mentiroso. —Puse el fichero sobre el escritorio y lo señalé con el dedo. Contuve el aliento mientras lo hojeaba con dedos temblorosos.

Vi como respiraba hondo al mirar de cerca la fotografía.

Para un hombre como yo, admitir un enamoramiento siempre se consideraba un intento muy patético de llevar una vida «normal». Pero, ¿qué tenía de normal criar a un niño en un ambiente de violencia absoluta?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, al verlo, supe con claridad que estaba listo para renunciar al dinero, al lujo y a todos los privilegios. A la mierda las consecuencias. Deseaba esa vida «normal» y la tendría con la mujer que había logrado hacerme vivir emociones nuevas y me había permitido degustar el verdadero amor.

Pero antes de eso, tenía que hacer una cosa.

Tenía que hacerla, por Dios.

O puede que por el mismísimo diablo.

CAPÍTULO TRECE

Dominick

Al cabo de dos horas la operación estaba cancelada y las calles tranquilas. El anuncio público del senador tuvo el efecto de poner la ciudad en estado de alarma. Quizá todo el mundo se esperaba un baño de sangre. De hecho, en un enfrentamiento previo a la conferencia de prensa habían caído tres de nuestros mejores soldados. El golpe había sido una llamada de atención muy directa.

Empezaban los problemas.

Cuando entré en el bar seguía pensando en Caroline. Lo cierto es que no podía alejarla de mi mente, siempre había un rescoldo que me afectaba a las entrañas. Era necesaria otra conversación, por dura que fuera. Lo que me estaba ocultando, se tratara de lo que se tratara, era como mínimo la pieza capaz de explicar, al menos en parte, lo que estaba pasando. Y lo mismo ocurría con lo que se callaba mi padre. Tras nuestra conversación, Caroline se encerró en su dormitorio a sugerencia mía. No se trataba sólo de protegerla de mi feo mundo. Tampoco tenía por qué escuchar toda la mierda que volcaban los medios sensacionalistas. Bruno y otro soldado habían redoblado su vigilancia. Aunque me imaginaba que nadie se atrevería a intentar un golpe de mano después del anuncio mañanero del puto senador.

Mi padre había convocado una reunión por la tarde para no coincidir con nuestras actividades habituales. Estaba tan alterado como todos, lo cual no auguraba nada bueno. Giordano Lugiano nunca había cedido en nada ni ante los federales ni ante ninguna policía local. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

También me había pedido una reunión posterior a solas, sin nadie más. Lo cual indicaba que iba a ser muy seria.

Durante los dos últimos meses había corrido el rumor de que mi padre estaba perdiendo el control y algunos hasta pedían que se retirara. ¡Demonios, pero si sólo tenía sesenta y seis años! Y yo tenía más claro que el agua que aún no estaba preparado para asumir el control de todo. De hecho, puede que nunca pudiera estarlo. ¿Por qué entonces la reunión a solas?

Lo que los cotilleos sí que habían logrado era colocar un signo de interrogación sobre todo el conjunto de nuestro imperio, sembrando la sospecha de la debilidad. Tal como estaban las cosas,

no nos podíamos permitir un talón de Aquiles. Aparqué el Ferrari y revisé atentamente para detectar la presencia de posibles observadores. Había visto bastantes coches de policía, pero en posiciones no estratégicas y sin que sus ocupantes prestaran atención.

Otra advertencia.

Drummand y el viejo Dick estaban disfrutando de la situación. Pero lo que no sabían era que en este juego del gato y el ratón que habían iniciado, finalmente las presas iban a ser ellos.

Lo averiguarían pronto.

El punto de encuentro era en la zona trasera de un restaurante-bar. Los federales no podían tener la más mínima información, ni tampoco encontrarlo, pues el único acceso era a través de un pasadizo situado en un edificio algo alejado. Su uso se remontaba a los viejos tiempos, cuando los negocios se basaban en la buena mesa y una gran cantidad de licor. Me maravillaba lo largo que era el brazo de mi padre, tenía muchos amigos y en todas partes. Si el gobierno local quería guerra, estaba preparado para librarla. El dueño del local era completamente leal y nunca hacía preguntas. Llevaba sirviendo a la comunidad trabajadora de Brooklyn desde hacía más de cuarenta años. Danos había crecido con mi padre, y habían forjado una amistad muy anterior al desarrollo de nuestro imperio. No obstante, Angelo había peinado el lugar de encuentro antes de la llegada del ningún capo. Dado el ambiente, cualquier precaución era poca.

Giordano estaba de pie en el centro de la sala. Todos los capos tenían una copa en la mano, pero él no.

Otra mala señal.

También parecía algo demacrado.

Agitó mínimamente la mano para detener las conversaciones y me lazó una mirada antes de empezar a hablar.

—Todos estaréis al tanto de la maldita rueda de prensa de esta mañana.

—Es un puto farol —ladró alguien.

—Por desgracia, he sabido que el FBI está a punto de emitir órdenes judiciales —dijo Giordano emitiendo un suspiro. Las arrugas de edad de la frente parecían más acusadas que el día anterior. Mi padre siempre vestía de forma impecable, pero hoy parecía algo desaliñado. Nunca lo había visto así.

La única persona en la que podía haber confiado para recibir la información era el fiscal del distrito, pero incluso en ese caso la habría agarrado con pinzas. Yo no confiaba en Clive Banyon y eso no iba a cambiar nunca. Su relación con mi padre era provechosa en extremo y le debía a mi padre no sólo lealtad, sino también dinero: su reciente reelección había sido financiada en una buena parte con las generosas contribuciones de mi padre.

—La entrega se ha cancelado —indiqué.

Era el turno de Angelo.

—Las calles están tranquilas. Aún buscamos la organización que está intentando abrirse paso.

Nadie habla. Ni una palabra.

Giordano asintió.

—Sigamos así de momento. Nos mantendremos inactivos hasta que la sangre desaparezca de las aguas. Aseguraos de que los soldados sigan recaudando, pero que cambien sus rutinas. A la menor señal de que alguien es un soplón, ya sabéis lo que tenéis que hacer, pero sea lo que sea, hacedlo fuera de nuestro territorio.

Comprobé que los asistentes no estaban a gusto. Si seguían al pie de la letra las instrucciones de mi padre, bastantes soldados estarían sometidos al fuego cruzado. Aunque muchos de ellos tenían muy claro que el peligro era inherente al trabajo en cualquier momento, también era verdad que no había un conflicto armado de verdadero nivel desde hacía más de quince años. Al menos en mi opinión, nuestros hombres no eran muy de fiar y se olvidaban fácilmente de la necesaria lealtad.

—Son tiempos difíciles para nosotros, caballeros, y no hace falta que os recuerde el peligro que corremos. Tenemos un traidor en nuestras filas. Según el fiscal del distrito, alguien ha estado informando, sobre todo a los federales. Por supuesto, no me ha especificado qué tipo de soplos ha transmitido, pero eso es más que suficiente. Antes de preocuparnos de otras cosas, tenemos que desenmascararlo. Esa es la prioridad. —Giordano hizo una pausa para dejar que la orden calara. Después me miró directamente a os ojos—. Si aparece más mierda. Ya sabes lo que hay que hacer. Tengo un plan, pero espero no tener que ponerlo en práctica.

Un plan. Era la primera vez que yo escuchaba algo que trascendieran las normas habituales.

—¿Y qué pasa con la bomba? —Estaba obligado a hacer la pregunta.

—Dejemos trabajar a la policía. Para eso les pagan los contribuyentes. —De nuevo hizo un gesto con la mano: la reunión había terminado.

Me di cuenta de que le temblaba la mano.

Mientras os asistentes apuraban sus copas, Angelo se me acercó y me habló al oído en voz muy baja.

—No me gusta nada que alguien se haya atrevido a poner una bomba en el club. También creo que podríamos estar metiéndonos en una guerra que quizá no estemos en condiciones de ganar.

—Te entiendo, pero ya has oído a Don Lugiano. —No podía ir contra las órdenes directas de mi padre.

Levantó una ceja. Me conocía desde hacía mucho y sabía que no era raro que a veces discutiera las órdenes de mi padre. Pero ahora no era el momento. Giordano tenía razón. Nos estábamos jugando mucho. En realidad, todo.

—¿Algo más?

—Vuelve a patrullar las calles. Alguien se está yendo de la lengua.

Angeló bufó.

—Y me da la impresión de que sé perfectamente de quién se trata. —Miró a los soldados y

suspiró con fuerza.

—Si estás en lo cierto, tráeme a ese cabrón.

—Dalo por hecho.

Mi padre se sentó en una de las sillas. Parecía vencido.

Esperé un momento y agarré dos copas. Cuando me acerqué a la mesa, los capos que había alrededor se retiraron discretamente mostrando su respeto. Le pasé un escocés mientras me sentaba junto a él en el borde de una silla.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué te sientas?

—Puede que la petición que he hecho sea dura, Dom, pero tenía que asegurarme de que estabas conmigo. Nos quedamos sin tiempo.

—Por supuesto que estoy contigo. Por cierto, tienes una pinta fatal.

Gruñó e intentó agarrar el vaso, lográndolo a la segunda tras frotarse las manos.

—Estoy viejo para esta mierda, Dom

—No eres viejo ni mucho menos, papá.

—¡Pero si me lo acabas de decir! Este negocio está pudiendo conmigo. —Echó un trago y finalmente me miró a los ojos—. Vista la forma en la que están yendo las cosas, hay cosas que debes saber. He oído cosas acerca de Aleksander Petrov. Ya conoces a los rusos. No les gusta nada que os tomen por tontos. Y Filadelfia está demasiado cerca.

—No me gusta oír eso, papá.

—Los tiempos han cambiado, Dominick. Y más que van a cambiar. He oído decir que la junta de supervisores ha parado nuestro acuerdo. En estos momentos está en punto muerto.

No me sorprendió la noticia. Pero debería haber sido el primer punto del orden del día para la reunión.

—Podemos encargarnos de eso.

Sonrió.

—Tú nunca has sido optimista, hijo. ¿Por qué ahora sí? ¿Es que esa novia tuya te está transformando?

No pude evitar una sonrisa.

—Puede. Ella es…

Se inclinó hacia mí y me dio unos golpecitos cariñosos en la mano.

—Me alegro mucho por ti, hijo, de verdad. —Su mirada cambió sutilmente. Estaba pensando en el pasado—. ¿Sabías que el matrimonio de tu madre y mío fue acordado entre familias?

—No tenía ni idea. —Las viejas costumbres italianas. Por otra parte, Drummand seguramente no

iba a dar su consentimiento para la cercana boda de Caroline.

—A veces es mejor. Con el tiempo llegas a enamorarte.

Eso era impropio de su carácter.

—Tenemos que golpear pronto y con fuerza por lo que respecta a Drummand: hacer una advertencia lo suficientemente clara antes de que corra la sangre.

—Pero sabes que no podemos hacer eso, Dom. No tienen nada contra nosotros y lo sabes. Necesitamos seguir así, al menos en su mayor parte…

—¿Pero?

Giordano se frotó la barbilla.

—Pero necesitan marcar algún tanto y desde hace muchos años quieren dar ejemplo con la familia Lugiano. Creen haber encontrado el modo y tienes razón, podremos con ello. Siempre podemos.

—De acuerdo. ¿Qué más tienes en mente? Normalmente no hablamos las cosas con tanta claridad.

—Tienes razón, pero, como te he dicho antes los tiempos han cambiado. Hemos localizado a Margaret. Algunos hombres de toda mi confianza van ya camino de Canadá. Y no me preguntes, porque todavía no voy a darte todos los detalles te pongas como te pongas. Todavía debo comprobar alguna cosa.

—¡Madre mía! ¿Crees que Drummand sabe algo?

—Posiblemente. Tengo la impresión de que la rueda de prensa de hoy indica que va a permitir que todos sus secretos salgan a la luz. O está loco o es muy brillante y esa segunda posibilidad me preocupa. Van a llevar a Margaret a un lugar seguro y cuando eso ocurra tú y yo tendremos que tomar decisiones difíciles. No le digas nada a Caroline hasta que todo esté claro. —El gesto evocador del otro día volvió a su rostro.

—La querías, ¿verdad?

—¿A Margaret? —Se llevó el vaso a la boca y hasta podría jurar que vi lágrimas en sus ojos—. La quería muchísimo, sí, pero como te dije, nunca le puse la mano encima. Hablábamos de todo, sobre todo de sueños de futuro. Créeme, quería desesperadamente que se enamorara de mí, pero ya estaba con otro. Escrúpulos, ya sabes. Hoy en día no son habituales.

—Drummand lo sabía, ¿Verdad?

—Drummand es imbécil. —Su risa sonó vacía.

—¿De quién tenías que protegerla?

Mi padre apuró la copa y mantuvo unos segundos el licor en la boca antes de tragarlo.

—Del mal en estado puro.

Sus palabras, pronunciadas con dureza, me afectaron mucho. Me incliné hacia él, procurando

controlarme.

—¿Qué me ocultas? ¿Sabes quién es ese traficante de drogas tan poderoso?

—Me da la impresión de que nadie está intentando abrirse paso, Dominick. Creo que sólo se trata de rumores para hacer que demos pasos en falso.

Di un golpe con la mano abierta sobre la mesa, me puse de pie y empecé a andar a grandes zancadas arriba y abajo.

—¡Y he caído en la trampa como un idiota! —Lo que había dicho Lorenzo empezaba a tener sentido.

—Tómatelo con calma, Dom. Toda la información apuntaba hacia matones caribeños llegados vía Miami.

—Algo que no me dijiste, papá. Eso coloca a la familia García en mitad de todo.

—Me he enterado de esto hace un rato, Dom, esta misma tarde. Pero no olvides que de momento, no son más que rumores.

Usó un tono distendido para decir todo eso, como si no fuera grave. Yo pensé en hablar con Miguel García. Si alguien estaba pasando droga vía Miami para llegar a los destinos finales, él tendría que saberlo. Aunque si lo llamaba, eso demostraría una nueva debilidad en el seno de nuestra organización. No podía afrontar el riesgo. ¡Joder! ¡La situación era ridícula!

—Hay más cosas aún, Dominick.

—¿Todavía más cosas? ¿Qué más puede haber, demonios? Tenemos a los federales a punto de imputarnos, un cargamento muy valioso de éxtasis yendo de acá para allá y un puto fantasma enterándose de todos nuestros entresijos… —Terminé riéndome y frotándome los ojos para intentar acabar con el dolor de cabeza rampante que empezaba a asediarme.

—Tengo buenas razones para creer que Carmine Francesco estaría colaborando con los federales.

—¿Pero qué cojones…?

—Tengo mis razones, repito. —Negó con la cabeza con gesto sombrío.

—Pero, vamos a ver… yo pensaba que erais buenos amigos. —No podía imaginarme a Carmine haciendo algo tan rastrero. Además, eso traería como consecuencia un baño de sangre que duraría semanas y Carmine lo sabía—. ¿Pero qué está pasando de verdad aquí?

—En los negocios no hay amigos de verdad, Dom. Es demasiado peligroso. Carmine es un hombre poderoso, pero lo mismo que me pasa a mí, se está haciendo viejo. Pronto estará preparado para cederle todo el poder a Lorenzo.

—Parece que Lorenzo le está apretando para que lo haga.

—Puede ser.

«Estará preparado» sonaba a que el plan ya se había puesto en marcha. Di un trago y pensé en lo que estaba diciendo. Puede que me estuviera pasando al intentar leer entre líneas, pero tenía un

mal presentimiento respecto a las ramificaciones de la conversación. Creo que mi padre me estaba dejando miguitas de pan por el camino: todas las fidelidades debían cuestionarse.

—Si está intentando vendernos, tendrá que vérselas conmigo.

—No necesariamente, y quiero que tengas mucho cuidado. Aléjate de la calle. Tienes toda la vida por delante. Quién sabe, puede que hasta hijos. —Su sonrisa fue más maliciosa de lo habitual—. Me has dicho que estabas trabajando con Lorenzo y también sé que estáis en un grupo, ¿cómo lo llamáis…?, «Los hijos de la oscuridad», ¿no? —Rio y, como consecuencia, le dio un fuerte ataque de tos.

—¿Cómo te has enterado? —Sonreí con cierta sequedad. ¡El viejo zorro…!

Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la boca.

—Yo me entero de todo, hijo. Aunque no estoy del todo seguro de que sea una buena idea y que nosotros, los viejos leones, nunca lo habríamos aprobado, puede que sea el momento de que la sangre joven tome las riendas. Un nuevo poder, ¿no te parece?

—No irás a decirme que vas a dejar el control…

—Aún no me voy a retirar —dijo al tiempo que se ponía en pie—. Sabes que cuando tu hermano mayor no quiso entrar en el negocio, y mucho menos hacerse cargo de él, me cabreé mucho. Pero ahora me alegro de que seas tú quien está a mi lado. Has nacido para esto y te has ganado el respeto de todos.

—¿No crees que me estoy ablandando? —pregunté en tono de broma. Mi padre no era amigo de cumplidos y el que me acababa de hacer me había llegado muy dentro.

—El amor de una mujer bella, inteligente y vivaz es lo mejor a lo que uno puede aspirar en la vida, hijo. Ni dinero, ni coches… todo eso no es nada sin una mujer especial al lado.

—No puedo amarla, papá. Es demasiado pura e inocente.

—Recuerda que nadie es totalmente inocente, Dom. ¡Ni uno sólo de nosotros!

Mi padre y yo no solíamos tener conversaciones así de francas y abiertas. Nunca habíamos tenido una relación cercana. Su amor por mi hermano lo acaparó todo, hasta que Víctor se marchó y juró no volver nunca a Nueva York. Después de siete años seguía manteniendo su promesa.

—Lo tendré en cuenta.

—Bueno, tengo algunos asuntos que resolver. —Se alejó de la silla—. Ya sabes, parece que todo lo que teníamos entre manos se está yendo a la mierda y eso me jode mucho. Voy a llegar al fondo de todo esto, pero a mi modo.

—¿Te encuentras bien?

Giordano no había estado enfermo ni un solo día en toda su vida. Verlo así, deteriorado y asediado por los problemas me dolía en el alma. Drummand tenía la clave de toda esta mierda y estaba decidido a averiguarla más pronto que tarde.

—Estoy bien, hijo. ¿Por qué no vuelves con esa señorita que te espera? Deja el trabajo sucio para los capos, para eso los pagamos.

—Saldremos de esta, papá. Vaya si lo haremos. —No sé muy bien por qué repetí el comentario. Quizá para conseguir que yo mismo me lo creyera.

Me dio una palmada en el hombro antes de encaminarse hacia la puerta.

—Sí, lo harás.

Conocía muy bien a mi padre. Nos volveríamos a ver pronto.

Ira. La emoción que mejor conocía y más habitual en mí era la que se abría paso. Y ahora tenía que alimentarla. Sabía lo que había que hacer, sin ningún género de dudas.

* * *

Me senté en el aparcamiento y miré hacia el edificio. La mayoría de los ejecutivos ya se habían marchado a sus hogares, a encontrarse con sus adorables familias y su entorno dorado. La oscuridad se abría paso y formaba ominosas sombras en el aparcamiento. Estaba muy cabreado conmigo mismo y con mi padre. Seguía guardándose secretos. ¿Qué demonios iba a contarle a Caroline? Al menos en estos momentos ella estaba dónde yo quería que estuviera, a salvo de todo. Me tomé otras tres aspirinas y apagué el motor. Mi paciencia se había agotado. Quería respuestas claras ya, de inmediato.

Y sabía cómo obtenerlas.

Me di cuenta de que seguía habiendo luz en la oficina de la esquina, dando crédito y gloria al hombre en sí mismo, no a su fama entre los demás. Me reí de mis pensamientos.

Lo que ahora necesitaba no tenía nada que ver con las reglas que tenía que seguir. Había pedido una reacción, un golpe contundente, y mi padre lo había rechazado. No podía ir contra sus deseos, pero sí dejarle claro al senador en dónde se había metido exactamente. La conversación iba a ser… muy sincera. Y no la iba a mantener sin respaldo propio.

Saqué la Glock de debajo del asiento y comprobé el seguro antes de meterla en la sobaquera. La visita sería breve pero efectiva. Sólo me había alejado un par de metros del coche cuando sonó el móvil. Angelo.

—¿Tienes noticias?

—Esto no te va a gustar —advirtió.

—¿Qué pasa ahora?

—Marco está fuera de juego. Aunque él era la filtración…

Me quedé paralizado.

—¿Quién lo ha hecho?

—Profesionales. Muy rápido y limpio. Sin más problemas que yo haya visto. Estaba sólo. La

tienda cerrada. No creo que haya sido un robo, de hecho, tenía un montón de dinero encima.

—¿En efectivo? —Si el mamonazo volvía…

—Unos cincuenta de los grandes.

Solté el aire y apreté la mandíbula.

—¡Joder! Dejadlo donde está, a él y al dinero. Pero seguid con la búsqueda. Giordano tiene razón. Alguien que está en los primeros niveles de nuestra organización nos lo está poniendo muy difícil a todos.

—Yo pensaba que teníamos a nuestro hombre —comentó Angelo en voz baja y tono de pesar.

—Hay que encontrar al cabrón de verdad. No me importa cuánto tiempo que cueste, pero hazlo tú solo, sin ayuda. —Quien quiera que fuese el que había sorprendido a Marco estaba cerrando cabos sueltos. En este momento averiguar de quién se trataba era la prioridad absoluta. No era cosa de los federales, ese no era su estilo, lo cual conducía a Carmine. Tenía cierto sentido, ya que Lorenzo había enviado varios soldados a nuestra zona «para ayudar». Estaba furioso por haber confiado en el muy hijo de puta. Respiré hondo para controlar la rabia. Eso era lo que le convenía a Drummond, que la situación me sacara de quicio.

—Por supuesto, jefe. No me gusta nada lo que está pasando. Los chicos están empezando a pensar que son presas fáciles.

Volví a mirar a la luz de la esquina del edifico. El brillo era muy tentador.

—Sácalos de la calle y que se pongan a salvo esta noche y averigua si los soldados de Francesco siguen en la ciudad.

Angelo lo miró dubitativo.

—¿Por qué, Dom? La verdad es que su presencia no tiene mucho sentido. ¿Por qué se molestan en ayudar?

—¡Hazlo y no preguntes! —Podían ayudar o tender una trampa, cualquiera de las dos cosas. Iba a depositar mi confianza en alguien siguiendo mi instinto. Tras esta conversación tendría una idea mucho más clara de a qué nos estábamos enfrentando, estaba seguro de ello.

—A tus órdenes.

Me alumbré con la linterna el teléfono antes de dirigirme al edificio y subí las escaleras hasta el piso cinco. No había nadie en el edificio, no se oía ni un ruido. Las grandes puertas de vidrio que conducían a las oficinas de Drummand daban paso a una zona de recepción muy bien decorada en la que no había un alma. Había visto el coche del senador en el aparcamiento, por lo que sabía que él estaba en el edificio.

Sabía perfectamente dónde ir y me alegré al ver que las puertas estaban abiertas, como si el tipo esperara mi llegada. Puede que me limitara a hacer averiguaciones y nada más, pero sería a mi manera. Entré sin vacilaciones.

Drummand estaba de pie, cerca de la ventana, con la vista puesta en el aparcamiento y una copa en la mano.

—Estaba seguro de que me ibas a hacer una visita, Dom. Eres de lo más predecible.

—Estás jugando fuerte, Drummand.

Rio entre dientes, negando mínimamente con la cabeza. Su forma de hablar dejaba claro que se estaba divirtiendo, como si tuviera mejores cartas que yo.

—¿Te apetece una copa? Te aseguro que yo necesitaba una después de un día tan largo e intenso.

Solté el aire y me acerqué a él.

—¡No es tan grave, Drummand! Somos viejos amigos y pronto seremos familia.

Se volvió y me miró por un momento.

—Eso es verdad. ¿Cómo está mi adorable hija?

—Adaptándose.

—Ya… Siempre ha sido… ¿cómo lo definiría? Una niña problemática, eso es. Siempre preguntando cosas, nunca escuchando. Quizá contigo aprenda que obedecer es para ella la única forma de progresar. —Dio otro trago a la bebida.

Mi cabreo con Drummand crecía por momentos. Si era capaz de librarse de su propia e inocente hija sólo por hacerle preguntas y cuestionarle, ¿hasta dónde más podía llegar?

—Por desgracia, Caroline me recordaba a su madre.

Esa era la línea. La voz del pasado.

Me limité a sonreír.

—Un escocés, ¿verdad? Si no recuerdo mal, te gusta fuerte. —Me llenó el vaso hasta el borde. Su forma de comportarse era extraña para un hombre que estaba andando sobre el alambre—. Pero estoy seguro de que no has venido a hablar de mi hija o de mi esposa fallecida.

—Sí, tenemos que hablar de negocios, seguro que ya sabes cuáles.

—Ya, negocios. —Su tono era de engreimiento.

—Como sabes muy bien, Drummand, mi familia nunca se toma a la ligera las situaciones de esta naturaleza. Mientras que yo tengo el placer de estar en compañía de tu maravillosa hija, tú has roto los términos de nuestro acuerdo. Las consecuencias van a ser difíciles y rápidas. Supongo que podrás manejarlas. Supongo… Estoy convencido de que tus amigos no van a abandonarte.

Al contrario de lo ocurrido durante nuestra primera conversación, ni rogó ni se encogió de miedo. Se limitó a sujetar el vaso y a mirarme sin cambiar la expresión, como si estuviéramos hablando de negocios. No obstante, un ligero brillo en sus ojos transparentó los muchos secretos que se guardaba.

—Haz lo que consideres necesario, Dominick. No estoy en condiciones de discutir.

Me quedé quieto mirándolo. Tenía curiosidad sobre cómo iba a reaccionar.

—No obstante, —dijo levantando el dedo índice—, creo que la buena gente de Nueva York se

sentirá más proclive a creer mi versión de los acontecimientos en lugar de la tuya, sobre todo después de tu arresto.

Dio un trago disfrutando de la calidad del licor.

—Bueno, supongo que tendremos que comprobarlo. Te agradezco la copa, Drummand. Muy pronto tendrás noticias nuestras. —Al dejar el vaso sobre la mesa pude ver una fotografía muy explícita, aunque algo granulada.

Se dio cuenta y rio.

—Seguro que estás pensando que estoy loco, Dominick. Esto ha llegado a mis manos hace sólo una hora y, como te puedes imaginar, he dado los pasos adecuados para ayudar a la policía a arrestar al culpable. Por lo que he podido saber, tus huellas dactilares están por todas partes en la cafetería de este pobre imbécil.

Agarré la foto y contuve el aliento, así como el deseo de sacar el arma. La muerte de Marco había sido planeada al milímetro.

—Veo que estás preocupado, Dominick, y tienes razones para estarlo. Caballeros, pueden pasar cuando deseen. —Drummand sonrió mientras hacía señas en dirección a la puerta.

Nunca me había considerado un estúpido, pero esta vez lo había sido. Por completo.

—No sabes lo feliz que me hizo el que me ofrecieras ese trato tan fantástico que incluía a mi hija. Todo se colocó en su sitio sin que yo tuviera que mover un dedo para lograrlo. —Drummand rio cuando entraron cuatro agentes de policía—. Ahora, gracias a las amenazas que me has hecho y al desafortunado incidente con este pobre hombre, que sospecho que vendía drogas bajo tus órdenes, todo se va a resolver adecuadamente. Vas a ser arrestado, Dominick, y te garantizo que los cargos serán sólidos. Estarás fuera de juego durante mucho, muchísimo tiempo. Tu padre irá después, y tras él todos vuestros matones a sueldo. Después pasaremos a actuar en otras ciudades. Y yo seré elegido presidente de los Estados Unidos por librar a América de la amenaza del crimen organizado.

Había perdido el juicio, el muy cabrón.

—¡Eres un loco hijo de puta! ¿Tu plan era encerrar a Caroline en una institución mental, igual que hiciste con su madre? ¿O simplemente librarte de ella en un tiroteo de la guerra que estás provocando? —Sus ojos expresaron una genuina sorpresa al escuchar mis palabras, lo que significaba que no sabía que conocíamos el paradero de Margaret. Mientras los agentes me rodeaban, le ofrecí mi propia sonrisa burlona—. Traidores… Ya sabes lo que les depara el destino en mi mundo, Drummand. Vete preparándote para el acto final.

—Sería una pena que le pasara algo a mi hija. Me pregunto a quién echarían la culpa…

—Si se te ocurre intentar hacerle daño a Caroline, no habrá ni un solo lugar en este mundo en el que puedas esconderte de mí. Te cazaré como al animal que eres—. Lo dije sonriendo aviesamente, y esta vez se puso lívido.

Drummand bufó y ahora la sangre enrojeció sus gordos mofletes.

—¡Sacadlo de aquí, joder!

En ese momento comprobé que Caroline no le importaba nada en absoluto. Había vendido el alma al diablo por pura ansia de poder y avaricia.

En el ajedrez, esto era un jaque.

Pero ahora yo tenía la mano y pronto estaría en condiciones de jugar y darle jaque mate.

CAPÍTULO CATORCE

Caroline

—Tengo una sorpresa para ti.

Escuché su voz ronca. El hombre que adoraba estaba de pie delante de mí, aunque no podía apartar los ojos del océano ni de las olas que me acariciaban los pies formando espuma a su alrededor. El sol empezaba a desaparecer en el horizonte, creando anillos de brillantes colores. Naranja. Fucsia. Violeta. En el atardecer que nos acercaba a la noche todo era precioso, un momento de paz absoluta.

—¿Una sorpresa? —Escuché mi propia voz, gutural y llena de lujuria. Cuando me acarició el hombro con la mano, me estremecí exactamente igual que siempre lo hacía. Un simple toque bastaba. Sentí que mi coño temblaba de ansia y el deseo electrificaba todas mis terminaciones nerviosas y me dejaba sin respiración.

—Tienes que obedecer todas mis órdenes, sin excepción.

—¿No lo hago siempre?

Me acunó en sus brazos, me agarró las nalgas con las manos y me apretó contra su pecho.

—No siempre, pero aprenderás.

Le brillaron los ojos sólo un segundo antes de que me cubriera mi boca con la suya. Introdujo la lengua entre mis labios, inundándome de sabor a güisqui escocés, llenándome de dulzura como siempre lo hacía. Sus poderosos brazos me rodeaban y el rítmico sonido de su corazón se emparejaba con el del mío.

Su boca.

Su poder dominante.

Su polla ancha y dura.

Caímos sobre la arena y, en cuestión de segundos, introdujo toda la amplitud de su polla en mi vagina. Gemí mientras lo besaba con ansia y el agua salada envolvió nuestros cuerpos.

Dominick me empujó los brazos por encima de la cabeza hasta agarrarme ambas muñecas con una mano. Interrumpió el beso, se cernió sobre mí y respiró hondo varias veces. La oscuridad había vuelto a sus ojos. Era como si el hambre de mí hubiera vuelto a sacar a la luz el salvaje que yo sabía que era.

—No tienes ni idea del efecto que produces sobre mí.

—Muéstramelo.

Rio entre dientes y emitió un sonido con la garganta, más animal que humano. Yo era suya para el sexo, suya para la disciplina.

Suya…

Entró y salió, con tanta fiereza que casi me enterraba en la arena a cada embate. Le rodeé las caderas con las piernas y arqueé la espalda, intentando desesperadamente que me penetrará aún más. Su polla se apretaba contra los músculos de la vagina, que la envolvían por completo. Este hombre me volvía loca: cuanto más bebía, más sed tenía de él.

Con cada empujón, el agua nos inundaba y se llevaba cualquier materia oscura que tuviéramos en el interior. No había nada comparable al poder de este hombre, a su habilidad para transportarme al colmo del éxtasis y ser capaz de empezar de nuevo.

En ese maravilloso atardecer él también quería hacerme suya por completo para lograr su propia y desesperada satisfacción. Y haría lo que fura por lograrlo.

Bajó la mano para acariciarme los pechos y pellizcarme los pezones, logrando que todo mi cuerpo se estremeciera.

—¡Oh, sí! —Cerré los ojos, gemí con sus embates, escuché el sonido del roce de nuestros cuerpos y el chapoteo en el agua que iba y venía. Cuando se vació llenándome por completo, mi cuerpo se sumió en un estado de gozo sublime.

El paraíso.

—¡Joder! —Abrí los ojos de repente, aún con las imágenes del increíble sueño vívidas en la mente. La fantasía me había dejado húmeda y caliente, con el coño ardiendo y los pezones erectos y duros como piedras. Lo deseaba. Casi lo podía sentir. Aunque las imágenes eran absolutamente reales, me daba cuenta dolorosamente que sólo eran una fantasía, un sueño húmedo.

Precioso.

Maravilloso.

Falso.

Mi vida con Dominick nunca iba a poder ser mágica, pues su peligrosa existencia nos impediría en todo momento encontrar la felicidad verdadera. Me agarré a las sábanas, rodé por la cama y apreté la almohada contra la cara para asegurarme de que las lágrimas eran reales. ¿Cuántas horas habían pasado desde que Dominick se había ido de casa? La maldita rueda de prensa había

dado un vuelco no sólo a su vida, sino a la de ambos, sumiéndola en un caos.

Me había quedado dormida a media tarde a causa del estrés y la tensión. Puede que también de la tristeza. Eso no iba a resolver nada, excepto alimentar la desesperación. Me di la vuelta para quedarme mirando al techo. Dominick estaba bien y yo no estaba ni mejor ni peor que él. Tenía almacenado en mi interior un secreto de algún tipo, pero sin la más mínima pista acerca de cuál podría ser.

Pensé en el tiempo que había pasado con ella, en nuestras conversaciones. La aparté de mi vida tras terminar el colegio, negándome a volver más allá del verano o la Navidad. Estaba muy abatida y la ignoré. Me sentí muy culpable, casi enfermé de desesperanza. Pensé en una conversación en particular, y…

La caja. La caja de mi madre. Por alguna razón que no comprendía ni siquiera había pensado en ella, ni siquiera después de saber que estaba viva. Era verdad que el día que se acercó a mi habitación y me habló en susurros tampoco le hice demasiado caso. Estaba nerviosa, casi ansiosa, mirando continuamente hacia atrás por encima del hombro. No caí en la cuenta de lo asustada que parecía.

Ahora sí.

Eso había ocurrido hacía tres años, dos antes de su supuesta muerte. Me levanté y empecé a andar por el dormitorio, intentando poner en perspectiva todo lo que había visto y escuchado y buscándole un sentido. Si mi padre había sabido que alguien estaba buscando a mi madre, no me cabía duda de que recurriría a lo que fuera para proteger su secreto.

O el secreto de ella.

Tenía que averiguarlo. Tenía que saber qué era lo que la había dejado tan petrificada durante todo su matrimonio. No se habían mantenido conversaciones importantes y sólo se le veía feliz cuando permanecía bastante tiempo fuera de casa. Tenía que haber hacho más preguntas, aunque tampoco tenía elementos para comparar la situación de mi hogar frente a las de otros. Tenía pocas amigas, no iba a fiestas de pijamas, así que no podía saber hasta qué punto mi familia era disfuncional.

Y ahora me aterraba averiguarlo.

Tenía la mente tan confusa que los detalles y recuerdos de las conversaciones que había tenido con ella eran inconexos. Lo que sí recordaba era el sitio dónde estaba la caja de la que me habló, un local de almacenamiento de UPS. Había uno cerca de casa de mi padre, pero no estaba segura de si era precisamente ese dónde se quedó. ¿Estaría allí todavía? Lo único que recordaba era que había que pagar por recogerlo y también que ella había dicho que allí estaría a buen recaudo durante bastante tiempo. «Bastante tiempo». ¿Años? ¿Y si estaba en una caja con combinación, o si era necesaria una llave?

Fuera como fuera, yo estaba jodida. Bruno no me iba a dejar ni moverme de la casa, y menos ahora. La única posibilidad era pedirle ayuda. ¿Sería posible? Recordaba perfectamente sus palabras al salir de la habitación: «*Si me ocurre algo, querida, consigue la caja. Número 518. Sabrás lo que tienes que hacer*».

Pero no había hecho nada tras su muerte, pues el recuerdo de la conversación quedó bloqueado.

Volvió a asaltarme el sentimiento de culpa, tan fuerte que sentí escalofríos por todo el cuerpo.

No sabía nada de Dominick y no tenía ni idea de cuándo iba a volver a casa. A casa. La palabra me sonaba extraña. Esta no era mi casa.

La misma irritante voz interior que me transportaba al sueño imposible se reía en ese momento, un recuerdo amargo de que esta sí que iba a ser mi casa, pero a la fuerza. Aunque quizá al cabo de unos días estuviera preparada para aceptarlo. No, no quería «quizás».

Salvo por el hecho de que Dominick tenía que seguir vivo y libre de encarcelamientos.

No quería utilizar el condicional «si» a todo este embrollo. Sentía un miedo cerval por él y por muchas razones. Vi sus reacciones mientras se desarrollaba la asquerosa intervención de mi padre. Escuché sus suspiros intentando controlarse mientras mi padre hacía hincapié en ciertos detalles y amenazas. Aunque tampoco me engañaba respecto a ninguno de los dos.

Me dolía el corazón, pero no debido a la desesperación de Dominick, sino por el amor que escarbaba y me aceleraba el corazón. Lo amaba, pese a su mal humor, a sus actos horribles. Si por mi parte había alguna forma de superar esta maldita situación, no había duda de que la pondría en práctica. Por un momento, la tristeza superó al amor en mi interior. ¿Acaso sería una extraña forma de intentar librarme de lo que él pensaba que era una cárcel por parte de mi padre?

La voz me recordó que, con toda probabilidad, no había sido más que una forma artera y cruel de librarse de mí.

Entonces, ¿quién era el verdadero monstruo?

Me puse unos vaqueros y me alegré de encontrar un par de zapatillas de deporte entre las cosas que me había comprado Dominick. Encontré a Bruno paseando por la casa de la misma forma que yo lo había hecho antes por mi habitación.

—Necesito tu ayuda. Vas a pensar que es una locura de las mías, pero tengo que ir a un centro comercial que hay cerca de casa de mi padre. Es vital, Bruno, y me doy cuenta de que vas a decir que no, pero es muy importante y creo que podría ayudar mucho a Dominick. —Contuve el aliento tras soltar la parrafada. Me miró muy dubitativo.

—Tengo que consultarlo con Dom.

—No lo hagas, por favor. —Me acerqué más a él—. Mira: mi madre dejó cosas para mí en una caja que envió por UPS. Creo que cualquier cosa que guardara podría ser de utilidad. Mi padre es implacable y espero que con esto… —Me interrumpí de nuevo durante unos segundos—. No sé ni lo que digo. Igual la caja tiene algún candado y ni soy capaz de abrirla…

—Estás enamorada de Dominick, ¿verdad —dijo Bruno al tiempo que me miraba con la cabeza algo inclinada.

Pensé en qué contestar, eso sí, sin poder contener una sonrisa.

—Pese a que sé que es un error inmenso, sí, lo estoy. Es voluble y se queda con lo que quiere. No escucha. Es un cabezón. Debería odiarlo por lo que me hizo, pero no puedo. No sé… —Me di cuenta de que ahora sonreía él—. No sé qué demonios está pasando, pero me niego a convertirme en una víctima de todo lo que está pasando. Yo no soy así. Sé que tienes que

obedecer tus órdenes a pies juntillas, pero en este caso no lo hagas. Sólo por esta puta vez. Si esa caja contiene lo que sospecho, me convertiré en la única persona en el mundo capaz de ayudar a Dominick. —Mentía, sí, pero no había otra manera de averiguar lo que mi madre había estado tratando de decirme durante todos esos años.

No reaccionó, me atravesaba con los ojos. Sabía que era una pérdida de tiempo.

—De acuerdo —susurré con tono exasperado. Tenía que aprender a que me importara una mierda todo esto.

—Tengo tenazas para romper candados. Vamos a ir a por la caja, pero volveremos aquí echando hostias. —Dijo concisamente.

—No necesito más. Gracias. Eres un cielo.

Por primera vez desde que lo conocía, me premió con una sonrisa de satisfacción.

* * *

El estacionamiento que estaba frente al almacén de UPS estaba casi desierto. En el exterior del local había un cartel de neón indicando que estaba abierto al público, aunque no había nadie en el mostrador. La caja fuerte 518 resultó fácil de encontrar en el pasillo que conducía a las instalaciones del interior. Cuando el empleado se dio cuenta por fin de que había clientes a los que atender, Bruno ya había descerrajado la cerradura. Hablé un momento con el atónito empleado que me indicó que la caja fuerte se había alquilado para cinco años y pagado por adelantado.

Me temblaban las manos antes de abrir la puerta por lo que me pudiera encontrar. La caja de zapatos llenaba todo el espacio y la tapa estaba puesta, quizá para impedir fisgoneos de entrometidos. Igual no debía abrirla, después de todo.

Tenía mucho frío cuando me senté de nuevo en el coche y me coloqué el cinturón de seguridad: me temblaban brazos y piernas. El mero hecho de tener la caja de cartón entre las manos me hacía sentir más cercana a mi madre, pero también llena de enfado y amargura. Canadá. O Dominick y su padre me garantizaban que la iban a traer de vuelta, o me iría yo directamente.

Y después me vengaría de mi padre.

Cerré los ojos, bufé más que suspirar y me quedé callada mientras Bruno conducía, alegrándome de que no me hiciera preguntas.

Condujo en silencio durante unos diez minutos hasta que se aclaró la garganta. Aquí venía.

—¿No la vas a abrir?

—No estoy muy segura de querer hacerlo.

—Pero parecías desesperada por saber lo que contenía.

—Ya lo sé, Bruno, pero estoy aterrorizada. No sabes lo que supone que tu mundo se vuelva del revés casi de un día para otro. —Tragué saliva procurando no llorar.

—Lo entiendo. Pero hasta que no sepas a lo que te estás enfrentando, nunca vas a estar en paz. Créeme, lo sé por experiencia propia.

Tenía toda la razón. Agarré la tapa con dos dedos y volví la vista hacia la caja. Nos paramos en un semáforo y por primera vez miré detenidamente a Bruno. Era atractivo a su manera, pese a que no podía ocultar los estragos que las peleas a puñetazos habían causado en su rostro, aún más que en el de Dominick. No me imaginaba cómo alguien podía sobrevivir a un tipo de vida como la suya.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —dijo con una sonrisa burlona pero simpática. Cuando el semáforo cambió al verde, me miró fugazmente, me guiñó un ojo y apretó el acelerador.

Su sonrisa me reconfortó de verdad y reaccioné sonriendo también. De repente me inundó una sensación de valentía para enfrentarme a algo que muy bien podría cambiar mi mundo, que al menos sirvió para que abriera la maldita caja.

—Tengo una sensación extraña… —Las luces de un vehículo que venía en dirección contraria me obligaron a levantar os ojos. Me estremecí pensando que no había nada que hacer—. ¡Bruno! ¡Cuidado…!

* * *

Dominick

Apoyé la espalda contra el bloque de hormigón y escuché las absurdas conversaciones de otros detenidos. Detenidos. Eso era yo exactamente en ese momento. Al menos habían tenido el detalle de enjaularme a mí sólo en un calabozo de dos por dos. Quizá temieran que hiciera algo impredecible. Ya no estaba enfurecido y sólo me quedaba un fuerte dolor entre los ojos y una calma que indicaba un tipo distinto de sentimiento.

Venganza.

Era la única idea que en ese momento ocupaba mi mente. Me habían detenido y encerrado en el puto calabozo en cuestión de minutos, lo que quería decir que se esperaba mi llegada. Había sido tan estúpido como para meterme yo solito en la trampa y todo porque no me paré a pensar con claridad.

Eché un vistazo a la taza de váter, asqueado por el olor. Ya había tenido alguna ración de celdas, pero en este caso tenía la seguridad de que esta vez no iba a salir pronto. Hasta el abogado de la familia, un auténtico tiburón, tenía dudas acerca de que se fuera a fijar una fianza. La lista de acusaciones era significativa: asesinato, extorsión y chantaje, entre otras. Escuché la letanía de cargos y desconecté a la mitad de la lectura. Todos eran basura fácil de rebatir en un juicio, pero eso podía llevar meses, o incluso años.

Ya había realizado la llamada a la que tenía derecho. Al menos mi abogado estaba en condiciones de ponerse en contacto con las personas adecuadas, incluyendo a mi padre. También

le había dado instrucciones claras de ir a mi casa y llevar a Caroline a un lugar seguro y desconocido. Pese a tener claro que no podían acusarla de nada, seguramente estaría en peligro, debido a su maldito padre. Aunque eso no tuviera mucha lógica para mí. No obstante, nada de lo que estaba ocurriendo tenía el más mínimo sentido.

No tenía ni idea de la hora que era, aunque sospechaba que por la mañana. Había elaborado un esquema de la situación, de las razones que había detrás y la gente implicada, y trabajar en ello sería lo primero que haría cuando fuera puesto en libertad.

Si fuera puesto en libertad.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Me deslicé con la espalda hasta quedar sentado en el suelo y agaché la cabeza. Seguía sin poder creer que Carmine Francesco pudiera tener que ver con las acusaciones. Chicago estaba muy lejos de Nueva York, y él nunca había hecho el más mínimo movimiento que indicara interés por hacerse con el control de la ciudad. Era demasiado sensato para hacer eso. Y la reacción de Lorenzo había sido de asombro. El tipo no era un buen actor.

Entonces, ¿por qué mi padre estaba casi aterrorizado? ¿Qué secreto, oscuro y sucio, rodeaba a ambas familias? Y después estaba Caroline. Con mi encarcelamiento, la única manera de que estuviera a salvo era convenciéndola de que se fuera lejos. De mí. De su padre.

De su vida.

Ya había sufrido bastante y merecía algo mucho mejor que esperar para compartirla con un tipo como yo. Me pasé la yema del índice por la boca, intentando sentirla, recordando el último beso. La marca que había dejado en mi corazón era ya indeleble. Solté el aire con fuerza, como si con él pudiera alejar el furor que sentía. Era clave que me mantuviera en calma para poder lidiar con todo esto.

Escuché un zumbido y alcé la cabeza para mirar hacia la puerta de la celda, sonriendo entre dientes.

—¿Has venido a comprobar si me acostumbro a estar en una pocilga, Dick? —No me sorprendió ver a Dick Markus, junto con un oficial de policía, mirándome con gesto petulante. Era lógico que un prominente miembro del cuerpo especial contra el crimen organizado quisiera clavarme sus venenosas garras tan pronto como pudiera.

No se movió durante un largo momento, mirando arriba y abajo. Su rostro era inexpresivo, pero capté gotas de sudor sobre las cejas.

—¿Puedo hacer algo por ti, Dickie? Me da la impresión de que tengo todo el tiempo del mundo.

—Abre la celda —espetó en dirección al oficial de policía.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntó el oficial con tono de duda.

—Tengo órdenes implícitas de asumir la custodia de este prisionero para interrogarlo. Así que a no ser que quieras que mantenga una charla con tus superiores, te sugiero que hagas lo que te he dicho. —Pronunció las palabras en tono perentorio. Yo estaba absolutamente atónito.

Me puse en pie dándole vueltas a la cabeza y sin saber qué juego podía traerse entre manos.

—Sí, señor —cedió el policía, apretó un botón.

Me acerqué y miré a los ojos a Dick, que mantuvo la mirada sin dificultad, pero no fui capaz de leer sus pensamientos. Muy bien. Seguiría el juego. Cuando se abrió del todo la puerta, Dick se limitó a indicarme el pasillo con una breve señal.

Levantó una ceja.

Quería que estuviese callado. Me picaba la curiosidad, pese a que seguía ardiendo en deseos de meterle una bala entre los ojos.

La recogida de mis cosas llevó unos quince minutos que transcurrieron en un silencio absoluto. Una vez fuera, miré hacia el sol mañanero.

—¿Te importaría decirme qué cojones está pasando?

Dick echó un vistazo a la comisaría de policía y negó con la cabeza. Otra señal. Temía que nos estuvieran vigilando.

—Métete en el coche, Dominick, y no discutas.

Esto no tenía nada que ver con ningún interrogatorio. Asentí mientras escrutaba el aparcamiento y sus alrededores antes de entrar en el coche. Le temblaba la mano al encender el motor.

Salió a toda prisa del estacionamiento y miró tres veces el retrovisor antes de empezar a hablar.

—Lo primero que tienes que saber es que estoy poniendo en peligro mi trabajo, ¡qué cojones!, mi carrera al completo, por ti y por tu familia. —Rio amargamente—. Soy un estúpido. Ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto.

—Eso plantea una pregunta. ¿Por qué cojones estás haciendo esto?

—Tu detención ha sido un montaje.

—Dime algo que no sepa.

Estaba muy incómodo y ahora sudaba profusamente.

—Ni te imaginas las conexiones que tiene el senador Hargrove, así como el jefe de Policía y el fiscal del distrito. Están empeñados en abortar tu operación como sea. Y creo que hay gente de más arriba en la política, la judicatura y sabe Dios quién, metida en esto. Es jodidamente grande y aterrador.

¡Un momento! ¿Qué estaba dando a entender?

Se limpió

—¿Me estás diciendo que os tres son corruptos y que hay muchos más?

Se limpió el entrecejo, rio sarcásticamente y dio un volantazo que hizo chirriar las ruedas del coche.

—Es enorme.

Miré por el espejo retrovisor y a ambos lados, incapaz de detectar si nos seguían. Pro si lo que decía Dick era cierto, seguro que la policía estaba ya en alerta.

—Habla deprisa, tengo muchas cosas que hacer.

—Los tres llevan tiempo siendo investigados por crímenes atroces. Desde hace mucho tiempo hay rumores, pero no salen a la luz. Al menos que yo sepa. Alguien se ha acercado mucho y muy deprisa. No tengo ni idea de qué tiene esto que ver con tu familia, pero han puesto el foco en tu organización. No te equivoques: además de esto el senador lleva dos años intentando ponerte la soga al cuello por el juego ilegal y los casinos.

—Pero tú sabes que los casinos están limpios como una patena.

—Pues entonces por el tráfico de drogas.

—Que mi padre cree que es falso.

—El tipo al que matasteis en tu casino era un agente encubierto. —Dick gruñó y se limpió la boca y la nariz con el antebrazo.

Muy inquieto, intenté sacar conclusiones acerca de lo que me estaba diciendo.

Dick se rio nerviosamente y se quitó el sudor que ya le caía a las cejas.

—Últimamente se ha producido un incremento de muertes por sobredosis por una droga de diseño, una mierda nueva que, al menos según lo poco que sabemos, procede de América del Sur. En cualquier caso, parece que la coincidencia en el tiempo es accidental y lo han utilizado para putearte a ti.

—¿Y eso qué significa?

—Pues significa que la nueva droga ha sido el catalizador perfecto. Tu cargamento dando vueltas por el mar y podría ser que los colombianos o quien coño sea que esté moviendo esa nueva mierda aprovechándose de la situación para renegociar acuerdos con tu familia… ¿Resultado? Pues que toda tu organización cae, los nombrados se ponen las medallas y tu padre y tú vais a la trena, o los colombianos os ponen al borde de la bancarrota y, además, quedáis a los pies de los caballos. Pase lo que pase, ganan los malos. Respecto a esa otra basura colateral acerca de Chicago y Nueva York, no tengo ni idea de por qué la han puesto en marcha y qué buscan, pero no me extrañaría que esa organización secreta quiera barrer todo el país y esté empezando por ahí, y después quién sabe.

—¿Qué organización secreta?

Dick tragó saliva varias veces, giró dos veces inopinadamente y estuvo a punto de hiperventilar.

—Es lo que yo pienso y quizá me equivoque, pero he visto signos en la ropa. No sé de qué va, y cada vez que he intentado que me invitaran me han bloqueado. Soy demasiado mojigato para ellos… ¡Si supieran unas cuantas cosas de mi pasado! —Rio otra vez, casi al borde de la histeria.

Eso era verdad. Tenía bastantes cosas que esconder.

—¿Y tú qué sacas de todo esto?

Volvió a reír tras torcer en otra esquina.

—¿Que qué saco? De momento quiero salir de esta vivo. No podré volver a mi vida anterior. Eso se acabó.

—Pero, ¿en qué anda metida esa gentuza?

—Eso no lo sé, lo juro por Dios. Pero he escuchado comentarios de policías. Asuntos asquerosos, eso es todo lo que sé. Yo estoy bastante abajo en la pirámide del poder, y en un departamento al que no llegan informaciones de ese tipo. Supongo que eso ya lo sabías.

Saqué el arma que llevaba en la sobaquera y le apunté con ella.

—¿Y entonces cómo te has enterado de todo esto, Dick? Poca gente estaría dispuesta a sacar del trullo a alguien como yo, así en caliente, y después a compartir una información de semejante naturaleza.

Tragó saliva y apretó tanto el volante que los nudillos se pusieron blancos. Respiraba a bocanadas.

Le puse la pistola en el pecho y me incliné hacia él.

—No me jodas, Dick. No tengo ningunas ganas de hacerte daño, pero si es necesario, sabes que lo haré.

Todo el cuerpo le tembló y tragó saliva varias veces antes de hablar.

—Tengo relación con tu padre desde hace mucho tiempo, lo sabes. Éramos muy amigos y me ayudó a salir de un aprieto muy grande. Le debía una… bueno, la verdad es que se lo debo todo.

Por la forma en que temblaba supe que estaba diciendo la verdad.

—Mi padre te llamó.

Asintió y volvió a tragar saliva.

—Sí. Le he contado todo lo que sé. Necesitas salir de la ciudad por un tiempo, mientras se enfría todo este asunto. Conozco al fiscal del distrito. Clive es un gilipollas, pero tiene poder. Respecto al jefe de la Policía, nadie se atreve con él.

—Yo nunca huyo de nada ni de nadie, Dick, pero te agradezco el consejo. Te sugiero que busques un sitio discreto cerca de mi casa y que me dejes allí. —Me hervía la mente. Al fiscal del distrito podía tocarle, pero no al jefe de Policía. Ese nunca había estado a nuestro alcance. Lo cual me llevaba a pensar que era el más poderoso de todos y que tenía su propia organización.

—Tú mismo. Haz lo que te parezca, pero yo tengo que ahuecar el ala, no puedo quedarme en la ciudad. Y espero que tanto tu padre como tu tengáis claro esto: os voy a ayudar con esto todo lo que pueda, sea lo que sea. Pero créeme, van a ir a por ti con todo.

Reflexioné sobre lo que me estaba diciendo y sabía que era sincero y conocedor de la situación.

—¿Y la familia Francesco?

Me lanzó una breve mirada.

—Sobre eso no sé nada, ya se lo dije a Giordano. Nadie de mi grupo operativo ni de ningún otro ha comentado nada sobre eso.

Toda una decepción.

—De acuerdo. Acércate a mi casa, Dick, y veré lo que puedo hacer para sacarte de la ciudad sin problemas.

Asintió frunciendo el ceño. El pobre tipo iba a quedarse fuera de juego. Era evidente que decía la verdad.

—Tienes que llamar a tu padre. Me ha dicho que están pasando cosas que le afectan, pero no me ha dicho cuáles. Yo no soy nadie, joder, un puto cero a la izquierda.

Interesante.

—Gracias por la información, Dick. Ahora, conduce. —Agarré el móvil, pero para llamar a Bruno, no a mi padre. La primera orden iba a ser sacar a Caroline de la casa. Tal como estaba la situación, no se podía perder tiempo. Tras seis timbrazos, no hubo respuesta ni saltó el contestador.

¡Joder!

Después llamé a mi padre con el corazón en un puño. Tenía un horrible presentimiento.

—Estoy fuera, papá, perotengo la sensación de que se ha liado una buena.

—Gracias a Dios que estás fuera, Dom. Y sí, es como dices. Tienes que venir aquí.

—Primero tengo que recoger un paquete. No puedo contactar con Bruno. Ya sabes lo que es importante para mí.

—No es el momento, Dick. Han pasado cosas importantes y tenemos que enfrentarnos a ellas juntos.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ven por aquí, hijo. Si la poli quiere volver a detenerte, primero tendrán que pasar por encima de mí.

Se me erizó el vello del cuello.

—Dímelo ahora, sea lo que sea. —Escuché un suspiro de exasperación. Contuve el aliento.

—Ha habido un accidente.

No hubo modo de contener la furia ni el sentimiento devastador que me atravesó el cuerpo, perolo que sí había era una manera de obtener venganza.

CAPÍTULO QUINCE

Dominick

—No deberías estar aquí, Dominick —dijo Angelo en voz muy baja mientras avanzábamos por el pasillo del hospital.

—¡Y una mierda, joder! —estallé. La gente se apartaba a mi paso y, quien no, la quitaba de en medio a empujones.

—Sabes que es sólo cuestión de tiempo el que vuelvan a intentar arrestarte de nuevo.

Me reí y volví a acariciar la pistola de la sobaquera. Me tranquilizaba.

—Me importa una mierda. —Vi una enfermera y me lancé hacia ella, agarrándola del brazo—. Caroline Hargrove. ¿Qué tiene? ¿Dónde está?

La mujer me miró como si fuera a golpearla y después negó con la cabeza.

—En el quirófano. Tiene lesiones internas. Está viva, es todo lo que sé.

—¿Dónde? —ladré.

—Ahora no puede verla. Tendrá que esperar. —Se desprendió de mí y salió corriendo por el pasillo.

—Cálmate, Dominick. Bruno está en su habitación. Habla con él.

Me pasé la mano por el pelo, procurando respirar hondo y despacio.

—¿Qué sabemos sobre el accidente?

—De momento, nada. El SUV fue embestido por un lado pasadas las nueve. No hay cámaras en el cruce y nadie vio nada.

Lo que quería decir que nadie quería hablar.

—¿Dónde está el SUV?

—En un depósito de vehículos.

—Límpialo por dentro y tráeme todo lo que haya. ¿Dónde está Bruno?

Angelo señaló hacia el final del pasillo.

—Jo-Jo se está encargando de eso, aunque ya sabes que Bruno siempre tiene los coches impolutos.

—Eso ya lo sé, pero tenía que haber alguna razón para sacar de casa a Caroline a esas horas. —No podía pensar en ningún porqué y el tema me preocupaba—. No me importa cuánta tierra tengas que mover, pero averigua quién es el responsable del choque. Y cuando lo tengas, tráeme al hijo de puta, solo a mí. ¿Está claro?

—Cristalino, Dom. De una forma u otra lo vamos a averiguar.

Dudé conforme me acercaba a la puerta. Era yo quien había puesto en peligro las vidas de Caroline y Bruno debido a mi empeño en destruir a un hombre al que su propia hija no le importaba en absoluto. La idea daba náuseas. Ahora lo único que deseaba era estar con Caroline y el hecho de que la estuvieran operando de lesiones internas alimentaba mi sed de venganza como la gasolina alimenta al fuego. Al menos esperaba que Bruno pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto.

Cuando entré me alivió ver que no tenía respiradores y parecía descansar. Tenía un brazo entablillado, pero, aparte de algunos rasguños y hematomas, no se observaban más señales traumáticas. Miré el monitor de control cardíaco. Las cifras eran las de un tipo que hubiera recibido la paliza de su vida.

—El vehículo está destrozado, siniestro total. Al parecer tienen mucha suerte de estar con vida. —La voz de Angelo sonó hueca.

—El cabrón que lo haya hecho está muerto. Me da igual quién sea. ¿Qué dice la puta poli?

—Apenas nada. Miden y toda esa mierda.

Bufé y le toqué el brazo bueno a Bruno esperando que reaccionara, pero no hubo respuesta.

—Ve a hacer tus cosas, Angelo. Me quedo yo con él. —Había venido directo al hospital con uno de los coches de mi padre, tras resumirle la información que me había dado Dick. Al menos Margaret estaba a salvo, aunque en esos momentos Drummand ya estaba al tanto de su desaparición.

La batalla estaba en pleno apogeo.

—Haré lo que pueda, jefe.

Volví la cabeza y le miré a los ojos.

—Que alguien busque al fiscal del distrito. Enciérralo.

—¿Seguro que quieres hacer semejante cosa?

—Como de que ahora estoy vivo.

Angelo asintió con cierto recelo antes de irse. Tenía claro que yo estaba en la cuerda floja. Acerqué una de las sillas para ponerla junto a la cama de Bruno y me puse a pensar, intentando

juntar las piezas. ¿Qué podían estar ocultando tres hombres con tanto poder que fuera tan monstruoso? ¿Y tan grande como para que se extendiera por todo el país? ¿Drogas? Podría ser. ¿Chantaje? Posiblemente. Pensé en las fotografías de las niñas. Era una posibilidad, pero encontrar pruebas iba a resultar muy difícil. Algo como eso se tenía que mantener muy en secreto y el que lo descubriera sabía que a partir de ese momento tenía la soga al cuello.

Yo no solía rezar. Dadas mis actividades, mi formación católica no había sobrevivido en mí; no obstante, rezaba por las personas a las que quería, esperando que, si había un Dios, me escuchara. Era irónico que alguien como Caroline me hubiera cambiado tanto en tan pocos días.

Observé su respiración mientras pensaba en la situación en la que me encontraba. Me había dicho muchas veces a mí mismo que no era un buen hombre, que era alguien peligroso e incapaz de amar a nadie. Lo que había hecho sobre todo era engañarme. El amor de Caroline era ahora lo más importante de mi vida. Más que el dinero. Más que la influencia.

Y, por supuesto, más que formar parte, y finalmente dirigir, una familia poderosa.

No me estaban gustando las decisiones que tomaba mi padre últimamente y, si estaba en lo cierto, tendrían que tomarse determinaciones muy duras. Pero en este momento eso no me importaba ni lo más mínimo.

—Mmm…

Levanté la cabeza al escuchar el sonido. Parecía que Bruno intentaba despertar. Le agarré de la mano y me incliné hacia él.

—Hola chaval. Vaya susto nos has dado, joder…

Bruno me apretó la mano con una fuerza inusitada para su situación, volvió lentamente la cabeza y abrió los ojos.

—Lo siento, jefe. —La voz sonó cascada y las palabras poco inteligibles, pero arrugó el entrecejo, como si se esperara un estallido de furor por mi parte.

—No hiciste nada mal, Bruno. Los hijos de puta sabían perfectamente dónde encontrarte, eso es todo. De no haber sido en la calle, hubiera sido en casa, amigo.

—Ya… —Respiró sonoramente y trató de recorrer la habitación con la vista—. Ella… ¿está…?

—La están operando.

—Surgió… de la nada…

—Un coche —informé asintiendo.

—Solo pude ver las luces delanteras. —Pestañeó varias veces—. Espera… Un SUV oscuro.

—¿Cómo el nuestro?

Asintió y se quejó al moverse.

—No hace falta que te muevas. Sólo habla. ¿Recuerdas algo más?

—Una voz. Masculina. Juraría que me sonaba, pero todo está borroso ahora. Eran susurros.

—¿Por qué estabas fuera del coche?

Una vez más, frunció el ceño.

—Caroline necesitaba… —Empezó a toser e intentó taparse la boca con la mano. El monitor empezó a pitar al incrementarse el ritmo cardíaco.

—Cálmate. —Agarré el dispensador de agua y al acercarle la pajita a la boca, la expresión de remordimiento en los ojos era tan intensa que me sobrecogió. Todos mis soldados y capos estaban al borde del abismo casi diariamente y expuestos a mi ira o a la de mi padre.

Bruno dio varios sorbos y finalmente alejó la boca de la pajita.

—Una caja. Tienes que hacerte con la caja.

—¿Qué caja?

—Contiene secretos. Ella me dijo que contenía secretos de su madre.

¿Qué demonios…? Me acordé de su expresión después de la conferencia de prensa.

—¿A dónde fuisteis?

—A un almacén-consigna de UPS.

—¿Y qué contenía?

Negó con la cabeza.

—No llegó a abrirla, pero sé que era importante. Dijo que… para ti… —Volvió a toser. Su presión sanguínea había subido a niveles de peligro. Las enfermeras iban a llegar de un momento a otro.

—De aquí en adelante yo me encargo, amigo. Tú lo que tienes que hacer es mejorar. Ponerte bien. Ya hablaremos.

—Jefe. Ella te ama. —Trató de sonreír y después cerró los ojos.

Resistí la tentación de dar un golpe sobre la mesita de noche y me puse de pie justo en el momento en el que entraban dos enfermeras.

—¡Usted no debería estar aquí! —espetó una de ellas.

—Tranquila, ya me voy. —Le eché una mirada antes de salir: el amable gigante que llevaba protegiéndome durante tantos años. El hombre que pronto recibiría su recompensa.

Salí al pasillo y me acerqué al control de enfermería.

—Caroline Hargrove.

La enfermera levantó la vista para mirarme. Estaba claro que se acordaba de mí y le llevó un buen rato reaccionar. Tecleó el nombre con gesto adusto y algo asustado. Sin duda había comentado mi acceso de ira y esperaba cualquier cosa en cualquier momento.

—Acaba de salir del quirófano y está en reanimación.

—¿Pronóstico?

Por una vez, la enfermera me sonrió comprensivamente. Puede que mi tono indicara temor.

—Se va a recuperar. Los cirujanos consiguieron detener la hemorragia, pero han tenido que extirparle el bazo. Ha soportado bien la cirugía.

—¿Dónde puedo verla cuando esté reanimada y en recuperación? —Sentí un tremendo alivio, aunque la adrenalina seguía por las nubes.

—¿Es usted un familiar?

—Su prometido.

Hizo un gesto de sorprendido escepticismo.

—Puede verla a través de un cristal. Cruce esas puertas y vaya hasta el final del vestíbulo.

—Gracias. —Sin perder un segundo crucé las puertas casi corriendo y me lancé hasta la zona de reanimación. La vi de inmediato a través del cristal. Tenía la preciosa cara llena de moretones. Su aspecto era tremendamente frágil en comparación con la última vez que la había visto. Tenía unas ganas tremendas de identificar al traidor, nadie podría pararme cuando lo hiciera.

Entré y me recibieron los sonidos de los monitores. Cada paso que daba me hundía más en la fosa de odio que me circundaba. No había sillas, era una zona de acceso limitado. Le tomé la mano y le di unos cuantos besos suaves en la mejilla. Me sorprendieron las lágrimas que brotaron de mis ojos.

—Te prometo que voy a encontrar al hijo de perra que te ha hecho esto. Aunque tenga que perseguirlo hasta el fin del mundo.

No reaccionó en absoluto, pero al menos su respiración se mantuvo en calma.

—Sé que intentabas protegerme de alguna forma. Haya lo que haya en la caja, lo descubriremos juntos. Lo encontraré y lo pondré a buen recaudo hasta que te recuperes. Y te prometo que te protegeré durante el resto de tu vida. —Apreté los labios contra su piel, deseando más que nunca decirle lo que su cuadro había significado para mí. Su belleza y su serenidad permanecerían en mi mente para siempre.

—Sé que no me crees, Caroline. Lo cierto es que no tienes motivos para hacerlo, pero te amo. Has traspasado la coraza de acero que rodea mi corazón. —Reí por lo vacías que sonaban esas palabras, tanto como la mayor parte del hombre que se escondía en mi interior—. Eres mi vida.

Quería que se riera, que llorara o que me retara como solía hacer. El silencio era atronador. Si no se recuperaba, todos los que habían participado en esto tendrían que enfrentarse a mi furia desatada. Volví a besarle la mano intentando superar la tristeza que sentía. Tenía trabajo que hacer. Me incorporé, le apreté la mano una vez más y experimenté una rara sensación. La miré y me asombré al ver que tenía los ojos completamente abiertos, y las pupilas fijas en mí.

—Hola.

Parpadeó una vez, sin duda para informarme de que se daba cuenta de mi presencia.

—Todo va a ir bien. Lo único que necesitas es descansar.

Caroline paseó la mirada por mi rostro y después más allá de mí. Entendí que me preguntaba dónde había estado.

—Es una larga historia, preciosa. Tengo cosas que hacer ahora, pero volveré enseguida. ¿De acuerdo?

Volvió a pestañear, pero esta vez distinguí tristeza en la mirada.

Le levanté el brazo lo suficiente como para colocarle la mano sobre mi corazón. Una única lágrima se deslizó por su mejilla y estuve a punto de soltar un bufido. Me controlé y sonreí para darle ánimos. Después me di la vuelta, pues no podía controlar la rabia que sentía.

—Te… amo.

Las dos palabras pudieron con todo. Con la rabia. Con mi dolor. Con mi ansia de venganza. Era pura e inocente y no quería arrastrarla más al horror de mi mundo.

Salí de la sala de reanimación, me apoyé en la pared y cerré los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —La voz de Drummand rebosaba ira.

El muy cabrón. Me sorprendió su aspecto descuidado, con el cuello de la camisa suelto y la corbata floja. Le temblaban las manos. Si no estaba equivocado, no sólo le aterraba lo de su hija, seguramente había algún asunto más que lo tenía al borde del colapso.

—¡Es mi prometida! —bramé acercándome a él.

—¡Menuda gilipollez! ¡Deberías estar entre rejas, Dominick!

—Los dos sabemos que no hay pruebas que me incriminen. Y lo que comparto con tu hija no te incluye en absoluto. Te sugiero que la dejes descansar. Estoy seguro de que no tiene ningunas ganas de verte. Tú eres responsable de esto. Seguro que has contratado matones para que hicieran el trabajo sucio, pero te aseguro que tus crímenes, todos, van a salir a la luz.

Drummand negó con la cabeza mientras se pasaba los dedos por el normalmente bien peinado pelo. Capté el olor a alcohol del aliento y una punzada de peste a sudor me castigó la nariz. Me asqueaba de muchas maneras

—Nunca le haría daño intencionadamente. Es mi hija y no me importa lo que pienses o dejes de pensar: la quiero.

Putas mentiras.

—Pues demuéstraselo desapareciendo de su vida —siseé mirándole a la cara con ojos asesinos —. Has hecho un pacto con el diablo, y creas lo que creas, tendrás que mantenerlo. Tendrás noticias de los abogados de mi familia, y créeme cuando te digo que si quieres pelea, la vas a tener, senador Hargrove. Y ahora, lárgate de aquí.

Escuché una retahíla de imprecaciones mientras se alejaba y me alegré de que estuviera tan desesperado. La idea era lograr que lo estuviera mucho más, arruinarle todos y cada uno de los motivos de satisfacción que tenía en su asquerosa vida.

Según salía del hospital llamé a Jo-Jo. Averiguar qué contenía la caja era crucial. Al escuchar que la llamada iba al buzón de voz, sentí un estremecimiento en la columna vertebral. Mi instinto se había puesto en marcha de nuevo. Llamé a Angelo.

—Busca a Jo-Jo y tráemelo.

—¿Pasa algo, Dom? —preguntó Angelo con cierta ansiedad en la voz.

—Ya veremos. Llámame en cuanto lo localices. —Colgué y eché a andar hacia el coche con el corazón desbocado. Si mi corazonada era correcta, todo estaba a punto de estallar, lo que iba a significar que los implicados en la conspiración saldrían. Y cometerían errores.

El final del juego estaba muy cerca. Se había roto la confianza.

Era el momento: me tocaba tomar todo el control.

* * *

Diez minutos después de mediodía descubrí al cabronazo, al hombre en el que creía que podía confiar sin reservas, saliendo por la puerta de atrás de la oficina del fiscal del distrito. Mi instinto no me había engañado. Me quedé entre las sombras, observando cómo Jo-Jo se subía las solapas del abrigo para cubrirse el cuello. Se dirigía a su furgoneta Ford F-350 que tanto había insistido en conducir. De hecho, el daño en el frontal era mínimo en comparación con el que había sufrido mi SUV, que sufrió un siniestro total. Por supuesto, tenía muy claro que nadie le haría ninguna pregunta. Yo había ido al depósito de vehículos para comprobar la situación: lo que había sido un vehículo absolutamente protegido se había convertido en chatarra retorcida.

Mi furor iba en aumento.

Apoyé una mano en el volante y con la otra telefoneé a Angelo.

—Lo he encontrado.

—¿Dónde?

—En un sitio al que no debería haber ido. Nos encontraremos en el almacén dentro de una hora. Que vengan todos los hombres. Vamos a acabar de una vez con esto.

—¡Asqueroso gilipollas! ¿Por qué demonios ha hecho eso?

—Exoneración de antecedentes. —Jo-Jo no tenía familia, por lo que tampoco tenía necesidad de mantenerse leal a nadie de por vida. Pero lo inquietante era que llevaba muchos años con mi padre y se había incorporado a mi grupo hacía poco tiempo. Y si no recordaba mal, en su momento trabajó para Carmine. ¿Cuánta información habría logrado acumular para pasársela a los putos federales? Enseguida lo iba a averiguar, de eso no me cabía la menor duda.

Nadie iba a poder controlar mi ansia de venganza. Pasaría lo que tenía que pasar. Nadie que trabajara conmigo podía atreverse a cometer una traición tan flagrante y trascendente.

Lo seguí y, al tercer giro, tuve claro a dónde se dirigía. Era tan estúpido como para ir a su casa. La calle arbolada mantenía a salvo de miradas indiscretas al pequeño chalé de ladrillo. Yo había

ido allí bastantes veces, e incluso compartido una cerveza con él en el patio trasero en un par de ocasiones. Su traición no tenía el más mínimo sentido: como a otros hombres de confianza, lo consideraba parte de mi familia. Le pagaba muy bien, disfrutaba de muchos beneficios… su traición me hacía mucho, mucho daño.

Esperé unos minutos antes de enfilar el camino de grava. Era bastante arrogante y había declinado instalar medidas de seguridad, lo cual me permitía avanzar sin posibilidad de ser detectado. Entré en su habitación sujetando el arma con ambas manos. La maleta estaba sobre la mesa y él se estaba cambiando de ropa.

Un ligero crujido de la vieja madera del suelo y, en un segundo, sacó el arma y se volvió. La mirada que me dirigió no fue de sorpresa, sino de resignación. La mano le temblaba.

—Dom.

—Jo-Jo. Increíble que hayas sido tú todo este tiempo.

Torció la boca y al hablar se le escapó algo de saliva.

—No sé qué decirte. Me forzaron a hacerlo. Lo sabían todo. ¡Todo! Me iban a sacar de aquí para siempre. Yo no les he dicho nada. Te lo juro.

No había nada que despreciara más que un traidor rogando para salvar la vida.

—Ahórrate esa mierda.

Le disparé un solo tiro a la rodilla que le hizo desplomarse. Sus quejidos fueron música para mis oídos. Me incliné para recoger su arma, que sujeté en el cinturón.

—Lo único que tienes que decirme es dónde está la caja.

Volvió a gemir al tiempo que intentaba deslizarse por el suelo.

—¿El qué?

Lo agarré por el cuello y lo miré a los ojos.

—La caja que había en el SUV. ¿Dónde está? Si tengo que preguntarlo otra vez, te destrozo la otra rótula.

—Pero… —Hizo muecas de dolor, mirando a un lado y a otro—. En mi camioneta. No tiene nada.

—Eso ya lo decidiré yo. Vamos a dar una vuelta.

Le até las manos con una brida y le tapé la boca con cinta americana. La caja era la típica de zapatos sin nada especial, atada con una cinta. Corté la cinta y olisqueé antes de abrirla. Estaba llena de tarjetas postales y cartas que no parecían tener el menor interés. Pero sí el sobre que estaba debajo de ellas.

Miré el contenido a la luz aguzando la vista y tuve que revisarlo todo hasta saber de qué se trataba.

—¡Joder!

No soy capaz de describir los distintos sentimientos y emociones que experimenté al darme cuenta de las horribles ramificaciones que tenía el asunto.

Muchas de las terribles y asquerosas preguntas que me había hecho fueron contestadas. Ahora entendía por qué mi padre había sido así de reservado y cauteloso a la hora de mantener el secreto durante tantos años. Seguro que había más, pero todo empezaba a estar claro.

Las calles apenas tenían tráfico, por lo que el camino al almacén transcurrió sin incidencias. Todos los hombres con cierta responsabilidad estaban ya allí, esperando la llegada de Jo-Jo. En nuestro mundo se celebraban varios tipos de ceremonias, todas ellas importantes a la hora de crecer en la organización. De hecho, yo había asistido al ascenso de Jo-Jo cuando aún no tenía edad para ser miembro activo. No era más que un crío fascinado por los rituales.

Y ahora se iba a cerrar el círculo, en este caso vicioso, para poner fin a tantos años de lealtad. Nadie podía tomarse esto a la ligera.

Lo arrastré al almacén y lo arrojé al suelo de hormigón, a la vista de todos.

—Este es el soplón.

Hubo un momento de silencio mientras todos se hacían a la idea e iba anidando en todos y cada uno un inaudito nivel de cabreo. Esto podía haber significado la destrucción de todo.

—¿Qué quieres que haga con él? —dijo Angelo tras acercarse y escupirle en la cara.

Evité mirar a cabrón a la cara por miedo a perder completamente el control.

—Antes de nada hay que interrogarlo. Tengo que saber qué es lo que les ha contado a los federales y al fiscal del distrito.

—Cabrón de mierda —masculló entre dientes un soldado.

—Hay que acabar con él —espetó otro.

—Antes hay que hacer lo que hay que hacer. —Sentó a Jo-Jo en una silla y le arrancó brutalmente la cinta americana de la cara—. A ver, cerdo asqueroso, tenemos que hablar.

—Por favor… no hagáis esto. Sólo les he dado migajas, mierda. Os lo juro. No tienen nada. Son basura —insistió Jo-Jo.

Me incliné hacia él hasta tener su rostro a unos centímetros.

—Lo que sea que les hayas contado es demasiado, y por eso necesito escucharlo, ¡todo! ¿Lo has entendido?

—Sí… —jadeó.

—Pues entonces empieza. Por el principio: ¿qué les has contado? La pregunta era muy simple y su silencio inaceptable. Le di un fuerte golpe de revés en la cara, tanto que la silla cayó hacia atrás. Me retiré un paso y Angelo y un soldado volvieron a levantar la silla con él encima—. Empecemos de nuevo. Hablaré despacito: ¿qué… les… has… contado?

—Les hablé del cargamento, pero sin entrar en detalles. Además, ya lo sabían. —Farfullaba. Tenía roto el labio inferior.

—¡Dime concretamente qué! —espetó Angelo poniendo los brazos en jarras.

—La fecha de entrega. Tampoco sabía más.

Eso era cierto.

—¿Y Marco?

—No tuve nada que ver con eso. ¡Nada! —Empezó a sudar por ambos lados de la cara.

—¿Y Bruno? —pregunté con voz gutural.

La mirada le traicionó. Con eso tuve suficiente.

—Hemos terminado. Encárgate de él y asegúrate de que no encuentren el cuerpo. Nos has jodido, Jo-Jo. Podías haber venido a vernos, a mi padre o a mí, pero decidiste traicionarnos a todos. Espero que Dios te perdone.

Me marché de allí sin decirle a nadie a dónde. Lo que iba a hacer me iba a costar muchísimo, pero tenía que hacerlo.

El resto sucedería pasadas veinticuatro horas.

No tuve problemas por el camino, aunque estaba seguro de que Drummand había colocado policías para hacer una redada. La munición que llevaba sería suficiente para el caso de que alguien se interpusiera. Reí al pensar en ello. Si ocurría lo que sospechaba, la conmoción afectaría a Nueva York y Chicago, perjudicando de lleno a la operación de los federales y de ambos departamentos de policía locales.

Había muchos coches aparcados a la entrada de la casa de mi padre y no reconocía algunos de ellos. No esperé a que me abriera el ama de llaves. Entré y me dirigí directamente al despacho de mi padre. La puerta estaba cerrada y a través de ella escuché gritos y tonos desabridos y furiosos. Pude reconocer uno de ellos.

Carmine Francisco.

Mi padre lo había llamado para tener una reunión cara a cara. El hacerla aquí y ahora significaba que esto había sido la culminación de muchas traiciones y a muchos niveles. Abrí la puerta de golpe, con la caja debajo del brazo.

—Tienes que acabar con esta locura, Gio —exclamaba en ese momento Carmine—. No tienes pruebas.

—¿Que no tengo pruebas? Protegí a Margaret durante muchos años, tanto su honor como su amor por ti. —Giordano apenas susurraba. Me lanzó una mirada furibunda. Su pecho subía y bajaba.

Carmine se apoyó en el escritorio. La expresión de su cara era de extrema tristeza.

—No tienes ni idea de lo que era aquello. Ella lo significaba todo para mí, pero no quiso quedarse conmigo. Habría puesto el mundo a sus pies.

—No quería ser tu querida, Carmine. Ni tampoco quería llevar la vida que llevaba yo. Era una

joven dulce y maravillosa manejada por su familia. Querían mantenerla alejada de todo lo que tuviera que ver con el crimen organizado o las malas influencias.

—Entonces, ¿qué pasa con Caroline? —Hice la pregunta en tono neutro, teniendo en cuenta que el secreto casi había acabado con su vida y había arruinado la de su madre.

Los dos me miraron. Pero sólo la cara de Carmine expresaba una pregunta.

—¿Caroline? —Por fin la formuló.

—Tu hija.

El silenció fue clamoroso y significativo. La información se abría camino en la mente de Carmine, y cuando se asentó se quedó lívido.

—¿No lo sabías? —pregunté mientras me acercaba al escritorio.

—No. No tenía ni idea de que tenía una hija. Margaret era… —Soltó el aire y dio unos pasos hacia la ventana y colocando la mano en el cristal—. Margaret ha sido el auténtico amor de mi vida.

Noté un brillo en los ojos de mi padre. La verdadera razón por la que nunca había confiado en Carmine era que creía de verdad que conocía la existencia de su hija, pero se había negado a reconocerla. Mi admiración por mi padre creció aún más si cabe. Mantenía a ultranza su código de honor, aunque fuera el de los malditos.

—Los dos la amábamos —dijo Giordano en voz baja. Suspiró y agarró la caja, tomándose su tiempo para leer los distintos documentos—. Margaret estaba aterrorizada pensando que podría pasarle algo. Yo creo que Drummand le prohibió terminantemente que dijera nada. —Leyó toda la información y por sus gestos pude leer que le afectaba sobremanera.

—¿Lo sabías todo? —le pregunté a mi padre, que aún parecía estar digiriendo la información.

Asintió.

—Sabía que tenía una hija, pero no con quien terminó casándose. Nos conocimos antes de que estuviera prometida, pero sólo éramos amigos por aquel entonces. Con el tiempo, me enamoré de ella: su forma de ser tan amable y gentil redujo a polvo toda mi arrogancia de hombre duro. En la misma época conocí a tu madre y también la amé. En cualquier caso, los padres de Margaret concertaron un matrimonio para ella, cosa que ella no deseaba en absoluto. Pero a ese respecto su cultura era parecida a la mía. Hace veinticinco años todavía existían los matrimonios concertados entre familias. Y ella empezó a apartarme de su vida. Me hubiera gustado mantener el contacto, pero…

—Entonces, ¿cómo es posible que pasara lo que pasó si ya estaba comprometida?

—Margaret vino a Chicago a comprar el vestido de boda. No tenía intención de tocarla siquiera, pero era tan joven y guapa que me obsesioné con tenerla. No le permití decirme que no. Lo cierto es que la conquisté, aunque no tenía la menor idea de quién era yo. Durante un glorioso fin de semana tuve la posibilidad de ser un hombre enamorado, en lugar de un jefe de la mafia. —Carmine apretó el puño—. ¿Lo sabe Caroline?

Solté el aire y después negué con la cabeza.

—Todavía no sabe nada. Ha tenido un accidente.

—¿Cómo? ¡Tengo que ir con ella! —Carmine se acercó a mí—. ¿Está bien?

—Tuvo una hemorragia interna, pero con el tiempo se pondrá del todo bien —respondí sucintamente aún sin conocer a fondo los detalles de la posible evolución médica.

—¿Sabes ya quién arrolló el coche de Bruno? —preguntó Giordano enarcando una ceja.

—Jo-Jo, pero no me cabe duda de que la orden procedió de Drummand. Por la información que dejó Margaret, parece que Drummand supo lo de Caroline hace sólo unos años y a partir de ese momento les amargó la vida a ambas.

—Lo sabía desde hace bastante más tiempo, hijo —indicó mi padre.

—Le aterrorizaba que hablaras con Carmine —dijo soltando un gruñido.

—Exactamente. Pero yo no sabía nada de esto hasta que hablé ayer con Margaret. —Giordano se volvió hacia Carmine.

—¿Está… viva? —Carmine se llevó la mano al corazón—. Fui a su funeral…

—Todo fue obra de la maldad de Drummand —dije.

Giordano se acercó a su viejo amigo y le puso la mano en el hombro.

—Está a salvo. Estoy seguro de que estará encantada de verte.

—Y yo de volver a verla a ella. La verdad es que le hablé a mi esposa de esto hace unos años. Un asunto del que no me enorgullezco, pero ella lo entendió. —Carmine se frotó la barbilla—. Y de haber sabido de la existencia de Caroline, jamás la habría dejado en manos de esa… sabandija. ¿Qué vamos a hacer con él? —Más que hablar, siseó al hacer la pregunta.

—Tengo muy claro que es lo que vamos a hacer —dijo Giordano dirigiéndose a Carmine, y después volvió los ojos hacia mí—. En cualquier caso, no creo que debas participar en esto, hijo. Va a ser muy complicado.

—Ya estoy implicado. —Si mi padre pensaba que me iba a esfumar, ya podía ir cambiando de idea.

—Drummand Hargrove y yo crecimos en el mismo barrio, Dominick. De hecho, su padre trabajó conmigo durante años. Recorrimos las calles de Manhattan Sur durante años, siguiendo las instrucciones de mi padre. Como te puedes imaginar, al buen senador ni se le ocurre mencionar esto en su propaganda ni en las entrevistas que concede. De hecho, renunció a cualquier tipo de legado familiar y adoptó el apellido de soltera de su madre antes de mudarse a Nueva York cuando tenía apenas dieciocho años. Son cosas del pasado.

No iba a ser tan tonto de ir en contra de su voluntad, y menos si Carmine y él iban a trabajar juntos. No obstante, no podía dejar el asunto. Era demasiado importante para mí.

Finalmente, Giordano sonrió y se cruzó de brazos.

—He tenido una charla distendida con varios viejos amigos, entre ellos el subgobernador. Me ha indicado qué es lo que han estado investigando los federales. Las cosas se van a poner difíciles de verdad, y en varios estados, no sólo aquí.

No pude por menos que sonreír. Las influencias de mi padre eran mucho más poderosas de lo que nadie era capaz de percibir.

—¿Y?

Su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Digamos que, siempre con la ayuda de Carmine, creo que podremos resolver varios… problemas, digámoslo así. Tú tienes que cuidar a tu novia, dando por hecho que habrá boda en un futuro no muy lejano.

—Si ella quiere.

Sabía que no iba a haber más comentarios al respecto, ni detalles acerca de lo que fueran a hacer. Se limitarían a enfrentarse a la situación a su manera.

Y Nueva York nunca volvería a ser la misma.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Dominick

Cinco días más tarde

El sol resplandecía a lo largo de su cuerpo mientras se asomaba a la ventana con la preciosa melena suave como la seda y de color rubio cobrizo.. Parecía pensativa, mirando sin ver ni pestañear la zona de aparcamiento. Yo estaba de pie en la puerta, observándola.

Bañándome en su belleza.

Oí a Bruno detrás de mí. El tipo más enorme que la vida misma se había negado a permanecer más de dos días en el hospital. Me había acompañado continuamente, negándose a abandonarme ni para descansar. Los días habían sido un auténtico estallido de actividad que incluyeron varios cambios en el seno de la familia. Pero, afortunadamente, hoy volvía a casa.

—Esperaré abajo, jefe. —Bruno siempre hablaba en voz baja en el hospital. Le brillaron los ojos al verla.

Asentí y esperé a que se marchara antes de entrar con cautela en la habitación. Los dos habíamos hablado durante muchas horas mientras recuperaba las fuerzas poco a poco. Aunque no le había dado la información que había en la caja y me había limitado a decirle que su madre estaba a salvo y en buenas manos, lo cierto era que tenía que saberlo. Todo. Tras preguntarme tres veces por Drummand, me vi forzado finalmente a contarle que había sido arrestado, y las razones. A partir de entonces preferí evitar que viera las noticias, hasta el punto de retirar el aparato de la habitación. No quería que le salpicara el lodazal que generaban los acontecimientos, que parecían sucederse prácticamente a cada momento. Ya se lo contaría todo dentro de poco tiempo.

—Llegas tarde —dijo, con ese tono seductor que tan bien recordaba.

—Cinco minutos. —Me acerqué hasta poder ponerle las manos sobre los hombros.

Caroline apoyó la cabeza sobre mi pecho, disfrutando de la calidez del ambiente.

—Te echaba de menos.

La besé en la coronilla, deseando volver a tenerla en mis brazos y en una habitación bien cerrada.

—Tenía muchas cosas que hacer. ¿Estás preparada?

—Por completo.

Le cogí la mano, agarré la pequeña maleta y en un momento nos plantamos en el ascensor. Allí solté la maleta, le acaricié la cabeza con ambas manos y ronroneó cuando me incliné hacia ella.

—Te tengo toda para mí. Por completo.

—Sabes lo que te ha dicho el médico. Hay que descansar. Con tranquilidad. —Le di golpecitos en la cabeza e, inmediatamente, apreté los labios contra los de ella. Se agarró a las solapas de la americana y se puso de puntillas.

Le metí la lengua a saco, volviendo a saborear el dulzor de su esencia, a respirar el aroma aún más embriagador que antes.

Antes de las mentiras.

Antes de los engaños.

Antes de la verdad.

Yo estaba tan obsesionado con ella como Carmine lo había estado con Margaret, o quizás incluso más. Pero estaba dispuesto a hacer las cosas bien. Sabía que muchos dirían que el amor no era suficiente, que mi actividad criminal siempre supondría un grave peligro para ella. Seguramente tenían razón, pero estaba dispuesto a correr el riesgo con tal de poder disfrutar de tanta felicidad.

Ella me amaba. No sabía ni por qué ni cómo y tampoco iba a preguntárselo.

No podía hacerme a la idea. Me había comportado de una forma dominante, rozando la crueldad, y ella había sido capaz de destruir la coraza metálica y fría que me rodeaba con enorme facilidad.

La solté sólo por el timbrazo del ascensor, pero no sin antes susurrarle al oído.

—Las de cosas que te voy a hacer…

Puso los ojos en blanco y me empujó suavemente el pecho. No había perdido las ganas de desafiarme ni siquiera habiendo estado al borde de la muerte.

—Ya veremos…

Reí entre dientes y barrí la recepción con la mirada mientras nos dirigíamos a la salida. Aunque ya no temía que me arrestaran o que atentaran contra mi vida debido al terremoto que acababa de producirse en diversos estamentos de la policía estatal y federal, iba contra mi naturaleza no actuar con cautela.

—¡Bruno! —exclamó Caroline—. Cuánto me alegro de verte aquí. —Le rodeó el cuello con los brazos, cosa que al guardaespaldas le dejó sorprendidísimo.

—Buenos días, señorita —fue capaz de decir por fin—. ¿Dónde iba a estar si no?

Yo no me engañaba. Nos esperaban tiempos difíciles, sobre todo porque seguían produciéndose

muchos rumores y especulaciones acerca del tráfico de estupefacientes, pero era moderadamente optimista respecto al hecho de que Drummand iba a pasar una buena temporada entre rejas. El tráfico de personas era un delito muy perseguido que no terminaba en ninguna frontera estatal y que le iba a afectar de lleno, mucho más de lo que nuestras familias pudieran hacer contra él.

Y por lo que respectaba a nosotros, la familia Lugiano ya estaba al margen del tráfico de drogas.

Al menos lo estaría bajo mi mando.

No pronunciamos palabra mientras Bruno encendía el motor y salía del estacionamiento. Mi fiel amigo había pedido el alta voluntaria, insistiendo en que estaba perfectamente recuperado. Pronto dejaría de ser un soldado para convertirse en capo y ser uno de mis hombres de confianza absoluta.

Le tomé la mano a Caroline mientras pensaba en la mejor manera de dulcificar la información que le iba a transmitir. Rompí el silencio.

—Me alegro de que haya podido recuperarse la caja.

—Y de que se haya abierto. Ya sabes lo que deseaba tan desesperadamente contarme.

—Me habría gustado que lo compartieras conmigo, que hubieras tenido la suficiente confianza.

Caroline suspiró.

—Confío en ti, Dominick. Puede que esté loca, o que la atracción que siento por ti me nuble el pensamiento, pero lo cierto es que, en el fondo de mi corazón, sé que puedo confiar en ti. Me había olvidado de lo que me había pedido antes de… antes de que Drummand la quitara de en medio para retenerla en cautividad. Hijo de puta. Si me hubiera acordado, no haría sufrido tanto. No te haces una idea de lo que eso me hace sufrir.

—Lo único que te puedo decir es que, aunque hubieras encontrado antes la caja, no hubieras podido imaginar que fuese capaz de hacer algo tan horrible. Creo que no te lo hubieras podido creer, aunque lo sospecharas.

—Supongo que tienes razón. Lo que pasa es que… ¿por qué no hice caso a mi instinto? Sabía que había algo raro respecto a su muerte. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Supuestamente estaba muy enferma, pero ni siquiera me llamó. Entró en coma, falleció… ¿y mi padre no me llamó siquiera? —Negó con la cabeza y miró por la ventanilla—. Jugó conmigo, sí, pero fue culpa mía.

—No, querida. No lo fue.

—Bueno, ahora ya conoces todos mis sórdidos secretos. No me extraña que mi padre estuviera tan dispuesto a venderme a ti.

El comentario parecía fuera de lugar.

—Era necesario conocer las razones por las que Drummand tenía tanto empeño en perjudicar a la familia Lugiano y lo que descubrí fue a un hombre que en realidad se escondía de sí mismo.

—¿Cómo fue capaz Drummand de hacerles tanto daño a esas jóvenes? —Temblorosa, volvió la vista hacia la caja con gesto de odio. Era la segunda vez que se refería a él por su nombre de pila.

Ya lo sabía.

—Deberías ver todo lo que hay dentro antes de ver a tu madre. Eso hará que las cosas sean más fáciles, al menos para ella.

—Ya sé que es lo que tiene que decirme —dijo Caroline en voz baja.

—¿Lo sabes?

Me miró a los ojos.

—Drummand no es mi padre.

Le retiré de la cara un mechón de pelo antes de negar con la cabeza.

—No.

—Creo que siempre lo he sabido. Intentó cuidarme y quererme, sobre todo cuando era pequeña, pero cuando me miraba me daba cuenta de que…. —Suspiró—. Me temía, como si fuera la semilla del diablo.

—Eres una mujer increíble, Caroline Hargrove.

Me pasó el dedo por los labios.

—Sólo soy yo. Gracias por protegerme y quererme.

—Igual que yo, Caroline. Todo lo que puedo ofrecerte es la promesa de que te querré y te protegeré siempre, con todo mi corazón. —Le besé los labios y le puse la caja en el regazo. No tenía nada más que decir, no podía prometerle que aliviaría su dolor. Su reacción podía alterar el curso de nuestro futuro, pero eso estaba en sus manos.

Me negaba a seguir encadenándola a una vida que no quisiera para sí misma.

Respiró hondo varias veces antes de quitar la tapa y agarrar el sobre. Asintió, lo abrió y ojeó el contenido. Al cabo de no más de dos minutos, volvió a dejarlo todo en su sitio, puso de nuevo la tapa y colocó la caja en el asiento del otro lado. Permaneció callada mirando el tráfico por la ventanilla.

Le había prometido privacidad y tiempo para estar con su madre e iba a cumplir la promesa. Bruno y había inspeccionado la casa previamente, ese mismo día. Permanecí en el asiento sin pronunciar palabra. No podía encontrar la adecuada.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué me las das?

Se acercó y me besó en la mejilla.

—Por ayudarme a descubrir la verdad. Nunca lo olvidaré.

Cuando salía por la puerta el viento apenas soplaba y el sol llenaba la calle con su claridad y la envolvía de brillantez. Apreté el puño. No podía ser más hermosa.

La avidez y la ira habían estado a punto de hacerme perder lo realmente bueno que me había

ocurrido en la vida.

* * *

Caroline

Amor. AMOR. La idea era ridícula, la verdad.

Y hermoso.

Y estremecedor.

Y estimulante.

Y enloquecedor.

Pero estaba enamorada de un hombre del que tenía que salir huyendo. Sabía que lo nuestro tenía muy pocas posibilidades de salir bien, con el peligro acechando siempre, pero… ¿quieren saber la verdad? Ya no me importaba ni lo más mínimo.

Todo había empezado hacía sólo tres semanas y mi vida entera había dado un vuelco. Por lo menos, los quince minutos de fama para la hija difamada de un candidato presidencial con posibilidades estaban a punto de acabar. Los periodistas habían virado su atención hacia otras historias sensacionales. Y aquí estaba yo, en el asiento de un deportivo descapotable en la isla de Santo Tomás, con el pelo flotando mecido por la brisa, tras disfrutar del día más maravilloso en muchos meses.

Y sentada al lado de Dominick.

—¿A dónde vamos? ¿A un *resort* paradisiaco?

Dominick sonrió y me miró.

—Vas a tener que aprender a ser paciente. En estas vacaciones trabajaremos en ello. De hecho, vamos a empezar inmediatamente.

Me removí en el asiento, pues sabía exactamente lo que eso significaba. Una vez recuperada del todo, había vuelto a comportarse como le exigía su naturaleza, es decir, de forma dominante: me veía obligada a seguir sus reglas de obediencia y, cuando no las seguía, por descuido o desobediencia, recibía mi castigo. La azotaina de la noche anterior me había dejado marcada y el roce del vestidito de algodón en las nalgas me recordaba que le pertenecía.

—Sí, señor. —No pude resistirme y coloqué la mano en su regazo para acariciarle el paquete ya endurecido—. Mmm… por lo que noto, me da la impresión de que está pensando en algo ya…

—Qué tentador…—Rio y cambió de marcha para atacar con ansía la sinuosa carretera. Nunca lo había visto tan excitado desde que lo conocí, y desde luego desde que me había contado lo enfermo que estaba su padre. Cáncer. Aunque los pronósticos no eran malos, con esa enfermedad nunca hay garantías. Yo lo había aprendido de primera mano.

Descubrir que mi padre era el padrino de otra familia mafiosa había vuelto mi mundo del revés, pero todas las cosas ocurren por alguna razón. Mi madre ahora era feliz: se había hecho cargo de la casa de Drummand y había retomado la amistad interrumpida con Carmine y Giordano. Yo aún no había sido capaz de ver a Carmine y llamarlo padre. Puede que nunca consiguiera estar preparada, pero el hecho de saber que tenía un hermano fue una gran alegría para mí. Lorenzo tenía una personalidad extravertida y era grande en todos los aspectos, mientras que yo era bastante más reservada.

Ahora tenía la oportunidad de pasar mucho tiempo con Dominick´

Giró una vez más y aminoró la marcha mientras observaba los buzones a lo largo del camino, hasta que por fin se detuvo y se quitó las gafas de sol.

—Aquí estamos.

La entrada, flanqueada de árboles, era impresionante. En el jardín crecían árboles frutales que añadían vibrantes notas de color al entorno. Pude ver la casa al fondo. Se podía respirar el aroma del océano, una fragancia como no hay otra en el mundo. Tras detener el coche y apagar el motor estuvo pensativo y silencioso durante unos segundos y después sacó un llavero del bolsillo del pantalón.

—¿Qué es esto?

—Un regalo de bodas.

—¿Me has comprado una casa?

—Es para nosotros dos. Vamos.

Cuando entré me di cuenta de que todo era exactamente igual que en los cuadros que yo había pintado, desde la casa de playa a la impresionante playa de arena que estaba a pocos pasos de la puerta trasera. Todo era perfecto. Me acerqué a la chimenea y negué con la cabeza. Había enviado aquí el cuadro en el que estábamos los dos. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver a los amantes, embebidos el uno en el otro sin hacer caso a nada más. Disfruté del momento y de las pasiones que habíamos experimentado. —. Me parece mentira que hayas hecho esto.

—Pues sí, lo he hecho —dijo con voz ronca al tiempo que me abrazaba y colocaba las manos detrás de mi espalda—. Te amo, Caroline. Te amaré siempre. —Me besó metiendo la lengua inmediatamente en mi boca. La sensación de estar entre sus fuertes brazos y de su ardiente polla empujando mi vientre era impresionante.

Me estremecí y gemí en el apasionado momento en el que nuestras lenguas se entrelazaron. No deseaba otra cosa que ser penetrada por él, sentirlo dentro follándome con salvaje abandono.

Metió la mano por debajo del vestido para retirar la pequeña tira que me separaba las nalgas. Cuando me masajeó con el dedo índice, me puse tensa. El toque repentino de su mano me liberó de todas las ataduras y empecé a sentir descargas eléctricas por todo el cuerpo, todas terminando en el coño. El beso se hizo más intenso, nuestros cuerpos se acomodaron el uno al otro y el calor compartido subió como un cohete espacial.

Mi deseo creció hasta el punto de que se me hizo difícil respirar. Nunca tenía suficiente ración de este hombre peligroso y dominante.

Cuando terminamos el beso, me masajeó el clítoris antes de volver a darme sendos azotes en las nalgas.

—Acompáñame fuera—. Me tomó de la mano, atravesamos las puertas correderas tras abrir los cerrojos. La brisa que nos sacudió traía el ahora intenso aroma del océano, mezclado con jazmines y otros olores exóticos. El rítmico sonido de las olas me inundó de paz.

Me liberé de su abrazo y me acerqué a la barandilla. La casa estaba suspendida sobre pilotes, bajo los cuales había una playa que sólo tenía acceso desde ella. Se acercó a mí y el contacto de su cuerpo de nuevo me produjo estremecimientos en la columna vertebral.

—Impresionante.

—No tanto como tú. —Me apartó el pelo de los hombros y bajó la cabeza hasta tener el lóbulo de la oreja a la altura de la lengua—. Vas a aprender a obedecerme.

—Creo que eso ya me lo has dicho alguna vez antes.

—Pero ahora como esposa.

No estaba preparada para recibir el anillo que colocó en mi dedo anular, un increíble conjunto de diamantes y rubíes que brillaban al sol. Extendí la mano mientras me hacía a la idea de lo que estaba pasando. Ahora sí que le pertenecía.

—Es precioso.

—Me alegro de que te guste. Se ha hecho para ti, es único, como tú lo eres. —Me lamió la base del cuello. La rugosidad de la lengua y el cálido aliento de la boca hicieron que se me contrajeran los músculos de la vagina. Retiró los tirantes del vestido a lo largo de los brazos, uno después del otro, dio un paso atrás y el vestido cayó al suelo.

Lo que estaba pasando era grosero, pecaminoso y liberador. Y me hacía sentir intensamente viva.

—Ahora prepárate para los azotes.

Me agarré con fuerza a la barandilla y él me apretó con fuerza la zona lumbar, me separó las piernas y tiró más de mí. Nunca me había sentido tan expuesta en toda mi vida. Gemí cuando me dio un azote en el culo, pero no por el dolor, sino por lo excitante de la situación. Por el hecho de estar allí.

Con él.

Mi protector.

—Eres muy desobediente —decía entre dientes mientras me castigaba ambas nalgas con la mano abierta, con golpes recios, tanto que me empujaban hacia la barandilla y tenía que hacer fuerza para quedarme donde estaba.

Las sensaciones se agudizaban porque aún tenía huellas de la azotaina del día anterior, de modo que el dolor inundaba la parte de atrás de los muslos. Había aceptado mi lugar a su lado. Él siempre estaría al mando, sería el cabeza de familia y la verdad es que la situación me parecía, más que adecuada, perfecta.

El corazón corría desbocado mientras continuaban los azotes. Gemía y ronroneaba, con los pezones tan duros que hasta me dolían. Quería que me los retorciera, que tirara de ellos, que os lamiera, chupara y mordisqueara.

—¿Estás húmeda para mí, mi dulce Caroline?

—Sí, señor.

—Puedo ver lo hinchados que tienes esos preciosos labios del coño. ¿Son para mí?

Golpeó con más fuerza y más rápido, manteniendo un ritmo perfecto.

—Sí, señor. —Capté el aroma de mi denso líquido y mi hambre creció hasta límites insospechados.

Rio brevemente entre dientes y la mano siguió actuando, cada vez más fuerte y rápida. Me imaginé mis propias nalgas calientes, enrojecidas, pasando rápidamente a un escarlata intenso mientras continuaba la azotaina.

Cerré los ojos cuando introdujo tres dedos entre los labios del coño. Solté un profundo gemido procedente de las entrañas, que se mezcló con su salvaje gruñido. Estaba absolutamente salido. Yo estaba en éxtasis, con el cuerpo gozando de forma inenarrable y la mente en el paraíso.

Cuando se retiró me quejé y miré por encima del hombro. Estaba a un lado, sujeto a la barandilla sin quitarme ojo mientras se desnudaba y arrojando al suelo la ropa como si no le importara nada. Su expresión era la de un depredador a punto de devorar a su presa.

Primario.

Había despertado la bestia que llevaba dentro, pero esa oscuridad suya ya no me importaba.

Mientras avanzaba como un auténtico depredador, volví la mirada hacia el agua. Sentí la amplitud de su polla entrando en mí hasta el borde del escroto, levantándome hasta quedar apoyada en las puntas de los pies y sin poder evitar un gemido de bestial placer. Me abrió al máximo y los ansiosos músculos vaginales envolvieron el miembro en toda su extensión. ¡Dios, estaba tan mojada y tan caliente que cuando sacó la polla hasta dejar dentro sólo la punta, junté las caderas para atraparlo!

—¿Quieres más? —Su voz, rica y profunda, me cubrió como un cálido cobertor.

—Sí, señor. Lo quiero todo.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió al tiempo que me la metía con saña, una y otra vez.

Estaba a punto de correrme, con todas las terminaciones nerviosas en ignición gracias al enorme poder de este hombre. Jadeé cuando me agarró los pechos y los masajeó y me corrí, un orgasmo eruptivo que esta vez procedía de los dedos de los pies. No había vuelta atrás posible. Había perdido la noción del tiempo y de todo. Sólo existía el momento que compartíamos.

—¡Oh! ¡Oh!

—¡Córrete! ¡Córrete para mí! ¡Córrete sobre mi polla! —susurró guturalmente. Me pellizcó los pezones y creó un instante de sublime angustia.

—¡Sí…, sí…, síííií! —Fue un grito incontenible que se mezcló con el viento. Me tembló todo el cuerpo con él dentro de mí, y experimenté el orgasmo más poderoso de mi vida. Entrelacé los brazos con los de él y colocó la boca cerca de mi cuello. Noté que estaba a punto de correrse. Apreté los músculos vaginales y no pude evitar sonreír cuando estalló dentro de mí, llenándome con su semilla.

* * *

El sol se ponía llenando el horizonte con hipnóticas manchas de colores. Estábamos sentados a centímetros del agua, con sendas copas de vino en las manos. Había estado muy callado durante las últimas horas, mirándome como si fuera a huir de él en cualquier momento. Sabía que tenía muchas cosas en la cabeza, incluyendo su promesa de alejarse de su familia y vivía la bucólica vida que yo había plasmado en mi cuadro. La casa era el principio de su cumplimiento.

Me rodeaba con las piernas y tenía una mano sobre mi rodilla.

—Tienes que volver —dije rompiendo el silencio.

—¿No te gusta la casa?

—Me encanta la casa, el lugar, la playa… Todo. Pero no es más que una fantasía. Incluso si tu padre sigue recuperándose, sabes que no será capaz de controlar y gestionar toda la organización. Tienes que hacerte cargo de la familia. Tienes un deber que cumplir, debes hacer honor a él. —Había escuchado una llamada anterior y sabía que había algún problema más que empezaba a asomar.

—Te hice una promesa. Puedo ser muchas cosas, pero nunca te voy a mentir ni a traicionar.

—Y has cumplido tu promesa. —Había visto las armas en la casa de la playa. Nunca iba a estar muy lejos de ellas. Siempre formarían parte de mi vida.

—Siempre va a haber situaciones peligrosas e intentos de asesinato, Caroline. No voy a poder estar siempre a tu lado. —Me apretó contra su cuerpo, tanto que podía notar los latidos de su corazón.

—Lo supe desde el momento en que se estableció el pacto.

—Un pacto con el diablo.

Le acaricié el brazo mientras me acordaba de cómo empezamos, de las mentiras y decepciones que estuvieron a punto de destrozarlo todo.

—Eres mi vida, Dominick.

Como si se hubiera encendido un interruptor en su interior, la tensión abandonó su cuerpo y se relajó. Había hecho una apuesta aceptando un trato que nadie podría rechazar y había ganado.

Mi corazón.

Mi cuerpo.

Mi amor.

¿Siempre existiría el peligro? Sin ninguna duda. Pero estaba segura, también sin ninguna duda, de que nuestro amor lo vencería todo.

Si al menos los monstruos lo tuvieran en cuenta…

Fin

POSTFACIO

Stormy Night Publications le agradece su interés por nuestros libros

Si le ha gustado este libro, o incluso aunque no le haya gustado, le quedaremos muy agradecidos si deja un comentario en la página web en la que o adquirió. Tales comentarios aportan datos de mucho interés para nosotros y nuestros autores, y sus reacciones, tanto las positivas como las que incluyen críticas constructivas, nos permiten trabajar mejor para ofrecer lo que a los clientes les gusta leer.

Si desea echar un vistazo a otros libros de Stormy Night Publications, si quiere saber más sobre la editorial o si desea unirse a nuestra lista de correo, visite por favor nuestra página web:

http://www.stormynightpublications.com